intervalo

ALBUM

10 OBRAS COMPLETAS

de

María Alicia Domínguez

Henry Grimm • Víctor Hugo

Miguel de Cervantes • Seth Holt

Francina Siquier • Antonio Rosso

Joseph Chadwick • Alicia Foyatier

Cristóbal María Paz

$ 35.-



SUMARIO

LA ESPAÑOLA INGLESA,
por MIGUEL DE CERVANTES

El fuerte tóxico hizo perder la hermosura de la reina, y apareció ante el mundo como un monstruo de fealdad .... Pág. 4

...PERO TU ME SALVABAS,
por ALICIA FOYATIER

"Yo no quiero sino tu amor, el recuerdo de las etapas de esta vida, en la que tú me salvabas" .... Pág. 20

DESPERTAR DEL ENGAÑO, por FRANCINA SIQUIER

La puerta se cerró tras aquellos que para siempre habían salido de su vida .... Pág. 32

UN GRITO DE TERROR, por SETH HOLT

Horas de pesadillas interminables; visiones fugaces, aterradoras, oprimían el corazón de la inválida .... Pág. 46

EL PLAN, por HENRY GRIMM

Se escuchó el chirriar de los frenos del automóvil, pero éste, sin control, se tumbó, y al abrirse una de las puertas, un cuerpo cayo inerte.. Pág. 58

ANGELO, TIRANO DE PADUA, por VICTOR HUGO

Los ojos de ella se habían cerrado, pero sus labios, antes de ser inmovilizados por la muerte, susurraron: ¡Amor mío! .. Pág. 70

HISTORIA DE HOMBRES Y MUJERES, por C. M. PAZ

El ulular de la sirena de una ambulancia se escuchó por las calles colmadas por el tránsito. Una mujer iba a ser madre. .Pág. 87

PELIGRO EN EL OESTE, por JOSEPH CHADWICK

El amor fue, para la joven vaquera, la gran aventura de su vida, la que ella tanto había deseado .... Pág. 93

ROSAS ROJAS PARA INES DRUMONT,
por A. ROSSO

Las rosas, humedecidas por la fina llovizna, parecían un brote sangriento sobre la sepultura ..... Pág. 104

MAL PENSAMIENTO, por M. A. DOMINGUEZ

El rencor, los celos, nublaban la mente del enamorado, como si estuviese poseído por el mal y sólo deseara ensombrecer con dañina niebla, el hogar dichoso .... Pág. 118

La Española Inglesa

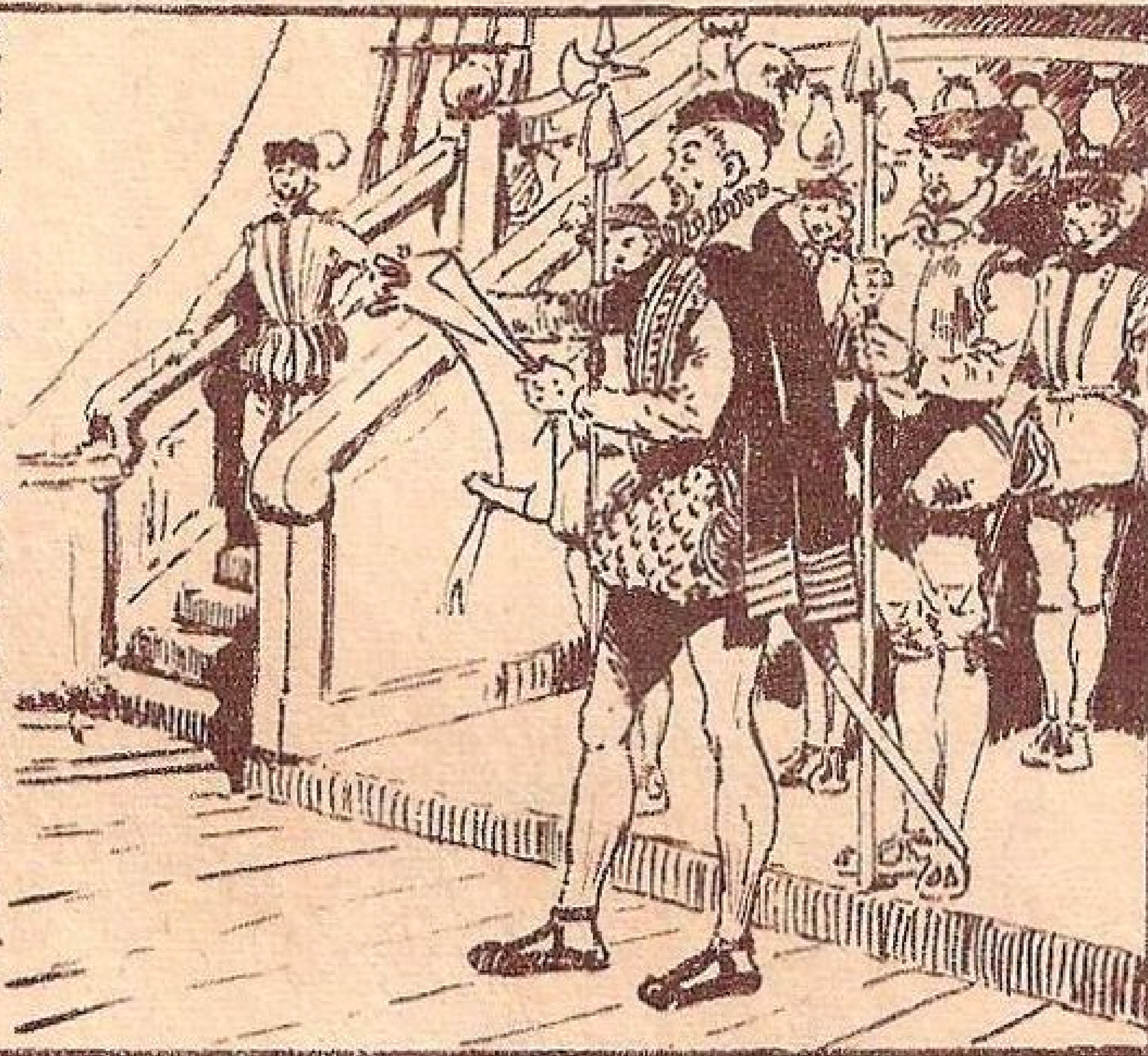
Por MIGUEL de CERVANTES

DIBUJOS de E. RAPELA (ADAPTACIÓN)

En plena madurez literaria y tras una vida azarosa, Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616) produce lo más genial y perdurable de su obra. Después de la primera parte del **Quijote**, que entrega para la impresión en 1605, en pocos años termina la segunda parte y escribe las **Novelas ejemplares.** En esta colección, a la que pertenece **La española inglesa,** recoge Cervantes doce novelas cortas, que, aunque no poseen el valor genial de su obra máxima, son consideradas excepcionales en la literatura española. Ellas muestran por qué el autor dice en el prólogo: "Yo soy el primero que he novelado en lengua castellana", y por qué Tirso de Molina comparó a Cervantes con el creador de la novela italiana, llamándolo "nuestro español Boccaccio".



Entre los despojos que los ingleses tomaron de la ciudad de Cádiz, Clotaldo, un caballero inglés, llevó a Londres una niña de siete años, y esto contra...



...la voluntad del Conde de Leste, jefe de la armada inglesa. Este, conmovido por el llanto y las súplicas de los padres, con gran diligencia hizo buscar a la hija para devolvérsela. Mandó el Conde echar bando por todas las naves, a fin de que, so pena de la vida, le entregase...



...la niña cualquiera que la tuviese. Mas ningunas penas ni temores fueron bastantes a que Clotaldo obedeciese. Prendado de la hermosura de Isabel, que así se llamaba la niña, la escondió en su barco y la condujo a Inglaterra, donde la entregó a su mujer como riquísimo presente.



Quiso la buena suerte que todos los de la casa de Clotaldo fueran católicos —religión entonces prohibida en aquel país—, aunque lo eran en secreto, pues en público mostraban seguir la opinión de la Reina. Catalina, la mujer de Clotaldo, tomó tanto amor a Isabel que la crió y regaló como si fuese hija.

Se le enseñó a la niña la lengua inglesa; se le enseñó a leer y escribir y, después, todas las cosas de labor que puede y debe saber una doncella. Pero en lo que más sobresalió fue en la música. Aprendió a tañer varios instrumentos, y el cielo le dió tan maravillosa voz, que encantaba a cuantos le oían.



Todas estas habilidades, unidas a la gracia y a la perfección con que la naturaleza había adornado su persona, hicieron de Isabel una de las más hermosas muchachas de Londres.




Clotaldo y Catalina tenían un hijo, Ricaredo, apuesto y virtuoso joven, en quien los padres habían puesto todo su afecto y todas sus esperanzas. Lo habían educado en la fe católica, y desde la adolescencia estaba prometido en casamiento a una rica heredera escocesa, secreta cristiana como ellos.


Mas sucedió algo imprevisto: el frecuente contacto de Isabel y Ricaredo fue encendiendo el pecho de éste de modo tal que, con el tiempo, se enamoró locamente de la bella española.


Pasaron semanas, meses, y Ricaredo mostrábase cada día más taciturno y caviloso, sin saber qué camino tomar. Ni se animaba a confesar sus sentimientos a los padres, para que rompieran el compromiso con la doncella escocesa, ni se resignaba a renunciar al amor de Isabel.
Así, el joven terminó por enfermar, y Clotaldo y su mujer, por llamar al médico, quien, con gran desesperación de aquéllos, no daba con la enfermedad.


Lo lamento, pero mi ciencia es impotente para descubrir el mal que padece vuestro hijo.
¡Dios mío, apiádate de él y de nosotros!


Por fin, condolido por la aflicción de sus padres, decidió Ricaredo hablar con Isabel. Un día que ella entró a servirle, tomó ánimo y, con voz turbada, le dijo:
Voy a hacerte una confesión, Isabel, y ten en cuenta que de la respuesta que me des dependerá el que yo muera o siga viviendo.


¡Me asustáis! ¿Qué confesión es ésa?
Deseo decirte que tu virtud y hermosura son las que me tienen enfermo, y que sólo curaré si me das la palabra de ser mía.

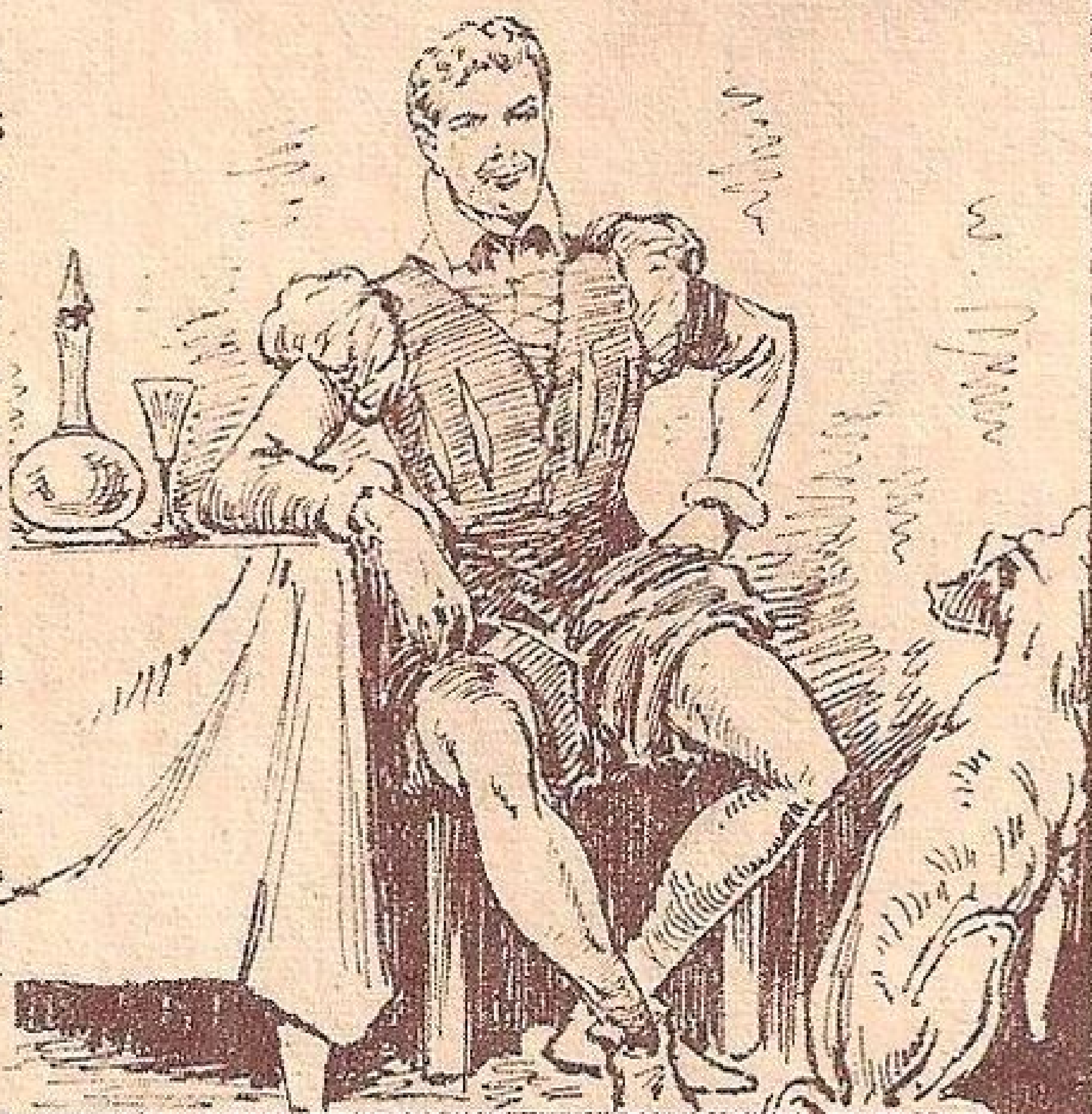

Yo te juro, a mi vez, como verdadero católico cristiano, ser tuyo.
No entiendo bien lo que queréis de mí, Ricaredo.


Mi deseo no es otro que el de recibirte por esposa.
Pero, ¡señor! ¡Vos estáis prometido a una doncella de Escocia!


Precisamente, eso es lo que me ha incitado a hablarte de este modo. Quiero casarme contigo en secreto, pues mis padres, por ignorar lo que yo sé que vales y mereces y por respetar el compromiso contraído, se opondrían a nuestra boda si les hablase de ella.



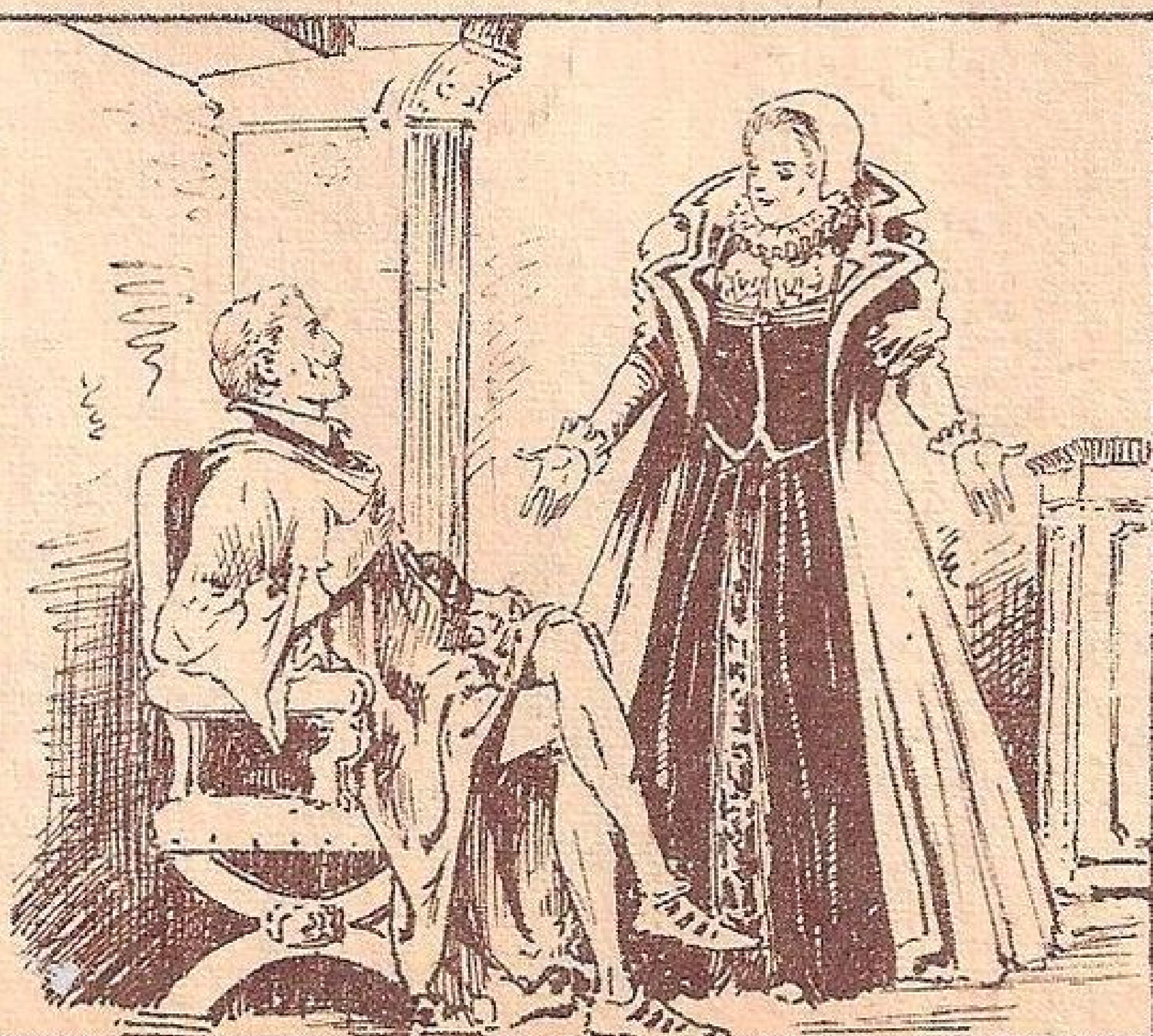


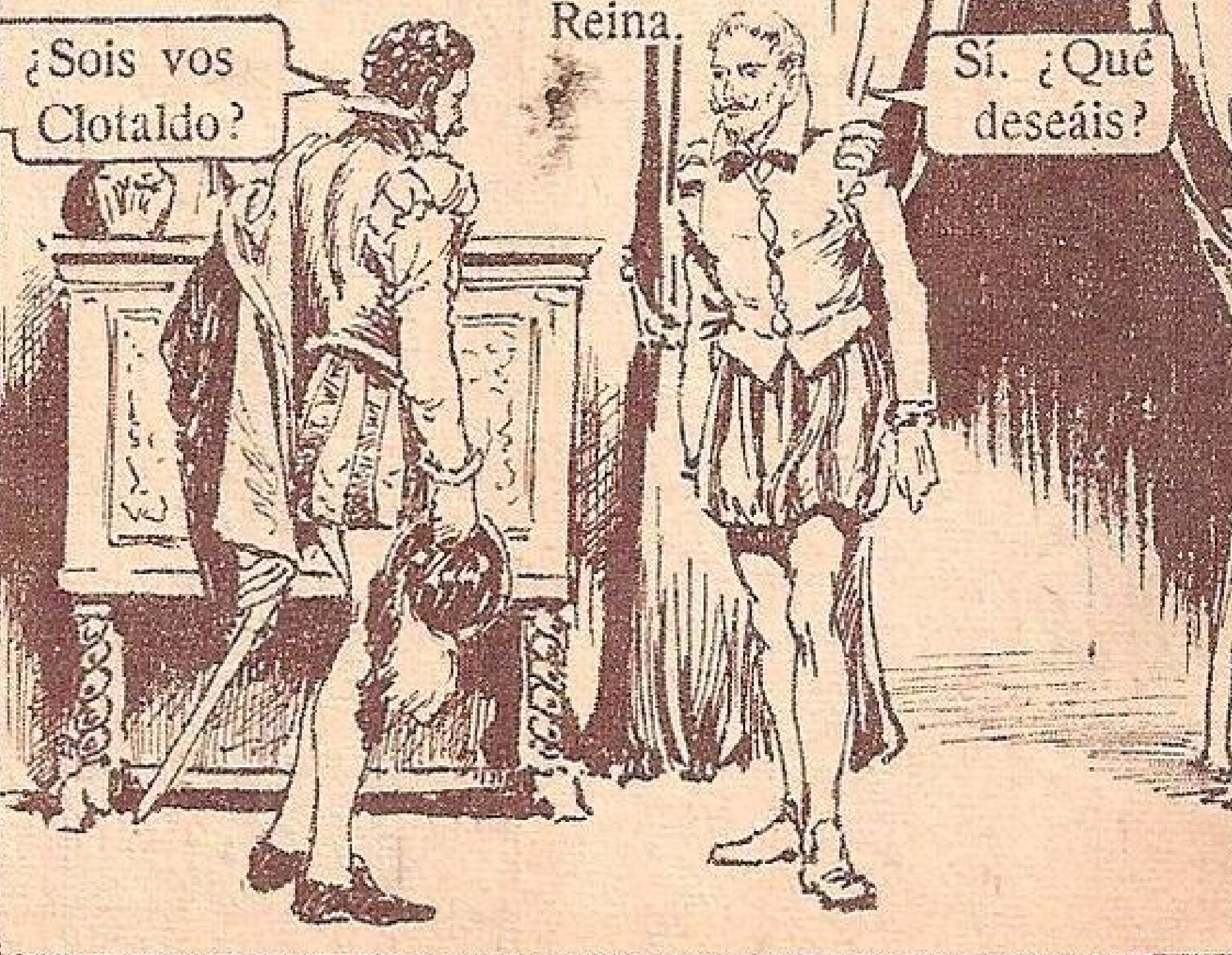




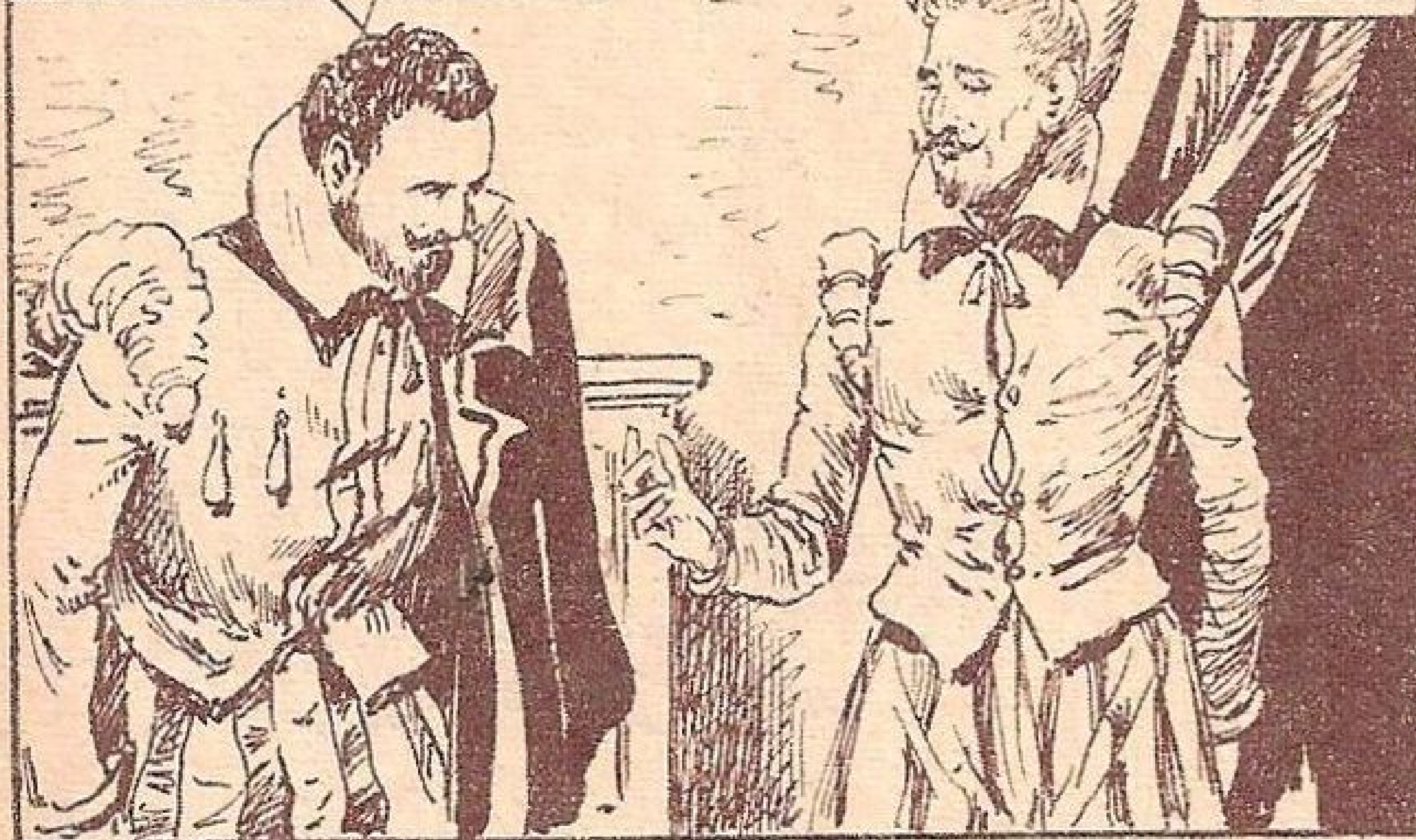








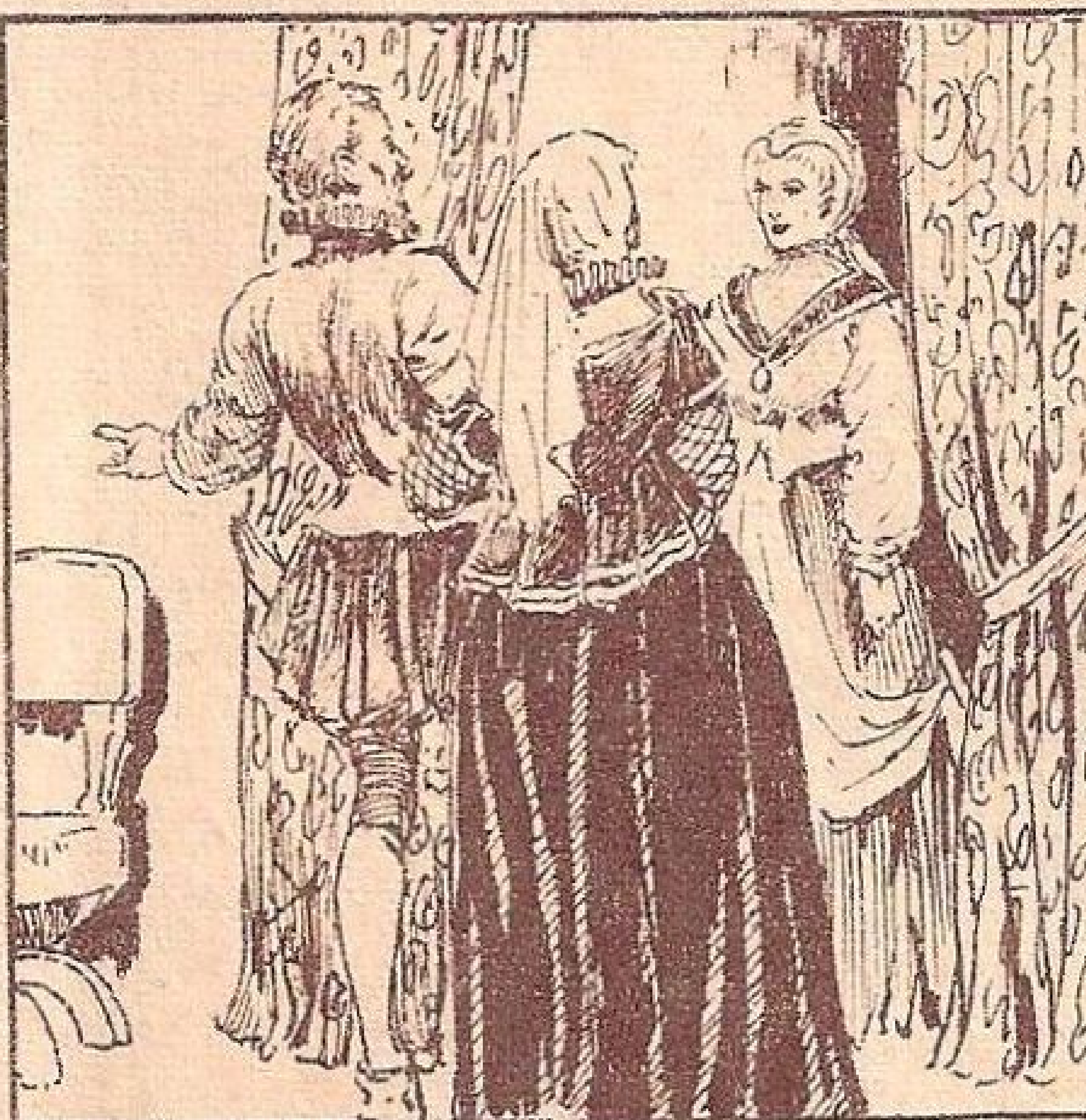
Con ésta publicación llegamos a 100 «Grandes Obras de la Literatura»





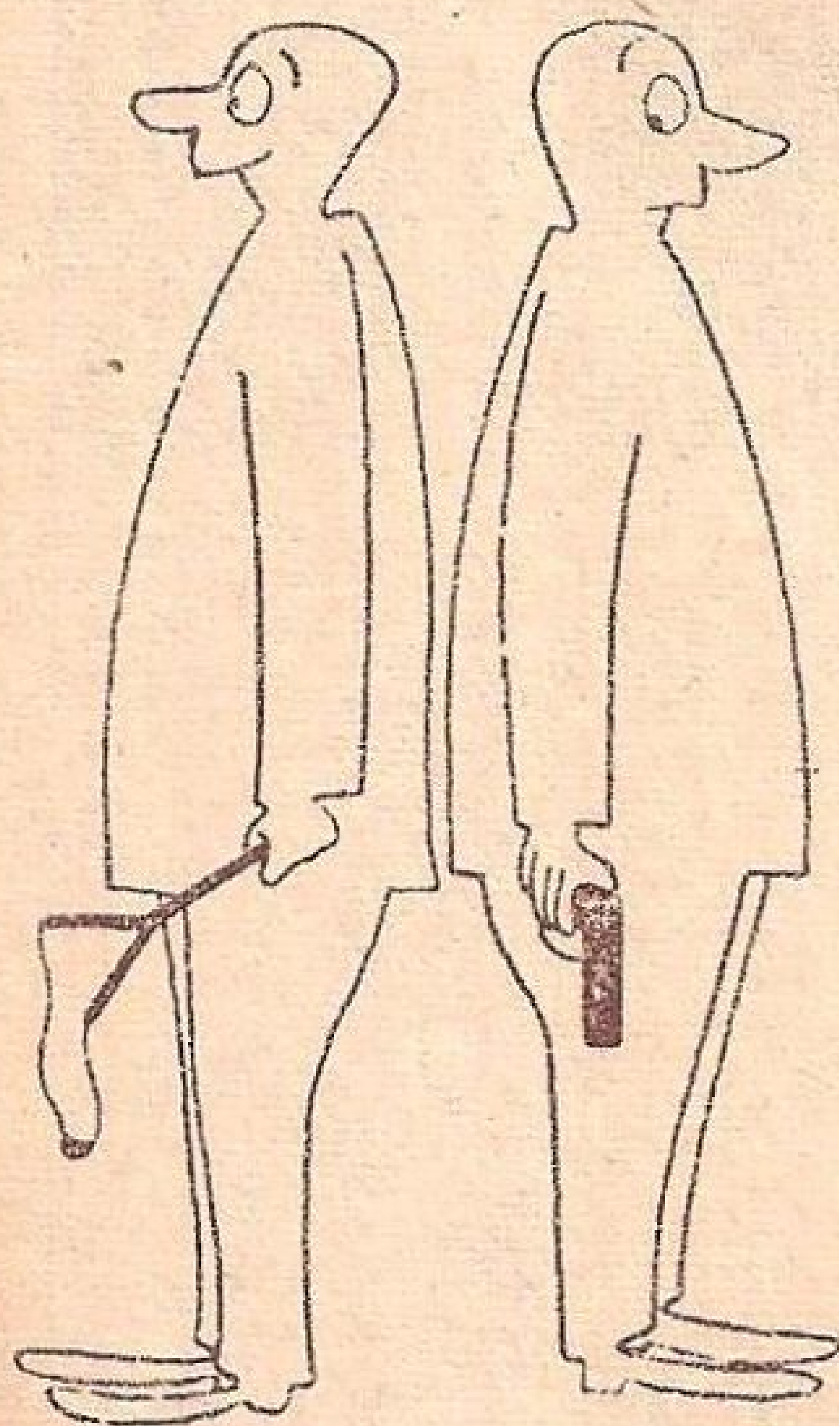
Luego de estas y otras conjeturas, los padres de Ricaredo llegaron a la conclusión de que la Reina sólo quería ver a Isabel, cuya sin igual hermosura y habilidades habrían llegado a sus oídos como a todos los de la ciudad. Culpáronse Clotaldo y su mujer de no haber presentado a Su Alteza la prisionera española, y de haber concertado el casamiento de ésta con Ricaredo sin la licencia de la corte.

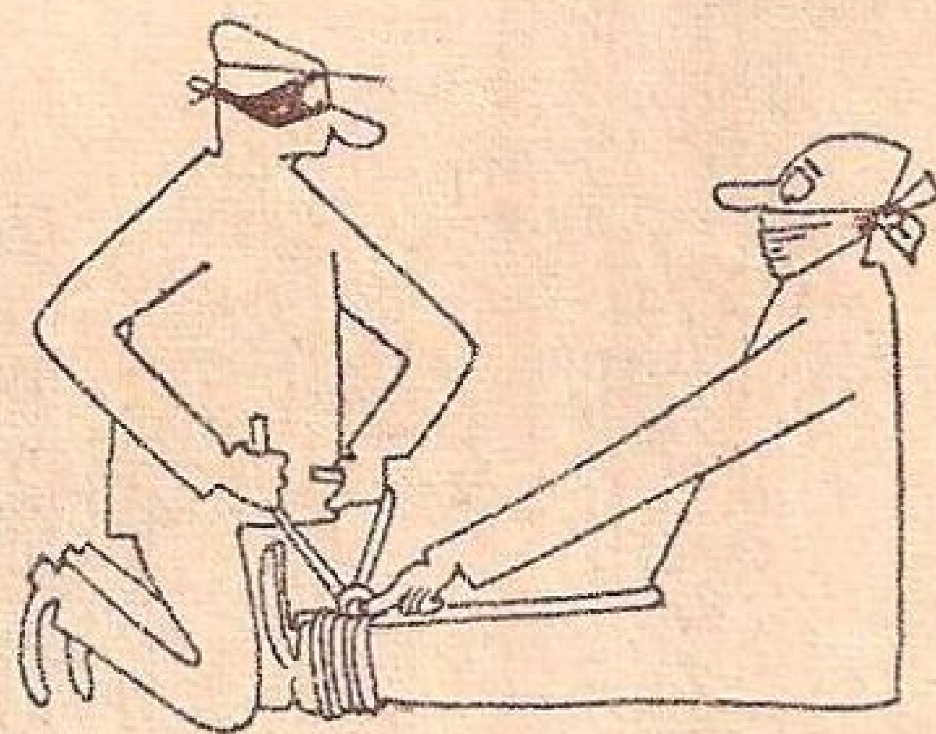


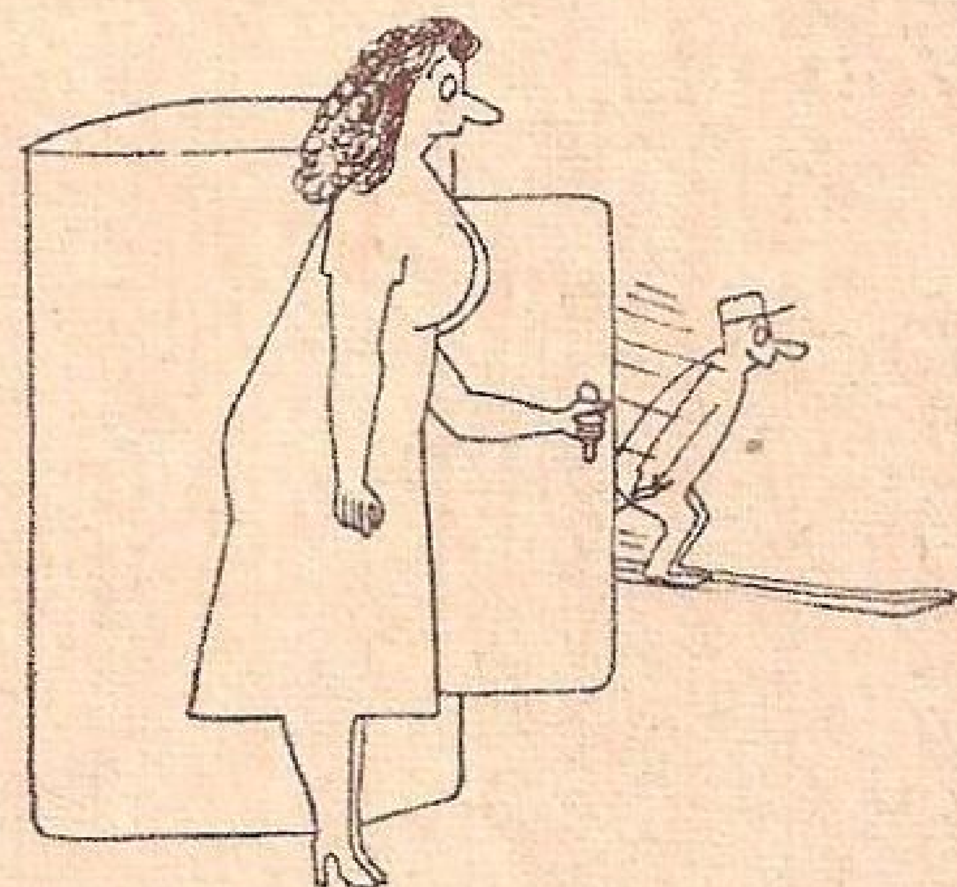


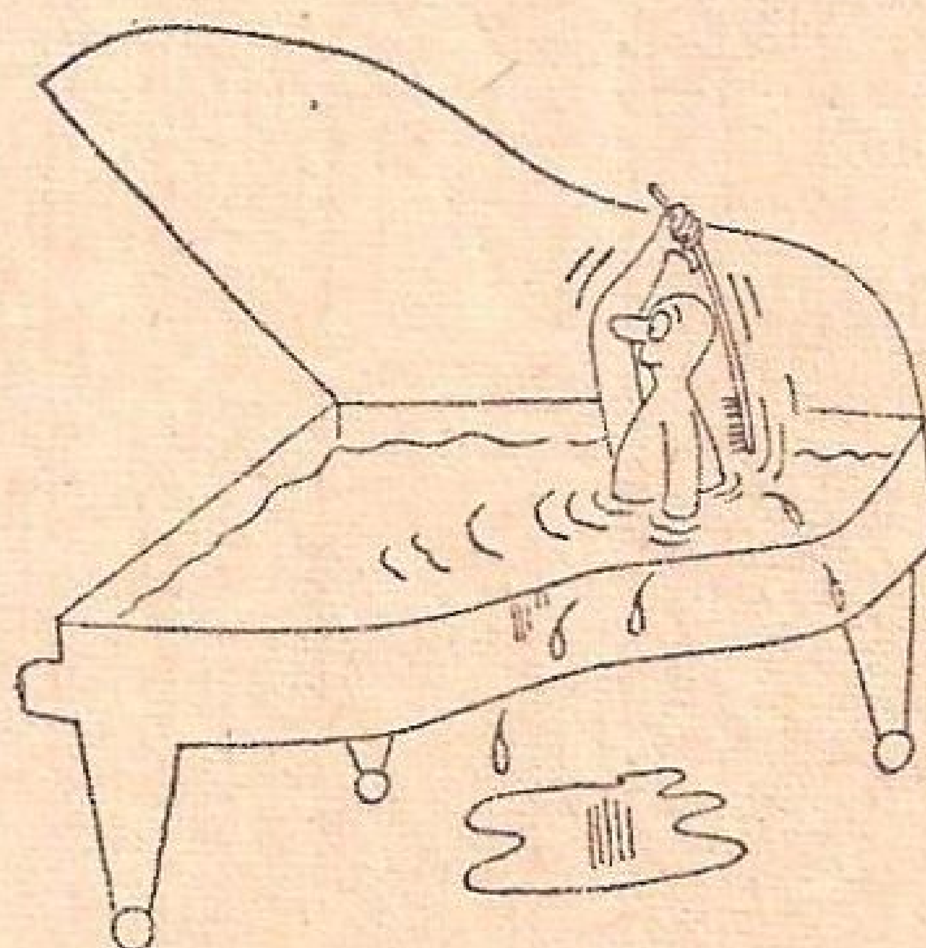
Mas no les pareció esta culpa digna de castigo, y con ello se consolaron. Resolvieron después que Isabel no fuese a palacio vestida humildemente, como prisionera, sino como prometida, pues lo era de tan principal caballero como Ricaredo.

SONRÍA







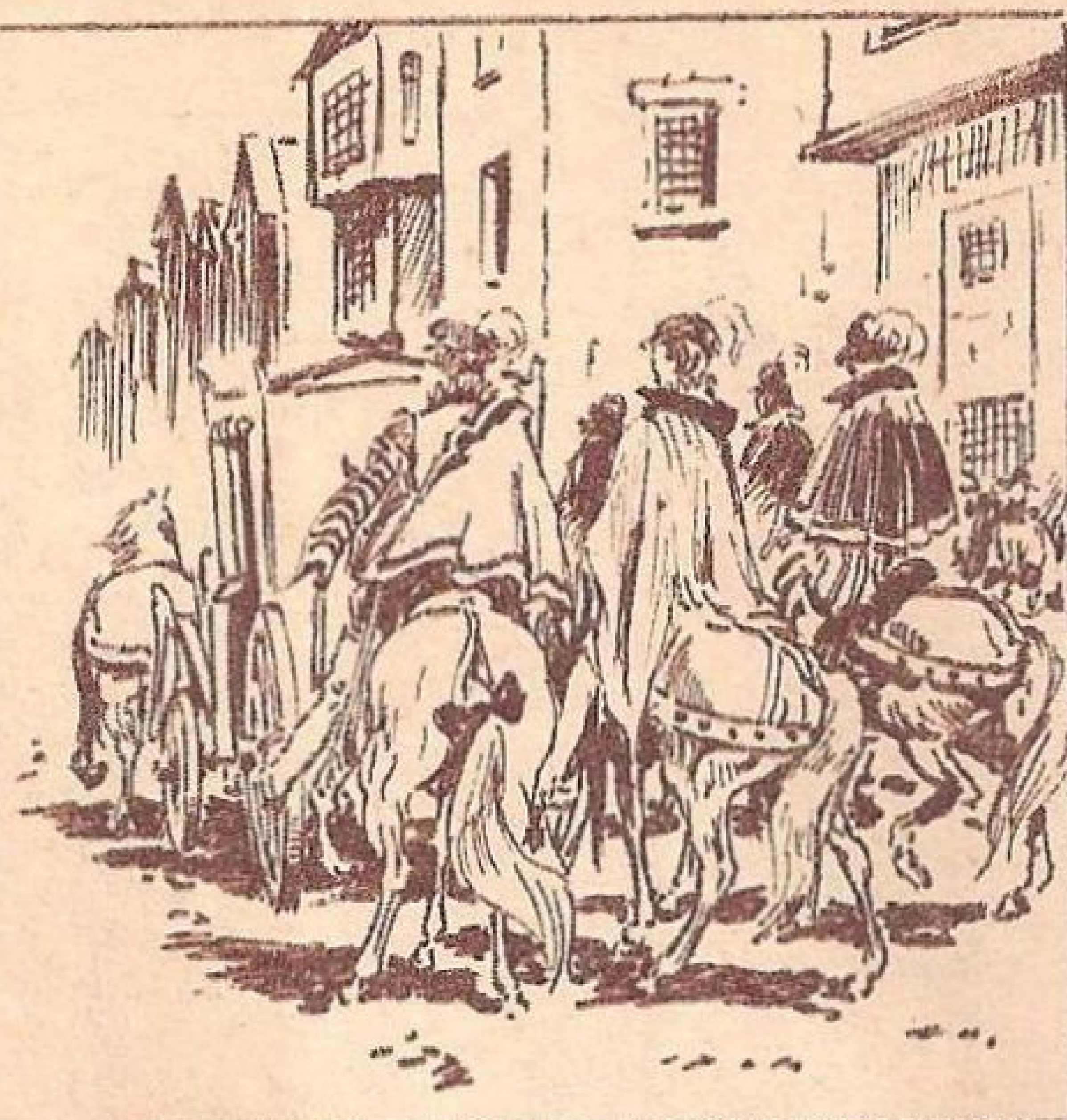




Así, al día siguiente, ataviaron a Isabel a la española, con saya entera de raso verde, acuchillada y adornada con rica tela de oro, y toda ella bordada de riquísimas perlas; collar y cinturón de diamantes, y abanico a modo de las nobles señoras españolas. Sus mismos cabellos, que eran abundantes, rubios y largos, entretejidos y sembrados de diamantes y otras piedras preciosas, le servían de tocado.



Con este adorno riquísimo, y con su gallarda disposición y milagrosa belleza, se mostró aquel día Isabel en las calles de Londres. Iban con ella, en la carroza, Clotaldo, su mujer y Ricaredo, y, a caballo, a modo de escolta, muchos ilustres parientes del novio.





Llegados a palacio, fueron introducidos en una gran sala, donde estaba la Reina. Isabel se adelantó y fué a ponerse de hinojos ante ella. —Dé Vuestra Majestad las manos a esta su sierva, que desde hoy se tendrá por señora, pues ha sido tan venturosa que ha llegado a ver la grandeza vuestra.

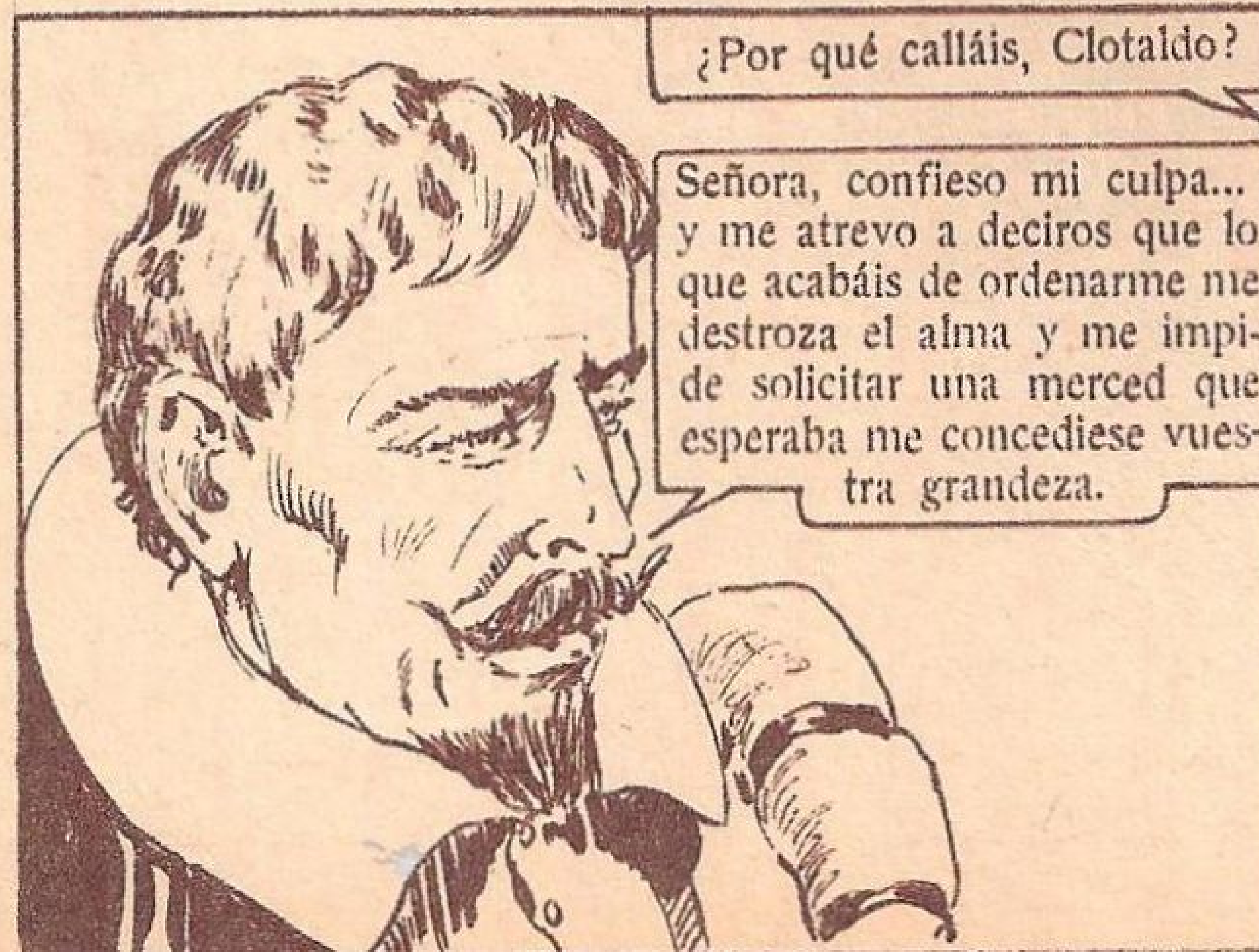


La Reina se quedó mirándola, muda de asombro, pareciéndole, según dijo después a su camarera, que veía un cielo estrellado, cuyas estrellas eran las muchas perlas y diamantes que Isabel traía; su bello rostro y sus ojos, el sol y la luna, y toda ella, una nueva maravilla de hermosura.

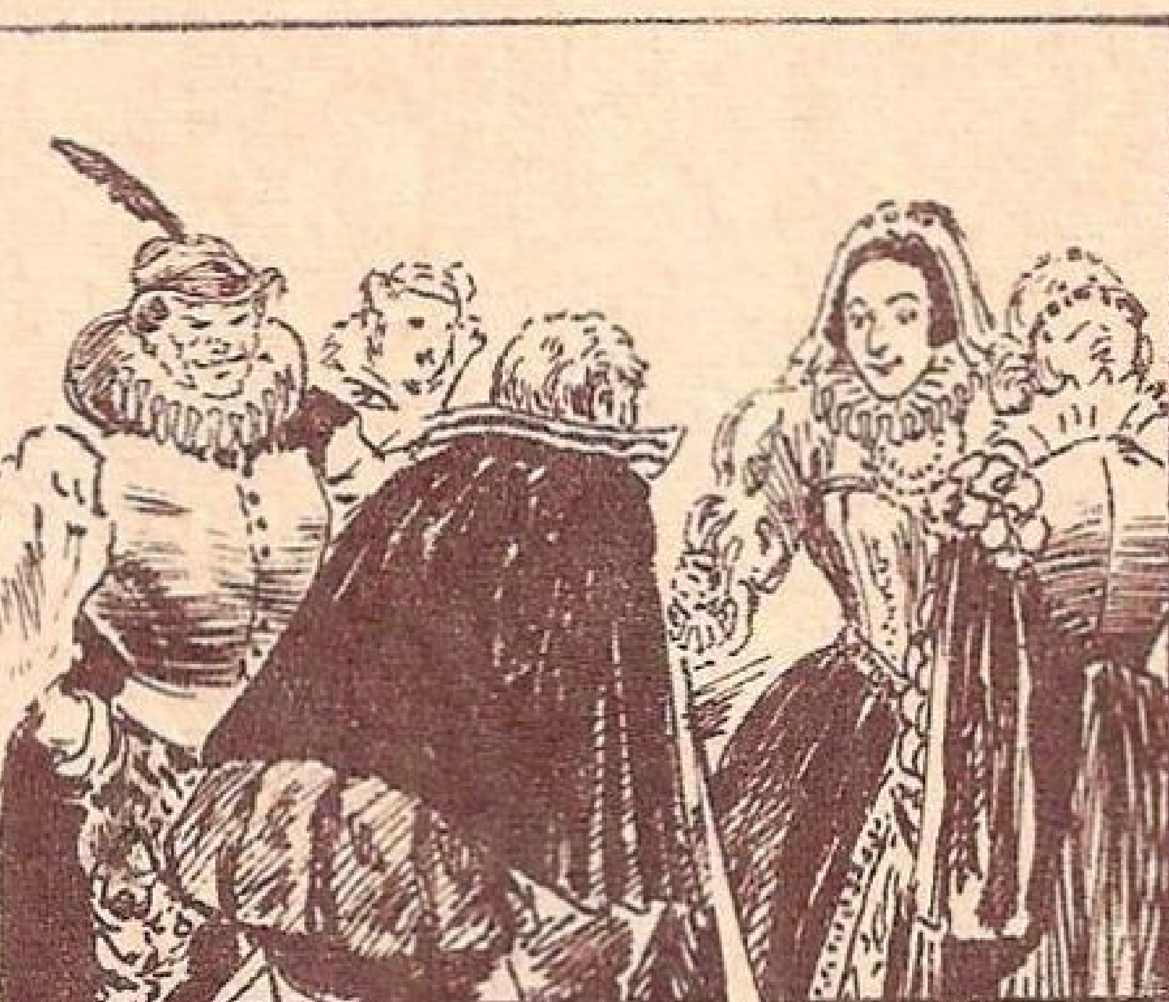


La Reina le puso la mano sobre los cabellos cariñosamente y, volviéndose a Clotaldo, le dijo: —Agravio me habéis hecho en tenerme este tesoro tantos años encubierto. Mas él es tal, que comprendo que os haya movido a codicia y os perdono; pero estáis obligado a restituírmelo, porque me corresponde por derecho.








La Reina volvió a acariciar a la joven. —Hasta el nombre me contenta —comentó—. Isabel es el mío, y el de la más grande de las Reinas de España. No le faltaba sino esto para ser perfecta... Pero advertid, Clotaldo, que sé que sin mi licencia la teníais prometida a vuestro hijo.
Así es, señora; pero obré así confiado en que, en premio a los relevados servicios que yo y mis antepasados hemos prestado a esta corona, mi hijo era merecedor de esa licencia.


—Vuestro hijo no la tendrá hasta que se haga merecedor de ella por sí mismo — contestó la Reina—. No quiero que para esto le aprovechen ni tus servicios ni los de tus antepasados. Yo le daré ocasión a Ricaredo para que, con propios méritos, se gane el amor de Isabel, a la que ya quiero como a una hija.


Al oír estas últimas palabras, la joven volvió a hincarse ante la soberana.


Ricaredo, que había permanecido silencioso, adelantóse entonces.
Sabéis, Señora, que para serviros no necesito premios de ninguna clase; pero, puesto que vos me ofrecéis como tal lo que más amo en este mundo, decidme cómo he de ganarlo.


—Dos navíos — respondió la Reina— están para partir en corso, de los cuales he hecho general al Barón de Lansac; de uno de ellos os hago a vos capitán, porque vuestra sangre me asegura que sois digno de ello. Embarcaos, y yo os guardaré a Isabel hasta vuestro glorioso regreso.
Decís bien, Majestad, porque no he de volver hasta que mis hazañas me hagan merecedor de Isabel.


Besó el mozo las manos a la Reina y fué a hincarse ante Isabel, que derramaba abundantes lágrimas.
Levantaos, Ricaredo; abrazad a vuestra prometida y dadle la bendición, que bien lo merece el amor que os demuestra.

Poco después, Ricaredo y sus padres salieron de palacio. Mientras éstos se dirigían a su casa, aquél fué a entrevistarse con el Barón de Lansac, quien le explicó qué instrucciones había recibido de la Reina.



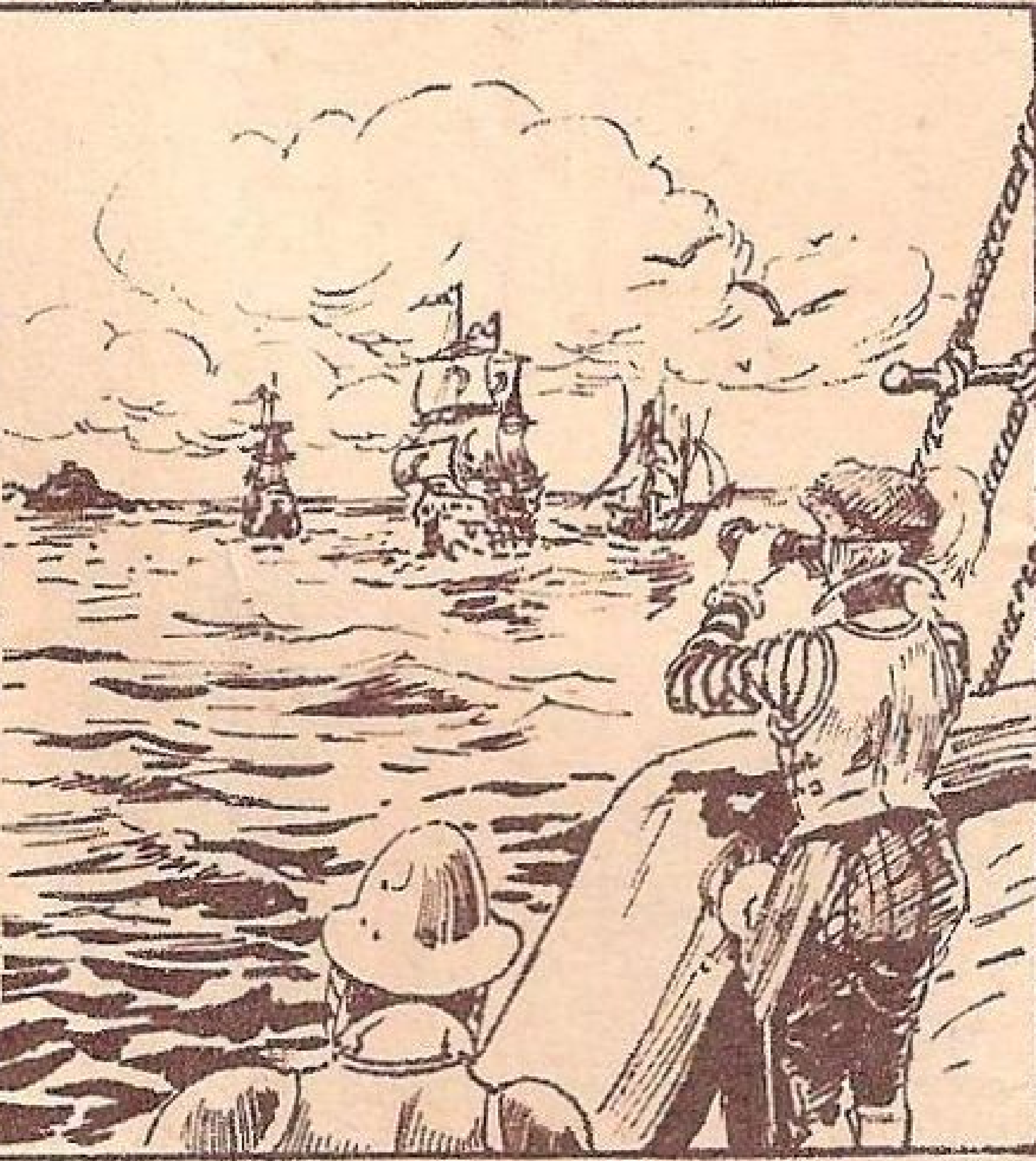
Seis días navegaron los dos navíos con próspero viento, siguiendo la derrota de las islas Terceras, paraje donde nunca faltan o naves portuguesas de las Indias Orientales, o algunas derrotadas de las Occidentales. Por fin les dió de costado un recísimo viento, que los arrastró a las costas de España. Allí, en la...

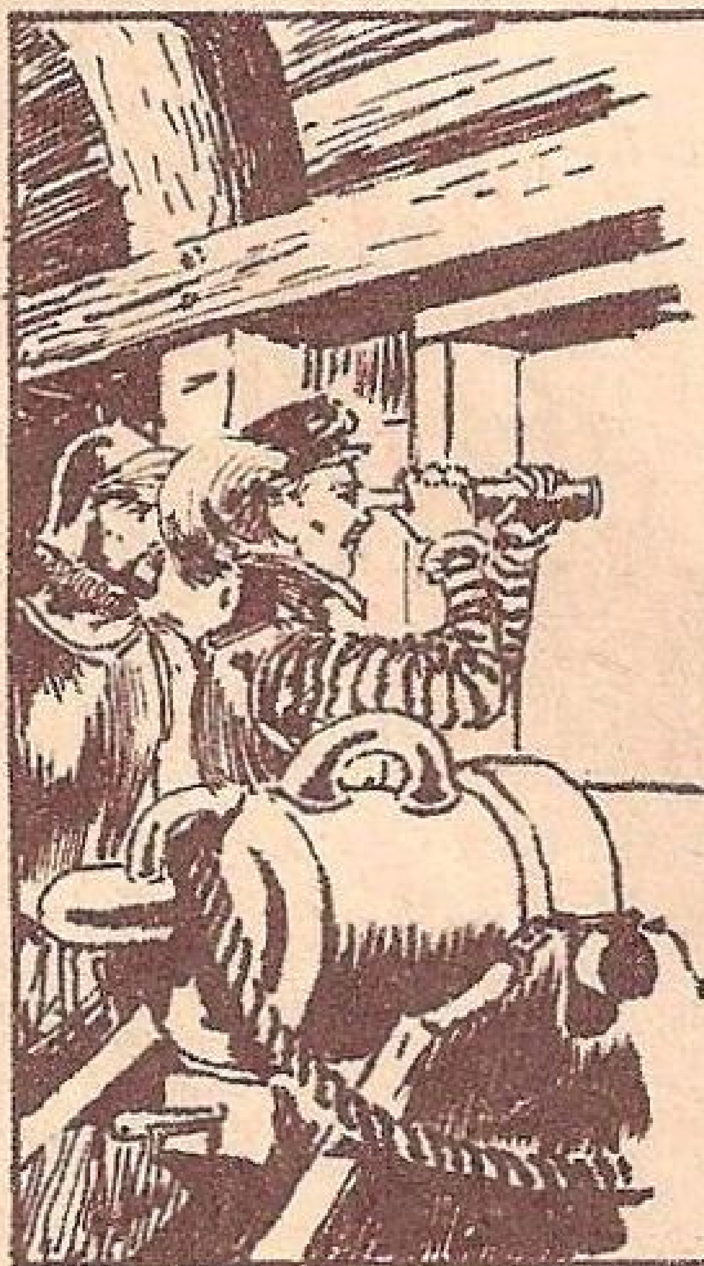


...boca del estrecho de Gibraltar, descubrieron tres navíos, uno poderoso y grande, y los otros dos pequeños. Arribó la nave de Ricaredo a la capitana, para saber si el general Lansac quería embestir a los extranjeros, cuando oyó que tocaban en aquélla clarines y trompetas en señal de duelo.

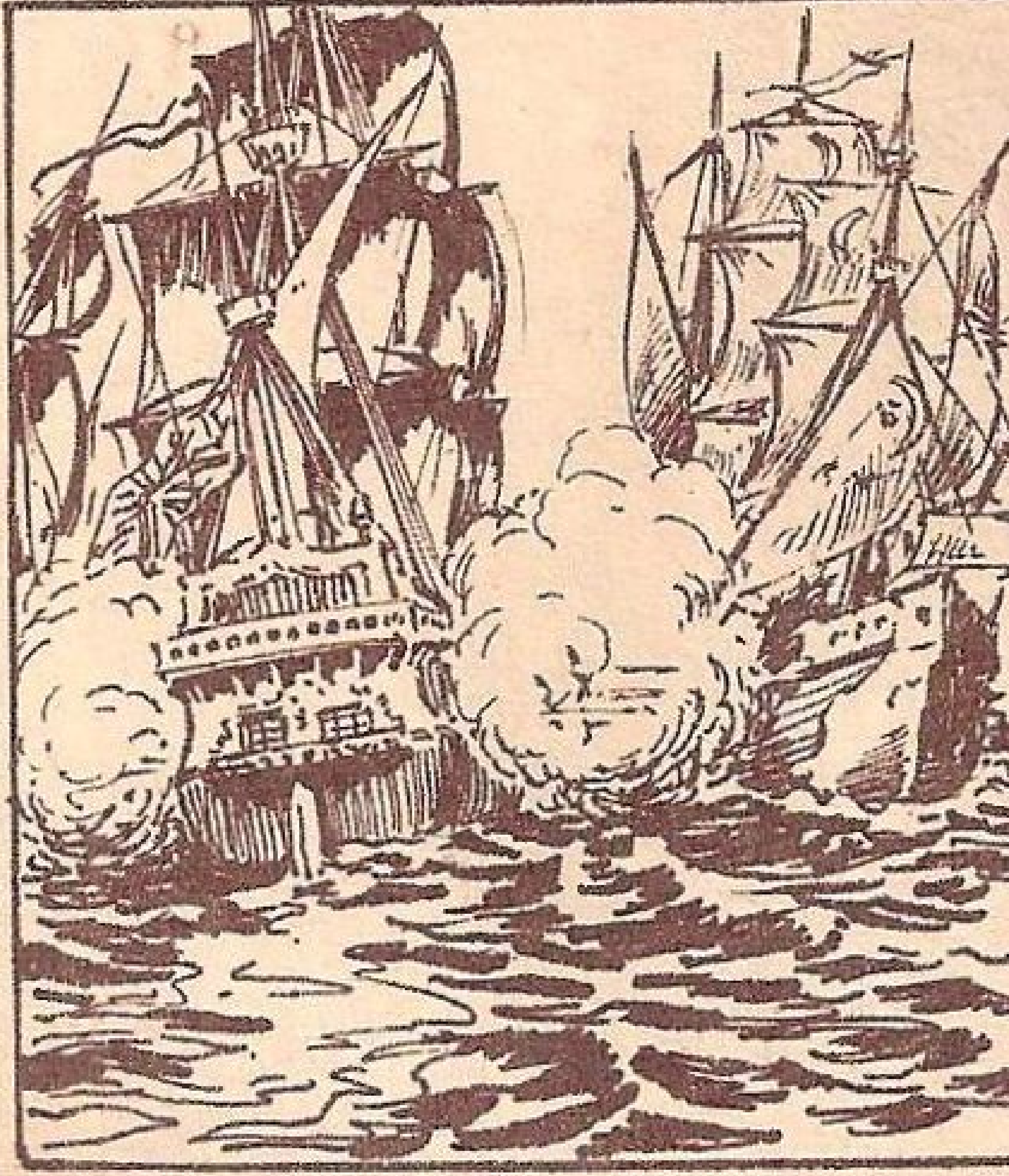


Ricaredo, siguiendo las órdenes dadas por la Reina, tomó inmediatamente el mando de las dos naves inglesas, cuyos tripulantes lo aclamaron por su general con breves ceremonias, no dando lugar a otra cosa dos de las tres embarcaciones que habían descubierto, las cuales se lanzaron al ataque desviándose de la más grande.





Ricaredo advirtió, por las medias lunas que se veían en las banderas, que se trataba de galeras turquescas, y se alegró pensando que, si el cielo le concedía aquella presa, no había temor de que con ello ofendiese a ningún católico. Los navíos ingleses, para que no se los reconociera y no se los tuviese por corsarios, no llevaban las insignias inglesas, sino las españolas, y esto confundió a los musulmanes, que creyeron que aquéllos eran barcos que regresaban de las Indias, repletos de carga y que con facilidad se rendirían.



Ricaredo dejó llegar a los enemigos hasta tenerlos a gusto de su artillería, la cual mandó disparar a tan buen tiempo que abrió por medio una de las galeras y dejó a la otra poco menos que destrozada. Los turcos trataron, entonces, de pasarse a las embarcaciones inglesas.

Ricaredo mandó que se usasen contra ellos los arcabuces, y así, el fuego de éstos terminó con los infieles que no se habían ido al fondo del mar con las naves turquescas. Luego fue tomada la nave mayor de las extranjeras, que había permanecido inactiva, en la que se encontraron muchos prisioneros españoles. Preguntóles Ricaredo qué navío era aquél, y ellos respondieron que era una nave que venía de la India de Portugal, cargada de especería, y con tantas perlas y diamantes, que valía más de un millón de oro



Explicaron también los españoles que las dos galeras turcas, que eran del corsario Arnaute Mamí, habían rendido al barco portugues el día antes y que, a lo que habían oído decir, por no poder pasar tanta riqueza a sus bajeles, se lo llevaban a su país.



Les dijo Ricaredo que eran de Inglaterra, noticia que dio que temer a los que la oyeron, pensando, como era razón, que de un lazo habían caído en otro, pues de los turcos habían pasado a los ingleses. Mas el joven general los tranquilizó prometiéndoles la libertad. Y no sólo cumplió su promesa, sino también dispuso que una de sus naves transportase a los españoles a su patria.



Todos le dieron infinitas gracias por la merced que les hacía, pero el último que se iba a embarcar se arrodilló ante Ricaredo y le dijo:



En la batalla de Cádiz, que hace quince años ganaron los ingleses, perdí una hija que éstos debieron de llevarse a Londres, y con ella perdí la luz de mis ojos y el descanso de mi vejez.

Con mi hija se fue también mi hacienda, pues me faltaron desde entonces ánimos para atenderla. Quince años hace de la primera de esas desgracias, y no pudiéndola resistir ya, mi mujer, que es aquella triste anciana que ves allí sentada, y yo determinamos irnos a las Indias.



Nos embarcamos en un navío hace seis días, pero éste fué atacado por los bajeles de Arnaute Mamí al salir de Cádiz, y nosotros fuimos apresados. Cautivos de los turcos estábamos cuando ellos tomaron esta gran nave portuguesa.

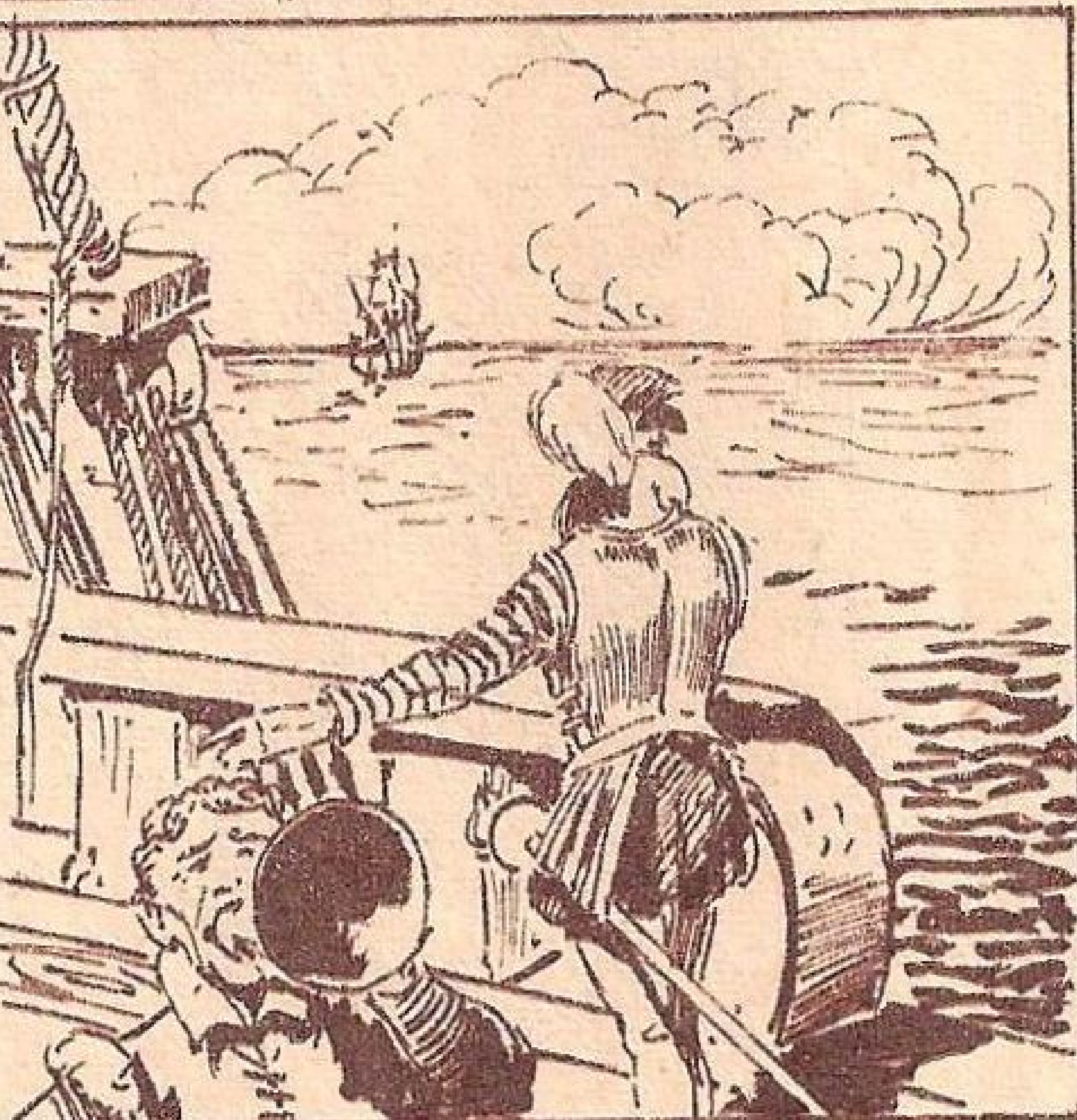




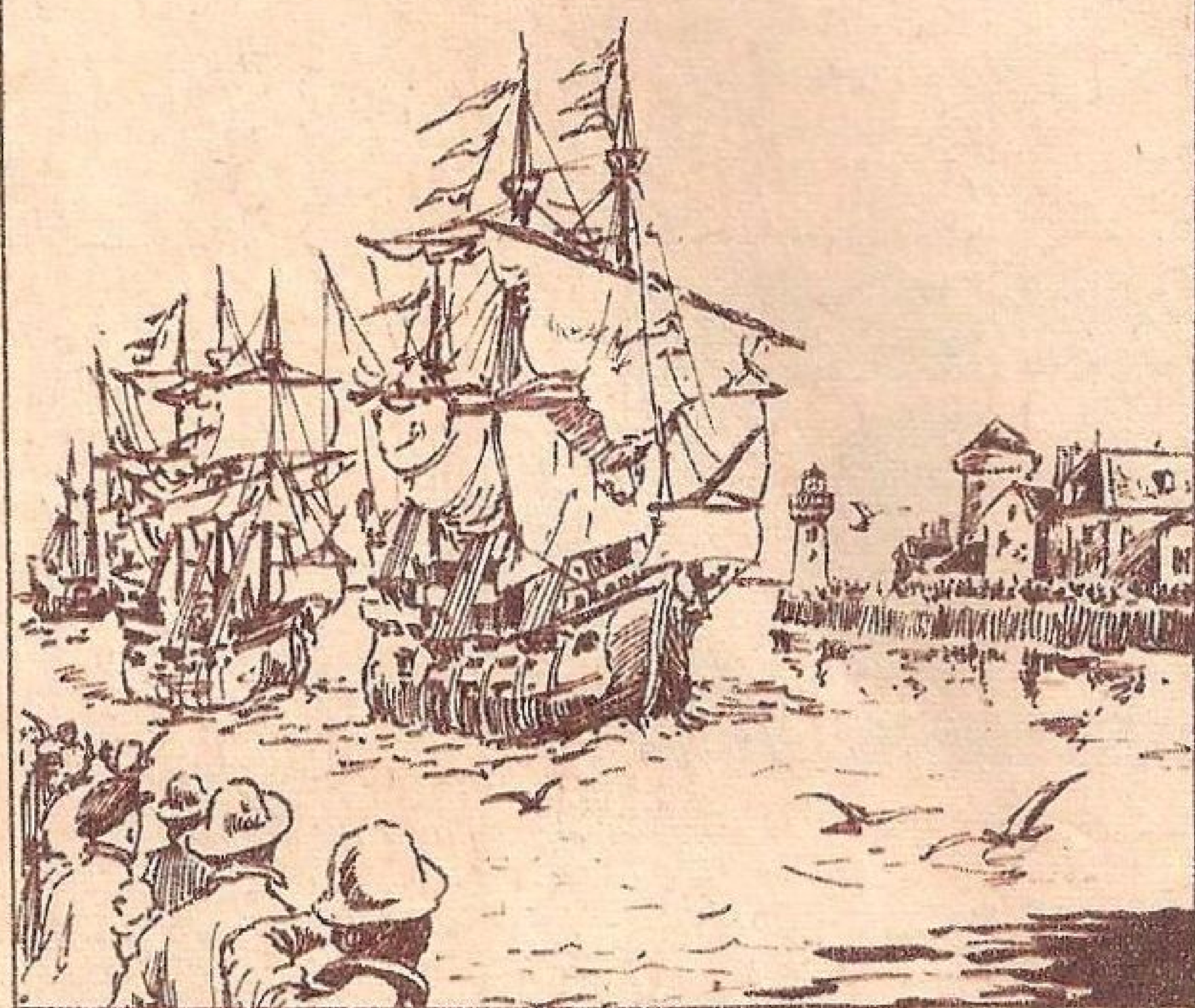
Con esto acabó de confirmarse el joven oficial en lo que había sospechado: que aquél era el padre de su querida Isabel, y, sin darle noticia alguna de ésta, le dijo que de buena gana llevaría a él y a su mujer a Londres, donde podría ser que hallasen a la hija. Hízolos pasar a la nave capitana y los colmó de atenciones.

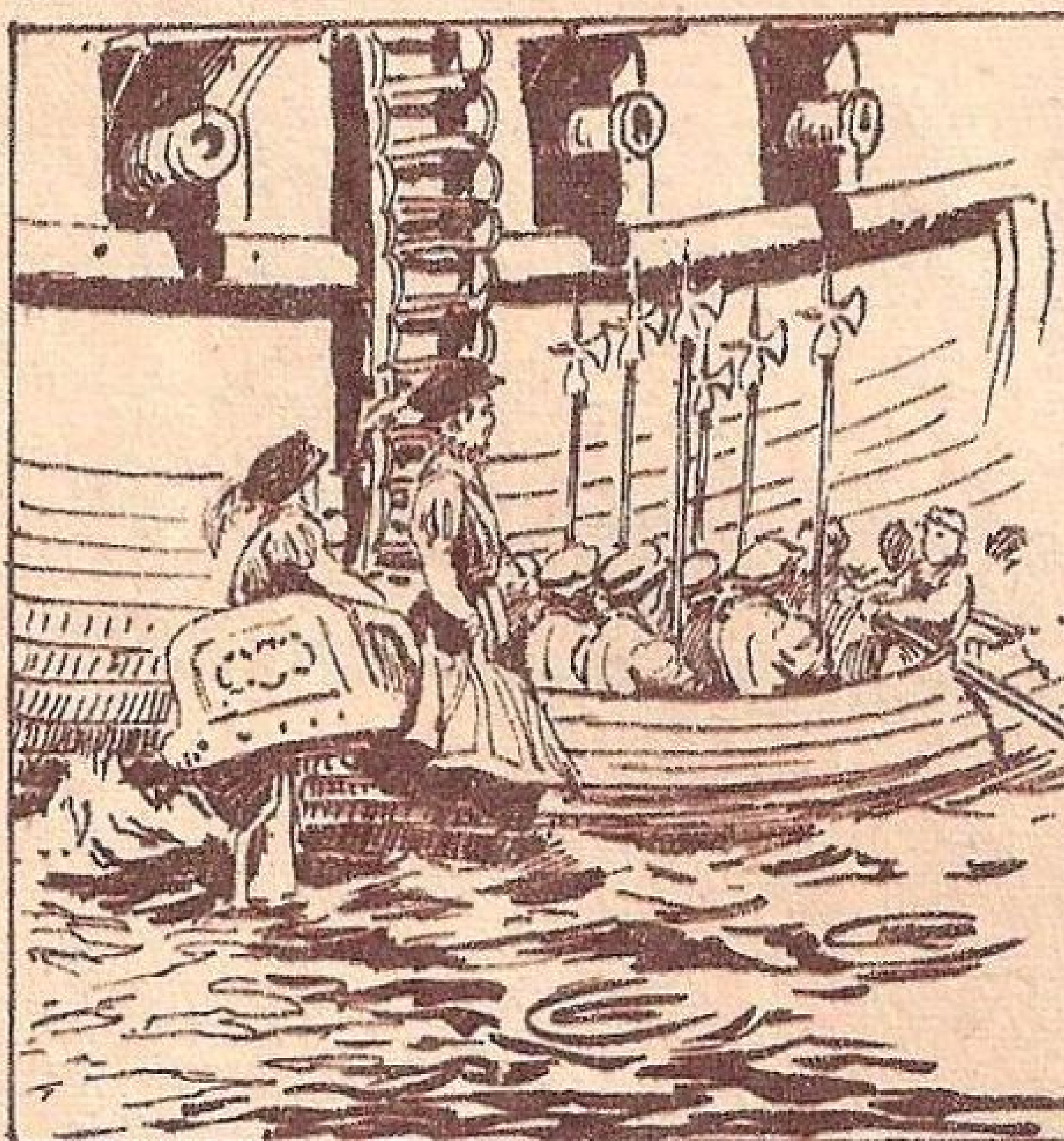


La otra embarcación inglesa partió para llevar a los cautivos al puerto español más próximo, y Ricaredo, luego de poner marineros en la nave portuguesa y encargar del mando a un oficial de su confianza, ordenó alzar velas y hacer rumbo a Inglaterra.



El viento les fue favorable, y a los nueve días se hallaban a la vista de las islas. No quiso Ricaredo entrar en el puerto de Londres con muestras de alegría, por la muerte del general Lansac, y, así, mezcló las señales alegres con las tristes. Esto tenía en suspenso al numeroso público que había salido a recibir las naves: reconocieron que la menor de ellas era la capitana del Barón de Lansac, pero nadie se explicaba cómo el otro barco inglés se hubiese cambiado con aquella poderosa nave, que debió quedarse en el mar, pues no pudo entrar en el río de tan grande que era.





Empezaba a cundir el temor de que fuese una emboscada enemiga, pero la tranquilidad renació cuando se vio a Ricaredo saltar en el esquife, con las insignias de general y armado con ricas y resplandecientes armas. Sin esperar otro acompañamiento que el del vulgo que lo seguía, se dirigió el joven a...

...palacio, donde estaba ya la Reina deseosa de saber qué navíos eran los recién llegados. Con la Reina y con otras damas, se hallaba Isabel, que estuvo a punto de desmayarse al ver a su prometido. Era éste tan gallardo y varonil, y tan bien llevaba las armas y lucía sus galas de marino, que, al verlo avanzar con paso brioso, muchos lo compararon a Marte, el dios de las batallas.



Llegó Ricaredo ante la Reina, se arrodilló y dijo:

Alta Majestad: en fuerza de vuestra ventura y en consecución de mi deseo, después de haber muerto de una apoplejía el general Lansac, me hice cargo del mando de nuestras naves y, tras echar al fondo del mar a dos galeras de corsarios turcos, me apoderé de ese gran barco que allí veis, al que los musulmanes llevaban a remolque después de haber dado muerte a los portugueses que lo tripulaban.



"Viene cargado de especias, perlas y diamantes y otras mercancías que valen mucho oro. A ninguna cosa se ha tocado. Yo lo mandé guardar para Vuestra Majestad, que, con una sola joya que me dé, quedaré aún en deuda de otras diez naves como ésta."



—Levantaos, Ricaredo—respondió la soberana—, y creedme que si por precio os hubiese de dar a Isabel, no lo podríais pagar ni con lo que trae esa nave ni con lo que queda en las Indias.





Se retiró Ricaredo, luego de despedirse tiernamente de Isabel, y marchó a su casa, donde fue recibido con muestras de entrañable amor por sus padres, amigos, parientes y conocidos. Se hicieron...



...grandes fiestas en Londres aquella noche para festejar el triunfo de las armas inglesas, y al día siguiente fué Ricaredo a palacio, llevando consigo a los padres de Isabel. Llegaron a donde la Reina estaba en medio de sus damas, esperando a...

...Ricaredo, a quien quiso lisonjear con tener junto a sí a Isabel, vestida con aquel mismo traje que llevó la primera vez que visitó el palacio. Y, en verdad, estaba más hermosa ahora que entonces. Al verla, los padres quedaron asombrados de la belleza de Isabel, pero no la reconocieron, aunque el corazón les empezó a saltar en el pecho con un dulce presentimiento. Ricaredo y los dos ancianos españoles se arrodillaron ante la Reina.





Al oír esto, levantó Isabel la vista para mirar a los que decían ser de Cádiz, con el deseo de saber si por ventura conocían a sus...



...padres. Así como Isabel alzó los ojos, los puso en ella su madre y se quedó mirándola atentamente.

En la memoria de la joven comenzaron a despertar unos confusos recuerdos. ¿Dónde había visto, en otro tiempo, a aquella mujer? ¿Dónde? El padre estaba en la misma confusión, sin atreverse a dar crédito a la verdad que sus ojos iban mostrándole. Ricaredo, por su parte, observaba cuidadosamente los movimientos y reacciones de aquellas almas perplejas.



La Reina vio trasudar a Isabel y levantar la mano muchas veces para componerse el cabello, y debió de adivinar algo de lo que ocurría, porque mandó a la joven que preguntase a los ancianos, en español, por qué habían querido ir a Inglaterra. Interrogó Isabel a su madre, la...

...cual, sin responderle palabra, desatentadamente y medio tropezando, se acercó a su hija y, sin que la moviese a respeto el sitio donde estaba, alzó la mano a la oreja derecha de la muchacha y descubrió un lunar que allí tenía. Esta...



...señal la acabó de convencer de que Isabel era su hija. Entonces, abrazándose con ella, la madre dio rienda suelta a su alegría.



Luego, sin poder pasar adelante, se cayó desmayada en los brazos de Isabel. El padre, no menos tierno que prudente, dió muestras de su sentimiento derramando abundantes lágrimas. Juntó Isabel su rostro con el de la madre y, volviendo los ojos al padre, de tal manera lo miró, que le dió a entender la dicha que sentía su alma de verlos allí.



La Reina, admirada del suceso, alegróse también y mandó que los padres de Isabel se quedasen en palacio con la hija. Ricaredo se holgó mucho de ello. y pidió a la Reina que cumpliese cuanto antes su palabra de darle por esposa a la bella española.





Mas, cuando pasaban los días y todo parecía llegar a feliz término, surgió un inconveniente inesperado. Es, pues, el caso que la camarera mayor de la Reina tenía un hijo, llamado el Conde Arnesto. La nobleza de la sangre y los favores de que gozaba su madre en la corte hacíanle arrogante y vanidoso. Este se enamoró tan desesperadamente de Isabel, que perdió el seso.

Aunque ella lo había tratado desdeñosamente en cuantas ocasiones intentó cortejarla, el Conde no desistió de su empresa de conquista. Por el contrario, su pasión creció con el desdén, y sus pretensiones matrimoniales, alentadas por el orgullo, fueron cada vez más atrevidas.



Cuando supo que Ricaredo iba a casarse con la dama de sus pensamientos, se puso furioso y pidió a su madre que solicitase a la Reina que le diese a Isabel por esposa a él y no al hijo de Clotaldo.



Desesperada, temiendo por su hijo, la madre decidió al fin comunicar a la soberana el importuno deseo del Conde Arnesto. Entró la camarera mayor en el aposento de la Reina y, de rodillas, suplicó a ésta que suspendiese el desposorio de Isabel por unos días. Quiso saber la Reina primero por qué la mujer le pedía con tanto ahinco aquella suspensión, pero no se lo quiso decir la camarera hasta que le otorgó lo que pedía.

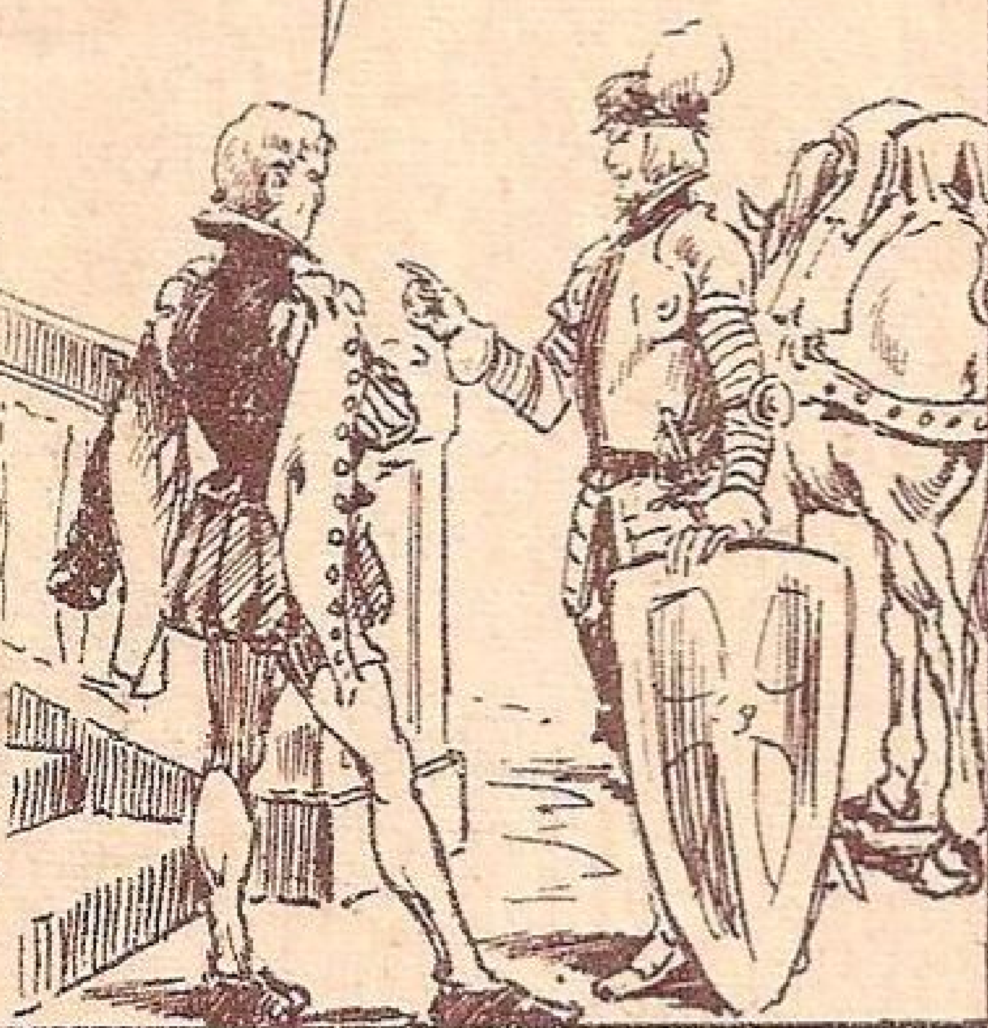
Logrado su primer propósito, la camarera contó a la Reina el insensato amor concebido por su hijo, y su temor de que cometiese un disparate si no se lo complacía. Expresó luego que había solicitado la suspensión de la boda sólo por unos días, en los cuales ella encontraría remedio para el desatino del joven Arnesto.



Esta respuesta dió la camarera a su hijo, el cual, ofendido y despechado, tomó sus armas, montó a caballo, se presentó en casa de Clotaldo y comenzó a llamar a su rival a grandes voces. Ricaredo, sorprendido, se asomó a una ventana.



Arnesto le explicó en pocas palabras sus pretensiones y añadió: —La Reina os mandó fueseis a servirla y os ofreció como premio a Isabel. Tuvisteis la suerte de que muriera el general Lansac y, reemplazándolo, hicisteis los méritos con que ganasteis a la española... Si se me hubiese dado a mí la misma ocasión que a vos creedme que habría realizado mayores hazañas.



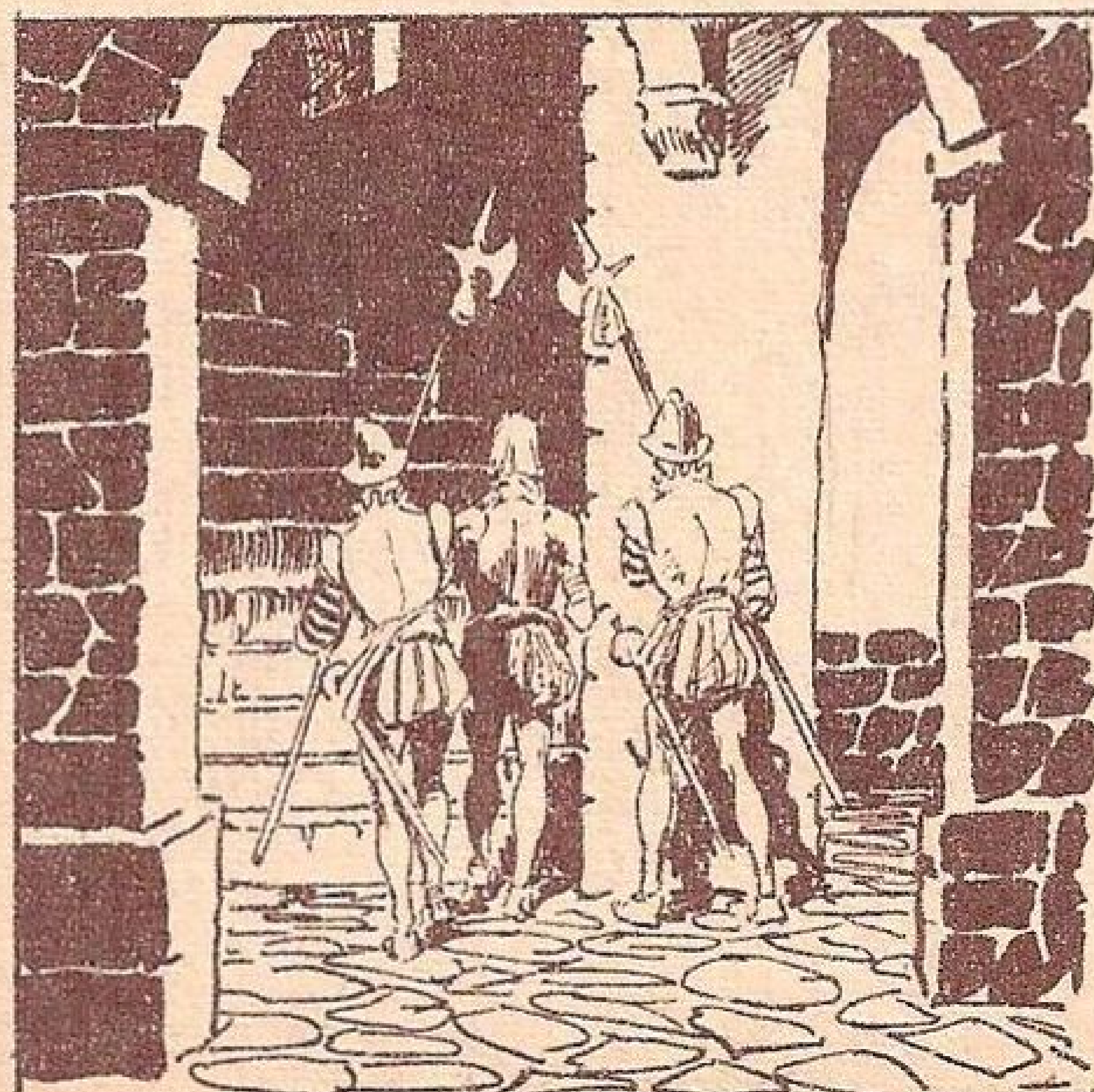
Que no merecéis a Isabel y que, en cuanto a títulos, los míos están por encima de los vuestros. Si queréis contradecirme, os desafío a muerte.



Ricaredo respondió: —En ninguna manera me toca salir a vuestro desafío, señor Conde, porque yo confieso no sólo que no merezco a Isabel, sino que no la merece ninguno de los que hoy viven en el mundo; así, os repito, no me toca vuestro desafío; pero yo lo acepto, no porque me hayáis ofendido diciéndome que no merezco a la bella española, sino por el atrevimiento que habéis tenido en desafiarme.

Mandó Ricaredo traer sus armas para batirse, pero, mientras se preparaba, no faltó alguien que lo fué a contar a la Reina, la cual mandó al capitán de su guardia que prendiese al Conde. Cuando éste vió al capitán, sospechó a qué venía. Determinó no dejar prenderse y alzando la voz gritó a Ricaredo:





El Conde intentó huir, pero fué apresado y conducido ante la Reina. Esta, sin entrar con él en razones y sin escuchar a la camarera, que con lágrimas suplicó el perdón de su hijo, mandó que encerrasen al Conde Arnesto en una torre.

HUMORADAS



—¿Es que no puedes tener tu boca cerrada ni debajo del agua, querida?



—Es usted tan liviana como una pluma, señorita Margrove.



—Prepárense todos a escuchar unas palabras de ánimo de la dirección.

Estos hechos produjeron gran alboroto en la corte, y la camarera aconsejó a la Reina que, para evitar las disputas entre sus parientes y los de Ricaredo, se quitase de por medio la causa, que era Isabel, enviándola a España con sus padres. Pero la soberana se opuso y mantuvo su decisión de que se realizase la boda del hijo de Clotaldo con la española inglesa.



Esto hirió el amor propio de la camarera, quien determinó librarse por su cuenta y riesgo de Isabel. De esta manera le dió a tomar un fuerte tóxico. A poco comenzó a hinchársele la lengua y la garganta, se le enturbiaron los ojos, y cayó como muerta.

Y a punto de morir estuvo, por cierto, pero se salvó gracias a la atención que le prodigaron los médicos de la Reina. Finalmente, Isabel no perdió la vida, pero perdió el cabello, las pestañas, las cejas; su rostro quedó hinchado, la piel quemada y los ojos lagrimosos. Tan desfigurada estaba, que lo que hasta allí había parecido un milagro de hermosura, pareció desde entonces un monstruo de fealdad.



Con todo esto, Ricaredo se la pidió a la Reina y le suplicó se la dejase llevar a su casa, pues estaba dispuesto a casarse con ella, ya que lo que él amaba en Isabel no era el cuerpo sino el alma, y decía que, si su prometida había perdido la belleza, conservaba las infinitas virtudes que la adornaban.



De este modo, Isabel y sus padres fuéronse a vivir a casa de Clotaldo, colmados por la Reina con tales regalos que revelaron el amor que ésta tenía a Isabel, la cual duró meses en su fealdad, sin que diera indicios de poder recobrar su primitiva hermosura. Los padres de Ricaredo, pareciéndoles que aquélla no estaba en condiciones de casarse con su hijo, hicieron venir a su casa a la doncella escocesa con quien iba a contraer matrimonio Ricaredo antes de comprometerse con la española.



No dijeron a Ricaredo nada de lo que tramaban, pues no dudaron de que la belleza de Clisterna —se llamaba así la doncella escocesa—, quien, según se decía, era la más linda del reino después de Isabel, acabaría por rendir al joven oficial. Mas no fue así. Ricaredo, no bien interpretó la intención de sus padres, corrió al lecho de Isabel y le dijo: — Vida mía, mis padres, con el amor que me tienen, aun no bien enterados del mucho que yo te tengo, han traído a casa a una mujer con quien desean casarme.



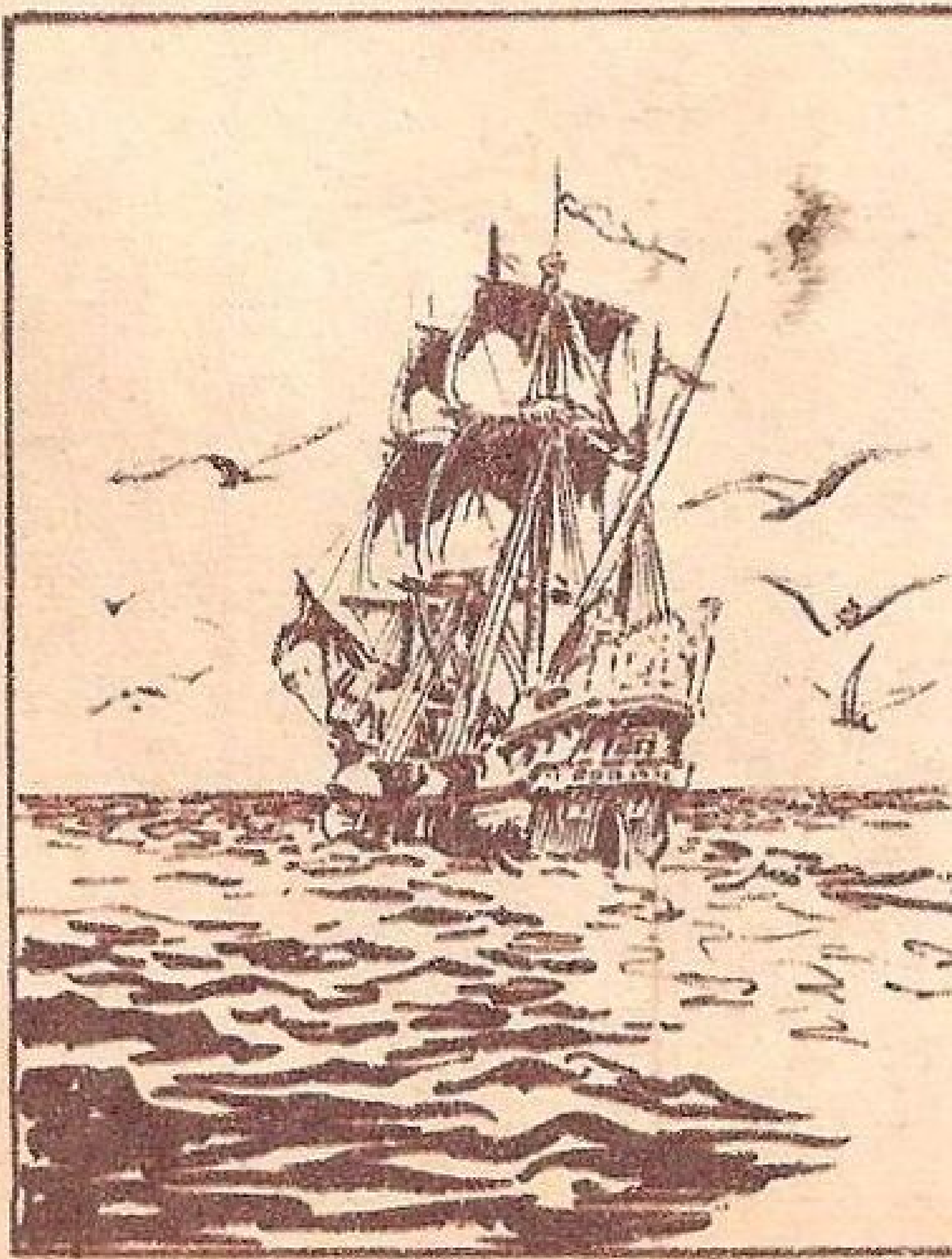
Besóla Ricaredo en el feo rostro, no habiendo tenido jamás atrevimiento de hacerlo cuando era hermoso, y los padres de ella abrazaron a ambos y solemnizaron con tiernas y abundantes lágrimas aquel compromiso secreto que acababa de sellarse.



Ricaredo les dijo entonces que era necesario recurrir a una estratagema para que sus propósitos matrimoniales se llevasen a cabo, y les pidió que, cuando Clotaldo los quisiera enviar a España a los tres, no lo rehusasen, sino que se fuesen y le aguardasen en Cádiz o en Sevilla dos años, dentro de los cuales les daba su palabra de honor de ir a reunirse con ellos y desposarse con Isabel.



Las cosas fueron ocurriendo como convenían a Ricaredo. No tardaron en partir, con rumbo a Cádiz, Isabel y sus padres, dejando contentos a Clotaldo y a su mujer, que creyeron haber recuperado con ello al hijo y redoblaron sus esfuerzos para unirlo con la moza escocesa, que aun permanecía en la casa.

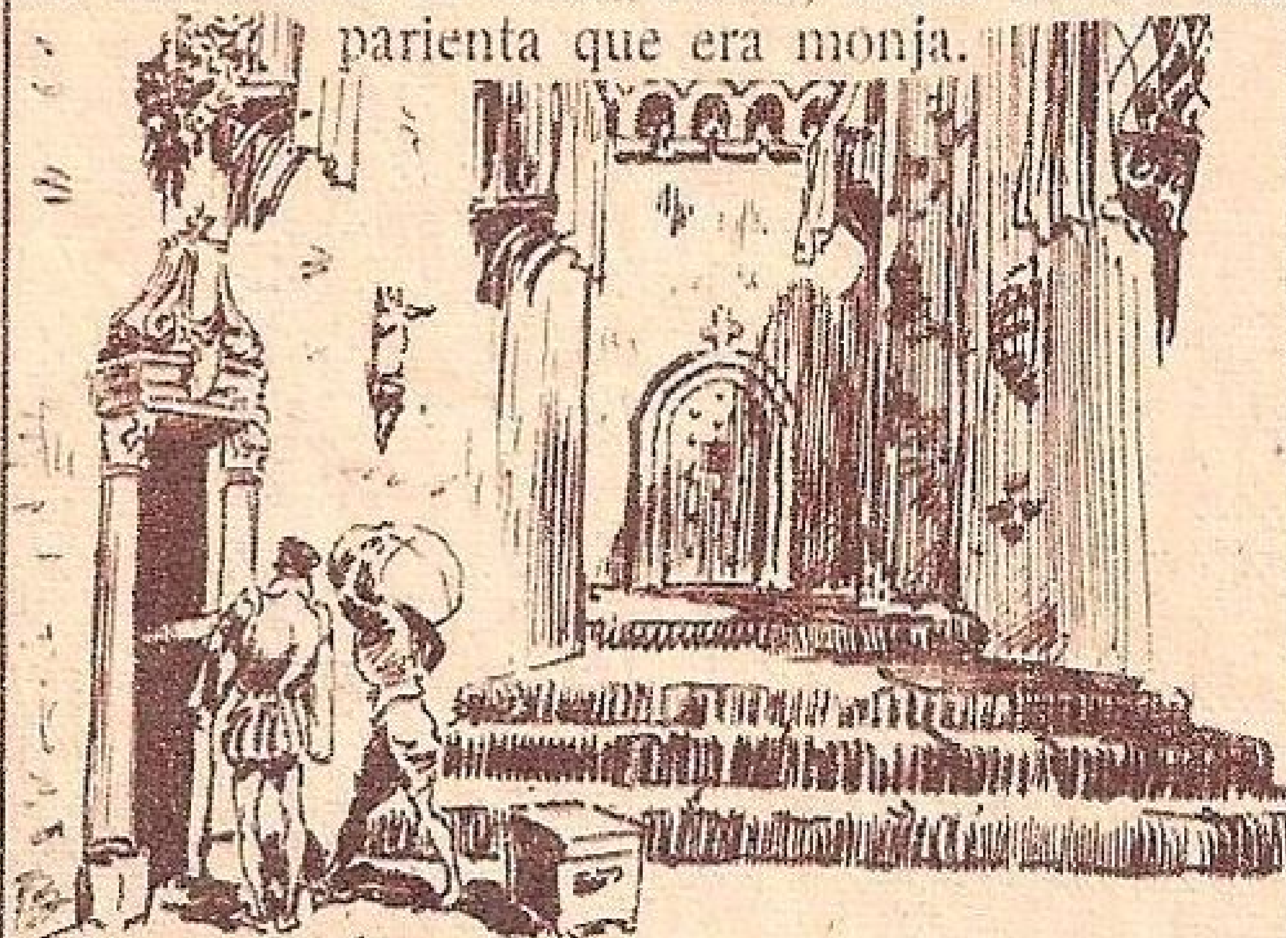


Ricaredo dijo entonces que no se casaría ni daría su mano a la escocesa, sin antes haber ido a Roma a tranquilizar su conciencia. Dijo estas razones a sus padres y parientes, y a los padres de Clisterna, y, como todos eran fervientes católicos, lo creyeron. Así, Clisterna aceptó quedarse en casa de su futuro suegro hasta que regresase Ricaredo, el cual dió un año como término para volver.



Por aquel tiempo, igualmente, la Reina mandó sacar al Conde Arnesto de la prisión y lo puso en libertad, pero lo condenó a seis años de destierro. Arnesto se embarcó para Italia, también en viaje a Roma, cuatro días después que Ricaredo.

Isabel y sus padres, en tanto, se habían establecido en Sevilla y alquilaron una casa vecina del monasterio de Santa Paula, donde tenían una parienta que era monja.



Dios quiso que pocos meses después de haber llegado a España, Isabel recuperase toda su natural belleza, de tal manera que, hablando de hermosas, todos daban en Sevilla el lauro a la inglesa española, como se la llamaba.



Alentada con la esperanza de que Ricaredo iría a buscarla allí, Isabel sentíase la más dichosa de las mujeres. Pasó así un año y medio y, cuando la felicidad parecía más cercana, llegó a manos de la española una carta que le enviaba de Londres la señora Catalina. Al leerla, la pobre novia comenzó a sollozar y a estrujarse las manos.



La carta de la señora Catalina decía que Ricaredo, según el testimonio de su criado Guillarte, que acababa de regresar de Italia, había muerto asesinado por el Conde Arnesto en una posada próxima a Florencia.

En cuanto se calmó un poco, dirigióse Isabel al monasterio de Santa Paula y allí, de rodillas ante la virgen María, hizo voto de ser monja, pues sentíase como viuda del hombre a quien ya amaba como a esposo.



Comunicó la decisión que había tomado a los padres, y en vano éstos trataron de convencerla para que esperase algún tiempo más del término que había dado Ricaredo para su regreso. —¿Para qué demorar? —contestaba—. Entraré al servicio de Dios, y así mi conciencia estará más tranquila y podré rezar por el alma de mi amado Ricaredo.



Pasóse el término fijado por Isabel para tomar los hábitos, que era precisamente el día en que se cumplían dos años de aquel en que se había separado de su novio en Inglaterra. Las gentes, que conocían la hermosura y la virtud de la española inglesa, pugnaban por entrar en el monasterio de Santa Paula para presenciar la ceremonia.



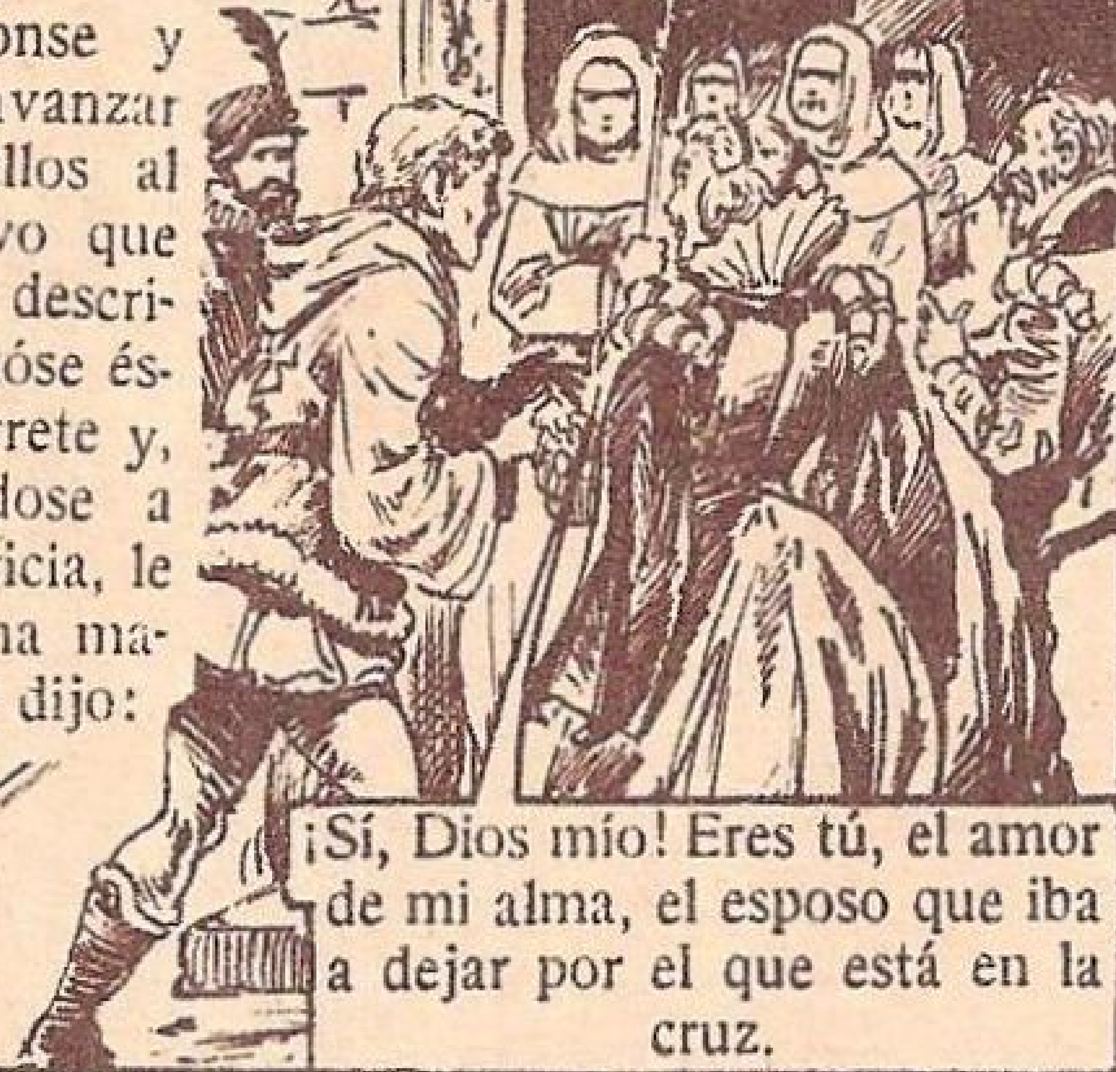
Isabel, como era costumbre en aquel tiempo, quiso vestirse lo más elegantemente que pudo para despedirse de la vida civil y, así, se puso aquel mismo traje que llevó cuando se presentó por primera vez ante la Reina de Inglaterra. Ataviada de este modo, salió la novicia de su casa, a pie, que el vivir tan cerca del monasterio excusó las carrozas. Un numeroso cortejo la seguía. Unos se empujaban por verla, otros...



. . . la bendecían y marchaban a su lado admirando t a n t a perfección y belleza. Pero el que más solícito se mostró en aproximarse a Isabel y en observarla fué un hombre vestido con el hábito de los que vienen rescatados de cautivos por los redentores de la Santa Trinidad. Este cautivo, pues, al tiempo que Isabel ponía un pie dentro de la portería del convento, adonde habían salido a recibirla la priora y las monjas con la cruz, como es uso, le gritó a grandes voces:



A estos gritos, Isabel y sus padres volviéronse y vieron avanzar hacia ellos al c a u t i v o que hemos descrito. Quitóse éste el birrete y, acercándose a la novicia, le tomó una mano y le dijo:





Calmado el alboroto de la gente y aclaradas las cosas en debida f o r m a, Isabel, R i c a redo y los padres de aquélla, j u n tamente con los principales eclesiásticos y otras personas importantes, marcharon a casa de la novicia q u e acababa de convertirse en la más feliz de las novias.



Allí, Ricaredo les contó c ó m o su supuesta muerte era un error del criado Guillarte. Habíanse encontrado c o n el C o n d e Arnesto en u n a posada, y, por la noche, éste, habiéndolos atacado cobardemente, lo hirió a él. Guillarte, viéndolo bañado en. . .

. . . s a n g r e y sin conocimiento, lo creyó muerto y huyó para no parar hasta Londres. —Cuando curé de las heridas, me embarqué en Génova para venir a vuestro encuentro, pero la nave fue tomada por los musulmanes, quienes me tuvieron cautivo hasta que me rescataron los padres de la Santísima Trinidad. Hoy llegué a esta población, con gran. . .

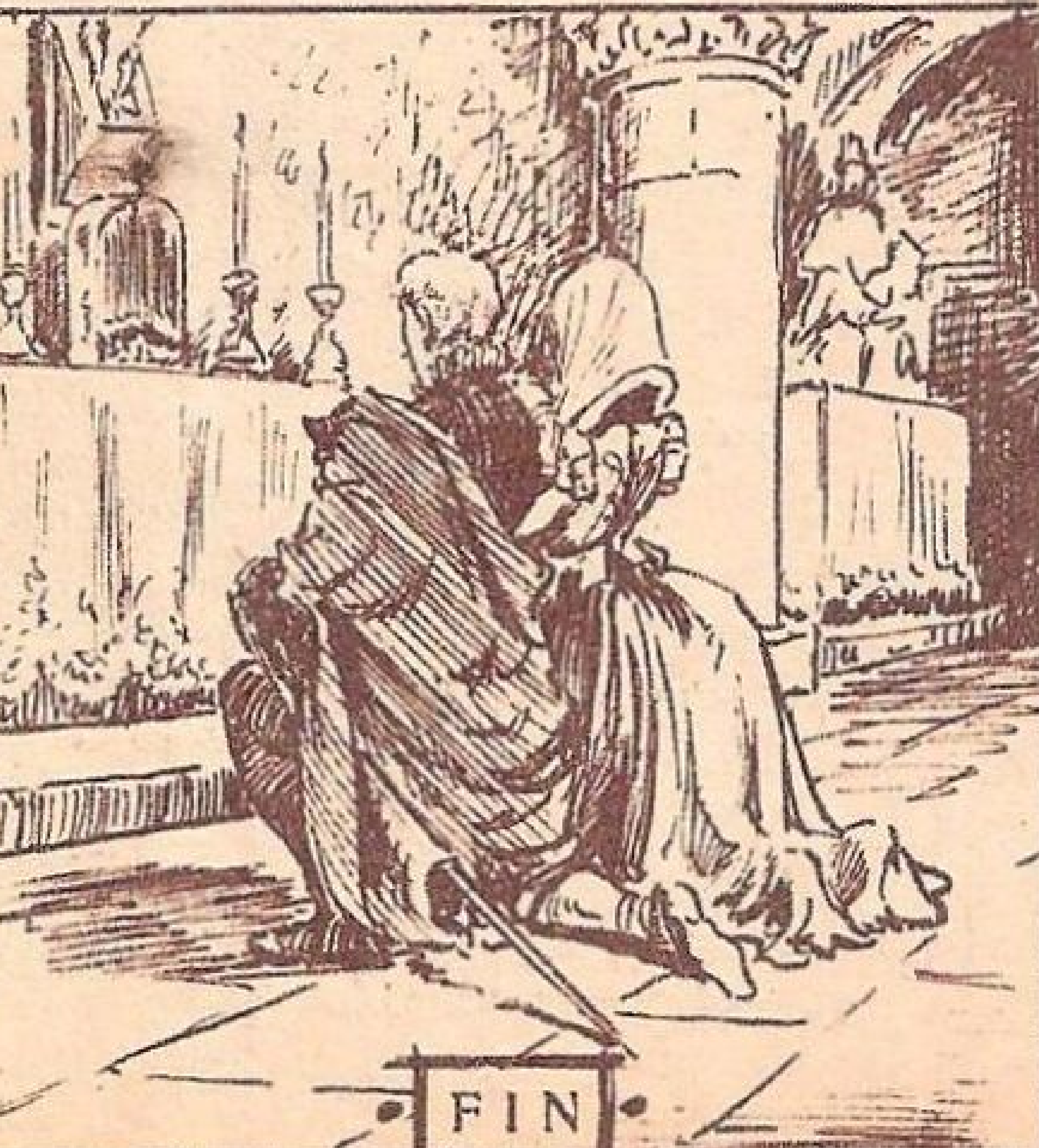




Como la doncella escocesa se había casado apenas tuvo n o t i c i a s de la muerte del hijo de Clotaldo, Ricaredo quedó libre de aquel compromiso y pudo volver a Inglaterra, con Isabel y sus padres, a todos los c u a l e s Clotaldo y Catalina r e c i bieron con gran alegría.



Algún tiempo después, Ricaredo e Isabel se casaron. Volvieron a Sevilla y alquilaron una casa frontera del monasterio de S a n t a Paula, adonde iban a misa muy a menudo, para agradecer a Dios la felicidad que les había dado, y de la cual, según se sabe, disfrutaron por muchos años.



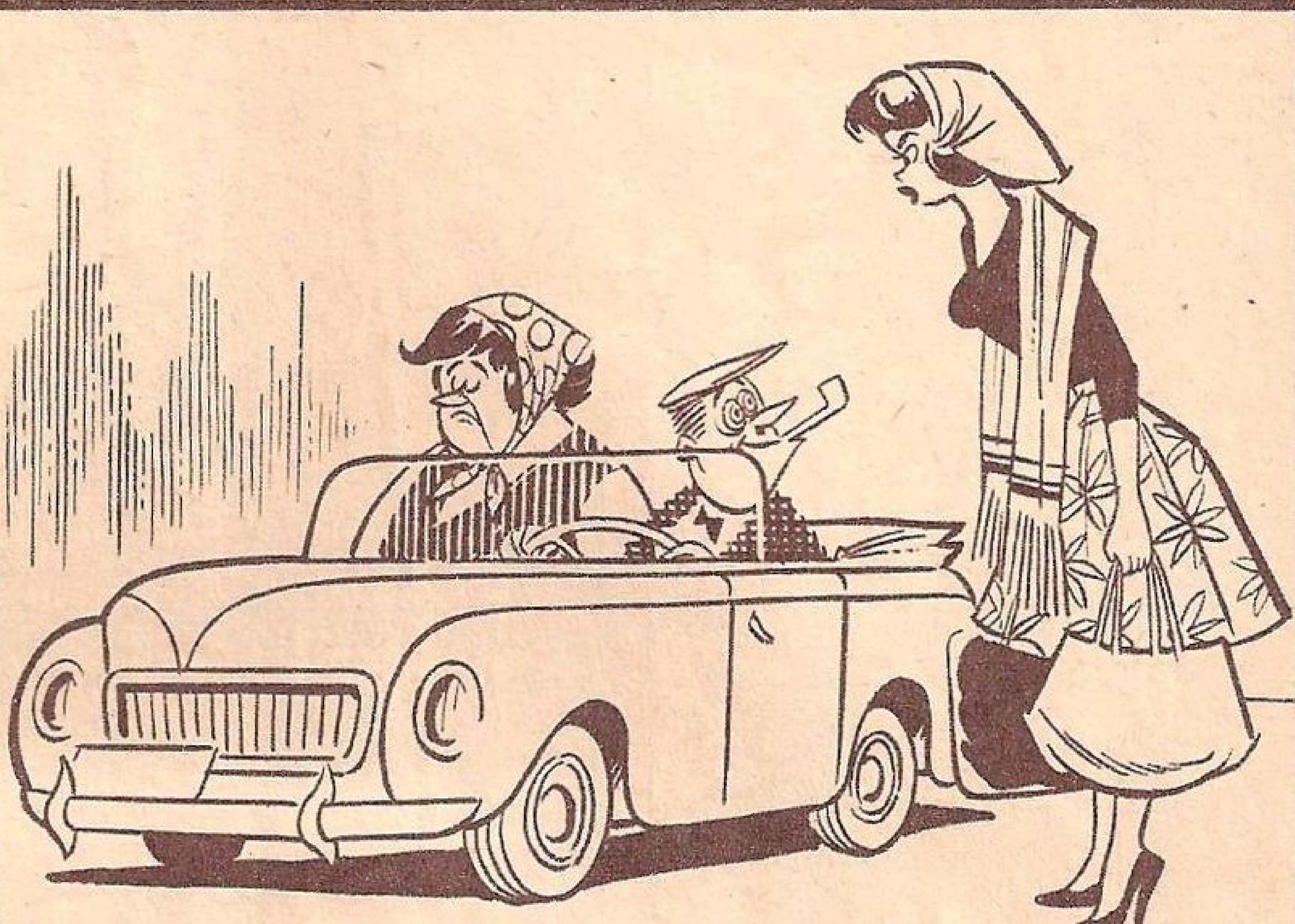
FIN

ELLAS y ELLOS

POR ALFREDO FERRONI



-HACE UNA HORA QUE LLAMAN DE TU OFICINA. DICEN SI TE DISTE CUENTA, QUE POR ERROR, PUSIERON MÁS DINERO EN EL SOBRE DE TU SUELDO.



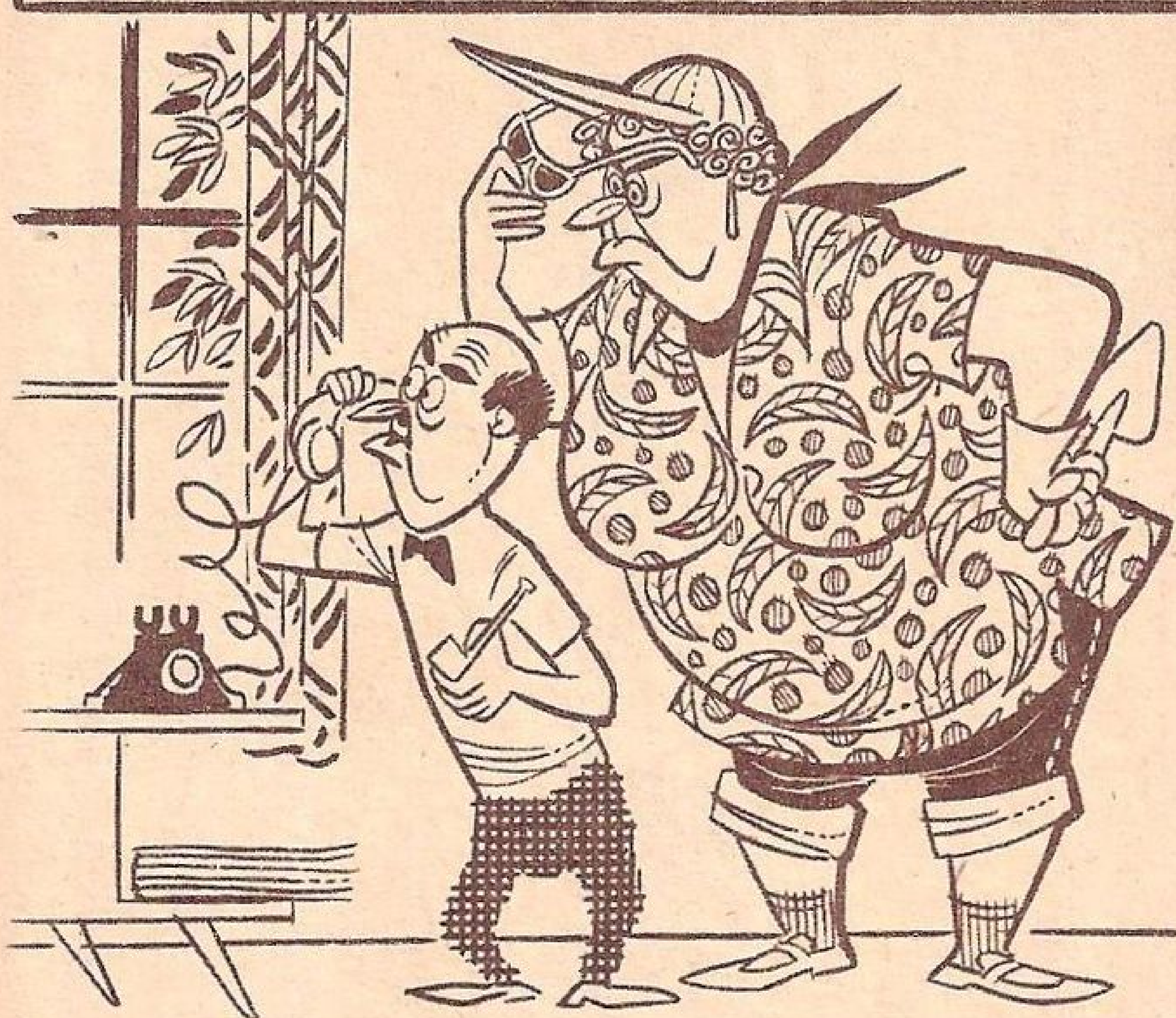
-PUEDO LLEVARLA HASTA QUE MI MUJER SE DESPIERTE...



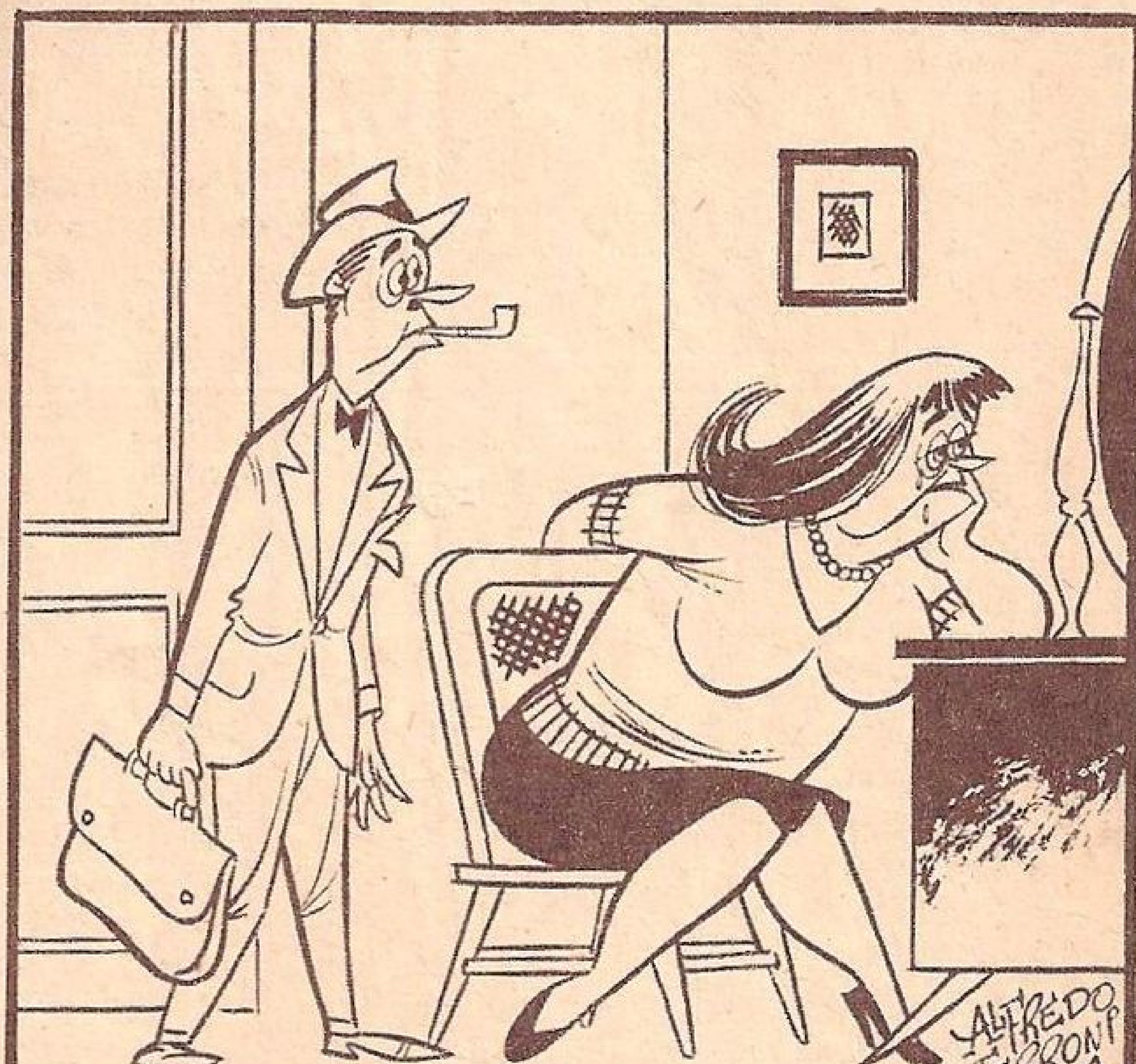
-ESTA ES OTRA DE LAS COSAS, OSVALDO, QUE MOLESTAN A MAMÁ...



-¡PERO, ENRIQUE! ¡LA DIETA LA COMIEN-ZO MAÑANA!



-SE EQUIVOCA, AMIGO ESTEVEZ; LO QUE VIO EN EL JAR-DÍN NO ERA UN ESPANTAPAJAROS... ¡ERA MI SEÑORA!



-¡YA SÉ! ¡TE HAS ENCONTRADO LA SEGUNDA CANA!

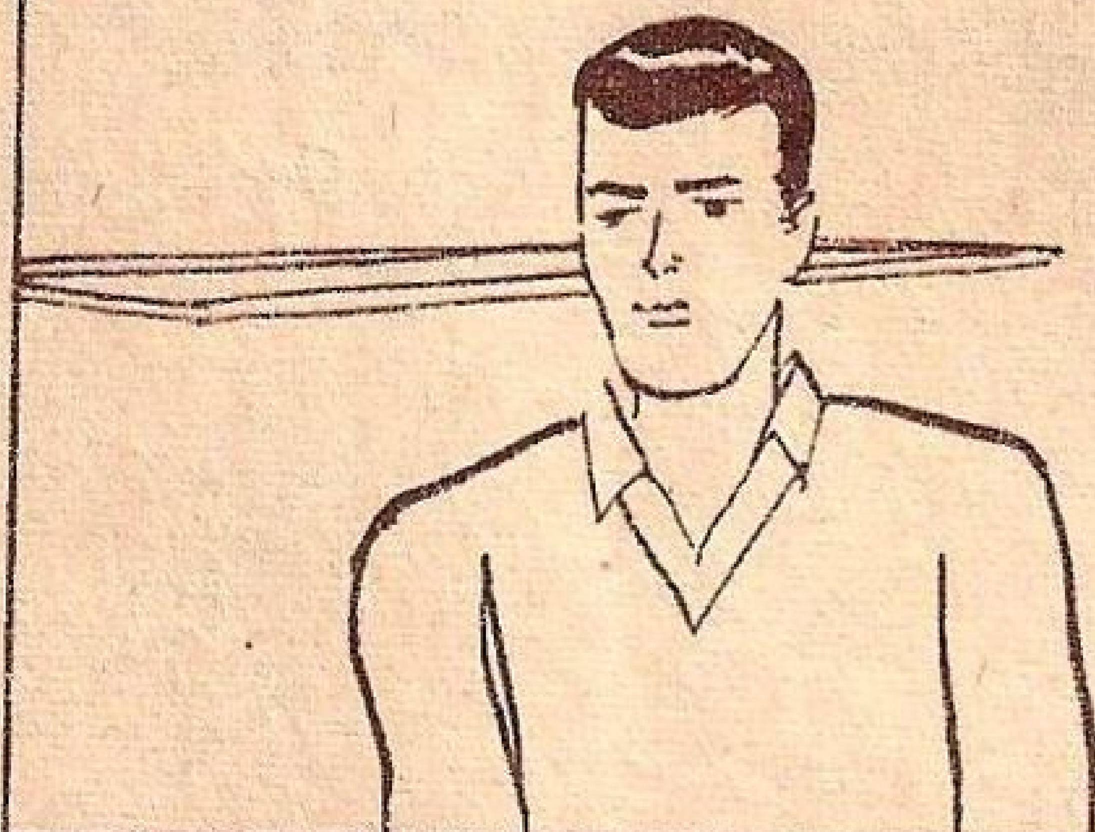
...pero tú me salvabas

Por ALICIA FOYATIER

DIBUJOS DE JORGE PÉREZ DEL CASTILLO





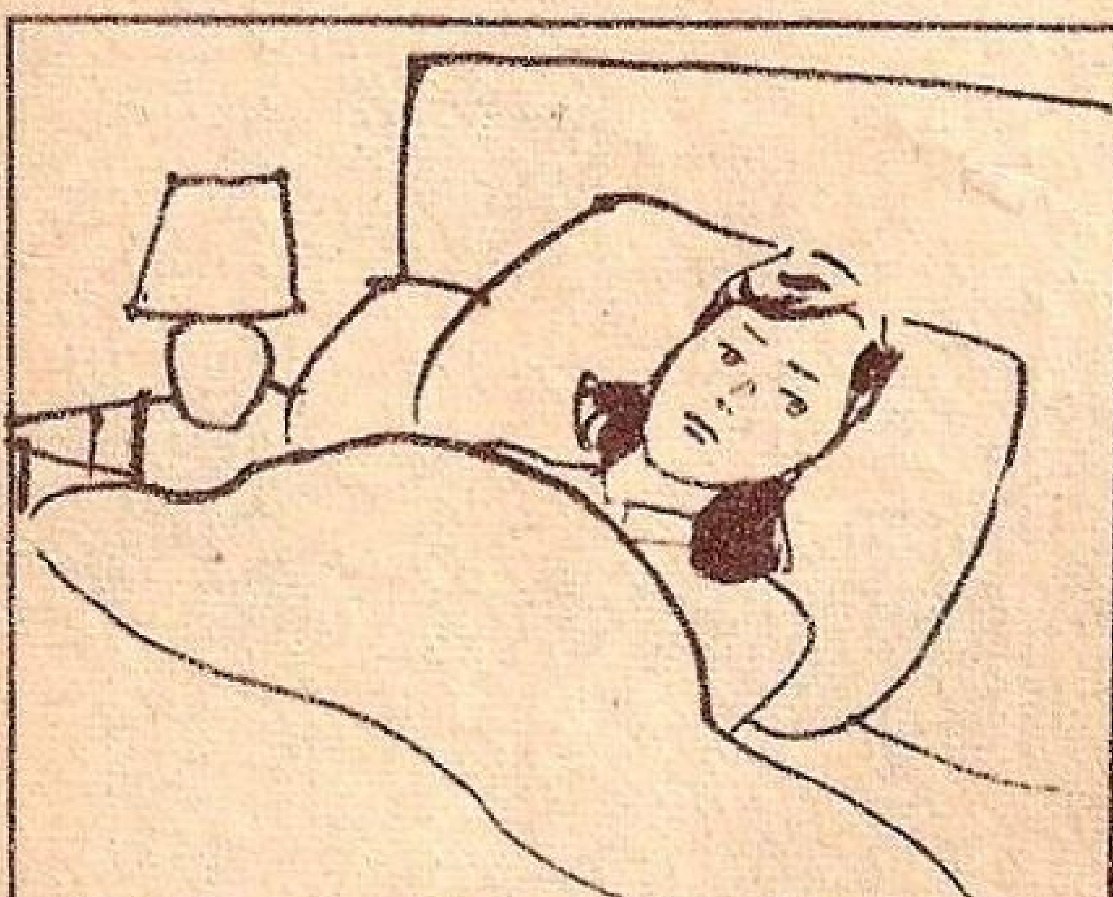




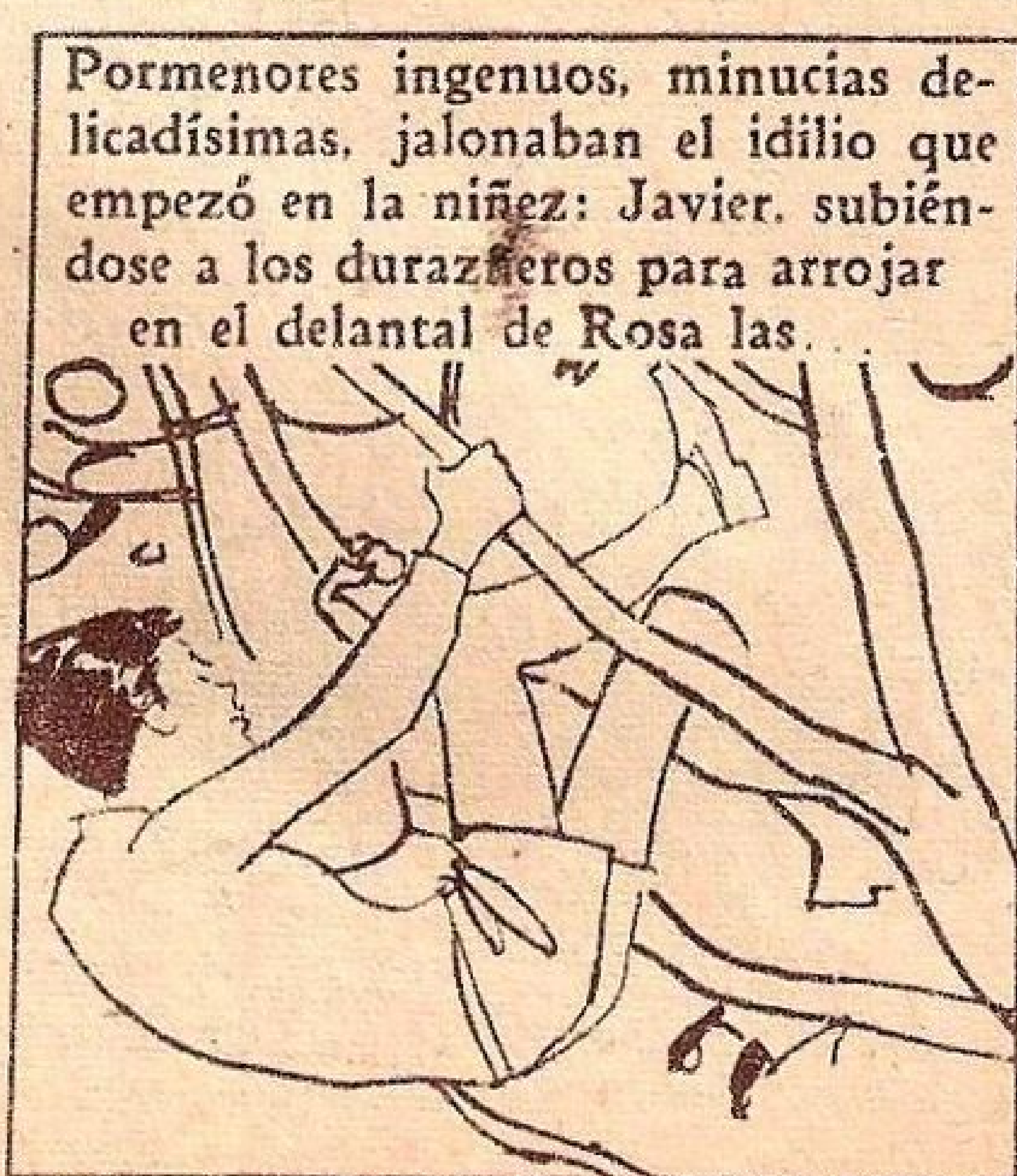




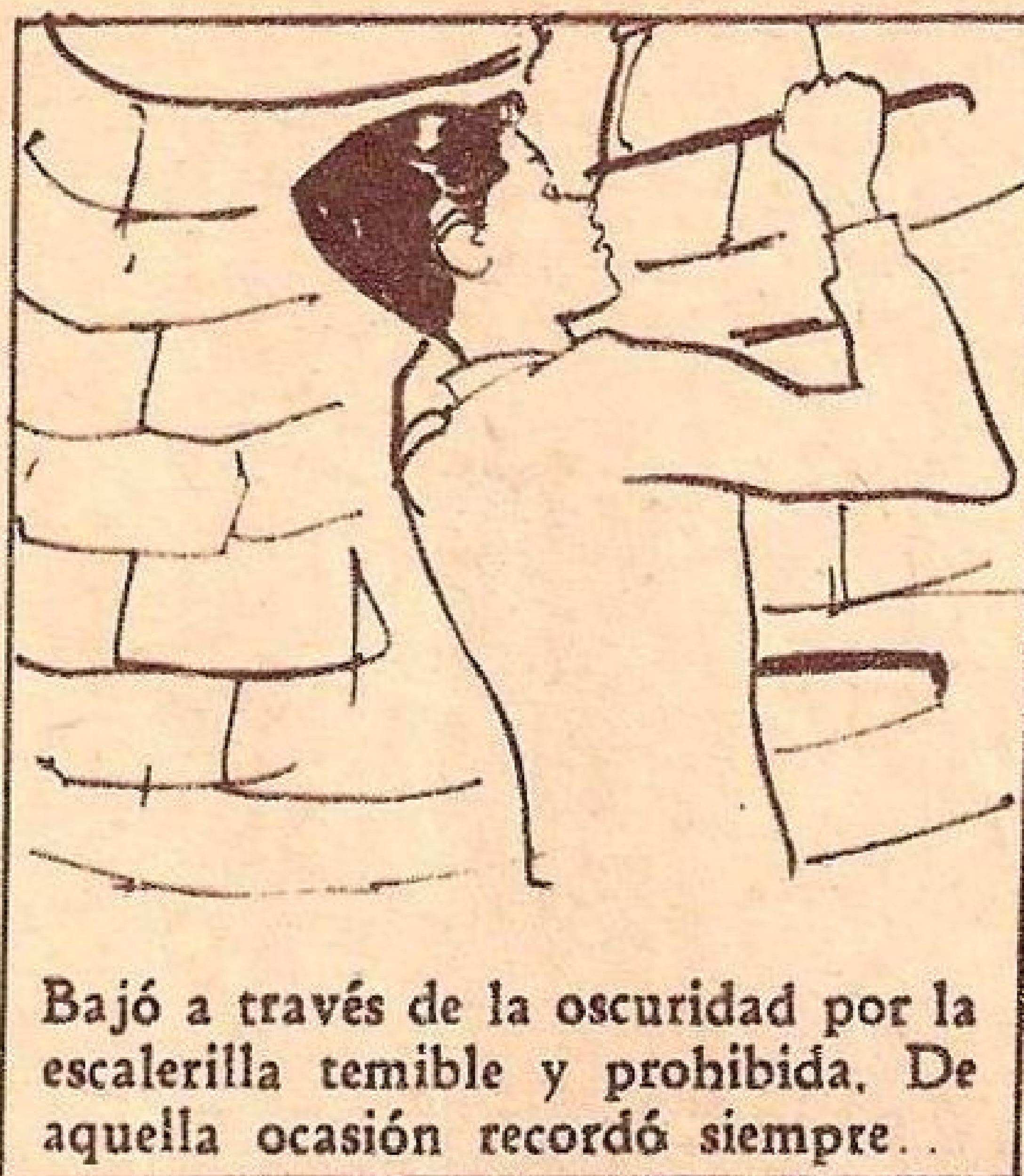









...primeras frutas. Javier que se dejó rasguñar el pecho por rescatarle a la niña aquel gatito que el quintero arrojó al pozo...


Bajó a través de la oscuridad por la escalerilla temible y prohibida. De aquella ocasión recordó siempre..


...una cosa: próximo al redondel negro del agua, antes de asir al gatito prendido a una hendidura de la piedra...


...levantó el rostro y vio la cara blanca de la niña como una flor ceñida por la luz, como una estrellita clara. Y de esa visión consiguió ánimos para dejarse rasguñar...


Desde arriba, ella gritaba, contenta, envolviéndolo en su voz como en una caricia.
¡Javier, Javiercito, Javierón valiente!

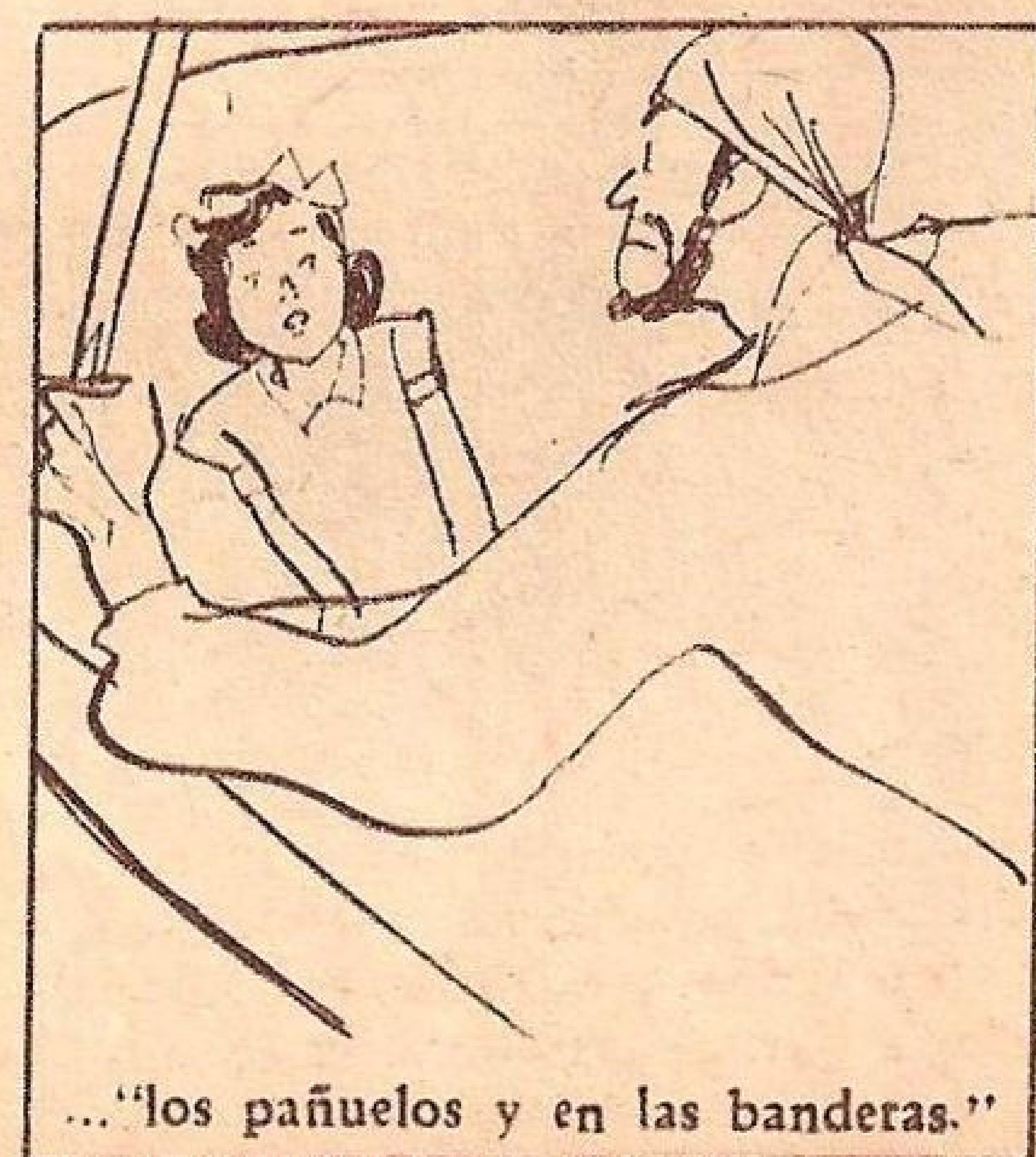

-Mirá el cielo desde ahí a ver si es cierto que pueden descubrirse las estrellas en pleno día. Pero él no vio más estrellas que esa carita increíblemente clara.


Luego Rosa le preguntó bajo un árbol, mientras acariciaba al gatito: —¿Viste las estrellas? ¿Viste a la tortuga que vive en el pozo? ¿Viste algún tesoro?


-Yo sólo te vi a ti inclinada y tuve miedo de que te cayeras—. ¡Bah! Si me hubiera caído estabas tú para salvarme.
¡Ah, eso sí!

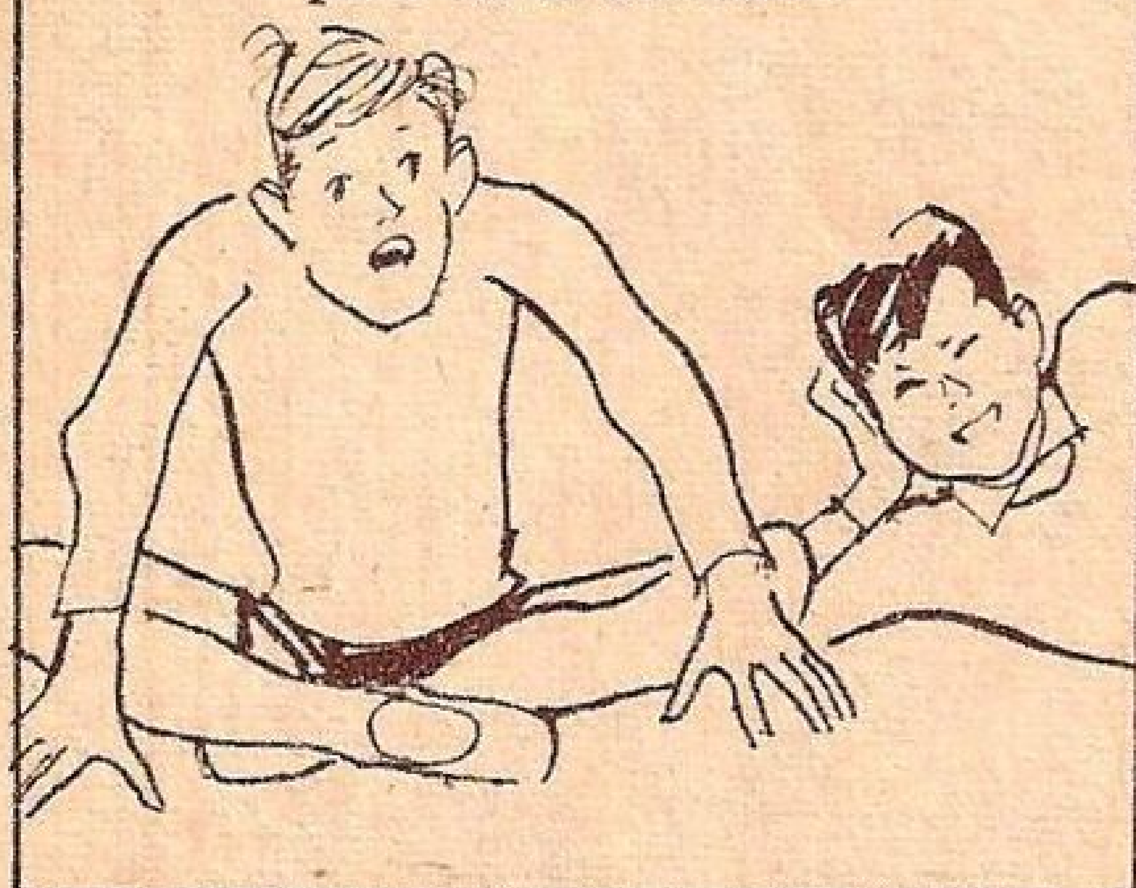

Los dos eran lectores imaginativos y a veces se sentían protagonistas de historietas mágicas o terribles.


-Yo iba en una nave con remos de marfil —soñaba Rosa— hasta que aparecieron los piratas con huesos y calaveras bordados en...

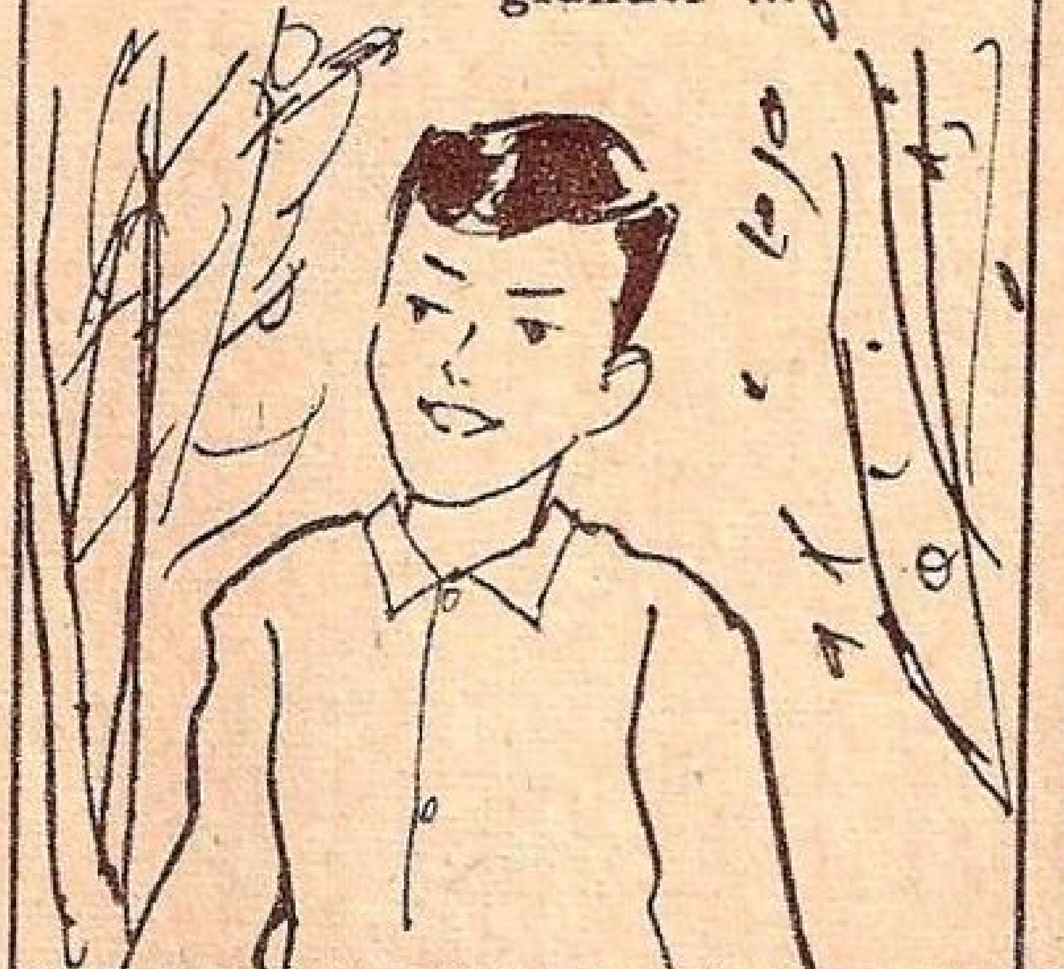

..."los pañuelos y en las banderas."


"Después llegamos a una isla de indios antropófagos. pero tú me salvabas."

Los otros niños que a veces oían aquellos cuentos solían interrumpirlos, para burlarse: —La ballena abría la bocaza para tragar a Rosa, pero tú la salvabas.



Risas y aplausos en el coro infantil, recogido de parte de Javier y acuerdos tácitos por el lado de los "grandes"...



...cuando alguno asistía a esos juegos.



Una tarde, Javier escribió en la arena del jardín lo de siempre: los nombres y la edad. Se quedaron pensativos.



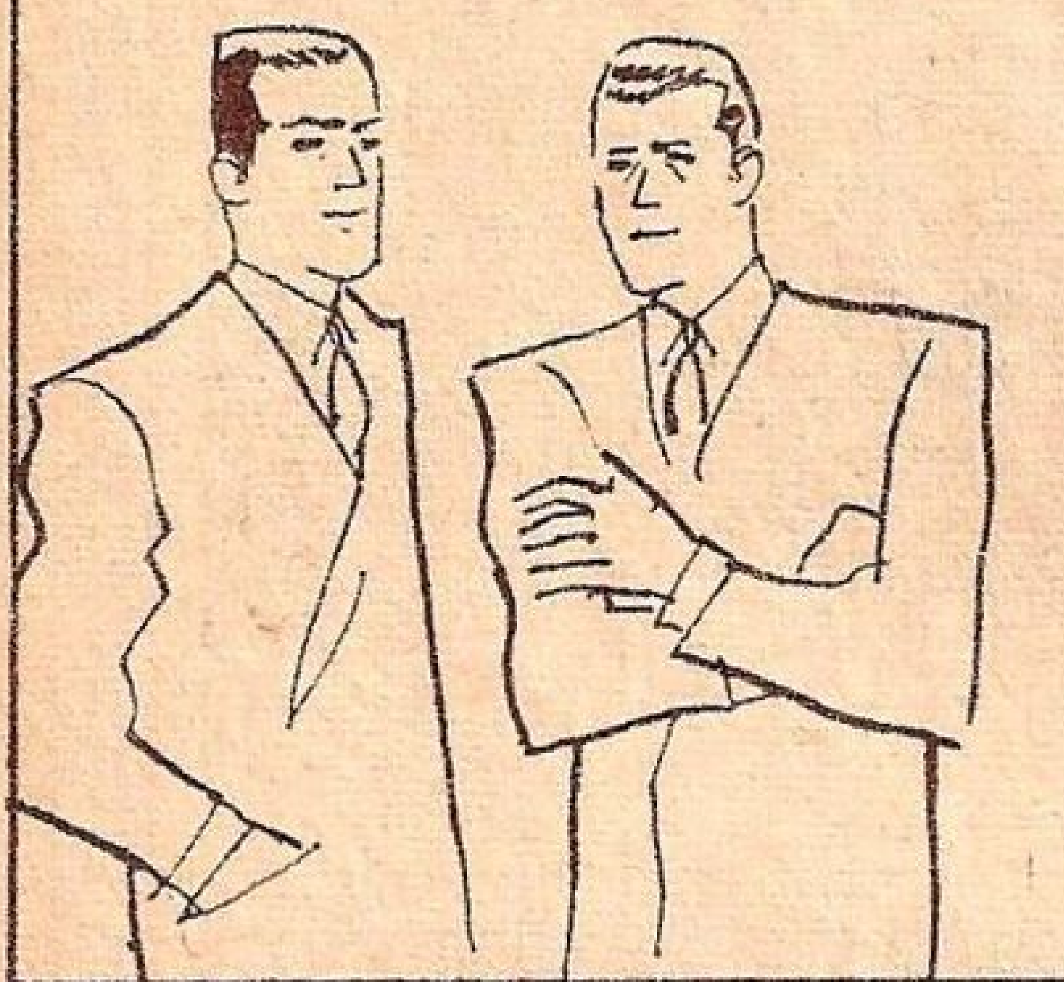
Cuando los escribiste por primera vez, yo tenía seis añitos. ¡Cómo pasa el tiempo! Y ahora dice mamá que es el momento de que empiece a ir a fiestas.



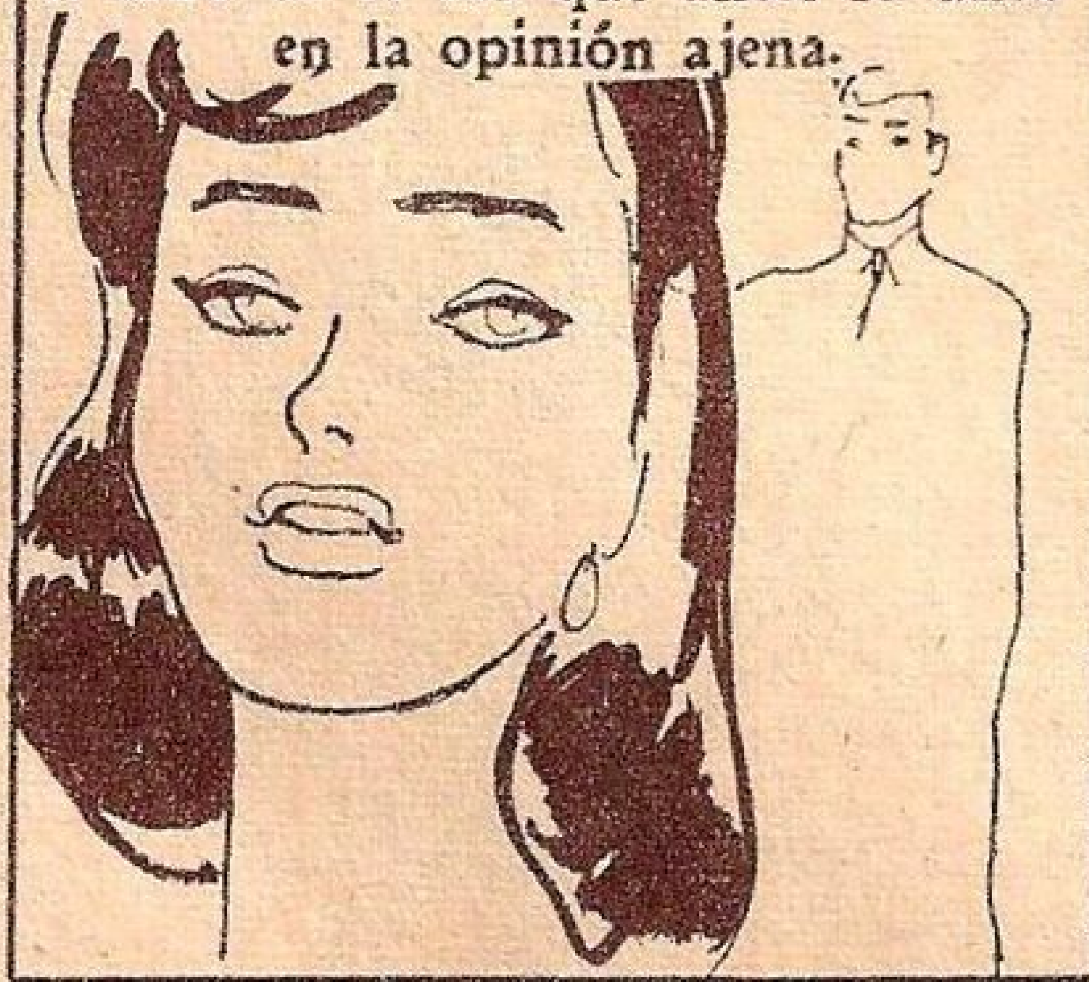


Y así fue, porque la señora de Rodier, hermosa , rica y habituada a triunfar en el gran mundo, apetecía idéntica suerte para su hija única.

La belleza de la niña, por original y fresca, despertaba muchas admiraciones...



Iba iluminándola un prestigio incesante que recluía en la sombra al amigo de la infancia. Y quedó suelto el cabo de la red que antes lo unía en la opinión ajena.





—Esta chica es una preciosidad —opinaba doña Aurora, soñando un casamiento ventajoso. Y con un absoluto olvido para el ayer consultó muchas veces. —¿No te parece, Javiercito?

Claro que le parecía, siempre que el candidato reuniera las condiciones indispensables en... un héroe.

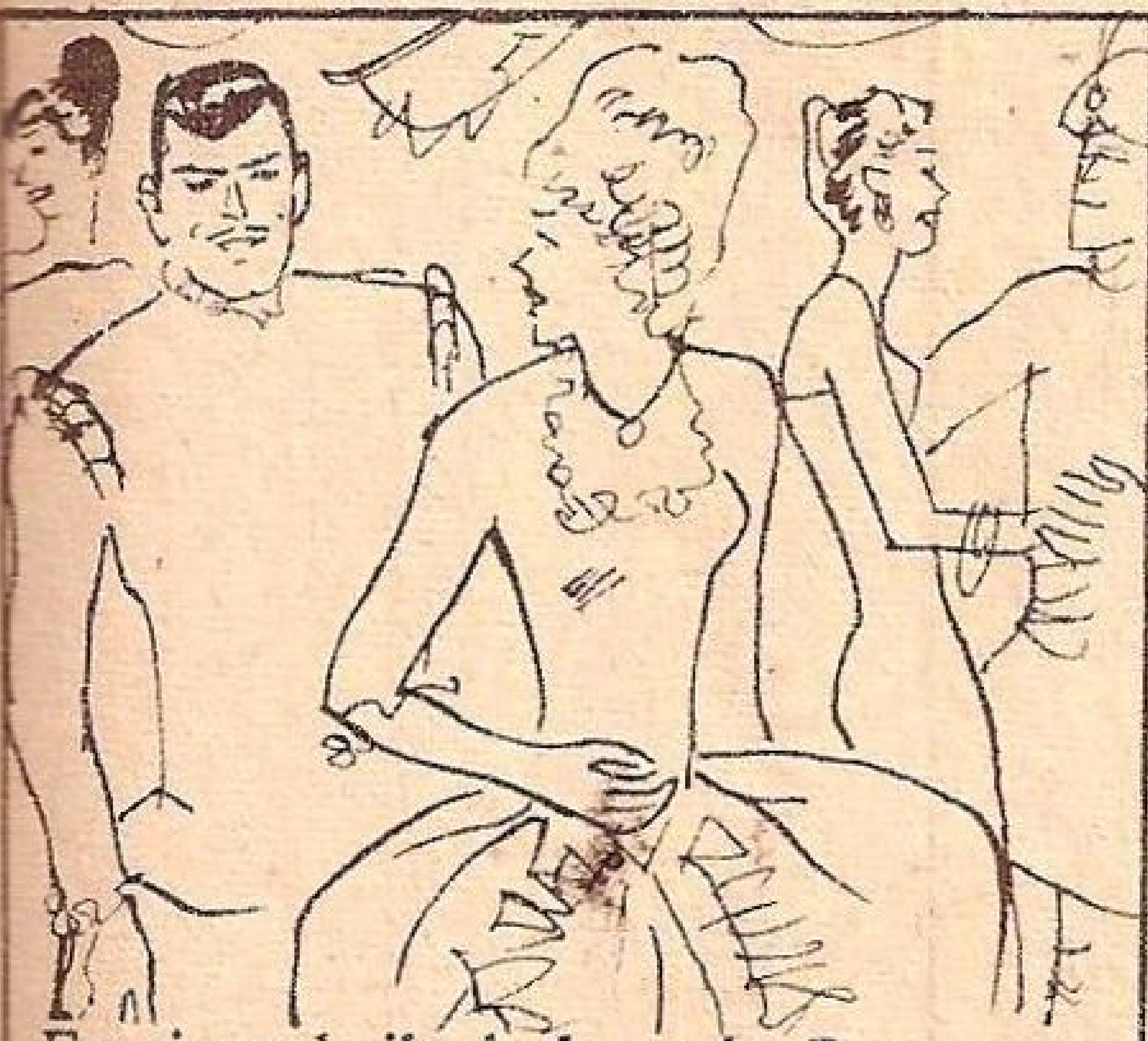


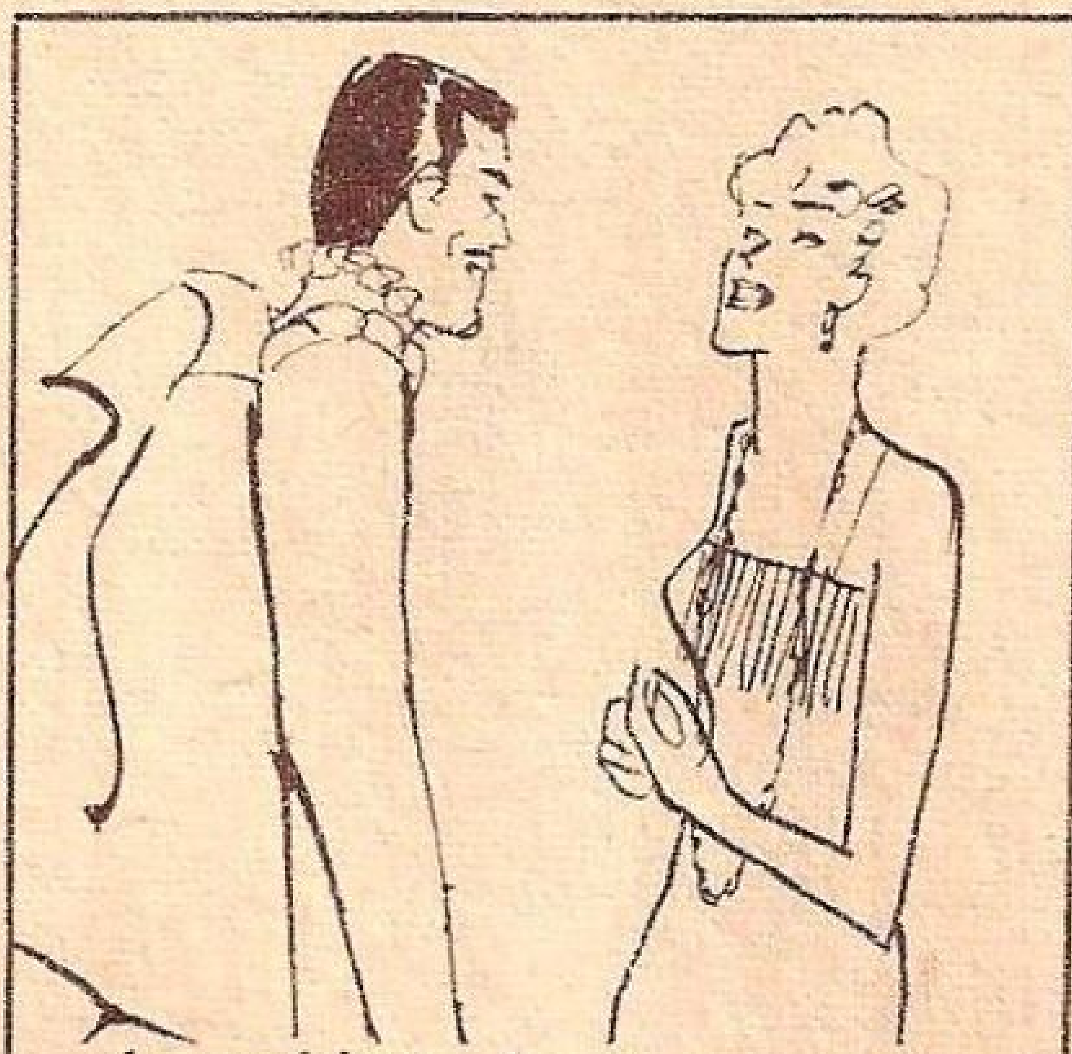
Y como casi nunca se da la coincidencia de tantos merecimientos en un solo ser...



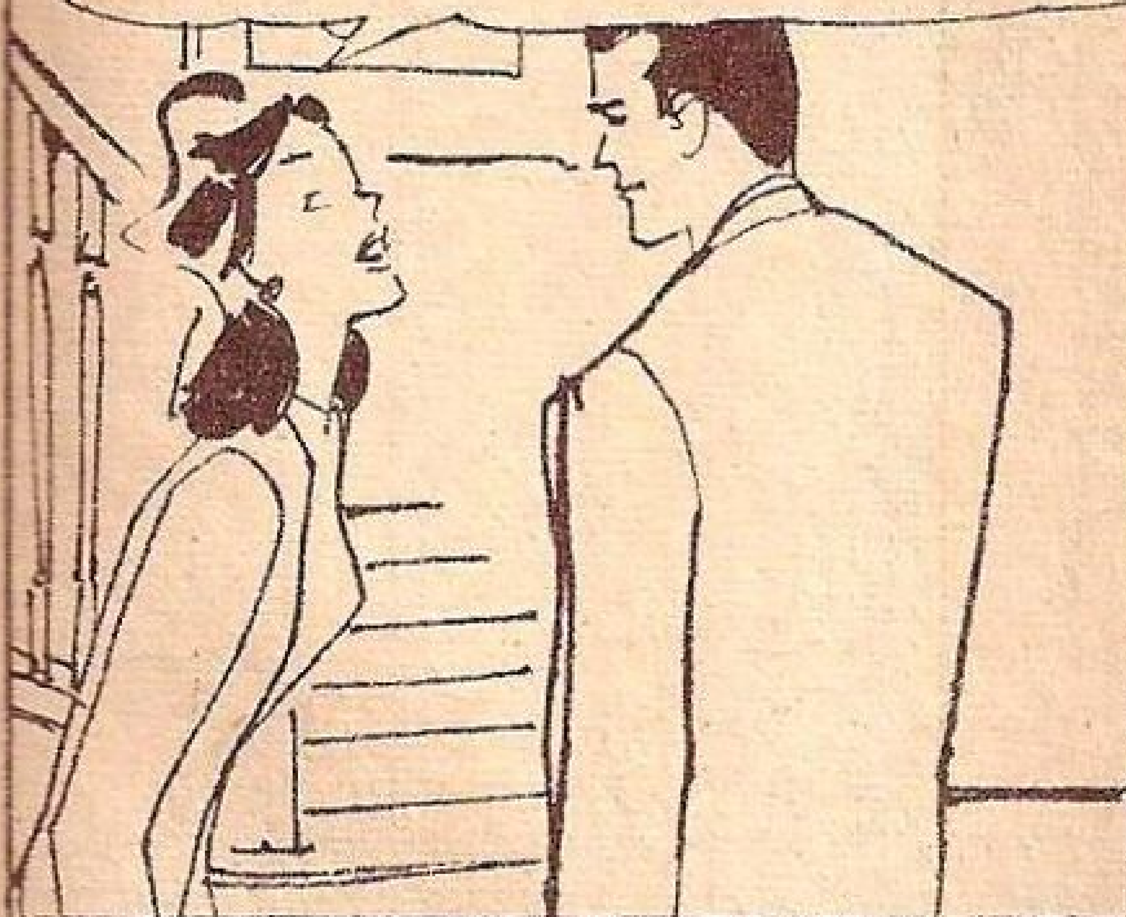
Ahora ella era en la vida del joven el rostro lejano que una vez iluminó el brocal de un pozo donde él bajara con miedo y amor...



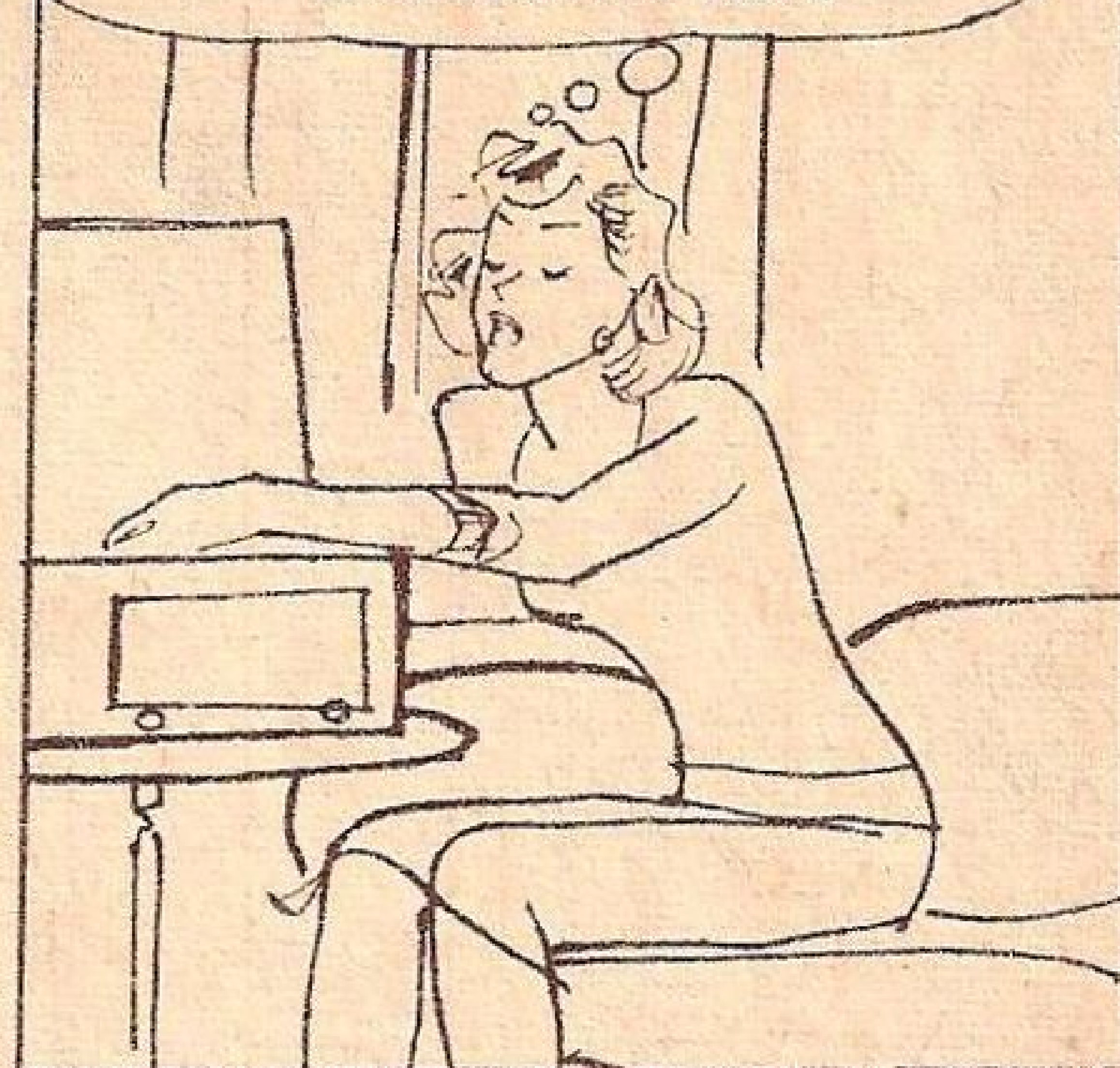

En cierto baile de fantasía, Rosa conoció a José Luis Alcorta, abogado de veintinueve años...


...elegantísimo, buen mozo, con una frecuente memoria para el linaje que encantó a doña Aurora.


Era lo que venía deseando la madre ambiciosa. Reunía todos los dones: perfección física, aristocratismo nato, fortuna...


...encanto personal en la conversación, siempre rica en citas de viajes y de libros.
Encontré al caballero azul, Javier.


La niña parecía deslumbrada; permanecía atenta a la charla de su galán y lo lucía orgullosamente ante sus amigas.

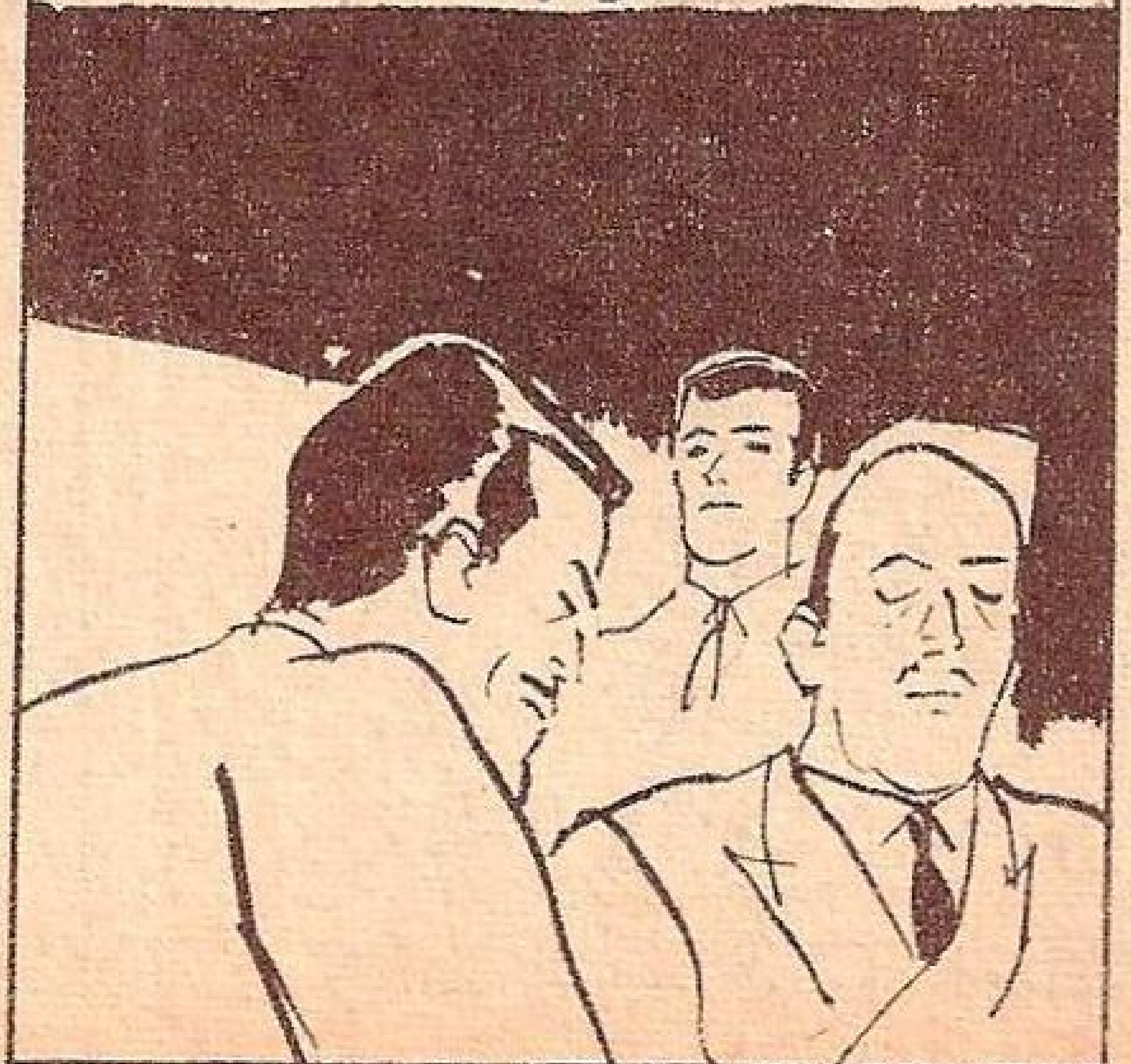

(Rosa tiene mucha suerte; se llevó al candidato del año.)


Solamente Javier reservó su opinión. No le gustaba aquel hombre quince años mayor que Rosita; no le inspiraba confianza su sonrisa demasiado pródiga que tenía cierta dureza mineral.


Decidió vigilar al hombre y lo vio asitir a clubes nocturnos muy sospechosos de donde salía a altas horas, a veces con semblante raro, trasmudado.


Arriesgándose más, con su instinto de abogado flamante que deseaba curiosar muchas cosas, logró penetrar en este mundo.
José Luis Alcorta es un afortunado jugador.


Lo observaba junto a las mesas y vio nublarse el rostro armonioso cuando llegaba la hora de perder.


Algo malo, duro, inflexible, eclipsaba al jugador.


Javier no lo pensó demasiado Y una mañana sobre aquel muro que separaba los jardines de los Rodier y los Ontana, aquel muro que en primavera se llenaba de glicinas, habló con Rosa.


Alcorta no es lo que parece. Juega sin control y sus amigos son poco recomendables. Ella averiguó, más curiosa que triste:
¿Cómo lo sabes?


—Buscándolo en ambientes donde no cuenta el decorado.
Te agradezco mucho tu interés, Javier.

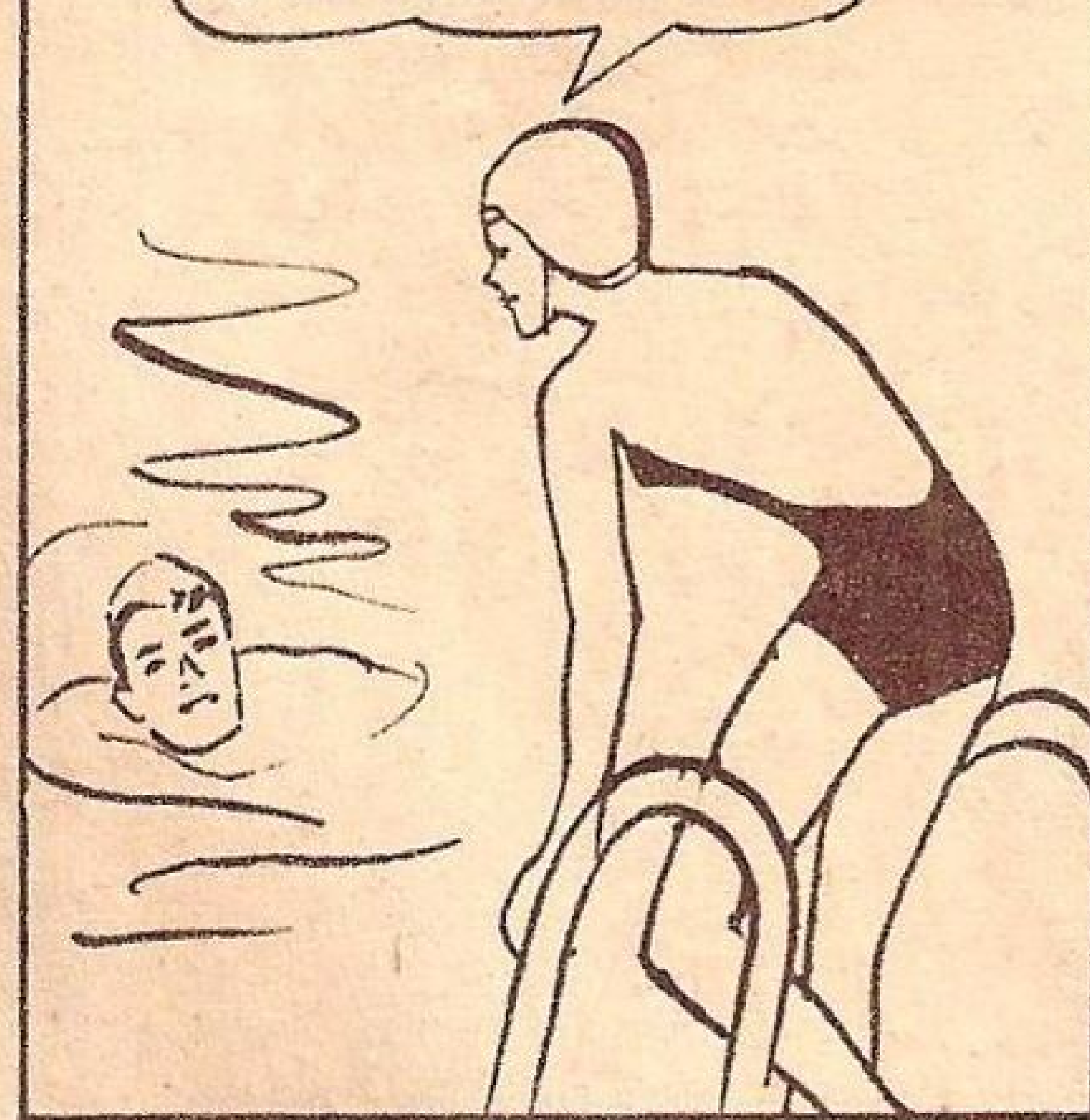

La señora Rodier tuvo palabras muy duras para el amigo de tantos años: era un entrometido y un intrigante.

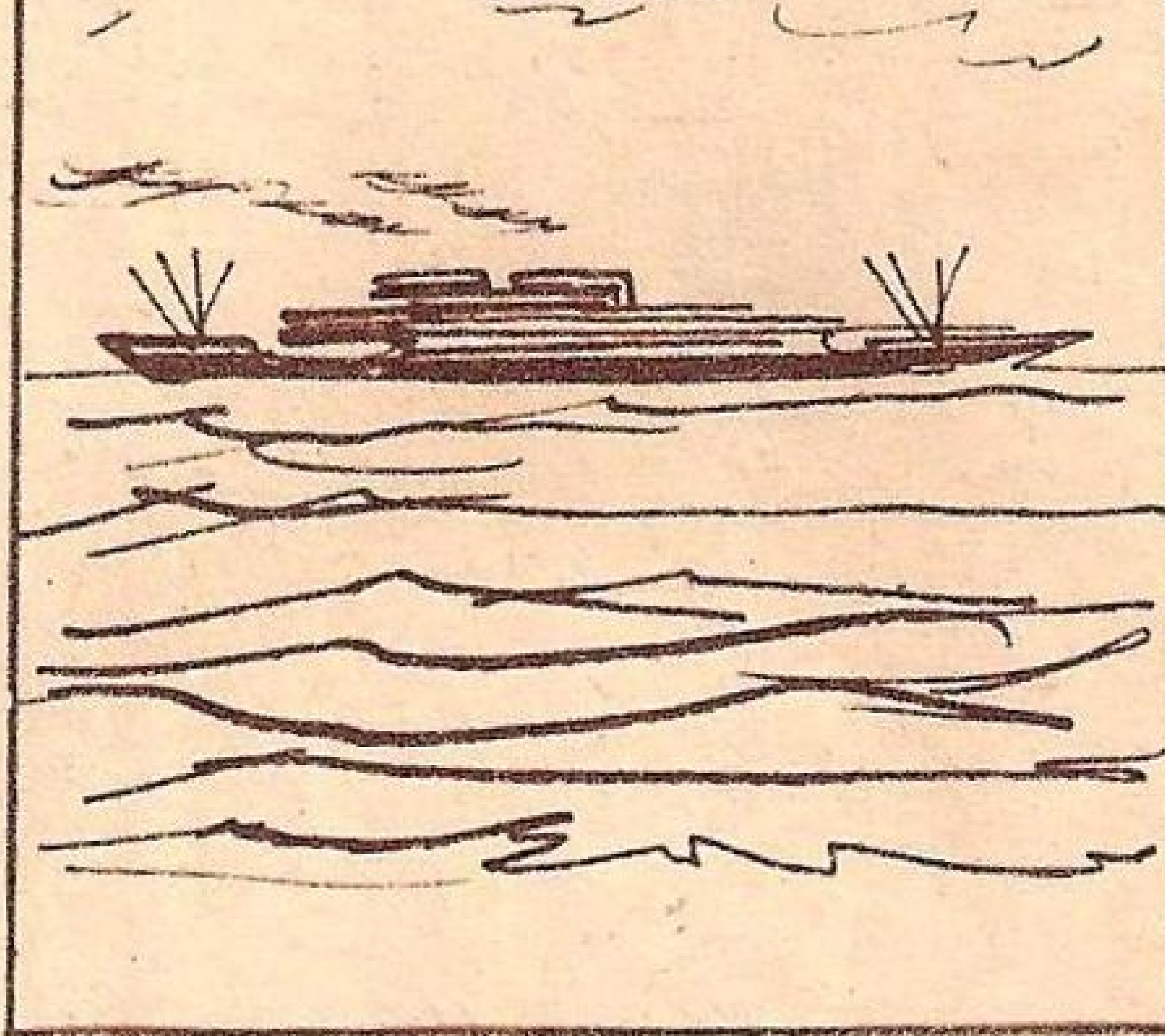

Pero el padre...
Averiguaré algo más sobre Alcorta.

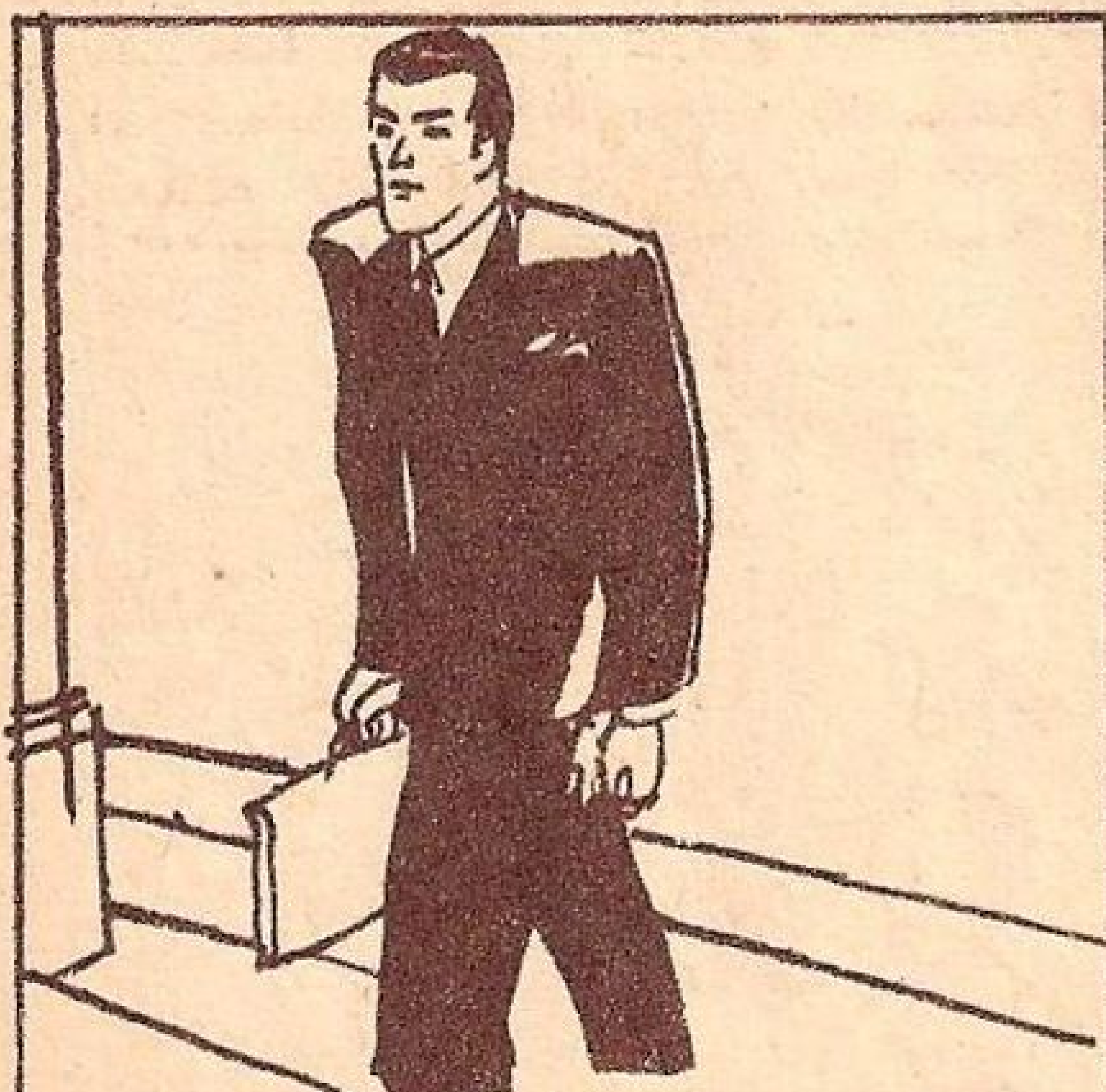

Buscando la comprobación de las noticias, dio con la verdad de su origen. Se pensaba mal de aquel galán cinematográfico. Era superficial en su modo de vivir, afecto al juego. y...
...conocido como hombre galante. Lo menos a propósito para una niña como Rosa.


Y el padre agradeció a Javier su eficaz intervención como si se tratara de un hijo mayor que velara conjuntamente con él por la seguridad de la muchacha.

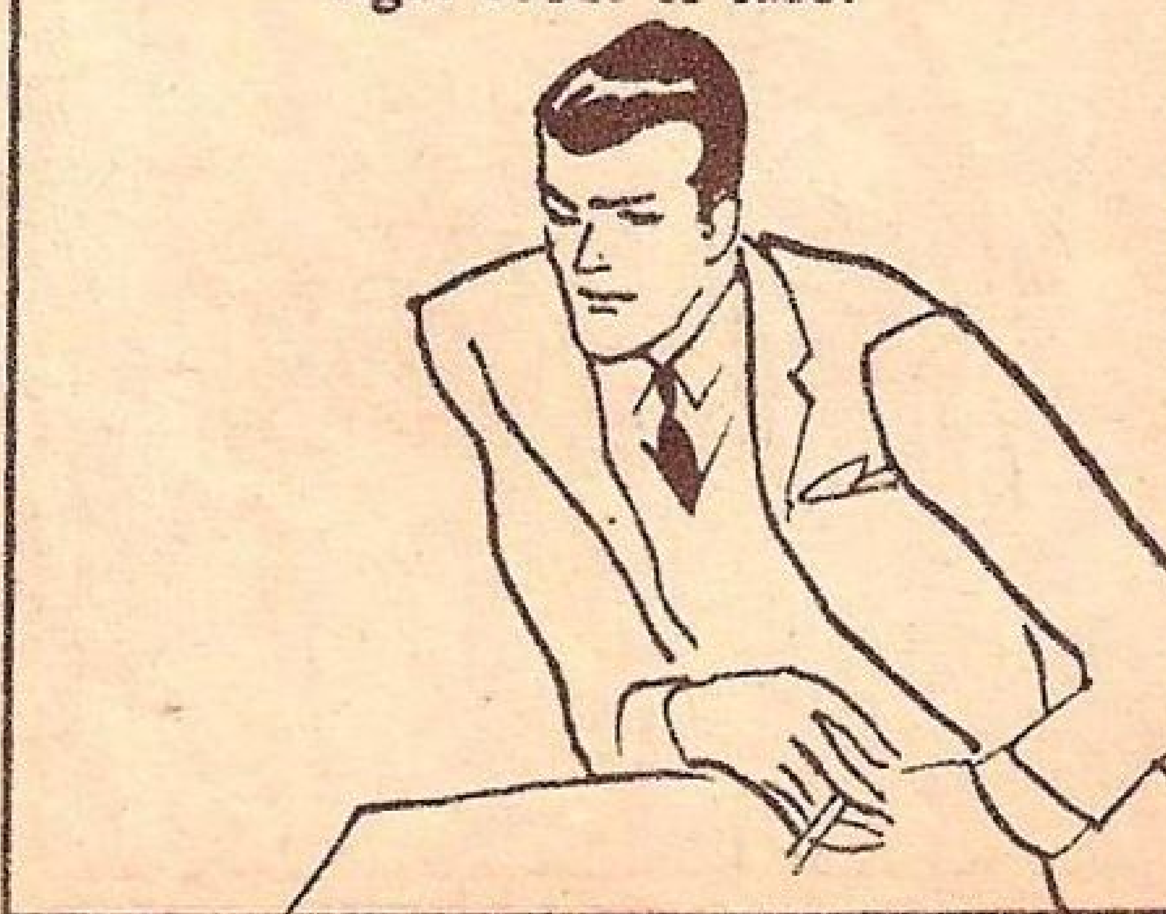

Rosa, ese verano, mientras nadaban en la piscina, agradeció también a Javier su preocupación por ella.
Luis me gustaba, pero nunca lo quise. Como cuando éramos chicos puedo repetir aquéllo de..

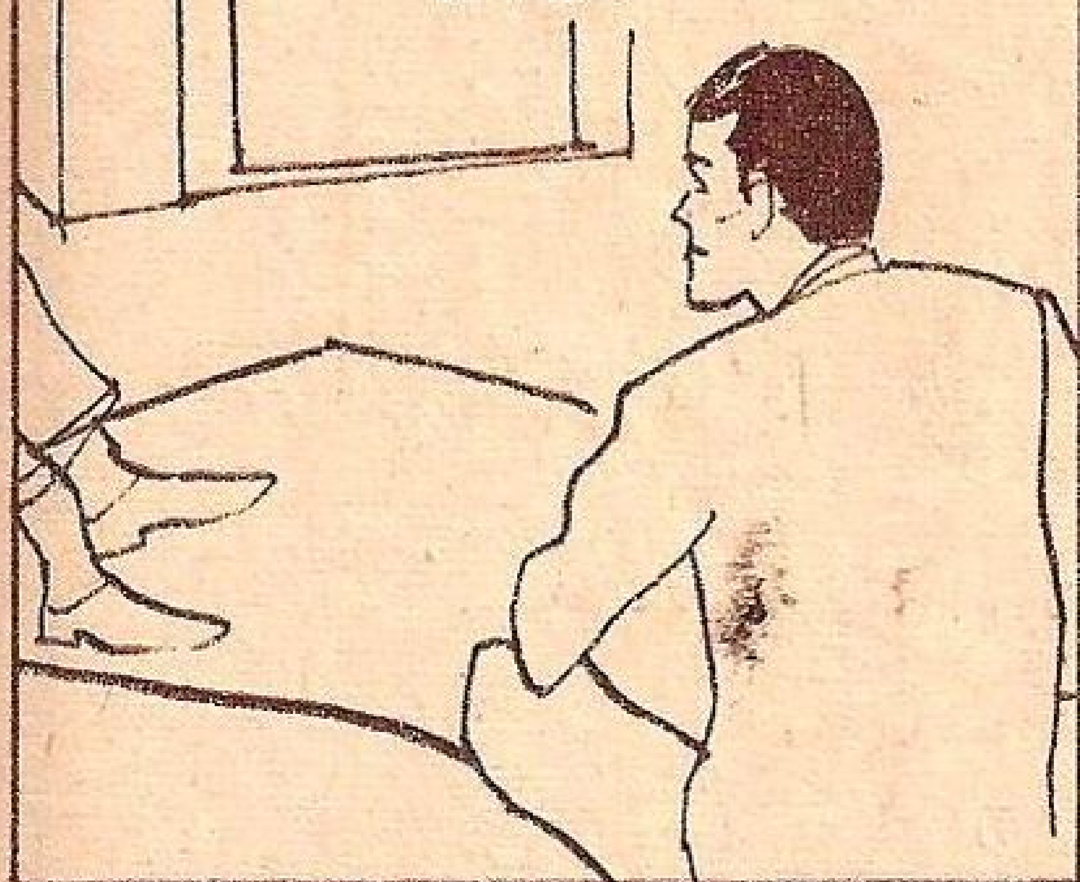

"Pero tú me salvabas..."


Pasaron unos años. La familia Rodier hizo un largo viaje por Europa y el Oriente...


...mientras Javier Ontana adquiría en Buenos Aires fama como abogado.

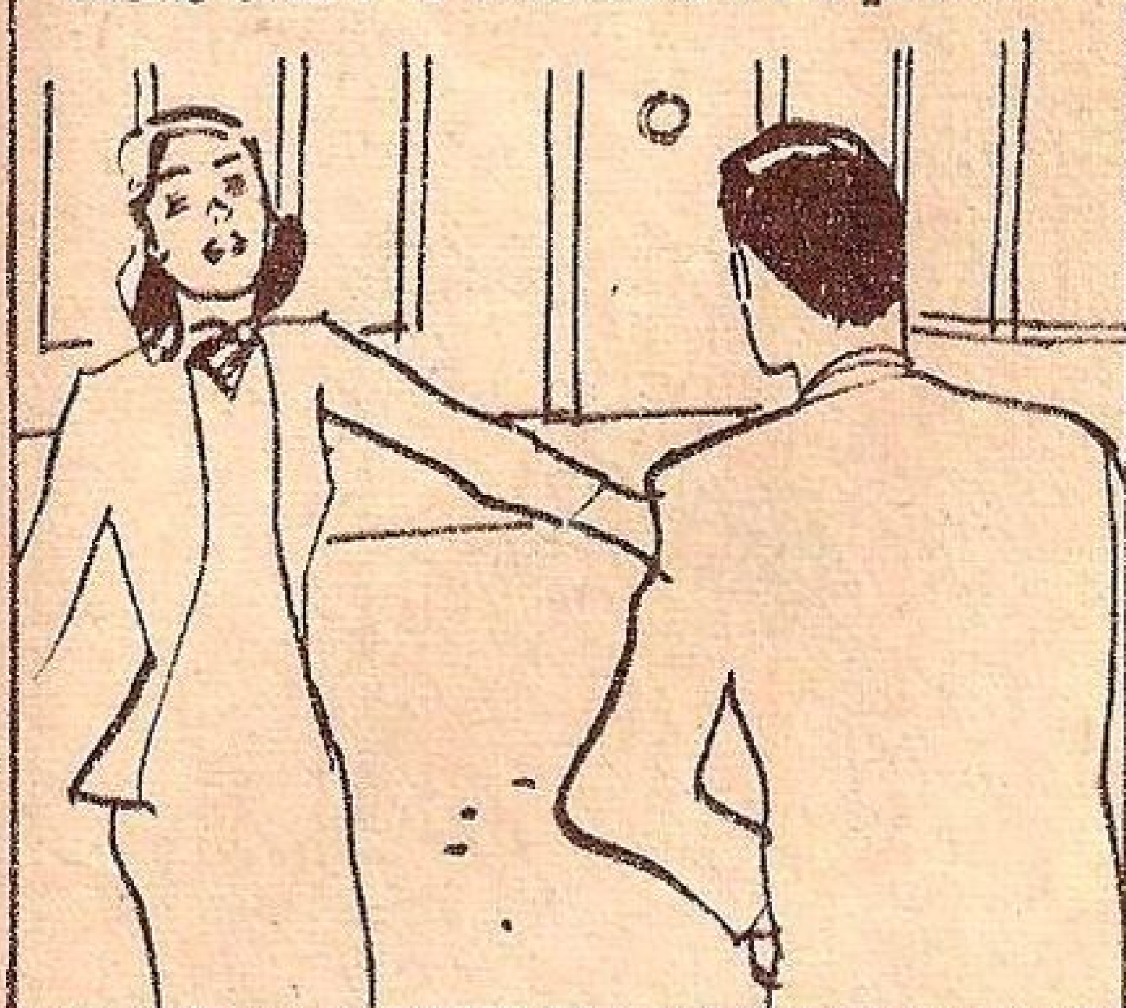

Las señoras amigas de la familia hablaban de "casarlo". Y el ponía una irónica sonrisa negativa, alegando que tenía todo lo necesario para ser feliz, trabajo, salud, paz interior.

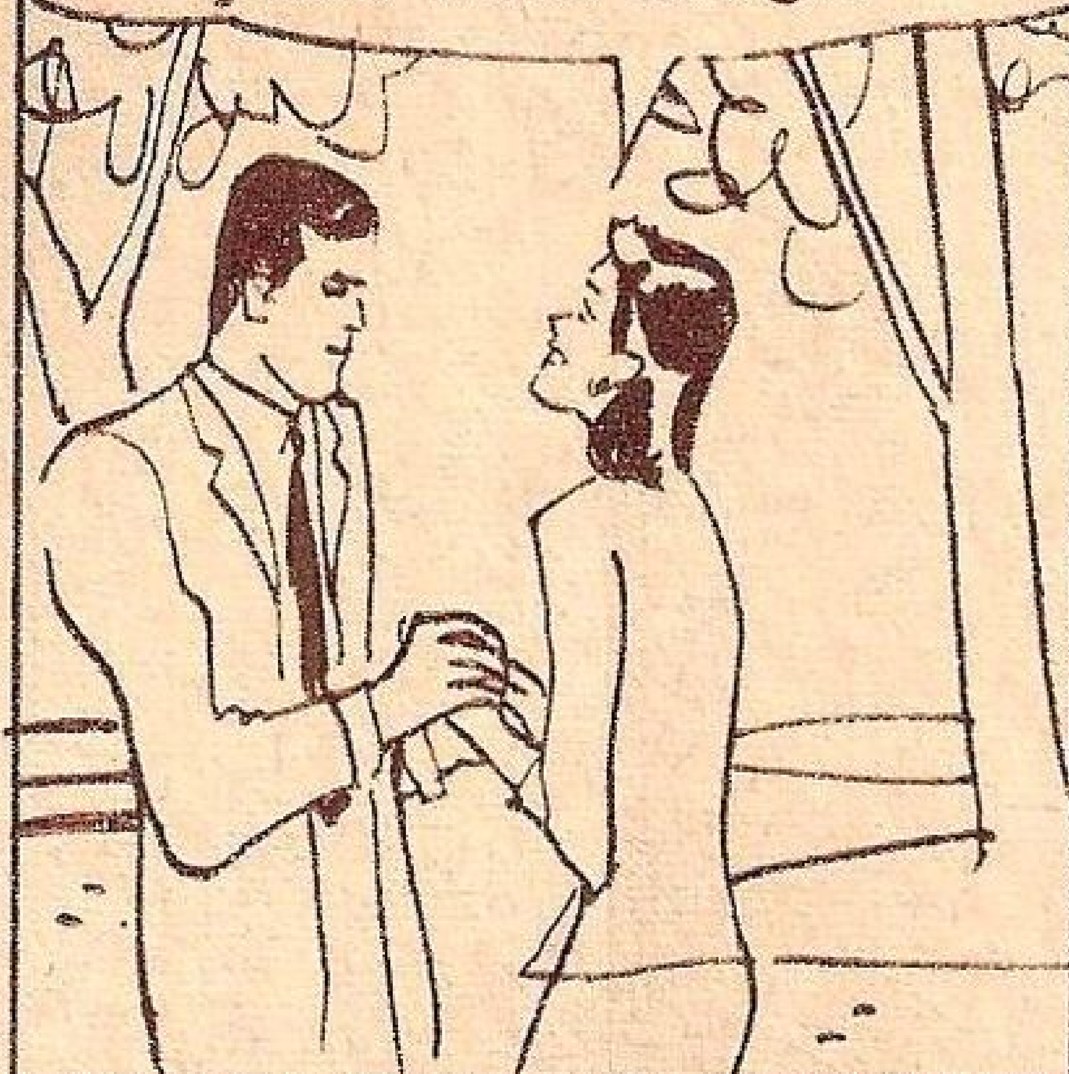

No. No pensaba improvisar nada en lo referente a una cosa tan grave como el matrimonio.—No me ocupo de divorcios, pero oigo demasiado a ciertos colegas sobre el caso.


Y se confesaba un poco anticuado en su ideal de matrimonio. Quería a la compañera cabal, a la mujer creyente en Dios y en las mejores cosas de la vida.


En el fondo de su espíritu, añoraba, esperando siempre.
Por fin, después de cinco años, han vuelto los Rodier.


Sí, del otro lado del muro de las glicinas, se oían risas, ajetreos, ladridos de perros, vida, entusiasmo...
(Ahora mismo veré a Rosita.)


Ella corrió hacia el amigo con el rostro claro de alegría y las manos tendidas como si acabaran de separarse.

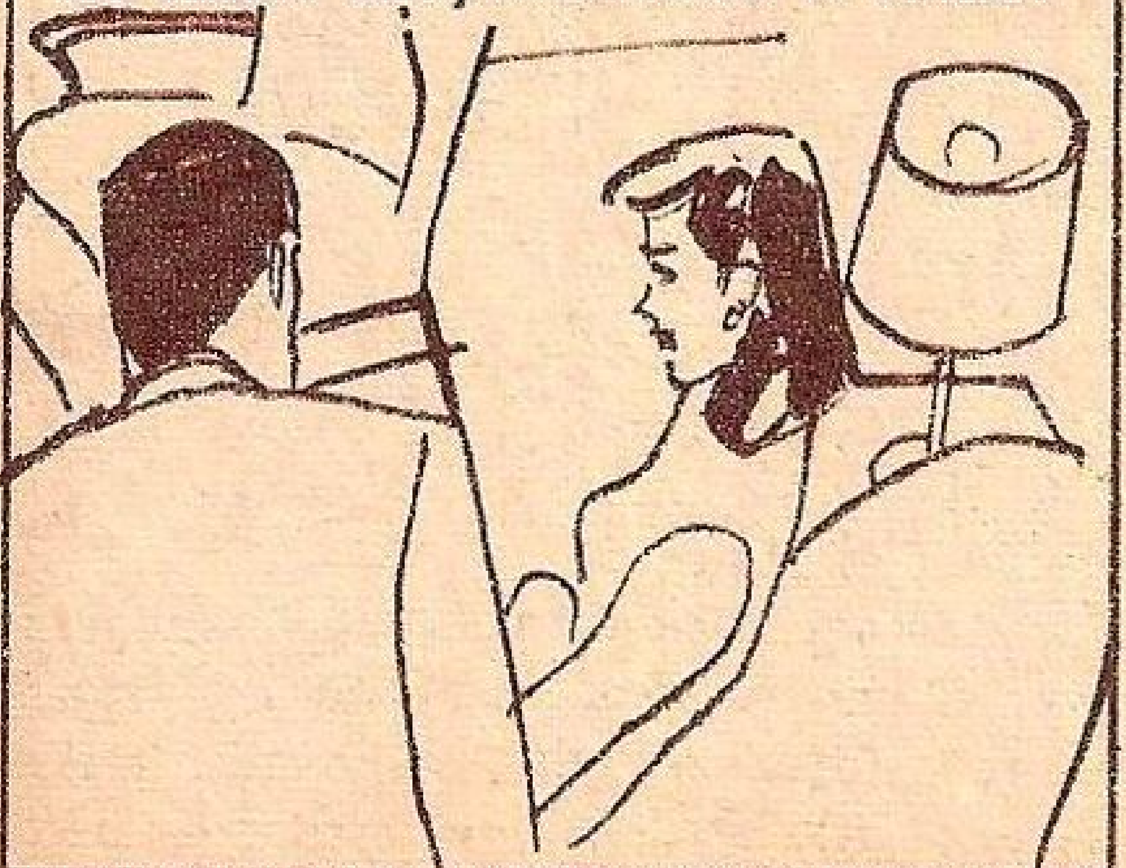

No sabes cuánto desaba volver a la patria, hablar contigo...

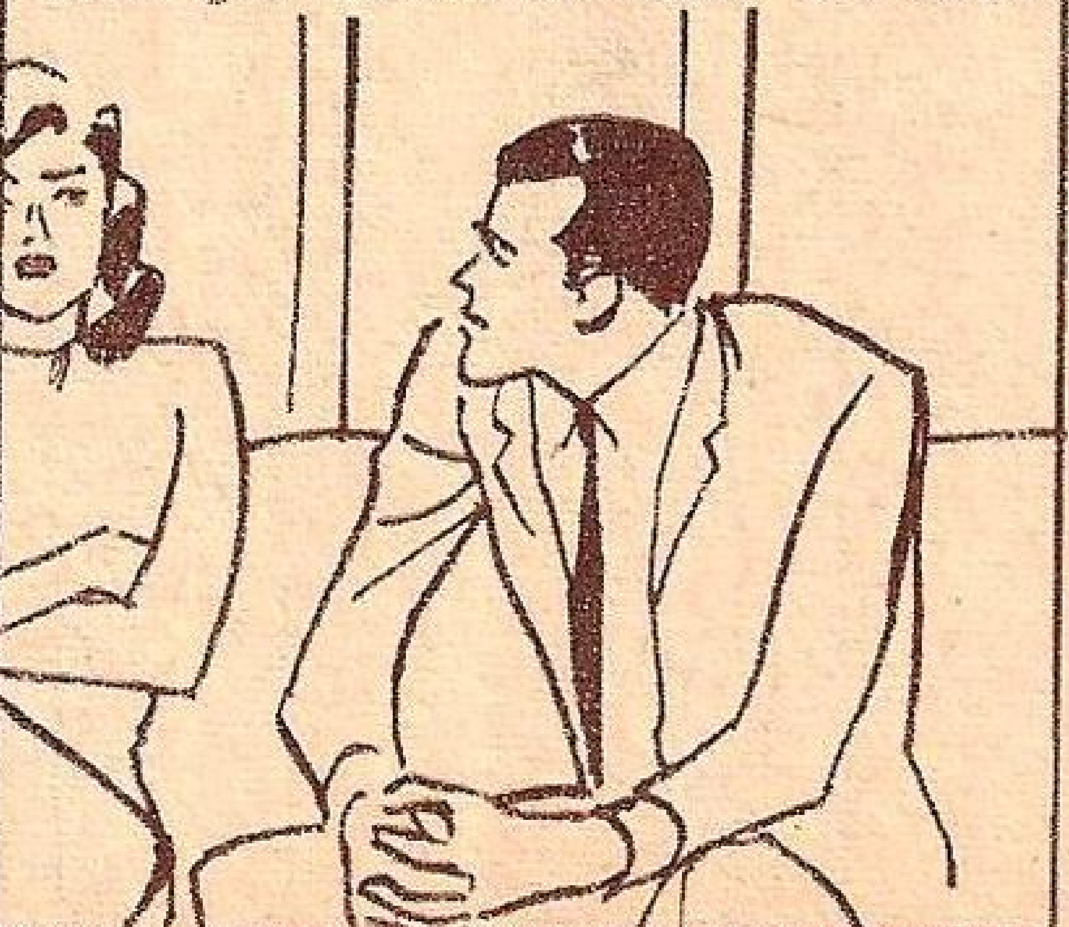

En el jardín florecía noviembre y él se sintió feliz. Sentados en un banco, bajo la antigua magnolia, hablaron del pasado y ella dijo de pronto: —Debo consultarte algo.
Pero no ahora. Ven a saludar a mamá y a papá.


Tu fama de abogado es muy conocida, Javier.
¡Qué alegría verte! Quiero que aconsejes a Rosa.


Recién un día después hablaron en serio. Y la niña le dijo: —¿Sabes que no me siento inclinada para el matrimonio? —¿Quieres ser religiosa? ¿Desde cuándo?

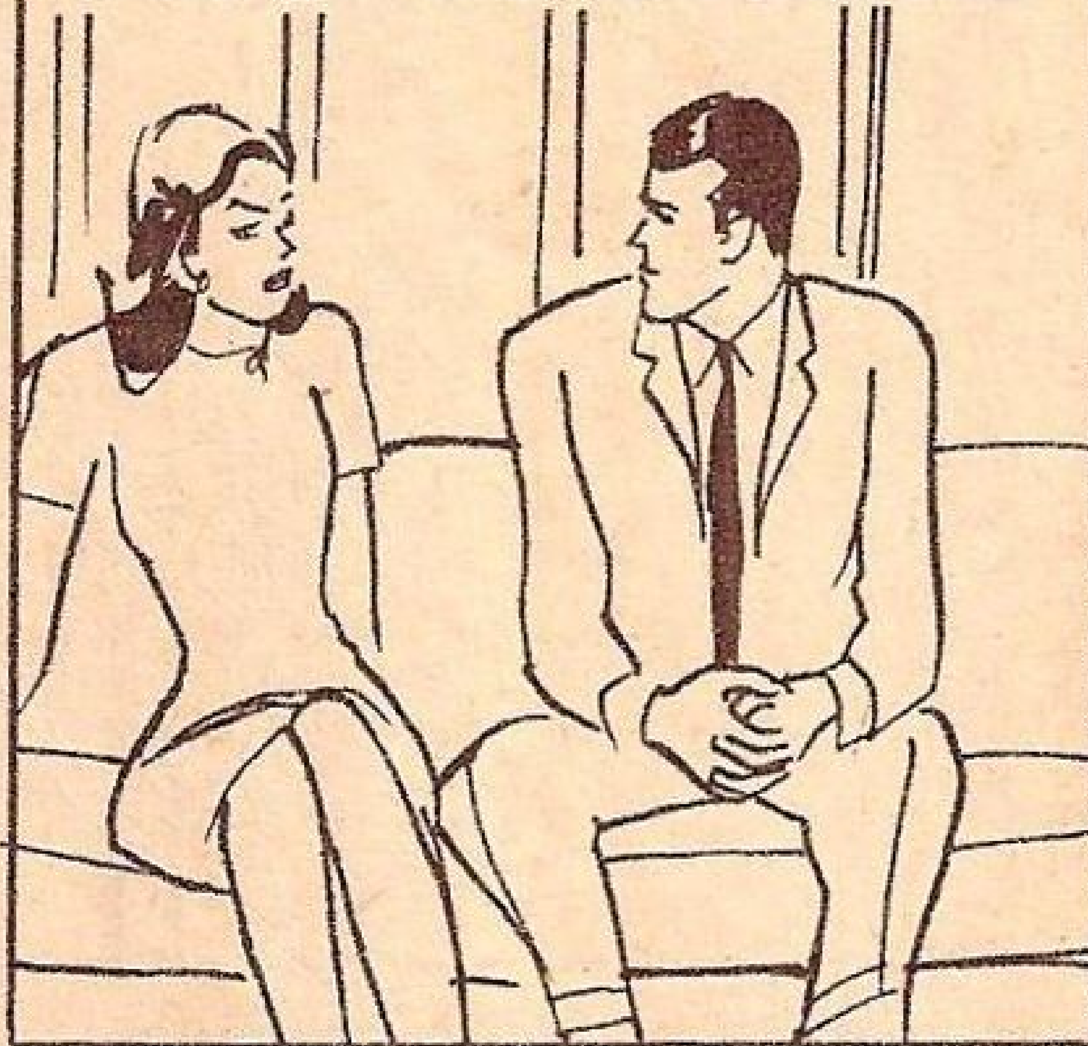

No, Javier. Es otro mi anhelo: ser actriz.
¿Así, de repente?


"Desde niña." Y sonrió sin darle toda su mirada. "¿O no te acuerdas cuando mi manera de contar historias con muecas y gestos asustaba a los chicos ahuyentándoles el sueño?"


—Me gustó siempre imitar, imaginando lo que sienten otros. Javier respondió, sereno: —¿No será más bien que buscas el brillo del arte?


Eres muy hermosa y estás habituada a todos los homenajes. Comprendo que te sientas inclinada por él...


..."deseo de concentrar en tu persona selecta un motivo de atracción y de aplausos". Rosa contestó, casi violenta:


"Me supones vanidosa. Y te crees muy sicólogo". El respondió, suave:
—No. Eres como eres: nada más.

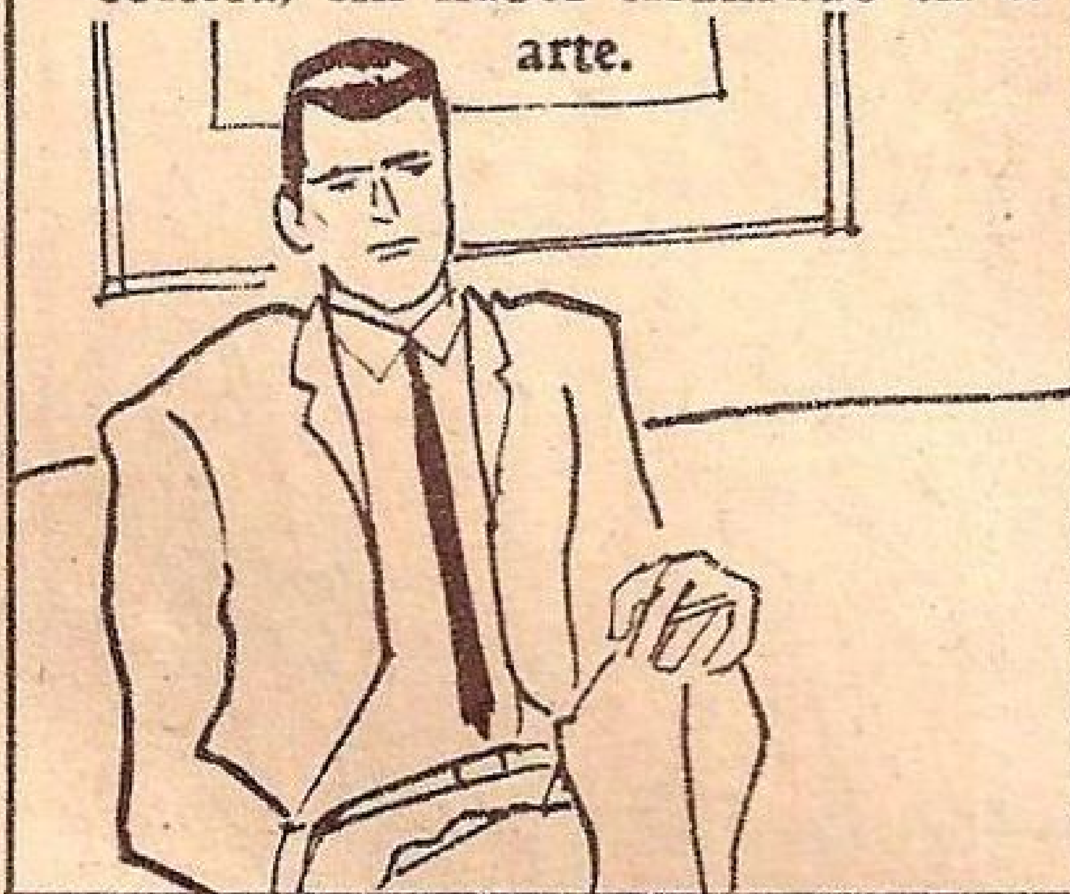

No te disgustes; siempre soy leal contigo.


Aquella tarde se despidieron con mucha tristeza por parte de ella. Al fin le dijo: —No pienses que vas a *salvarme* del arte, Javier. Ahora se trata de una fuerte vocación.


Muchas veces, en aquellos años que siguieron, Javier Ontana recordó ese desafío irónico de su amiga de la niñez. Volvieron a viajar, viéndose muy poco.

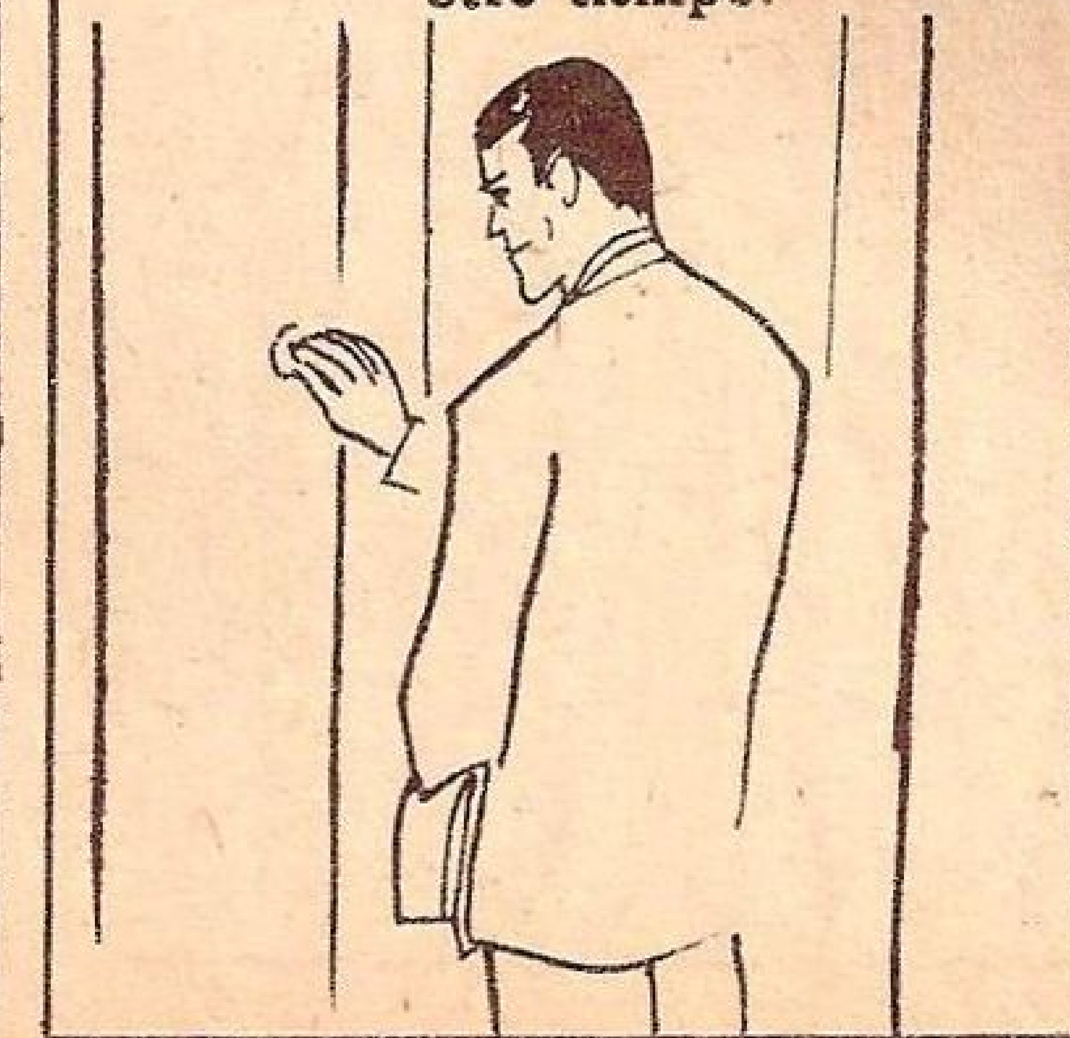

Y el regreso a la quinta coincidió con la muerte de don Armando Rodier, casi seguida por la de su esposa.
Me quedé sola en el mundo, Javier.


No supo consolarla como hubiese querido: acariciándole las manos, poniéndole las guedejas en orden como cuando era una nena a la que despeinaban los enojos y las rabietas.


No en vano había pasado el tiempo, y las circunstancias eran diversas. El no conocía mucho de la vida de Rosa. Sólo que permanecía soltera, sin haber triunfado en el arte.

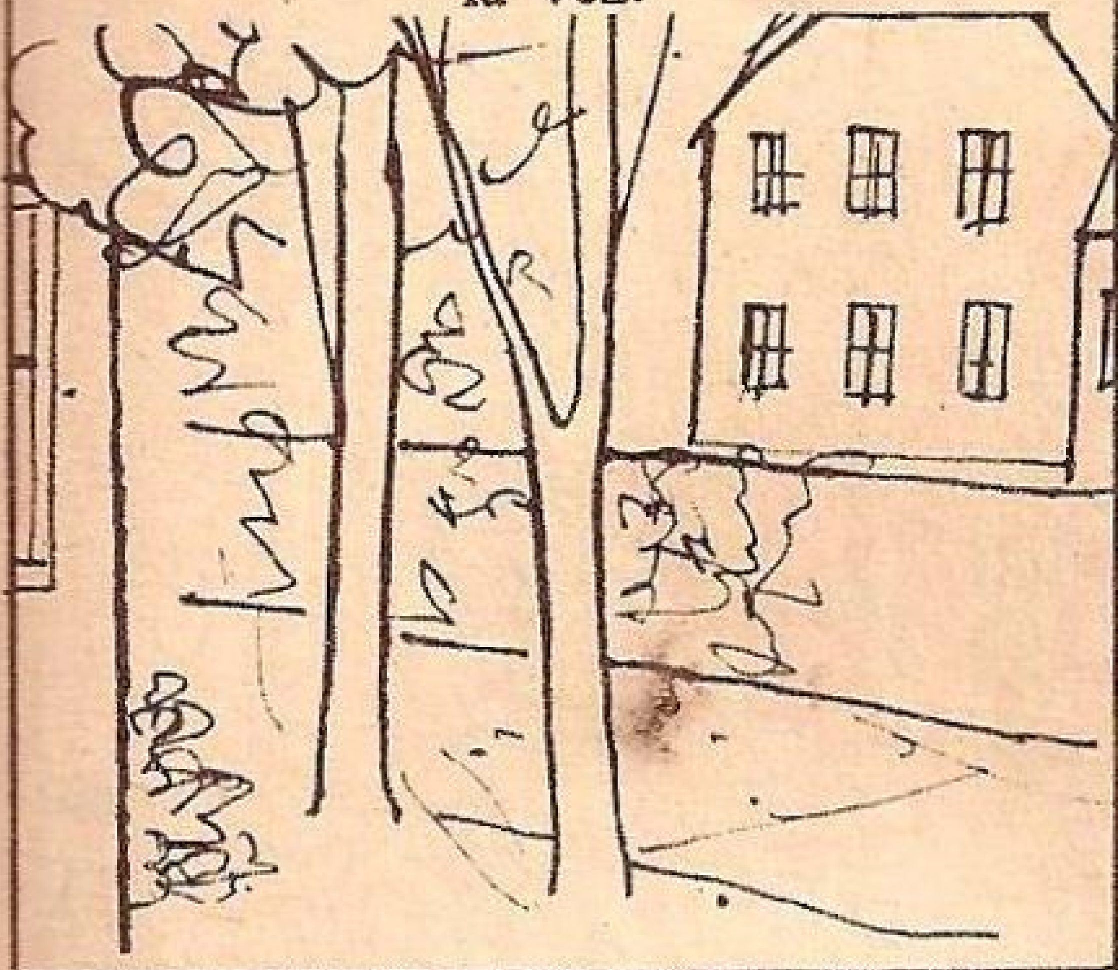

Luego supo... ¡Ah, si hubiera podido "salvarla" de la mortificación constante en que se convirtieron sus años perdidos de aficionada, siempre en pos de una oportunidad!


Sus ilusiones no pasaban de una concesión galante, de una vaga promesa, o de una mentira.

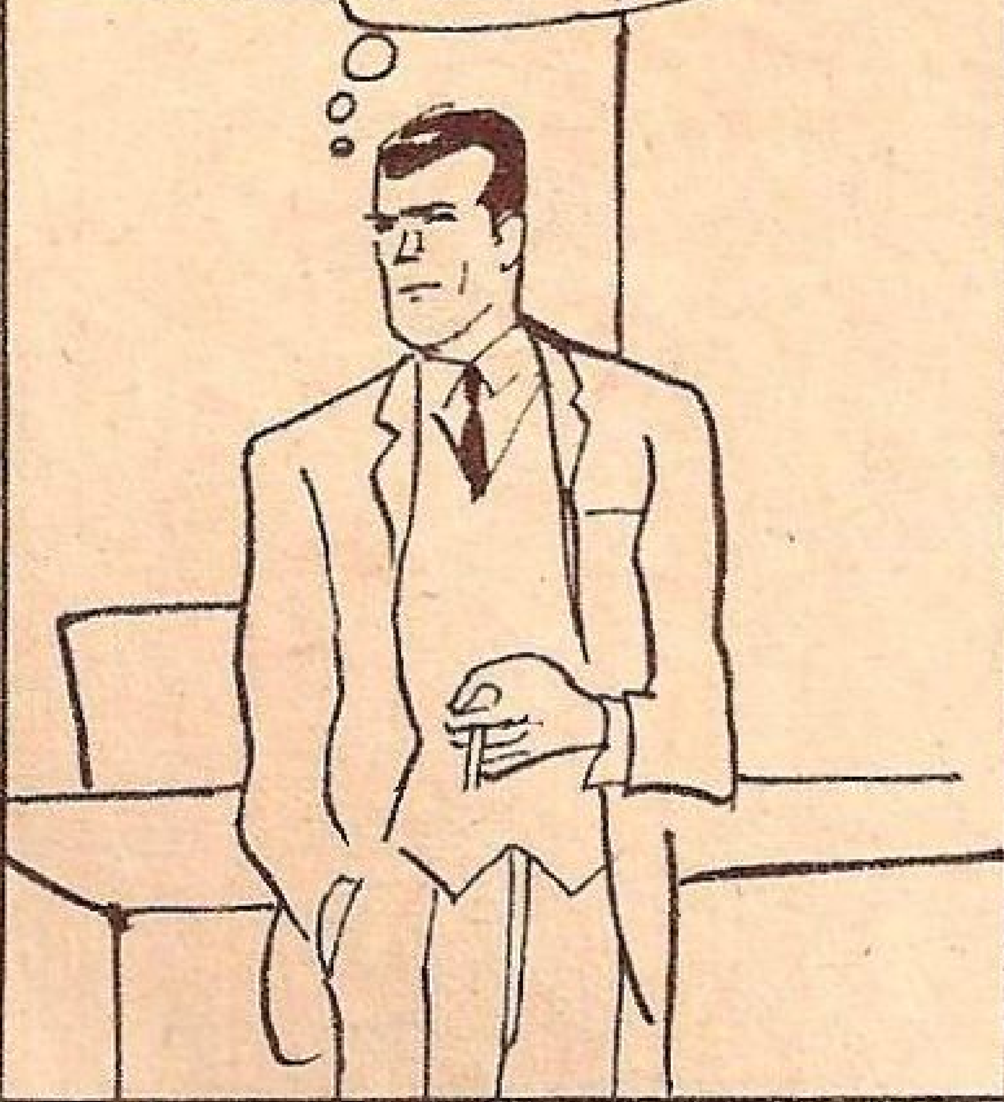

Pasaron siete años. Javier seguía visitándola con la misma asiduidad de otro tiempo.


La amaba con la idéntica devoción de ayer, como si el tiempo no hubiera pasado. Aquella carita era la que tanto amó, allá arriba, en el brocal de un pozo...

Ambos conservaban sus casas rodeadas de quinta y jardín y el muro de las glicinas los unía y los separaba a la vez.



(Mañana propondré casamiento a Rosita.)



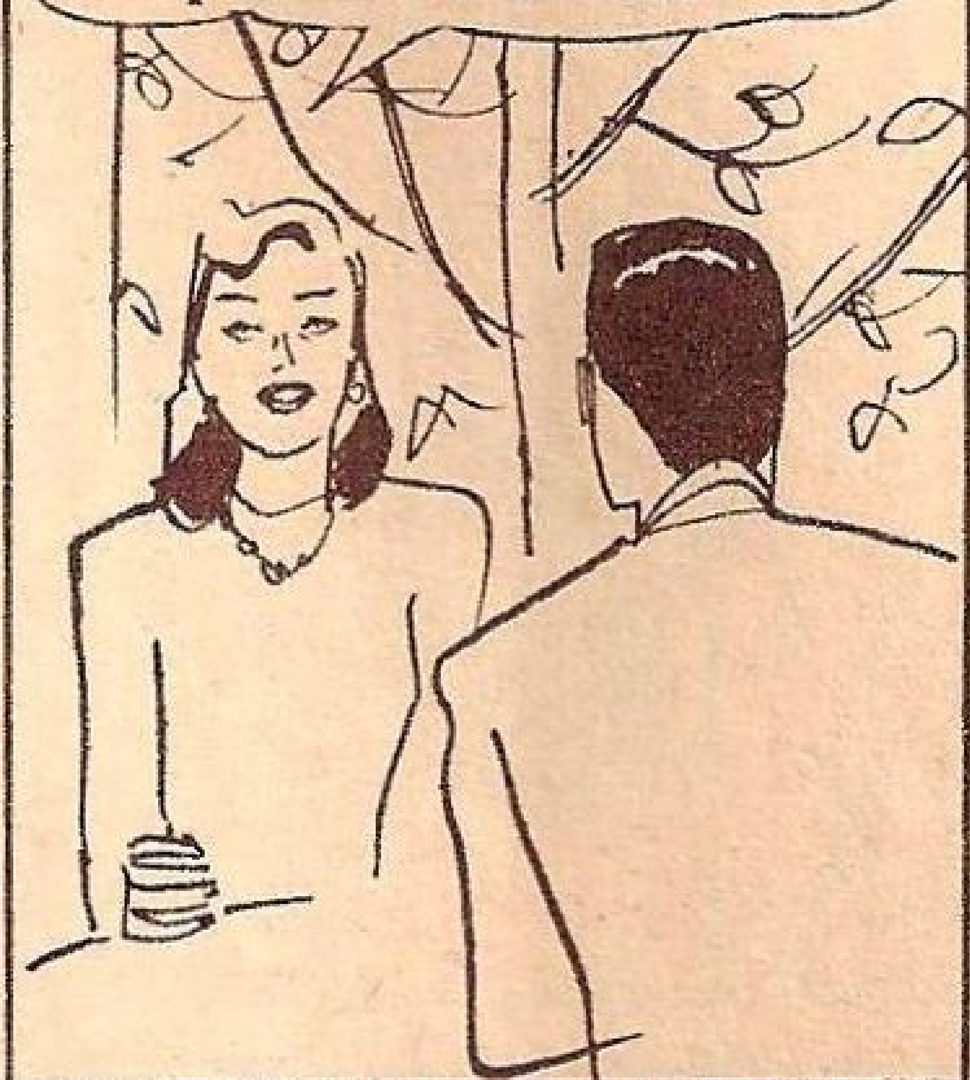


Ella lo había invitado a cenar en la terraza que daba sobre la avenida de tilos. Javier observó que había esmerado su tocado. Estaba tan linda como una jovencita.



El "menú" resultó exquisito y ella le pidió antes de los postres que encendiera las velas de los candelabros.

¿Te acuerdas? Lo hacías siempre en vida de mamá.



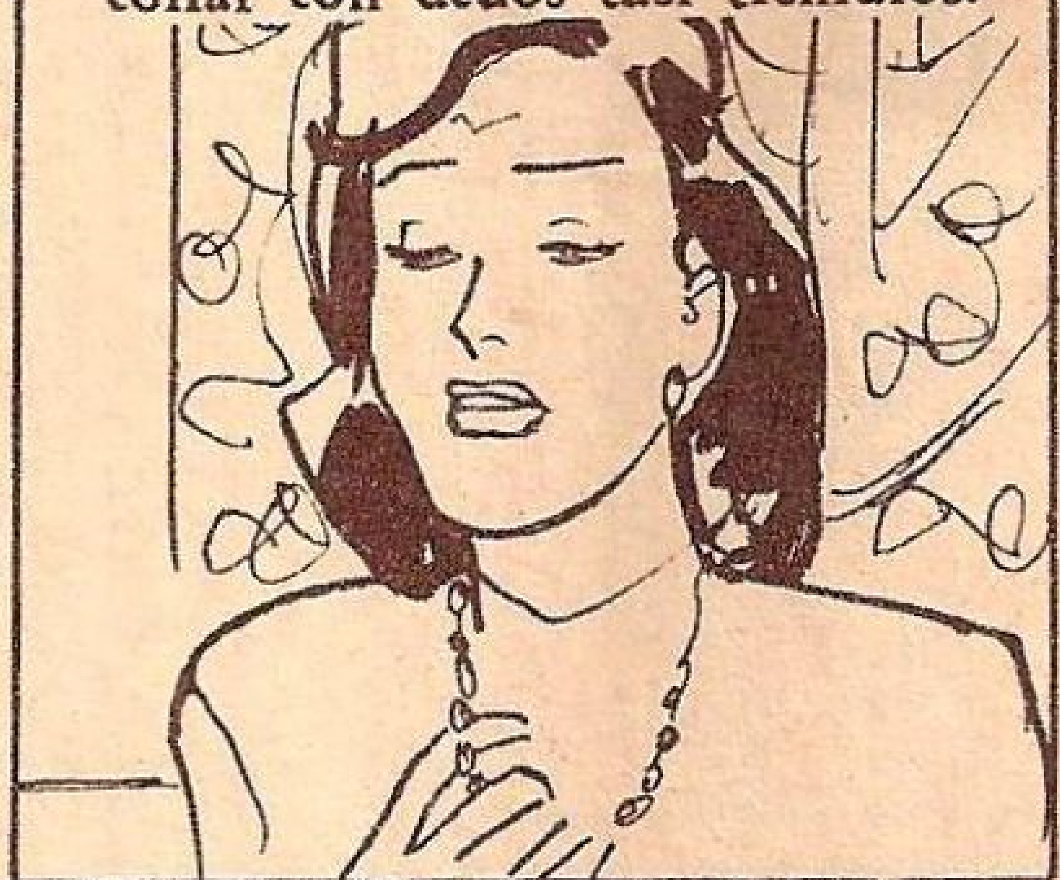
Y al recuerdo feliz de las reuniones de otro tiempo que llenaban de risas y palabras alegres la casa y el jardín, ambos quedaron silenciosos, nostálgicos. Era el momento...



Javier habló con acento conmovido, veraz, directo. La amaba desde donde podía recordar. Y ella... también. Así creyó entenderlo en sus meditaciones cuando estaban separados.



Le pareció que Rosita estaba próxima a llorar. Estrujó su servilleta y luego de abandonarla sobre la mesa comenzó a enredar su collar con dedos casi trémulos.



Quiero casarme contigo. Te haré feliz. Los dos tenemos aun juventud, mucho dinero, salud y recuerdos comunes.



—Si te parece, lo decidimos para este mes.



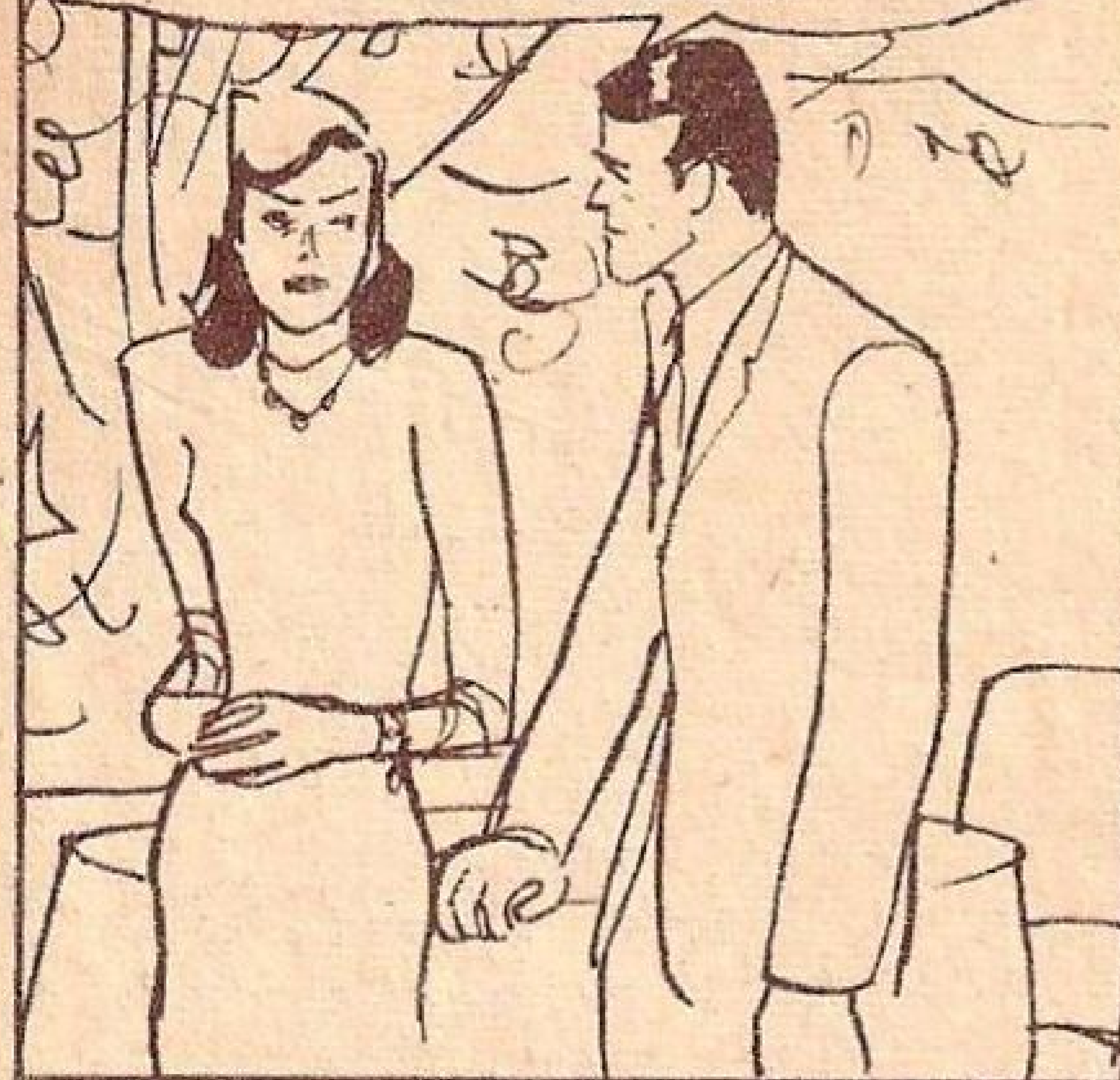
La vio ponerse de pie, negando con la bella cabecita. Pero estaba muy pálida. —Te quiero, Javier y es cierto que nunca he querido a otro... sino a ti. Pero...

No vamos a casarnos mientras yo sea una fracasada...



Por lo visto hacía de su negativa una cuestión de dignidad. Y él sonrió con su dulce paciencia de toda la vida: —¿Qué es lo que entiendes por fracaso?




Estoy seguro de que sólo hay una victoria humana.


La de quien sabe vencerse a sí mismo.

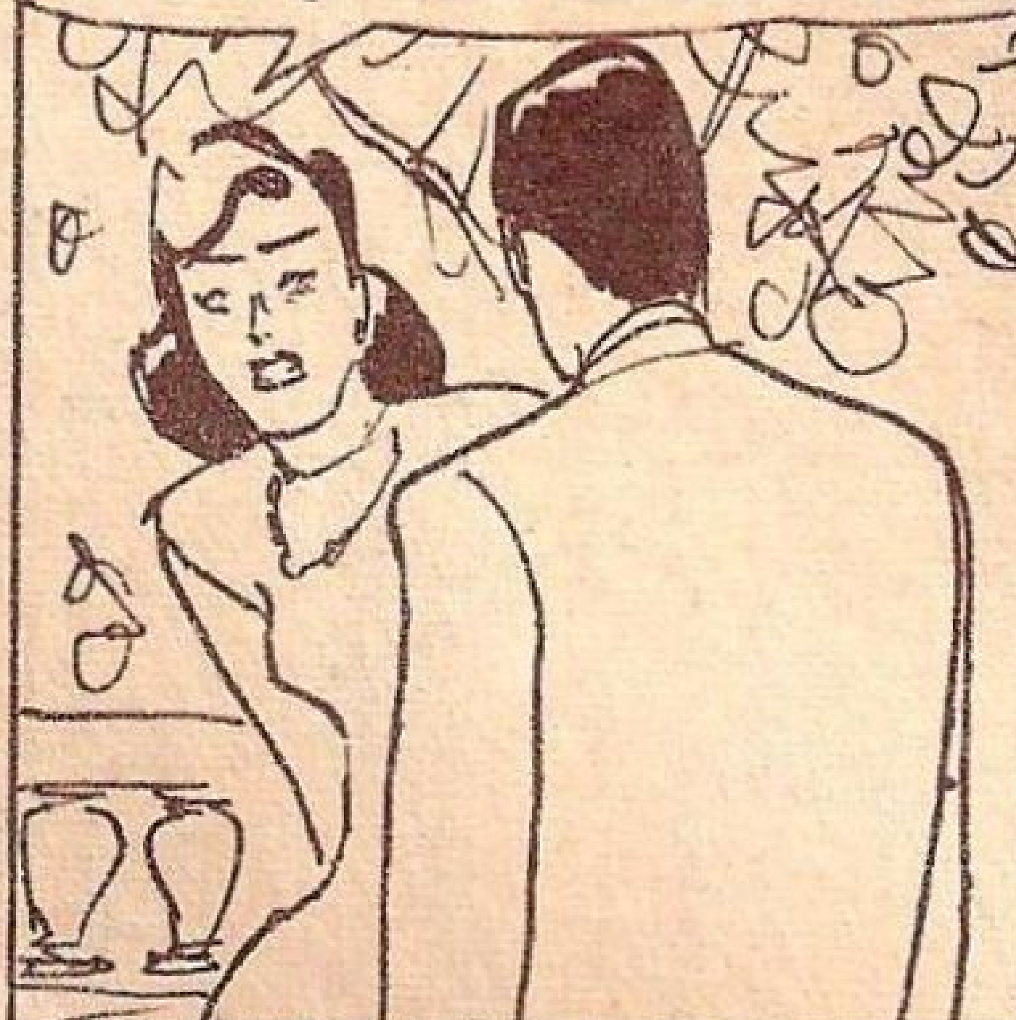

Y ella, mordiéndose los labios, próxima a llorar, tomándole ambas manos lo sacudió, bruscamente.
¡Qué igual a la niña de las lejanas rabietas!


Javier, no lo niegues. ¡Estás buscando salvarme de la derrota!

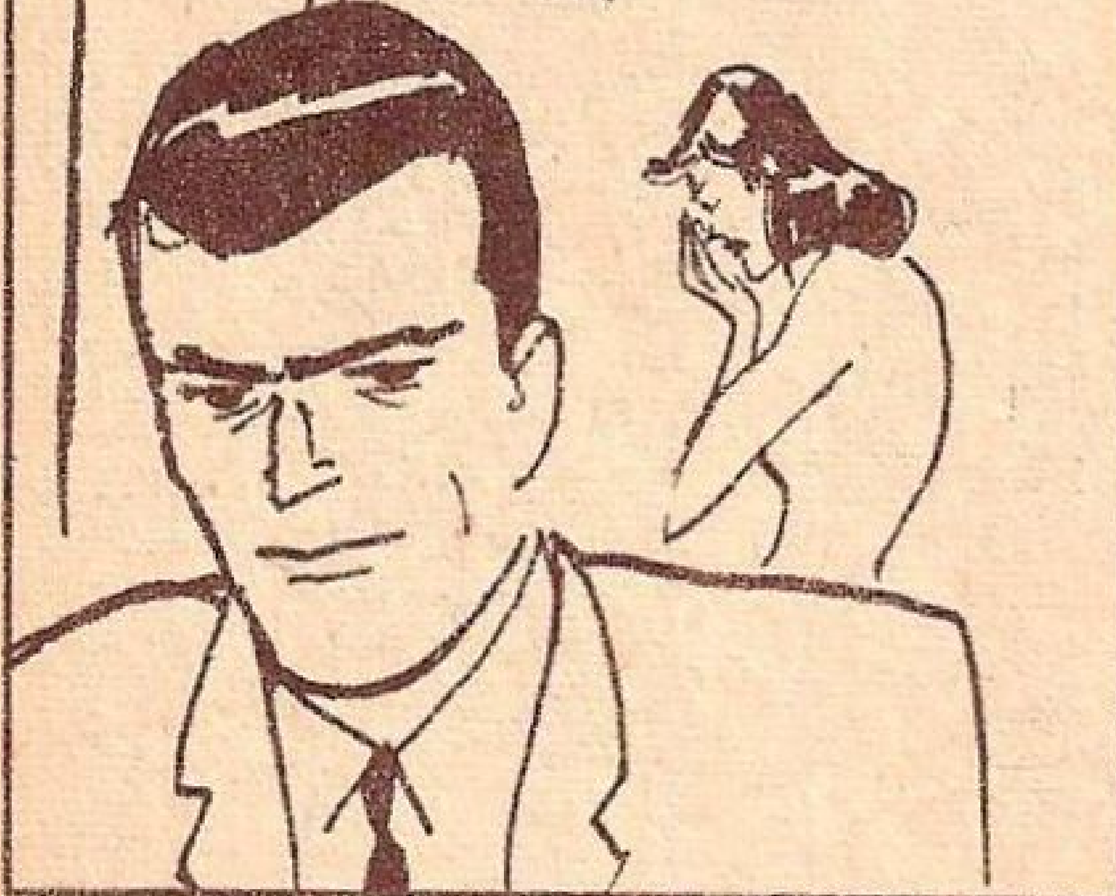

No pienso en eso, querida. Te amo con todo el alma. Hasta donde alcanzan mis recuerdos... eres algo así como mi propio corazón. Al velar por ti, velo por lo mejor que hay en mí mismo.

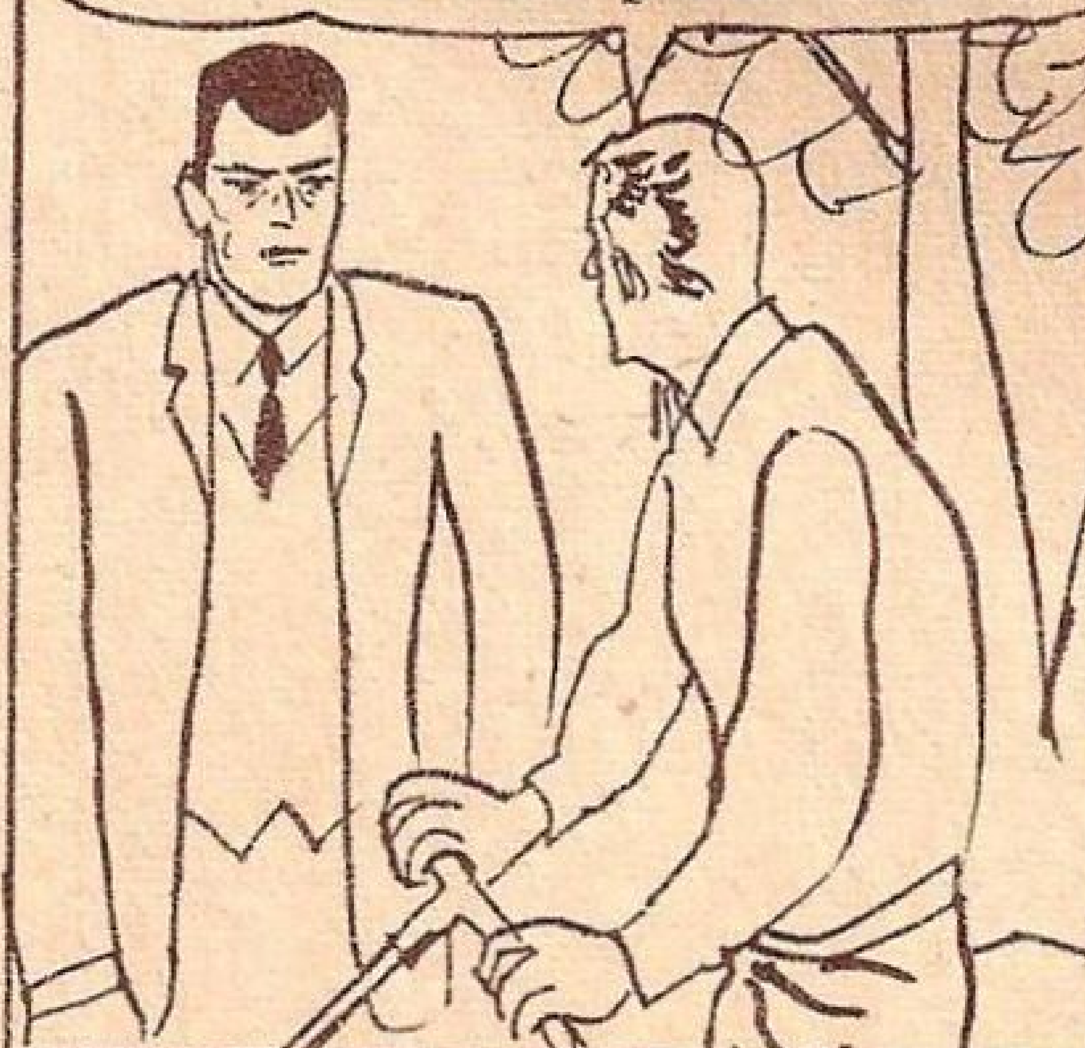

Sin decírselo, evocó la imagen de la niñita asomada al brocal, llamándolo con diminutivos cariñosos.
No soy una chica, Javier: pareces olvidarlo.


Necesito construir algo con mi propio esfuerzo, algo más que la fortuna que heredé, y la comodidad que me rodea.

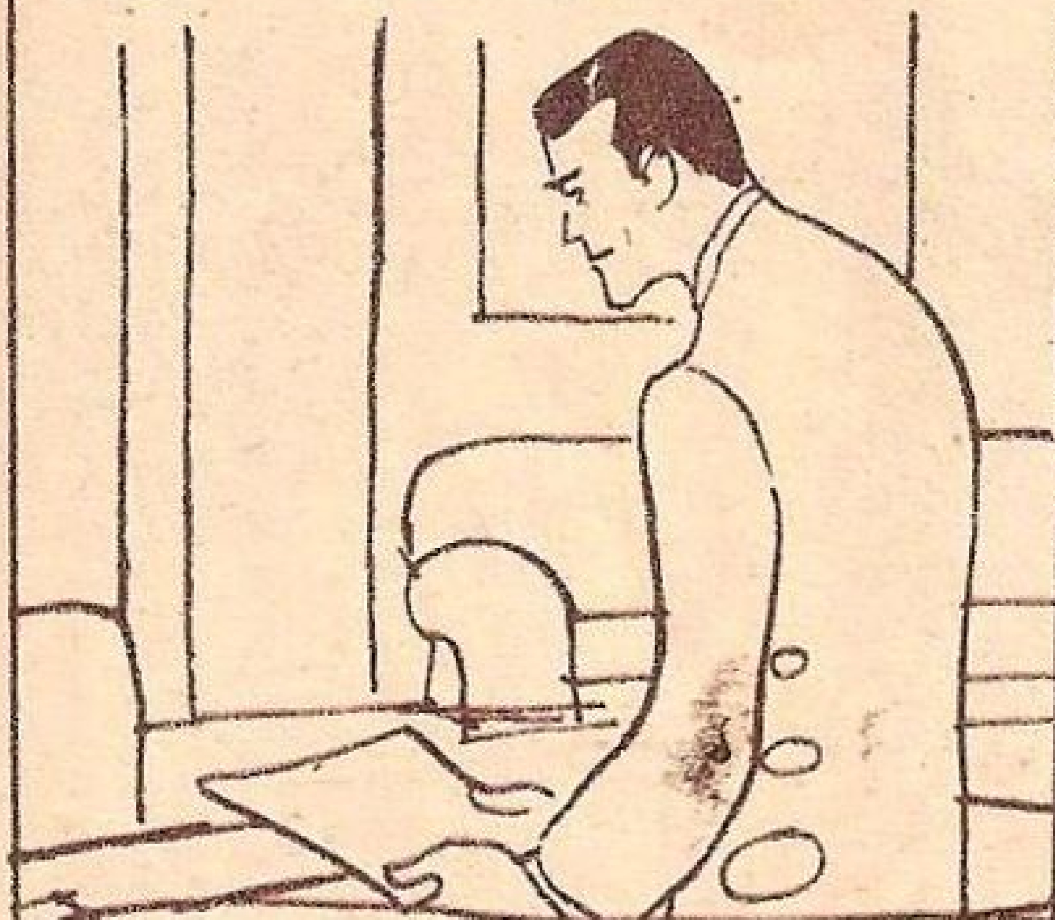

Algo más que todo lo que tú puedes ofrecerme, aunque sé que eso no tiene precio. Pero entiéndeme...

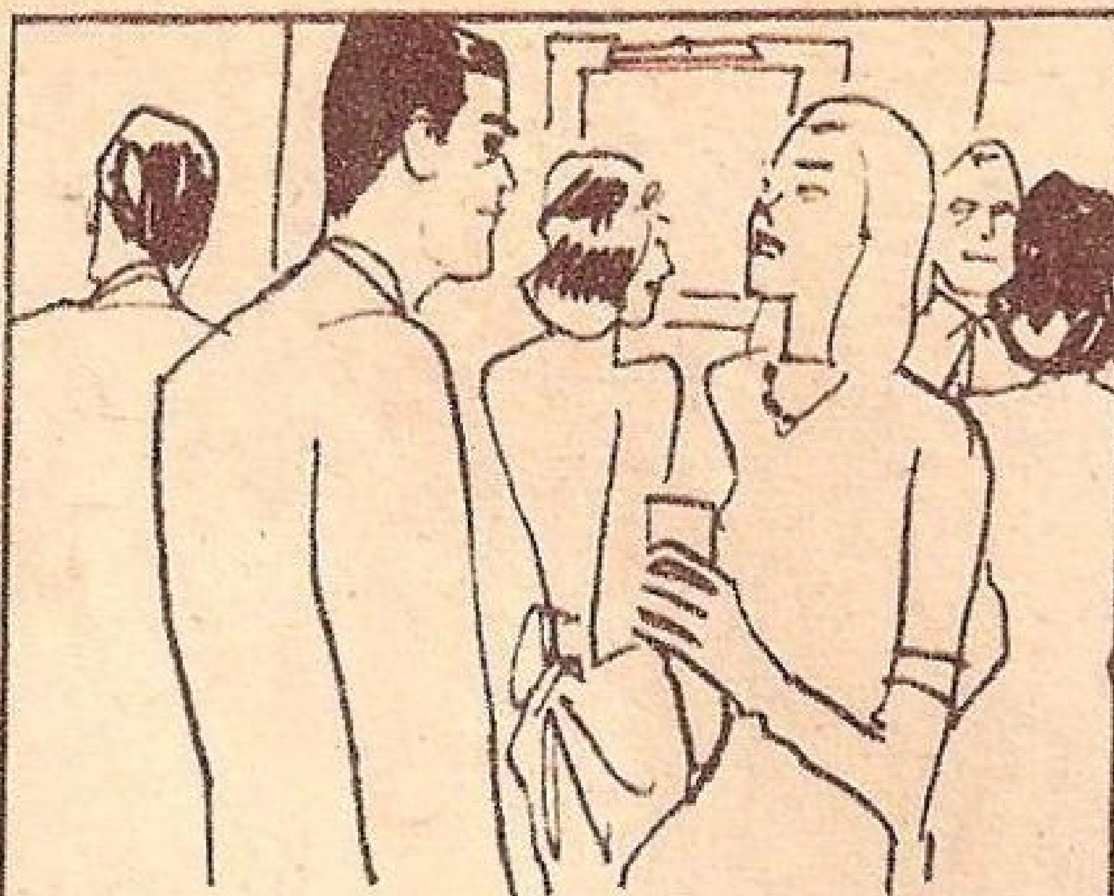

..."necesito labrar algo ¡mío!" Hubo un silencio y después, irguiéndose, ella gritó casi: —¡No quiero ser *salvada* por ti ni por nadie! ¡Quiero labrar mi suerte peculiar!


Volvieron a separarse casi enojados, es decir, ella, porque Javier con su medida reserva y su callada ternura, no dijo nada hiriente, nada definitivo.


Al otro día cuando fue a visitarla...
La señorita Rosa partió a Italia.


Fue duro, fue terrible. Coincidió con buenos pleitos y victorias profesionales. Estuvo a punto de casarse con la bonita hija de un colega mayor que lo valoraba mucho.


En ese tiempo estaba cansado y algo había dejado de resonar en su alma con la armonía de antaño.
(Esoy madurando, envejeciendo...)


Encontró en diversas fiestas a la niña en cuestión que era muy sensible e inteligente. Por eso mismo advirtió el eclipse sentimental del amigo. Hubo confidencias y ella aconsejó:


Conozco a Rosita, es inolvidable. Y me hago cargo de que usted la ha querido siempre. Espérela. Vuelve de Roma en estos días. Oí decir en casa de una amiga, que antes de abril.


Se trasladó a su quinta. Noche a noche espiaba la alta ventana del chalet a la espera de la luz que significara la presencia humana. Y por fin la vio.


Ignoraba, eso sí, que en ese momento Rosita examinaba su rostro en el espejo, comprobando cuan enemigo del alma y del físico es la ambición, ese fuego que devora íntimamente.


Ya su cara no tenía frescura de flor y los ojos acusaban la fatiga de quien contempla sin alcanzarlos nunca.
(Pero... todavía soy joven. Y el arte no necesita de la juventud para triunfar.)


—Dicen, por el contrario, que es en la madurez donde se nos revelan sus más escondidos matices.
(Mañana llamaré a Javier. Necesito verlo...)


El acudió antes de ser requerido, con la actitud y el ademán dichosos de quien celebra algo maravilloso.
¡Rosita, bienvenida al hogar!


Se abrazaron y la retuvo contra su pecho, leyendo en los bellos ojos la pregunta amarga: "¿Ves mi dolor, querido?"


—¿Deseas aún *salvarme?* Lo oyó decir —¿Has experimentado bastante?
¿Sueñas aún o quieres casarte conmigo?


Ella rompió a llorar: —Tú aun me guardas cariño? —Aún— fue la respuesta —es una palabra que nada tiene que ver con el sentimiento verdadero.


El amor es absoluto. El mío forma parte de mi corazón, soy yo mismo. ¿Qué contestas?


—Que sí. —Y ya no piensas que se trata de salvarte, ¿verdad? —No— dijo ella ahogada por el amor, mientras pensaba: —"Pero me salvas de la soledad, del destino incompleto, de una sensación de fracaso nunca vencida".


Acordaron que él iría a visitarla al día siguiente para ponerse de acuerdo con respecto a la fecha de la boda. La sensación de alla era confusa: alegría y dolor, emoción de hallazgo y pérdida.


Pensaba: "Amo a Javier desde siempre. No hice más que esperarlo".


Durmió bien. por la mañana, en la bandeja del desayuno, venía entre la correspondencia un sobre cuyo expresivo membrete la hizo temblar...


Al rasgarlo vio turbio. Era una nota breve y conceptuosa del primer empresario de la ciudad. Hacía honor a su alto sentido dramático después de haberla oído triunfar en un concurso. La felicitaba y le ofrecía un contrato que era una antigua consagración.


Ella experimentó una extraña alegría como si de su alma se desciñera una antigua tiniebla.


Su dicha no estaba relacionada con la idea de la ambición cumplida ni del futuro glorioso.


¡Esa emoción era indivisible de su amor por Javier! Antes él todo lo hacía por ella y para ella. ¡Después ella había querido ser festejada y célebre, por él, sólo por él!


Con la carta en la mano, inició unos pasos de baile. En el espejo la sorprendió la juventud de su cara. Dobló el papel y lo puso en el sobre, sonriendo...


Era una muchacha de poco más de veinte años la que salió corriendo al encuentro de Javier, echándole los brazos al cuello. Después le entregó la carta para que la leyese.

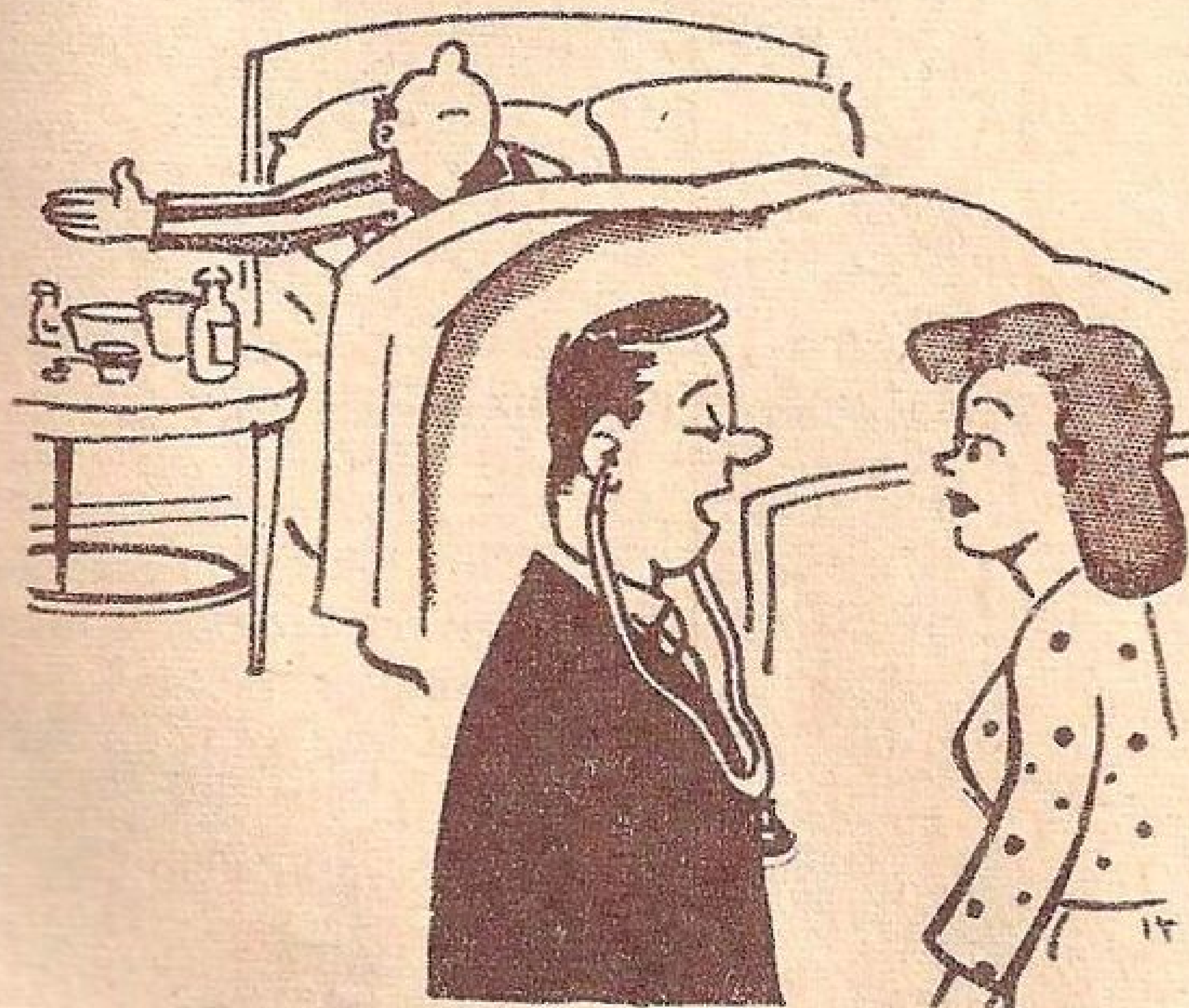

No lo dejó terminarla: —Puedo ser artista, ¿ves? Te rindo esa certeza y la gloria de vivir sólo para ti. Ahora entiendo cuan importante es saber que puedo vencerme a mí misma.


Ya no quiero sino tu amor, la creación de nuestro universo íntimo y el recuerdo de las etapas de esta historia, de esta vida, en la que tú, siempre me salvabas, Javier.
FIN

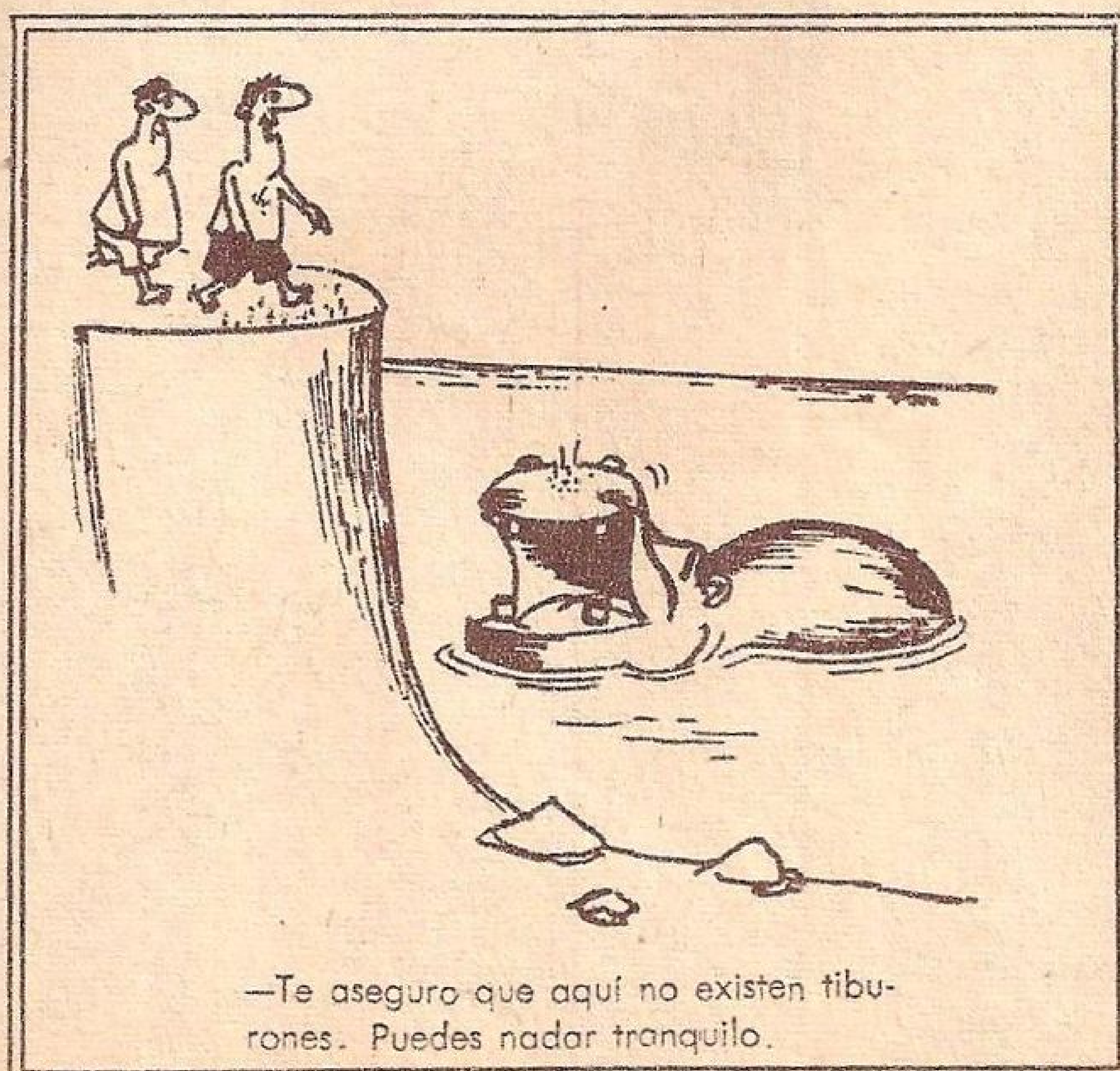
PARA SONREIR



—Lamento haber demorado tanto en traerte el helado, querida. Pero tuve un encuentro con Horacio y fuimos a tomar cerveza.



—No tema, señora. Ahora está doblando la esquina.



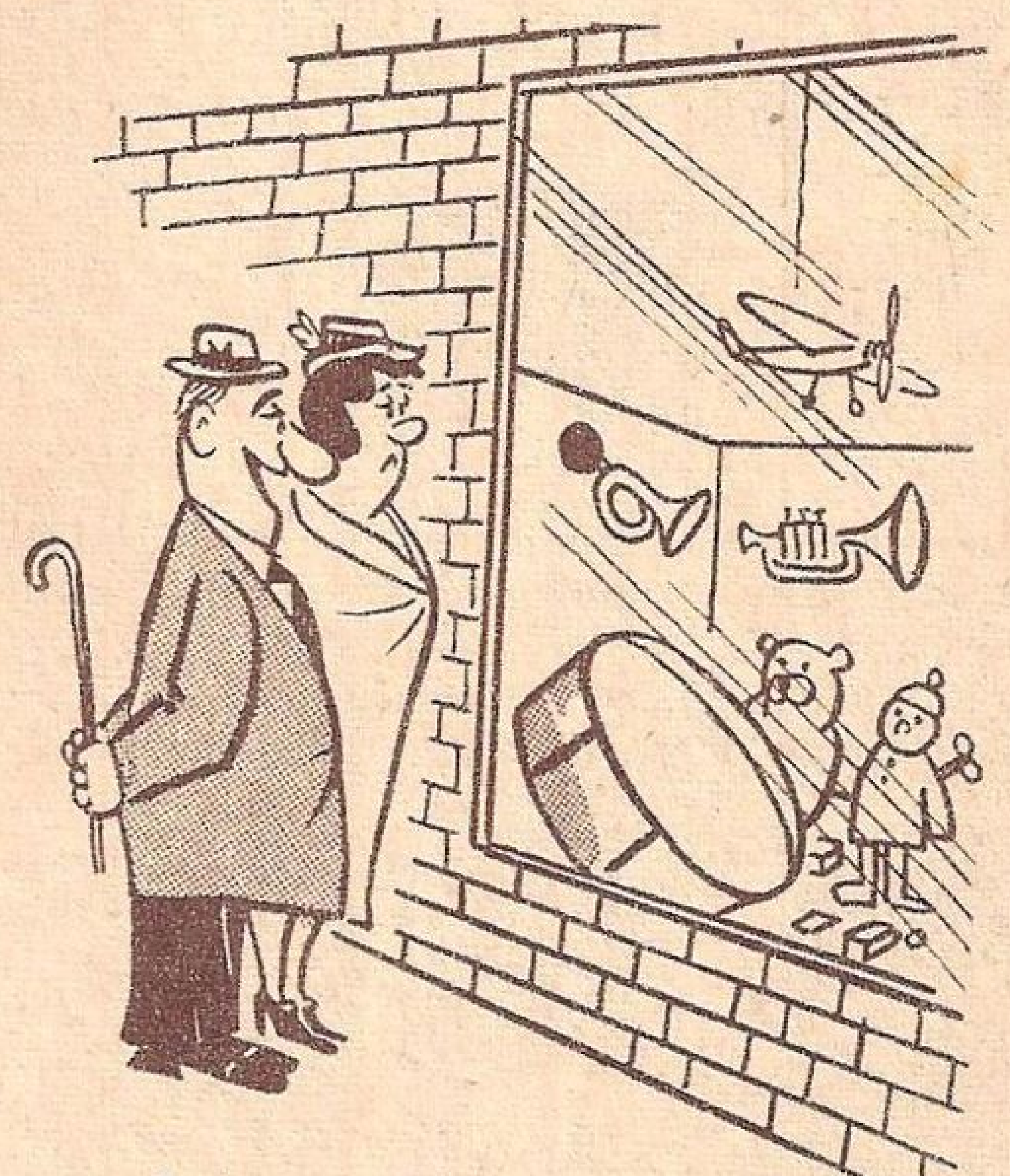
—Te aseguro que aquí no existen tiburones. Puedes nadar tranquilo.



—Es correcto, querida. ¿No sabes, acaso, que todo capitán de barco está autorizado para efectuar una boda?



—Yo no sé cómo se han dado cuenta que somos ladrones.



—Tu hermana le regaló a nuestro hijo un arco y una flecha. Para retribuirle, le obsequiamos al hijo de ella un tambor bien grande. ¿No es una buena venganza?

DESPERTAR DEL ENGAÑO

POR FRANCINA SIQUIER

DIBUJOS DE HAUPT







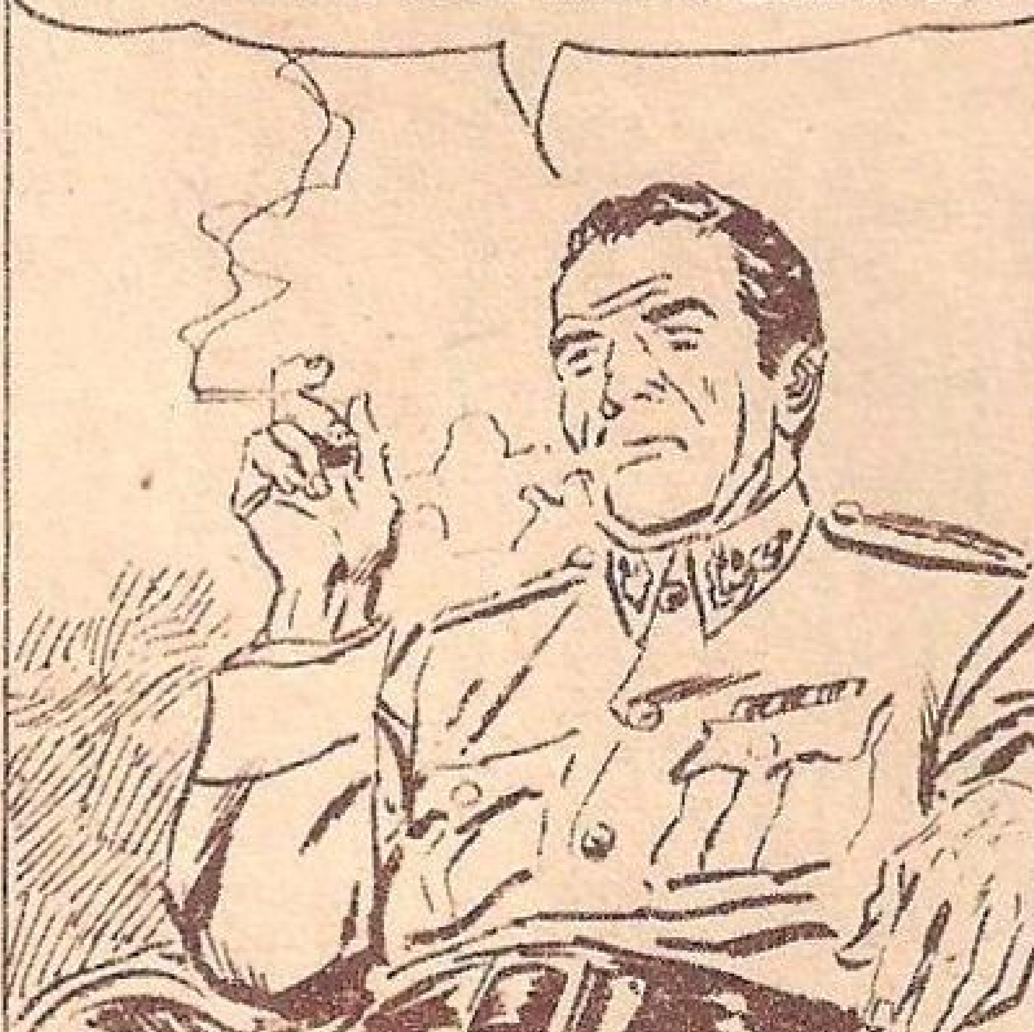








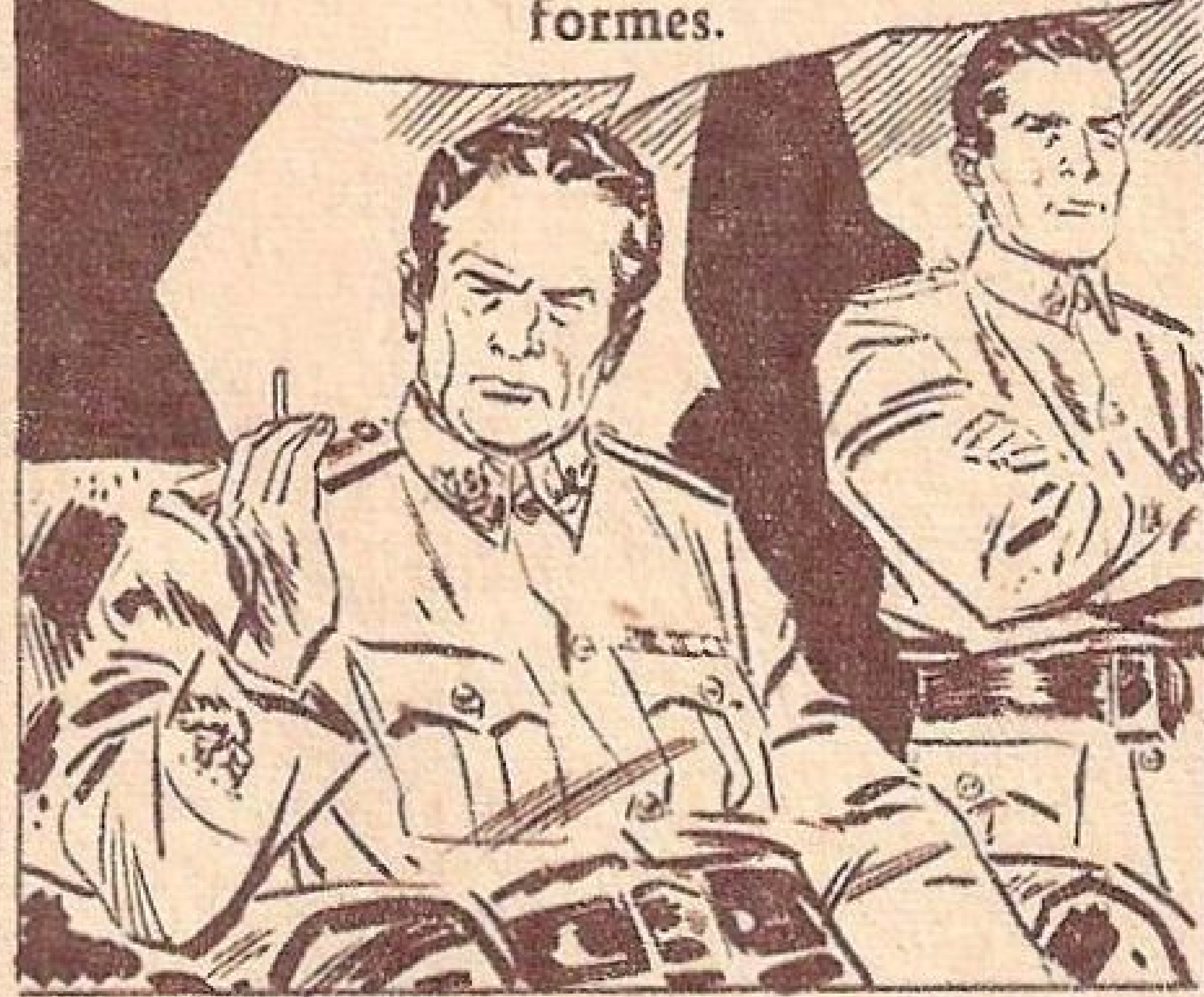







Comprendía. Un asesinato.
¿De quién se trata
Usted lo conoce. Todos lo conocemos bien...


...ya que participa, incluso, de nuestras reuniones, por cuanto ha logrado infiltrarse en el Partido.
¿Y es...?


El médico norteamericano. El doctor Kendall. Sabemos que en sus pedidos de medicamentos a su país, manda informes.


¿Se ha comprobado?
No hay tiempo para ello, y además, queremos evitar complicaciones diplomáticas dando a la muerte la característica de un atentado...


...perpetrado por un terrorista. Su tarea será muy delicada, pues debe elaborar el plan y elegir la persona para ejecutarlo. En principio le diré...


Se había quedado solo y entonces pudo concentrar su pensamiento en "ELLA". Recordaba cada uno de sus rasgos, de sus actitudes, ¡era tan distinta a todas y tan hermosa! En los ojos de un azul luminoso y en los cabellos de un dorado rojizo de Janine Kendall, había un "algo" que no viera hasta entonces en otra mujer.


La imaginaba vestida de fiesta, como solía verla en las escasas oportunidades en que ambos coincidían en alguna reunión. Nunca había querido reconocer cuánto le importaba su presencia. Trataba de eludirla, de considerarla un sueño. Pero *ahora* Janine Kendall era algo trascendental en su vida...


...por cuanto le habían encomendado la misión de eliminar a su marido. ¡De manera que el doctor Kendall era un espía! Un odio intenso contra él nació en su pecho. ¿Cómo no había pensado en Janine?
(¡Ha sido una estupidez imperdonable la suya!)


El día marcado por el destino para determinadas personas, terminaba ya. En el anochecer, Belgrado era hermoso, pero tenía algo de siniestro.
Me siento casi feliz hoy...


Eran palabras un poco absurdas en los labios de Mirka, y dirigidas a él, que no le habían sabido brindar nunca felicidad, sino una sensación inquietante de dicha que había que retener con sufrimiento.


Miloch Georgevich besó a la muchacha. La quería, pero ocupaba en su vida un lugar perfectamente delimitado. Primero estaba "lo otro".
¡Si siempre te sintieras así! Pero para ello tendrías que comprenderme más.


¿Compender una naturaleza tan apasionada y fría a la vez? Educado Miloch en una estricta disciplina, su "yo" importaba poco al proyectarlo en el futuro del Estado.
Trato de hacerlo, igual que tú a mí.


Yo no te comprendo, Mirka. Te acepto y espero que un día vengas a mí, cuando tus conceptos falsos de las cosas desaparezcan.


No hablemos de ello esta noche.
No podríamos. He de dejarte, ya que el mayor Simovich me ha llamado y debe ser algo urgente.


Encendió un cigarrillo con movimientos nerviosos. ¡Si toda esa seguridad en sí mismo fuera real! Como tantos otros vivía aferrado a una idea de la que esperaba todo, siendo sólo parte de un mecanismo, pero no había aprendido a borrar todo vestigio de inquietud en el alma. ¿Por él o por los demás?


Toda sensación de felicidad se había desvanecido en la joven. Durante largo rato quedó contemplando la alta silueta que se alejaba.
(No es bueno temer siempre que algo suceda.)


Sabía que la quería, pero que a la vez no vacilaba en posponerla a cualquier actividad. Que jamás pensaba en ella la primera, porque no era lo más importante en su vida. Y estaba segura que de haberse rebelado contra ello, lo hubiera perdido. Era un hombre especial y quizá por ello el mayor contemplaba satisfecho el semblante del "elegido".


Fue parco en sus explicaciones.
Por supuesto, usted huirá "luego". De ser aprehendido, ya sabe lo que sucedería, porque no podemos exponernos a conflictos...

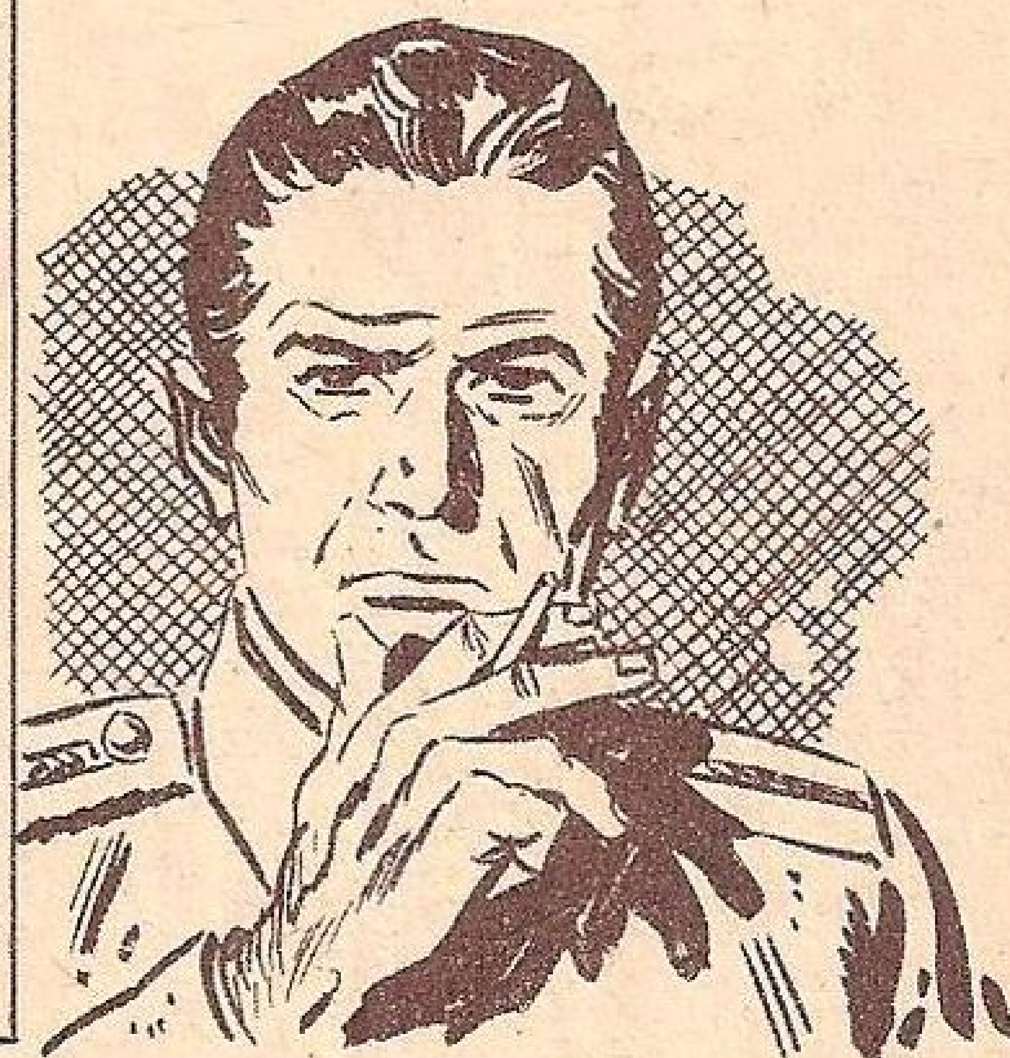

...con potencias extranjeras. Se le haría un juicio, acusándole de exaltado patriota, de perturbado... En fin, lo que fuere, y sería fusilado.


Comprendo.
No vea en mis palabras una orden. Si tiene alguna objección que hacer...


Ninguna, mayor. He estado preparado siempre para cumplir con la misión que me fuera encomendada. Debo actuar, no pensar.



¿Un autómata? Algo fallaba, sin embargo, y ese "algo" estaba allí, en el fondo de las pupilas ardientes del joven, en su impetuosidad contenida. Más frialdad real e indiferencia, lo hubieran mostrado menos osado. Estaba seguro que él, años atrás, también había tenido esa mirada y pensó que ello daba un incentivo más al asunto.





Continuó hablando, pausada, tranquilamente. Era el mismo tono que hubiera empleado para planear una inofensiva operación táctica. ¡Y, sin embargo, se trataba de la vida de un hombre! Miloch lo escuchaba cada vez más fascinado.



En el comedor, los muebles antiguos brillaban al reflejo de las velas, uno de los pocos lujos que Janine Kendall se permitía allí, en la ciudad donde el color y la alegría no tenían cabida.









La luz de las velas daba mayor intensidad a la mirada de Janine. Era difícil leer en ella el estado de su alma, y la joven experimentó un tremendo alivio al ver que esta vez tampoco había él descubierto su miedo. John tenía que continuar ignorándolo todo.




No te lo he pedido. Sé que muchas cosas te retienen aquí. El hospital, los que tanto esperan de ti, hasta tus nuevos amigos...


"Mis nuevos amigos". No te creía capaz de esa ironía. Bien sabes que no puedo ser amigo de ellos.


¡Ellos! Unidos así, en un apretado haz. Rostros sin vida, cuerpos sin alma. Podía recordar nombres: general Zaluski. . ., general Yuorevich. . ., capitán Broz. . ., mayor Simovich.
Bueno, con Radenko Simovich era distinto: podía recordar la manera de enarcar la ceja izquierda, de sonreír veladamente, de inclinar la cabeza. . .


Consciente de su fuerza y poder, los temía, pero no podía confesarlo porque ello la hubiera llevado a revelar algo que. . . Instintivamente, se acercó a John y enlazó sus dedos en los del hombre, en aquellos dedos sensitivos de cirujano.
¡Querida!


El le transmitía seguridad y confianza. ¡Estaba tan necesitada de ambas cosas! Pero no se lo dijo, porque el silencio estaba entre ambos hacía tiempo. Un silencio que en ese instante les hubiera permitido escuchar las pisadas de los hombres que estaban al acecho en el jardín.


El lugar es propicio. Una hora después de la cena, el doctor Kendall se marcha al hospital, entonces. . .


—Perfecto. Esa silueta de mujer es la de su esposa, ¿verdad?
Sí, esa es Janine Kendall.


La pregunta del teniente era casi técnica. Necesitaba saber, aunque para él la mujer fuera nada más que un elemento de una escena a producirse, y no la esposa de su víctima. En cambio, él podía ver a través de la gasa de las cortinas, cada uno de sus rasgos y recordar la primera conversación entre ambos.


Para no demostrarle la impresión que le había causado su belleza, se mostró irónico, casi caústico.
Sus sutilezas son interesantes, mayor. Lástima que sus compatriotas no lo sepan apreciar. . .


...porque de hacerlo, estaría usted más alto todavía o ya lo habrían eliminado.
Su opinión es interesante, pero no la manifiesta tan espontáneamente.


"Como norteamericana, se cree muy segura en todas partes, ¿no es así?" Era evidente el antagonismo, pero no obstante continuaron juntos el resto de la velada. . .


. . .y en los sucesivos encuentros buscaban deliberadamente su mutua compañía. Pero no podía seguir pensando en "ella", ya que en las horas que faltaban tenía que limitarse a ser un autómata. El fin perseguido valía la pena.
Vamos, teniente. Dejémoslos ahora, ya que mañana. . .


Caminaron en silencio en busca del auto del mayor, estacionado en las cercanías. De pronto, algo le impulsó a hablar.
¿Se dá cuenta, teniente? Su mano, si no tiembla, va a separar para siempre a un hombre de una mujer. . .


Miloch se turbó. ¿Sentimentalismo? Le habían enseñado a considerarlo nocivo.
Señor. . . Temo no comprender. . .
¡Oh, quería resaltar la importancia de su papel! Usted encarna al Destino.


Cuando se quedó solo, continuó pensando en aquéllo. Las palabras le habían aturdido. Y el teniente Miloch Georgevich hizo por vez primera algo que no entraba en sus cálculos.
¿Cómo se te ha ocurrido venir a verme a esta hora?


Quisiera que no me hicieras preguntas. Es posible que haga un largo viaje. Pensaba que siempre estaba dispuesto a partir, pero. . .


. . .me doy cuenta de que no hubiera podido hacerlo sin despedirme de ti.
No preguntaré nada, Miloch, ni me quejaré.


No se quejaría, en efecto, aunque quedaría sufriendo y quizá no hubiera ya en adelante otro momento como aquél. Si todo salía bien, sería premiado por su actuación, y entonces. . . Sí, sería bueno hacerla feliz a ella y convertirla en su esposa. Pensar en todo esto, *tenía* que darle satisfacción y no obstante. . .


. . .le dejaba un sabor amargo en la boca. El mayor había logrado provocar en él una curiosa sensación de culpabilidad. Al besar a Mirka, la aprimió con fuerza.
Me haces daño. ¿Qué ocurre realmente, Miloch?


Nada. Sólo estoy algo nervioso. Perdóname. Mañana tendrás noticas mías.
Es como si fuéramos a separarnos para siempre. . .


¡Otra vez la maldita frase! SEPARARSE PARA SIEMPRE. Mientras caminaba tratando de calmar el ardor de su frente con el frío de la noche, pensó que le habían enseñado a estar de acuerdo con los ideales del Partido.


De pronto, sonrió. Había encontrado la respuesta. Lo que en Mirka había sido espontáneo, había sido una prueba en el mayor.
(Bien, le demostraré que no soy un sentimental.)


¿Cómo medir las horas de la espera? No obstante, Radenko Simovich tenía los nervios bien templados, y su voz era tranquila al contestar el llamado del general Ziluski.
Por supuesto, general. Se ha pensado en el mínimo detalle. Nunca descuido nada y puedo asegurarle que todo saldrá bien.


Tenía que salir bien, en efecto, porque se jugaba en ello demasiado. Además, se trataba de un espía, de alguien que buscaba la destrucción de los suyos. Por ello, la mano del teniente no tembló, aunque su brazo de detuvo en el aire.
(¿Por qué querrá besarla precisamente ahora?)


Aquellas siluetas retenían su mirada fría y decidida. La mujer trataba de rehuir el beso. Le repugnaba obrar en aquel momento, pero era preciso. Todo estaba calculado al minuto y no debía descuidarse.


Las estrellas brillaban muy altas, muy inaccesibles, como si después de "aquéllo" él estuviera más lejos de ellas, más unido a la tierra. Y sin comprender el motivo, cuando ya no había peligro, comenzó a correr . .


Esperaba que terminara su huida. De momento no podía luchar contra el sentimiento que le dominaba. ¡Todo había sido muy fácil y él se sentiría orgulloso de lo hecho, de haber matado a un espía!


La habitación estaba llena del humo de los cigarrillos consumidos en las largas horas del juico secreto. Humo de la hoguera encendida por quienes juzgaban algo tremendo. No la vida de un hombre, sino la conducta de otros.

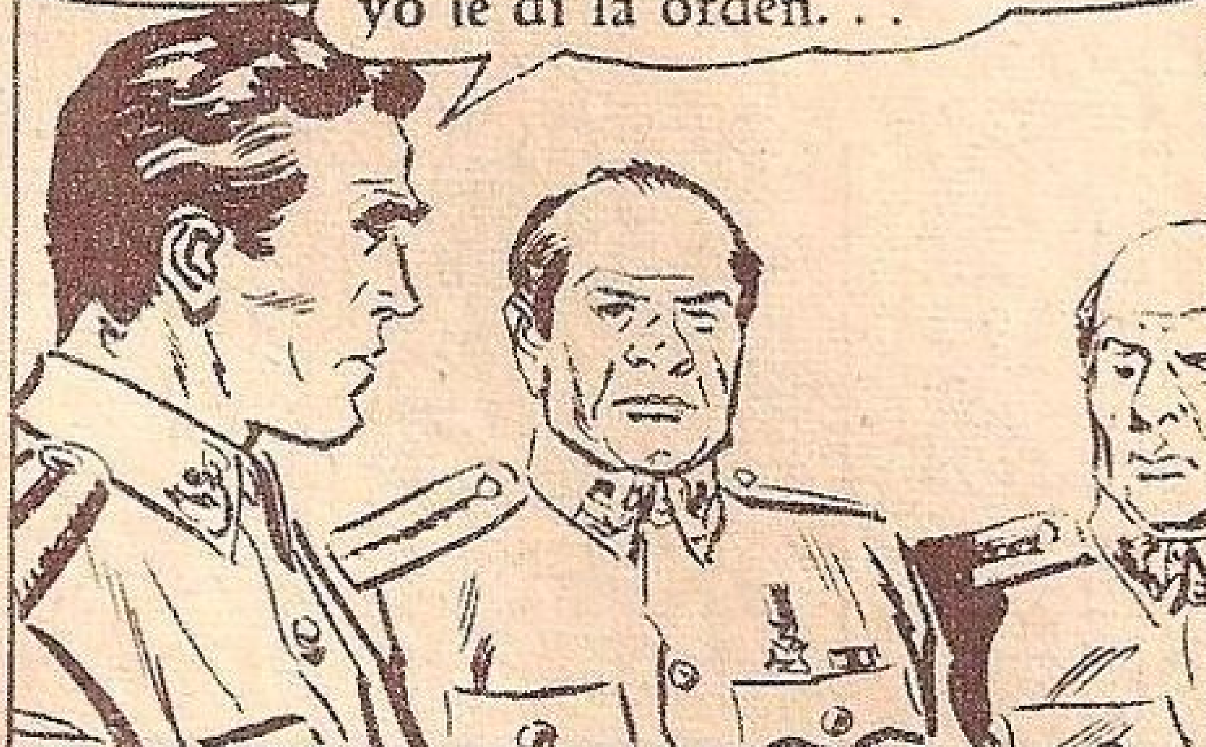

Hubo momentos de descanso, y Radenko los aprovechó para caminar por los amplios pasillos. En uno de ellos, se encontraron frente a frente.
No puedo todavía explicarme lo ocurrido. Yo. . .


Lo sé. Trate de calmarse. Aquí no podemos hablar.
Sin embargo. . . ¡tengo tantas cosas que decirle!


Quizá no tantas como debo yo callar. . . Y sin duda, será preferible para ambos separarnos así.
Intuyo en usted a un amigo, mayor Simovich.


Había sinceridad en sus ojos.
¿Amigo?. . . ¿Cree usted en la amistad?
Creo en ella, Radenko.


Era la primera vez que pronunciaba su nombre y lo hizo con una dulzura que le provocó en el pecho un dolor intolerable, porque él mismo la había apartado de su vida. Inclinándose, se apoderó de su mano y la besó.


No quiso volver a mirarla y penetró en la sala. Las mismas preguntas, las mismas aclaraciones, daban vueltas en un círculo vicioso.
Ya dije que la responsabilidad, por lo que respecta al teniente, es mía, por cuanto yo le dí la orden. . .


...que había recibido a mi vez de un superior, que es en realidad el único culpable.


Aprecio su ironía, pero no tiene sentido culpar al general Zaluski.
Es quien me ordenó asesinar a. . .


¿Asesinar? El término no es adecuado, mayor.
Sí, nosotros adornamos los hechos. Tememos las palabras, aunque no los actos.


El cargo que ocupaba y la confianza que había sabido ganarse, impedían el estallido de aquellos altos jefes que componían el tribunal secreto encargado de dilucidar algo que jamás sería conocido en el pueblo.
Entonces, ¿usted pretende convencernos de que. . .?


De que el teniente Miloch Georgevich es inocente. Recibió una orden y la cumplió.
Sin embargo, el general Zaluski dijo que se eliminara al doctor Kendall al salir del hospital.


El teniente Georgevich, convertido en un hombre pálido y crispado, fue obligado a declarar nuevamente. Con voz monótona, repitió lo que el mayor Simovich le había ordenado: disparar desde el jardín, evitando posibles complicaciones. El sabía, al matar a un espía, hacía un bien a su patria y al Partido.


La sonrisa del general Broz iluminó como un relámpago su rostro verdoso.
Pero usted, mayor Simovich, *sabía ya* que el doctor Kendall no era un espía, ¿verdad? Ya que recibida la orden hizo sus propias averiguaciones.


Por supuesto. Es mi costumbre. Y comprobé que la conducta del doctor era intachable.
¿Y sabiéndolo permitió que el plan se llevara a cabo?


Se me enseñó a no discutir las órdenes y menos juzgar los fines que el general Zaluski tuvo para dármelas.


El castillo construído por Miloch, pieza a pieza, se desmoronó. Había creído servir a hombres justos que perseguían una causa justa, pero a partir de ese instante se vio como un muñeco al que habían puesto un revólver en la mano para que otros lograran. Las palabras llegaban lejanas y se iba hundiendo en un pozo profundo.


—¿Pero usted no pensó que. . .?
No tenía que pensar, sino obrar. Un superior me ordenaba. . .


El mayor hacía recaer la culpa sobre el general Zaluski, una especie de gloria nacional. Urgía dar una solución a aquel asunto desagradable.
Usted envidió siempre a Zaluski el cargo que ocupaba y al que sin duda aspira.


Los ojos del teniente estaban fijos en el mayor.
Antes de ocurrir el *hecho* que tratatamos, cursé mi demanda de retiro. Es evidente que no puedo *pretender* el cargo del general.


Janine Kendall oprimía sus manos con angustia.
¡Estoy tan confusa! No quisiera comprometerlo, pero estos contínuos interrogatorios me abruman.


Todo es terriblemente simple, sin embargo. Y encierra una gran lección, que si salimos de todo ésto, nos ayudará a comprender muchas cosas.


Sí, a Janine Kendall, por ejemplo, le serviría para saber que en el país de las sombras, había almas en las cuales aún brillaba la luz que se proyectaría hacia el futuro para volver a crear lo que había sido destruido.
¡Dios mío, ayúdale!


Otra mujer dirigía al cielo su plegaria para otro hombre, del que había recibido unas líneas que nada decían, pero dejaban entreveer algo terrible.
¡Haced que vuelva a mí!


Allí, frente al tribunal militar, estaba el último testigo. Paso a paso fue reconstruida la escena de aquella noche trágica y todos pudieron revivirla, al influjo de sus palabras, que eran las pronunciadas por el doctor Kendall y su esposa.

UN GRITO DE TERROR

POR SETH HOLT

ADAPTACIÓN

Dina Bowers vivía en Suiza, frente a un inmenso lago azul. Era millonaria y muy joven, pero tal vez nunca llegaría a ser feliz. Cuatro años atrás en un accidente de automóvil se quebró la espina dorsal. En esa desgracia falleció la madre de Dina, y ésta quedó paralítica...

Versión del film "COLUMBIA PICTURES", con Susan Strasberg y Ann Todd.

DIBUJOS DE A. BORISOFF

El padre de la adolescente se marchó a Cannes, continuando con su vida de negocios y diversiones. Su secretaria, Marcia Popher, bien pronto se convirtió en su esposa.



Dina sufrió mucho más ante *la traición* del padre...



Marcia Popher procuró atraerse a la joven.



Un día, la joven Bowers recibió carta de Cannes.

1962
Tu padre está muy enfermo. ¡Te necesita, Dina! ¿Vendrás, hija mía? ¡No lo demores más! Cariñosamente
Marcia

En la estación ferroviaria llegó el lujoso tren internacional.



James Liggel, el chofer de los señores Bowers se acercó a Dina.



Dina miró a los ojos a aquel hombre joven y apuesto.



El hombre no pudo evitar un gesto de estupor.



Dina se sorprendió, pero acabó por sonreir con cierta amargura.




James empujó el cochecito hasta el lujoso "coche". Levantó en brazos a la joven impedida, y la colocó con suavidad en el asiento posterior. James sonrió ahora, pero ella se mantuvo muy seria.


La llegada de Dina a la mansión ubicada frente al mar no fue recibida con banda de música. Apenas por la presencia de Marcia.
¡Hijita! ¡Al fin tengo el gusto de conocerte, Dina!


Dina pensó: "¡Hipócrita!"
¿Por qué no me dijo que papá iba de paseo a Italia? ¡He sufrido tanto pensando en su salud!
¡Y yo deseaba tanto conocerte, mi querida!


Dina eludió el beso de su madrastra.
¡Ya verás lo bien que te trataremos, mi pobrecita Dina!


James Liggel llevó las maletas de Dina a su cuarto.
(¡Es muy hermosa! ¿Tendrá cura?)


El accidente había hecho paralizar las piernas de la joven, y según ella, "nunca más volvería a caminar".
¡Te haré ver por el doctor Conwad, un gran amigo nuestro!
¡Nunca más podré caminar! ¡Nunca más!


¡No seas tonta, querida! ¡Eres joven y tienes que sentirte más esperanzada! Yo, a tu edad...
¡Cállese, por favor!


Dina exigió que la dejaran sola en su elegante cuarto. Abrió la ventana que daba al mar; suspiró con infinita pena.
(¡Mi padre ha sido siempre un hombre con escaso seso!)


Golpearon la puerta. Era el chofer con otra maleta pequeña.
Escúcheme, James. ¿Mi padre estará vivo o... muerto? ¿Puedo confiar en usted?


El chofer sonrió a Dina con verdadero encanto.
¡La ayudaré en todo lo que pueda, miss Bowers!


Dina sostuvo la suave mirada del joven. Parecía muy preocupada.
¡Señorita Bowers! ¿Por qué se tortura así?
¡No sé! ¡Mis nervios están mal; muy mal! Pero he pensado que papá pudo haber sido muerto.


Ella hundió la manos en su cabellera.
¡Desconfío de Marcia!
¡A mi tampoco me gusta mucho la señora Marcia!


"¡Y desconfío de ese doctor Conwad!", agregó ella.
¡Tampoco me gusta ese doctor!
¿Entre los dos no habrán asesinado a mi padre?


El chofer se puso un tanto pálido.
Perdóneme, pero ahora creo que usted exagera, miss Dina. El señor Ronald está en Italia.


"¿Cómo lo sabe usted, James?", preguntó inquisitivamente la joven.
Repito que desconfío de mi madrastra, ¡y de su amigo el doctor!
Bien; permiso, voy a retirarme.


Lee Conwad llegó a la hora de la cena. Era un hombre alto, magro, cincuentón, y de dura expresión facial.
¿Usted es la hija de Ronald?


Observaba a la joven con astucia; casi con maldad.
¡Ya ve, doctor! Soy millonaria, pero una piltrafa, ¿eh?


El médico clavó su negra mirada en los ojos de Dina.
También está enferma de los nervios, hija. ¡Es indudable!


La regia mesa estaba puesta. Servía un anciano de color.
No; no quiero sopa de mariscos. ¡Los odio! ¡No! ¡No me sirva "vitel toné"! ¡Oh, no tengo apetito!


El médico sacó un pequeño frasco.
Dos pastillas de "Endorgán" y me lo agradecerá, Dina.
¡Conozco esa basura! ¿Cree que estoy loca?


La cena terminó lúgubremente. El doctor Conwad se despidió de Dina y se alejó por un angosto pasillo del jardín. Le acompañaba Marcia.
¿Necesita algo, señorita Bowers?
¡Dormir! ¡Quisiera dormir largamente "para no ver ciertas cosas"!


¡Ojalá no sean más que imaginaciones suyas, miss Dina!
Gracias, James. ¡Y buenas noches!


Dina vio regresar a Marcia. La mujer se detuvo ante la ventana de la muchacha y sonrió.
¡Buenas noches, Dina!


Dina murmuró apenas su "Buenas noches". Poco después se acostaba.
(¡Ese fastidioso ruido del mar!)


Dos o tres horas más tarde, Dina despertó sobresaltada.
(¿Ese ruido? ¿En el jardín, acaso...?)


Abrió la puerta de su cuarto y salió al parque. En dirección del invernadero se movía una luz; una débil luz de candelabro.


Con gran esfuerzo avanzó con su cochecito por el jardín. Abrió la puerta del invernadero: penetró en él...


...y un grito de terror escapó de su garganta. ¡Era como para enloquecer! ¡Ahí, junto a la luz del candelabro, estaba Ronald Bowers! Sentado en un sillón, ¡pero muerto!


Dina volcó la cabeza sobre el pecho, desmayada. La luz desapareció. Nadie había escuchado su grito. Cuando volvió en sí, retornó prestamente a la casa. Marcia Popher vino a su encuentro.
¡Era él, mi padre! ¡Y estaba muerto!


Señalaba ostensiblemente hacia el invernadero.
¿Qué dices? ¡Dina, por caridad! ¡Va a hacerte daño!


Las dos mujeres volvieron al invernadero.
¡La puerta cerrada con candado! ¿Dijiste que habías podido entrar aquí? ¿Cómo...?
No sé... la puerta estaba abierta.


Marcia telefoneó al doctor Conwad. Este vino al punto.
Voy a inyectarle algo que le calmará, Dina. ¡Esos nervios!


Al día siguiente, y durante un paseo por las cercanías del mar, Dina trató de interesarlo a James Liggel. El joven escuchaba con respeto, pero poco convencido de la narración.
¡Lo he visto! ¡Era mi padre! ¡Estaba muerto!


De regreso en la mansión, el chofer penetró en el invernadero, y a poco corría hasta la inválida.
¡Miss Dina, mire! ¡Son restos de una vela! ¡Estearina!


Ella llevó sus manos a los labios.
¡Han matado a mi padre! ¡Lo han asesinado, entonces!


El joven chofer estaba atribulado por el extraño suceso.
¡Tanto como decir que lo han asesinado! ¿Está segura de que *lo visto* era exactamente su padre?


"Completamente segura", contestó ella poniéndose unos anteojos negros sobre los llorosos ojos. Se produjo un corto silencio.
¡Dije que iba a ayudarla y la ayudaré, Dina!


Por primera vez le decía "Dina", a secas. El trato, casi directo, cordial, satisfizo a la muchacha.
¡Me gusta verla sonreír! ¡No use más esos anteojos negros, Dina!


"Los uso por timidez. Puedo ver a los demás, y los demás no pueden ver mis ojos. Es timidez...", exclamó con poca voz la joven.
¿Volvemos a casa? La tarde se va hundiendo en el mar, James.


James la tomó en sus brazos, fuertes como acero. Iba a dejarla como de costumbre en el cochecito.
Dina, la quiero...


Ella se quitó los anteojos negros. El la besó suavemente.
¿En su cariño no habrá compasión, James? ¡Detesto la compasión!
Te quiero realmente, Dina. ¡Te quiero y nada más!


Volvió a besarla. Luego la colocó en el cochecito.
¡Te quiero desde el primer abrazo involuntario, Dina! ¡Y sostengo que te curarás! ¡Y podrás ser feliz!


No muy lejos de allí, Marcia Popher observaba la escena.
(Creo que tendré que intervenir. ¡Ella con un chofer!)


Cuando Dina se encontró ante la madrastra...
Por tu bien, Dina, no lleves el apunte a ese James. ¡Te presentaré a jóvenes con mejores condiciones!


La joven rechazó el ofrecimiento de Marcia Popher.
¡No me interesan los jóvenes de Cannes!

Ante la firme protesta de la madrastra...

¡Mi corazón, mis sentimientos, *son míos*, y sé lo que haré con ellos!

¡Eres tan altanera!

Un brillo fugaz, pero metálico, apareció en las pupilas de Marcia.

¡Es el último resto de orgullo de los Bowers que se acaban!

El doctor Conwad entró en la casa. Marcia avanzó hacia él.

¡Estoy preocupada, Lee! ¡No tengo noticias de mi esposo!

Dina volvió la cabeza hacia la pareja. Marcia estaba de espaldas; y en cuanto al médico, "sus ojos eran una zona parda e impenetrable".

¡Ronald Bowers es un hombre que gusta del juego con misterios!

Conward se acercó a Dina...

En los EE. UU. hay dos especialistas que pueden sacarla a flote. Dina. Son los doctores...

Ella hizo un gesto de fastidio.

¡La pobre Dina Bowers ya no tiene cura! ¡Pobrecita! ¡No ha tenido mucha suerte en la vida!

Marcia volvió a protestarle vivamente.

¡Qué sabe usted, señora! ¡El mal de Dina Bowers es incurable!

¡Conservo las radiografías fatales!

¡Quiero verlas!

"Las tengo en Suiza. Vine a este lugar para distraerme...", respondió Dina con amargo mohín.

Sostengo que un viaje a los EE. UU...

¡Mi próximo viaje será...!

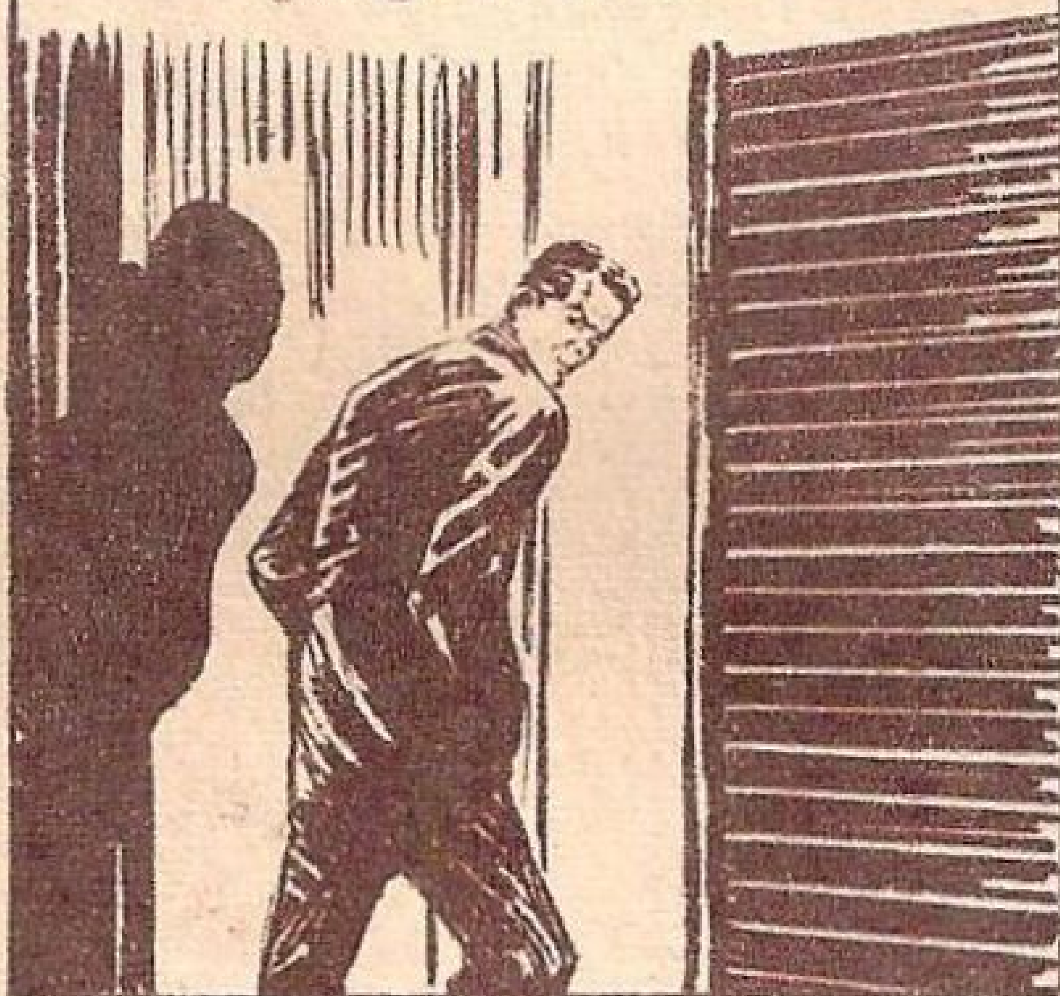

"¡Está enferma de los nervios! ¡La visión de anoche, las contestaciones de ahora! ¡Dina, por favor, comprende que buscamos tu bien"! exclamaba Marcia con un tono que parecía muy sincero.


Está bien. Pero mejor preocúpese de mi padre, Marcia.


Y se alejó, tras escrutar los rostros de la mujer y el médico.


"¡Qué muchacha tan rara! ¿Qué se puede hacer por ella?", exclamó con fastidio, Marcia Popher.
¡Nada! ¡Nada!


Llegó la noche. Marcia y el médico salieron hasta la ciudad en el auto de Lee Conwad. El chofer James los estuvo observando.


James Liggel metió las manos en sus bolsillos y se marchó hacia el garage de la casa.

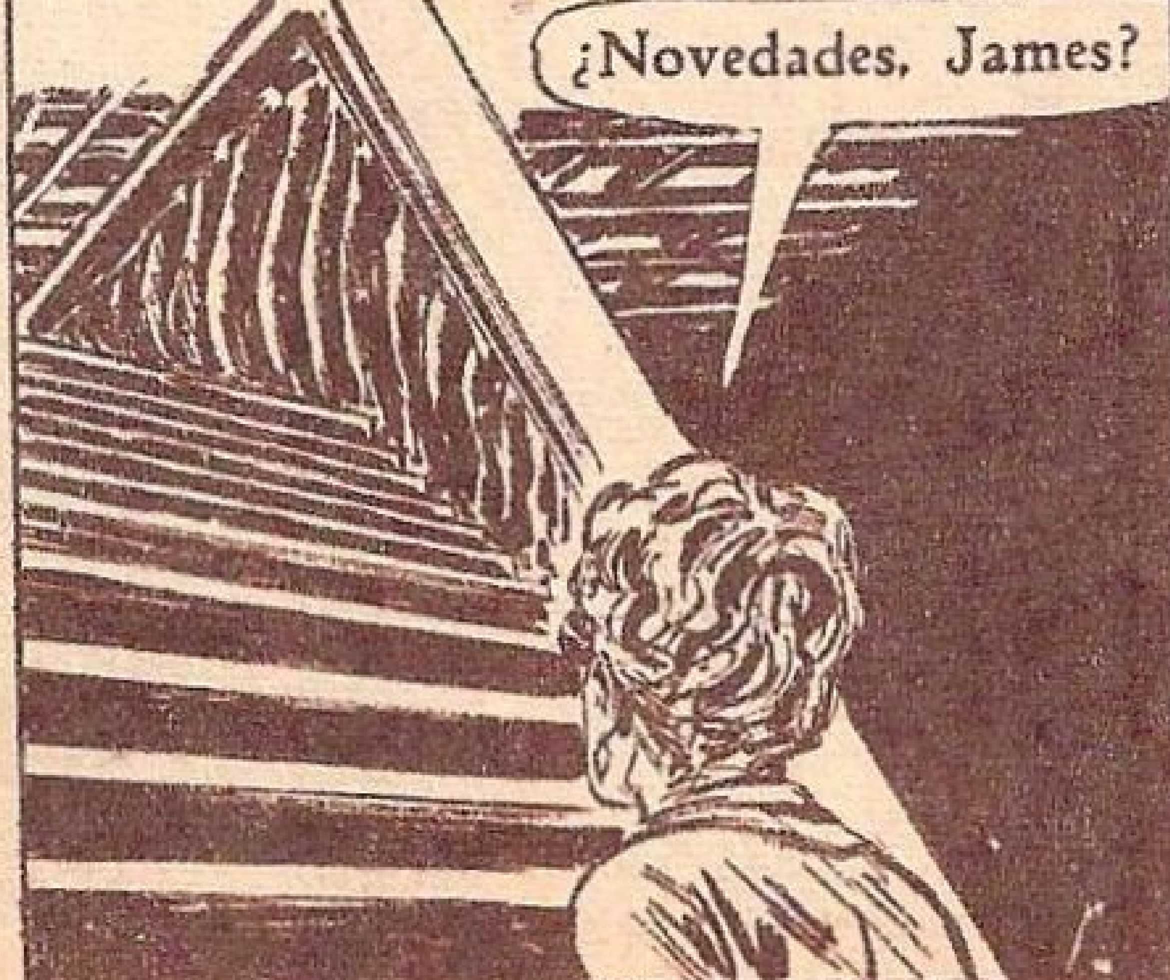

Dina avanzaba con su cochecito por las distintas dependencias de la mansión. Subió a una rampa. El corazón le latía apresuradamente. ¡Estaba ante el escritorio de su padre! Penetró en él. Un silencio extraordinario la rodeaba. Encendió la luz, y...


James, el chofer, llegó corriendo un par de minutos después. Y cuando Dina reaccionó...
¡Otra vez! ¡Era mi padre sentado ante su escritorio! ¡Y muerto!


Liggel se acercó al escritorio.
¡El asiento está húmedo! ¡También el cristal del escritorio!


Los jóvenes se miraron sin comprender, hasta que...


El chofer castañeteó los dedos con gesto triunfal.
¡El candado que Marcia Popher, es decir, la señora, me mandó comprar días pasados! ¡Un buen candado alemán!


Revisaron la casa cuidadosamente. Quedaba el baño de los señores, en el piso alto. Allí Dina nunca llegaría.
¿Novedades, James?


El hombre movió la cabeza en sentido afirmativo.
¿El... allí?


James llegó hasta la joven inválida. Le acarició la mejilla.
Hay un cajón metálico muy extraño. ¡Y tiene el candado alemán!


Volvió al piso superior y consiguió abrir el candado.
¡Hemos fracasado, Dina!
(¡Hemos fracasado!)


James regresó hasta ella informando que en el cajón metálico había de todo, menos lo que buscaban afanosamente. Dina se desplazó hasta el gran ventanal del comedor. Así estuvo unos segundos, y...
¡James! ¡La piscina del jardín!


"¡La piscina!", exclamó Liggel, agregando: "¡Podría ser!" Salió hacia el jardín, se desvistió y fue hundiéndose en la pileta de los peces de colores, con una linterna en la mano.


Cuando Dina vio el rostro preocupado de James, tuvo la intuición de lo que ocurría.
¡Está allí, en el fondo! ¡Eres una gran pesquisante, Dina!


El chofer corrió a cambiarse de ropa. Regresó poniéndose la camisa, muy agitado.
¡Habrá que avisar a la policía! ¡Vamos personalmente, Dina!


"Me pondré un abrigo", dijo ella volviendo a la casa.
¡Mientras tanto voy a sacar el coche!


Marcia y el doctor Conwad estaban en Cannes, divirtiéndose.
¿Por qué ese rostro tan preocupado, Marcia?


Por... por mi querido Ronald. ¿Qué hora es?


James ayudó —como siempre— a que Dina Bowers se instalara en el asiento posterior del coche. De paso la besó.
¡Siempre estaré contigo, amor mío! ¡Siempre!


El auto fue avanzando a poca velocidad por la carretera en subidas y bajadas muy profundas. Y al andar unas dos millas...
¡Marcia Popher! Es ella, ¿verdad?





El chofer detuvo el auto y bajó precipitadamente. Marcia abrió muy grandes sus ojos. Se notaba que James Liggel le decía cosas fuertes. Dina observaba desde el interior del coche.



De pronto, el auto empezó a moverse lentamente. ¡James no lo había detenido bien y el coche se deslizaba hacia el mar!



Cuando James Liggel volvió el rostro hacia el auto. ¡Sonreía!

Y en el asiento delantero estaba, volcado, el cadáver de Ronald Bowers. Dina gritó con desesperación: "¡Me ahogaré!"



El auto tomó velocidad hacia el barranco, hacia el mar.



El cínico James Liggel seguía la fatal trayectoria del coche.





Marcia Bowers exclamó, sonriendo con nerviosidad: "¡Los pagará la bella inválida, miss Dina!"



El asesino hizo una brusca transición.



Liggel sonrió con cinismo.





"¿Delitos? ¿Qué está diciendo usted?", remató James Liggel girando el cuerpo en dirección de la casa de los Bowers.



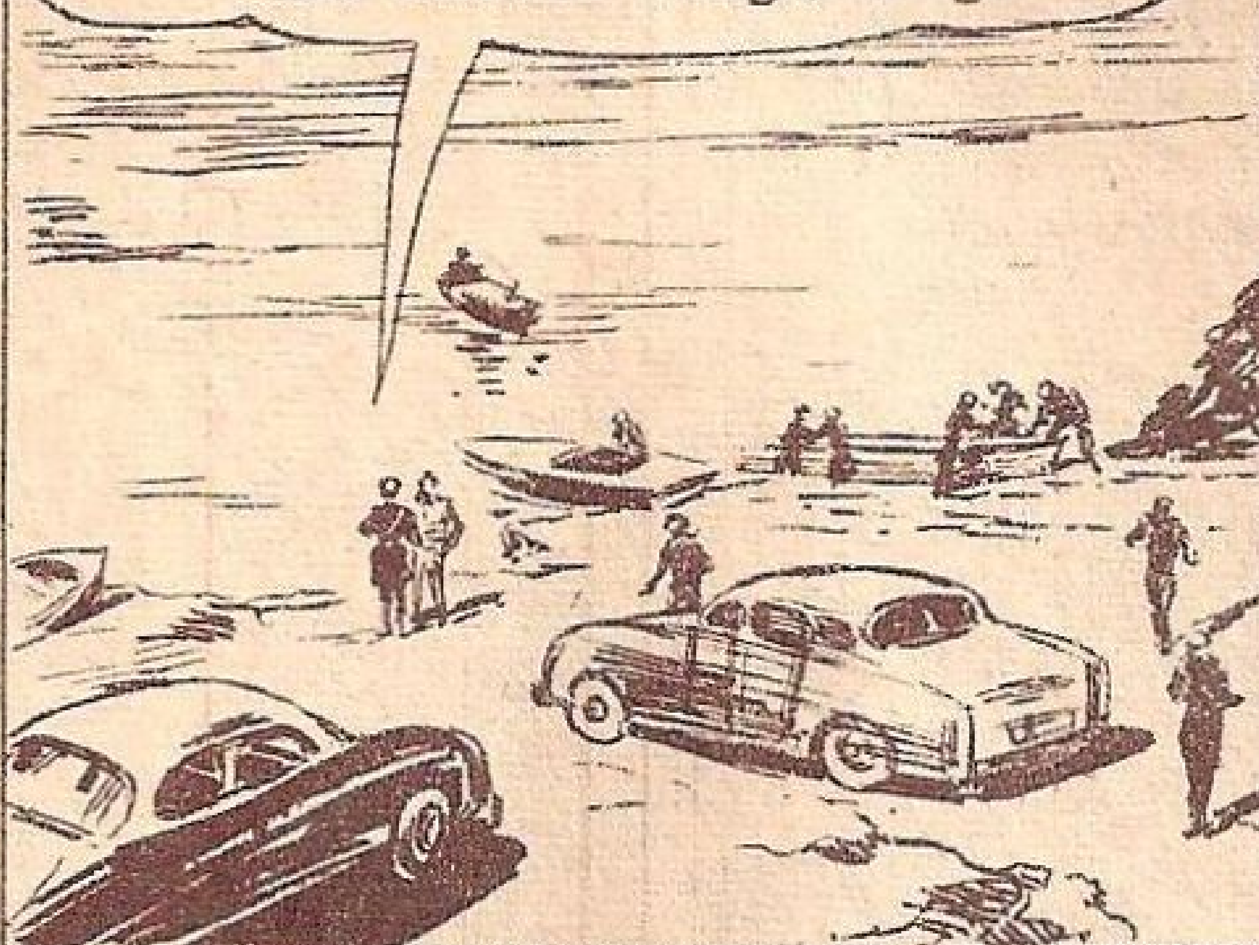
Marcia Popher fue a ocupar su sitio en la mansión. James Liggel se apresuró a hacer la gran parte ante la policía.



El capitán Losin acompañó al hombre hasta el sitio del accidente.



James iba a despedirse del policía.



El delincuente prefería marcharse, pero tuvo que aceptar la cordial invitación del capitán. "¡Bah! ¡No pierdo nada!" pensó Liggel.



Llegaron los bomberos y empezaron el tétrico trabajo. Más tarde...



Liggel avanzó algunos metros y volvió a escuchar la voz del policía: "¡Apúrese y consuele a la joven Dina! ¡Debe estar muy triste en su sillón de ruedas! ¡Apúrese, muchacho!" James quedó helado. ¿Sobre qué Dina hablaba el capitán Losin? ¿Era un mal chiste? Escapó.



¡Pero no mucho mejor lo estaba pasando Marcia Popher! En cuanto llegó al jardín de "su casa" vio el cochecito de Dina Bowers andando por los floridos senderos. ¡El corazón le dio un vuelco!



Sí, ¡era algo fantástico! Dina se incorporaba sobre sus propias piernas, ¡y tenía un revólver en la mano! La joven explicó: "Salté del auto antes de hundirme en las aguas. ¡Soy atleta y nadadora, felizmente! Me llamo Susan Parker. Soy, en Suiza, secretaria, enfermera, y amiga personal de la desdichada Dina Bowers".





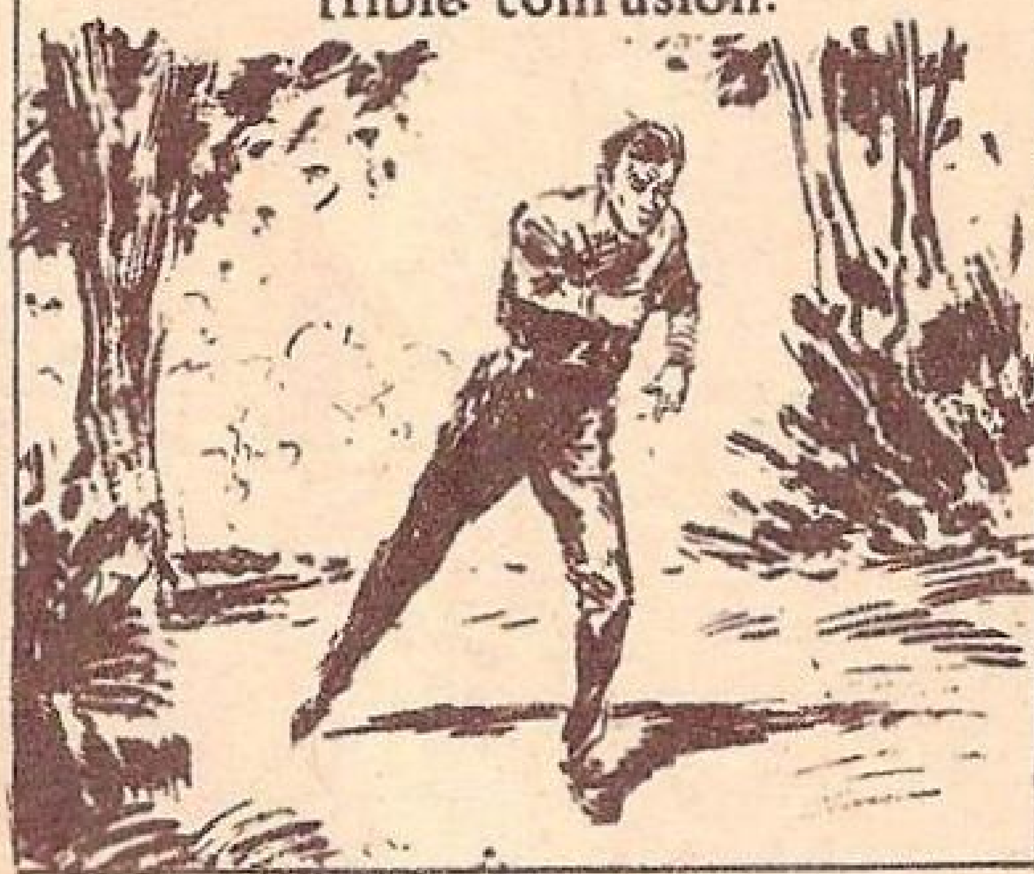
—No, ya le dije: amiga de aquella pobrecita enferma. Y como supuse lo que estaba ocurriendo...



"¿Sabe que nos parecemos bastante?", dijo sonriendo Susan Parker. Y agregó: "Con su permiso. Voy a arreglarme un poco. La policía no tardará en llegar". Y se marchó, dejando helada a la cómplice de James Liggel. Marcia Popher se dejó caer en el cochecito "de Dina Bowers".



James llegó corriendo desesperadamente. ¡Las palabras burlonas del capitán Losin repiqueteaban en su cerebro! Penetró en el jardín y sus ideas sufrieron una terrible confusión.





Tuvo un acceso de furia y se acercó velozmente "a Dina". ¿Cómo iba a imaginarse que allí estaba sentada Marcia Popher? ¡El cochecito voló, tras el empujón, terminando sobre las piedras, junto al mar, y a unos cincuenta metros abajo.



Liggel escuchó una voz que le era conocida: "¡Quieto, James! ¡Han terminado tus hazañas, bravucón!" ¡Era el doctor Lee Conwad!



Susan Parker apareció, bella, radiante, y sin anteojos negros. James Liggel le devolvió una mirada destructora. Susan murmuró:



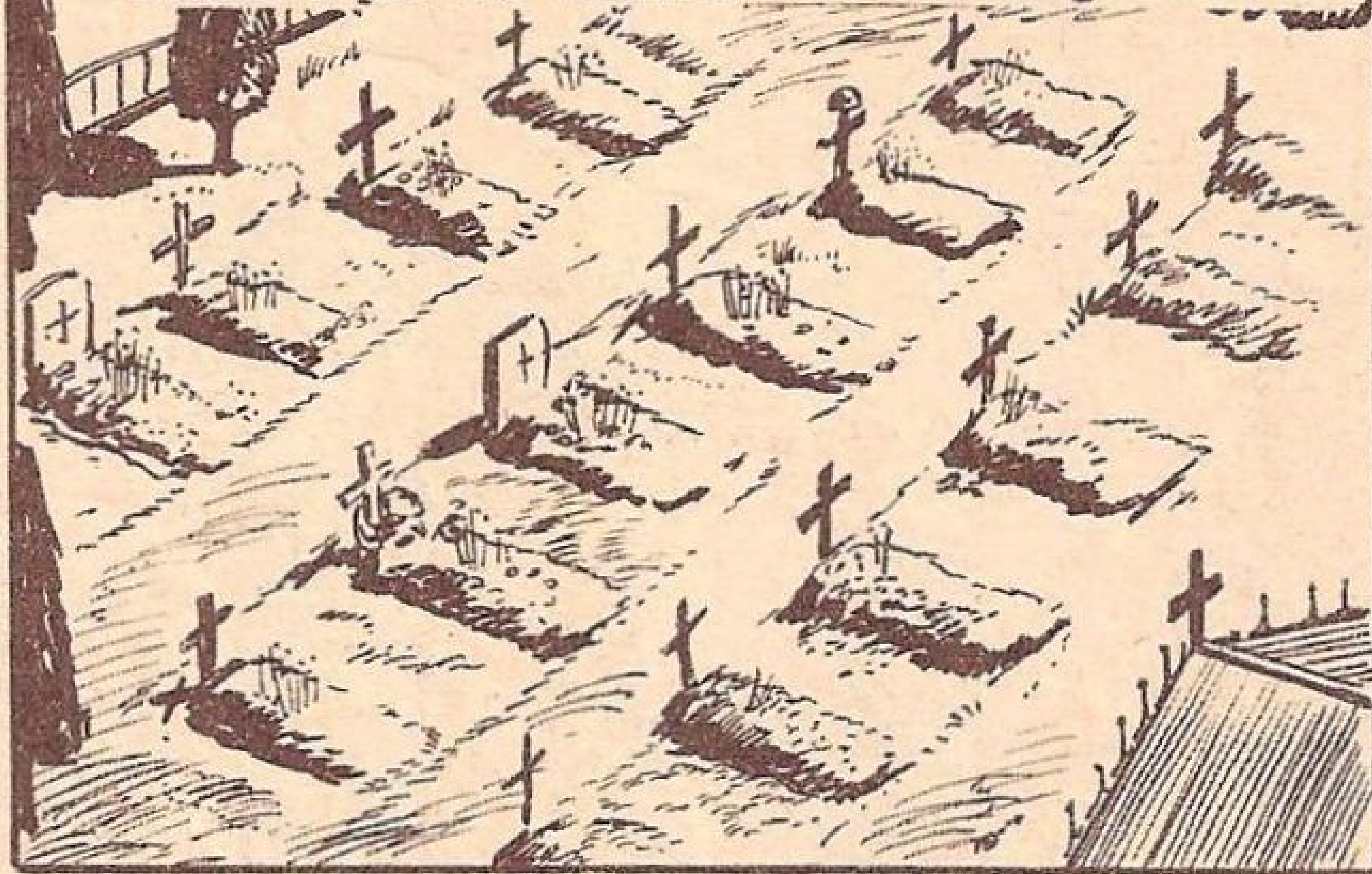




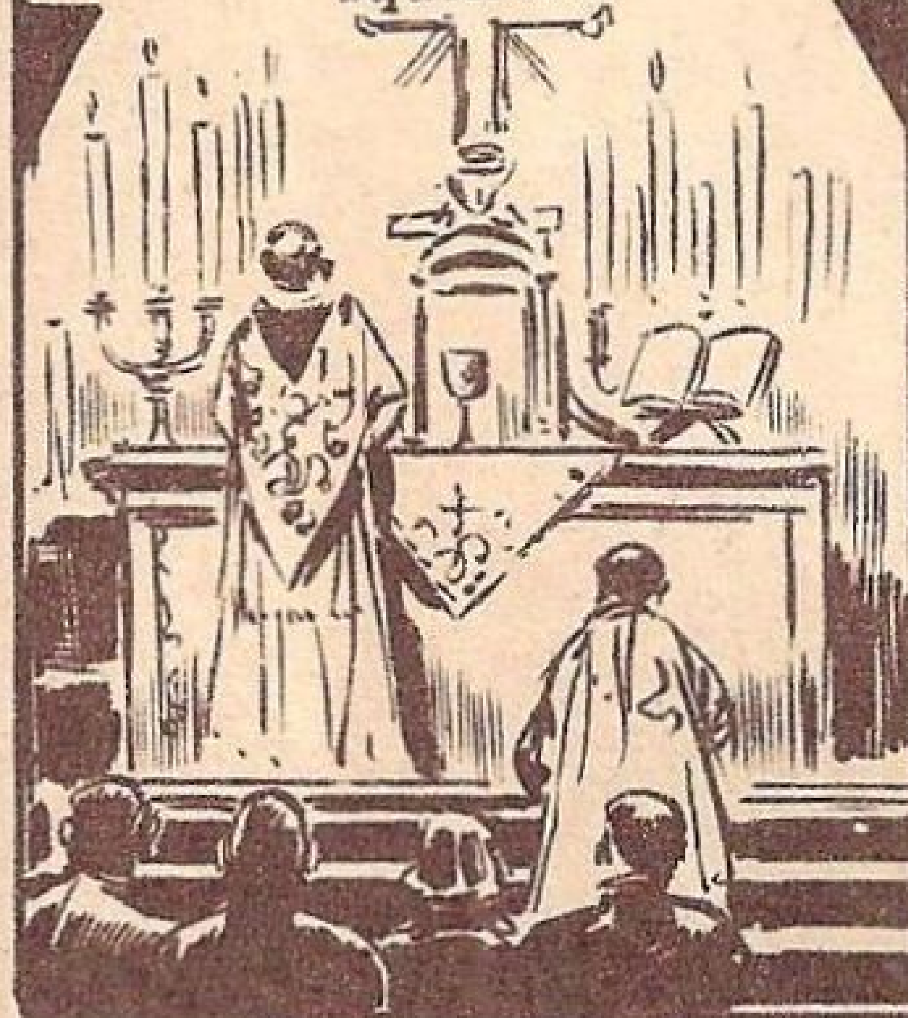
EL PLAN

Por HENRY GRIMM

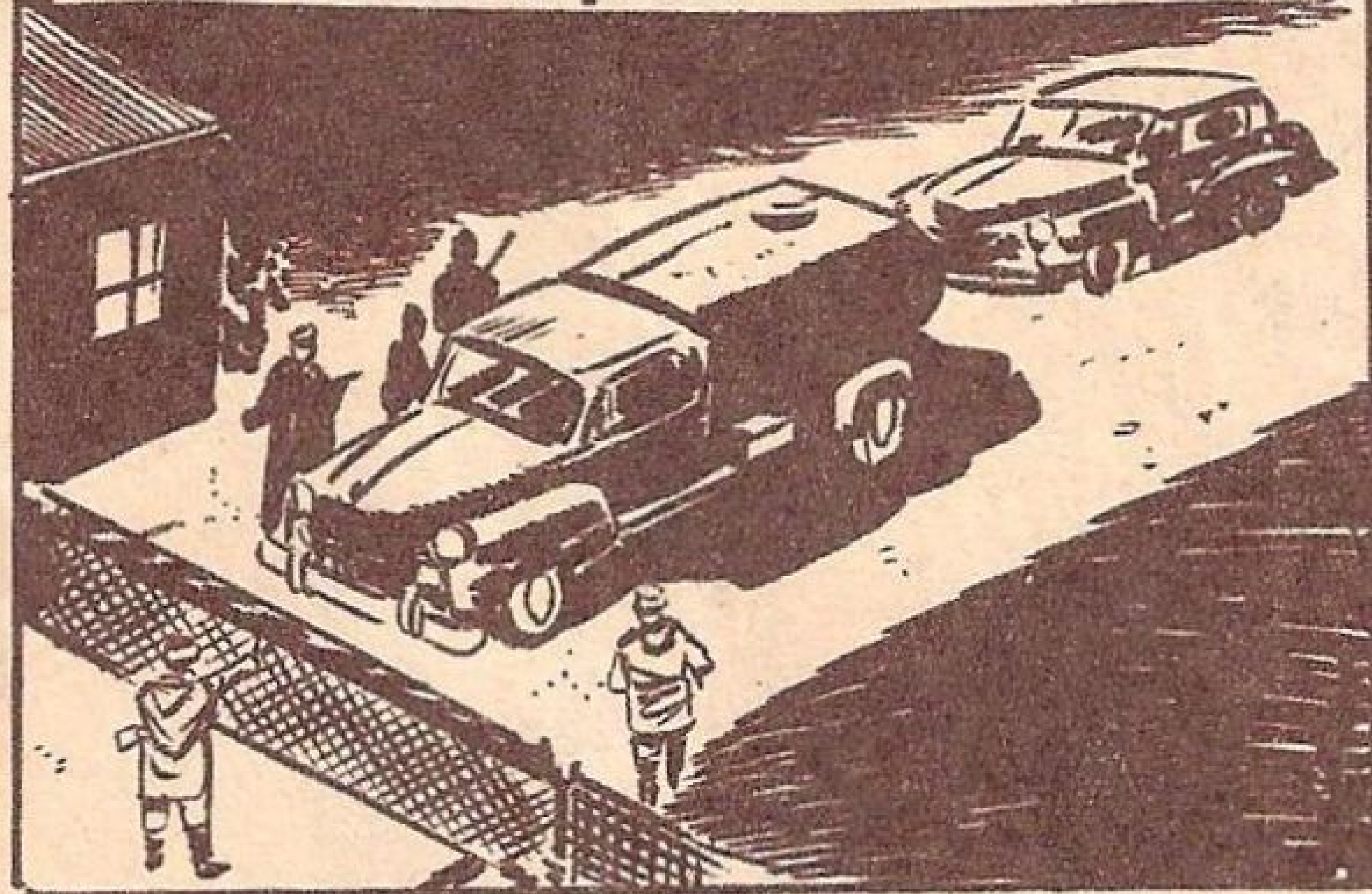
DIBUJOS DE I. PAVONE







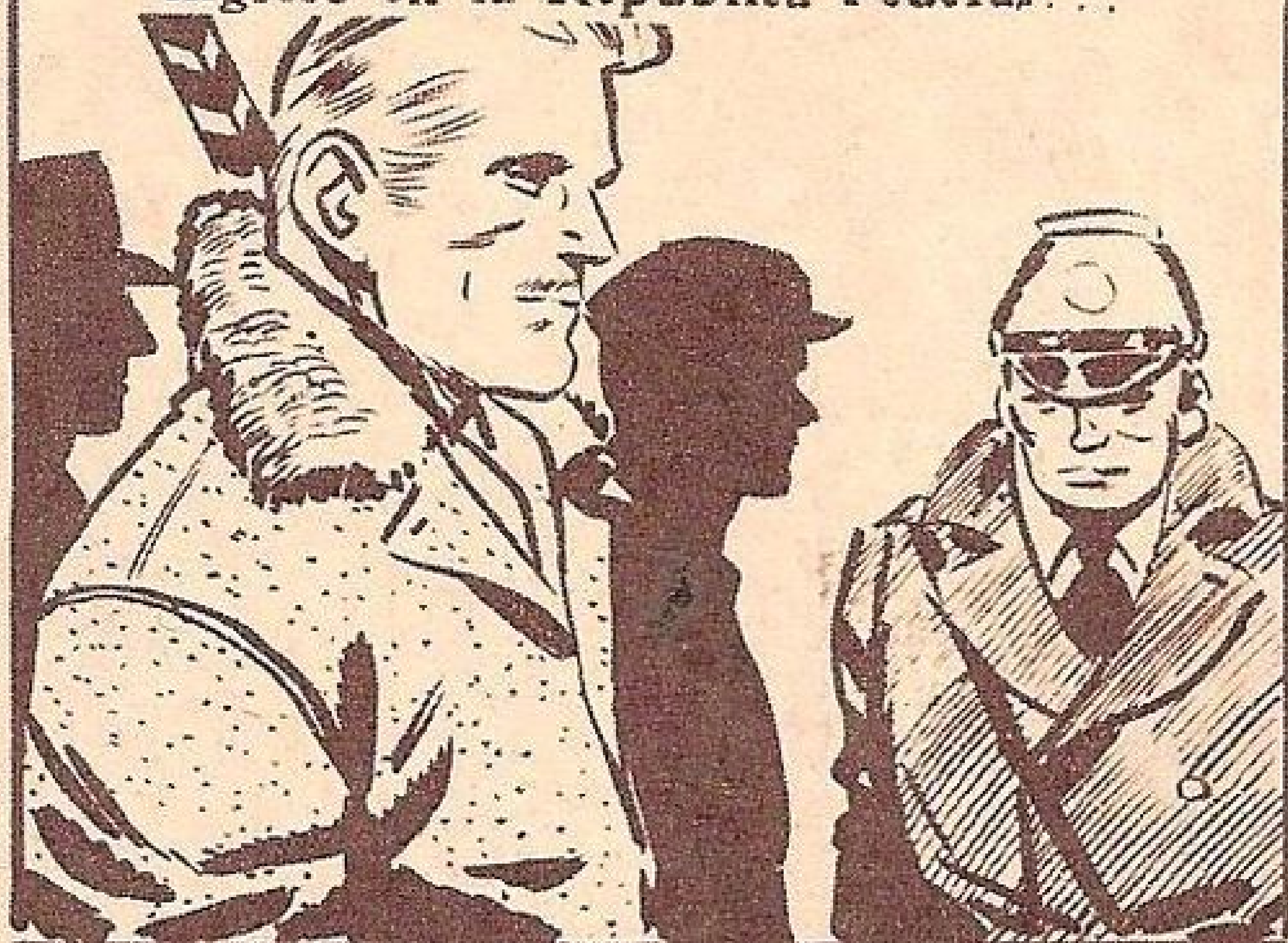











Boris Tufman estaba enterado de la eficacia de la policía occidental, pero lo mismo alzó sus hombros despectivamente cuando ingresó en la República Federal...


...con un inocente ramo de flores en sus manos.
¡Por los héroes nacionales...!


Boris Tufman no estaba en Berlín Oeste para rendir homenaje a nadie. Tanto él, como Mónica Reiss y Aroldo Leff, venían... para robar. Tal vez, para matar...


Boris poseía un físico prominente. Años atrás se había destacado en remo. Su rostro era atractivo, aunque común. Un bigote pequeño, ojos azules...
¡Honrad a los héroes nacionales...!


Estas tres personas habían dejado, "detenida" en Turingia, sector oriental, a una mujer "que convenía retener por un tiempo".
(Luego que Mónica haga "su trabajo" eliminaremos a aquella tonta...)


Mientras iba al encuentro de sus dos compinches, Tufman pensó...
(Si esto concluye bien, me tomaré unas vacaciones. ¡Las preciso!)
Y sonreía con deleitoso cinismo...


(Creo que Mónica se casaría conmigo. Se lo propondré... luego de este "negocio".)


Boris, Mónica, Aroldo, conjuntamente con Isak Blanz, el que había quedado en Turingia, trabajaban para el delito desde dos años atrás, con buen éxito. El golpe elegido para ese día 13 de noviembre era audaz, temerario...
(Creo que Mónica estaba muy nerviosa. ¡No es para menos! ¡Menos mal que es tan bella como buena tiradora!)


Norma Ulricht —apresada en Turingia— no sabía absolutamente nada de lo que iba a ocurrirles a los suyos en Berlín Occidental. ¡Y era tremendo...!


Los Ulricht eran millonarios. El día 10 de Noviembre había fallecido Otto, padre de Norma, "la única heredera"... según se supo enterar Boris Tufman. Y como primera medida raptó a la joven que—peleaba con su padre— vivía en Turingia desde el año 1943.
(Mónica y Norman Ulricht pueden ser la misma persona... ¡El engaño es perfecto!)


A eso venían los malhechores. A una hábil suplantación de heredera...
¡Mónica!... ¡Felices los ojos...!


Mónica sonrió desde uno de los bancos de la plaza Reuter, nueva maravilla arquitectónica de la Berlín libre...
Disimula, Aroldo... por favor... Te lo ruego...


Aroldo Leff y Mónica Reiss se amaban. ¡Pero si Boris llegaba a enterarse...!
(¡Ya arreglaremos algún día, Boris..., querido "jefe"!)


Los tres se encontraron en la plaza Ernest Reuter como tres buenos amigos...
¿Contrataste el helicóptero, Aroldo..., o estabas haciendo el amor a mi...?
Lo contraté, Boris.

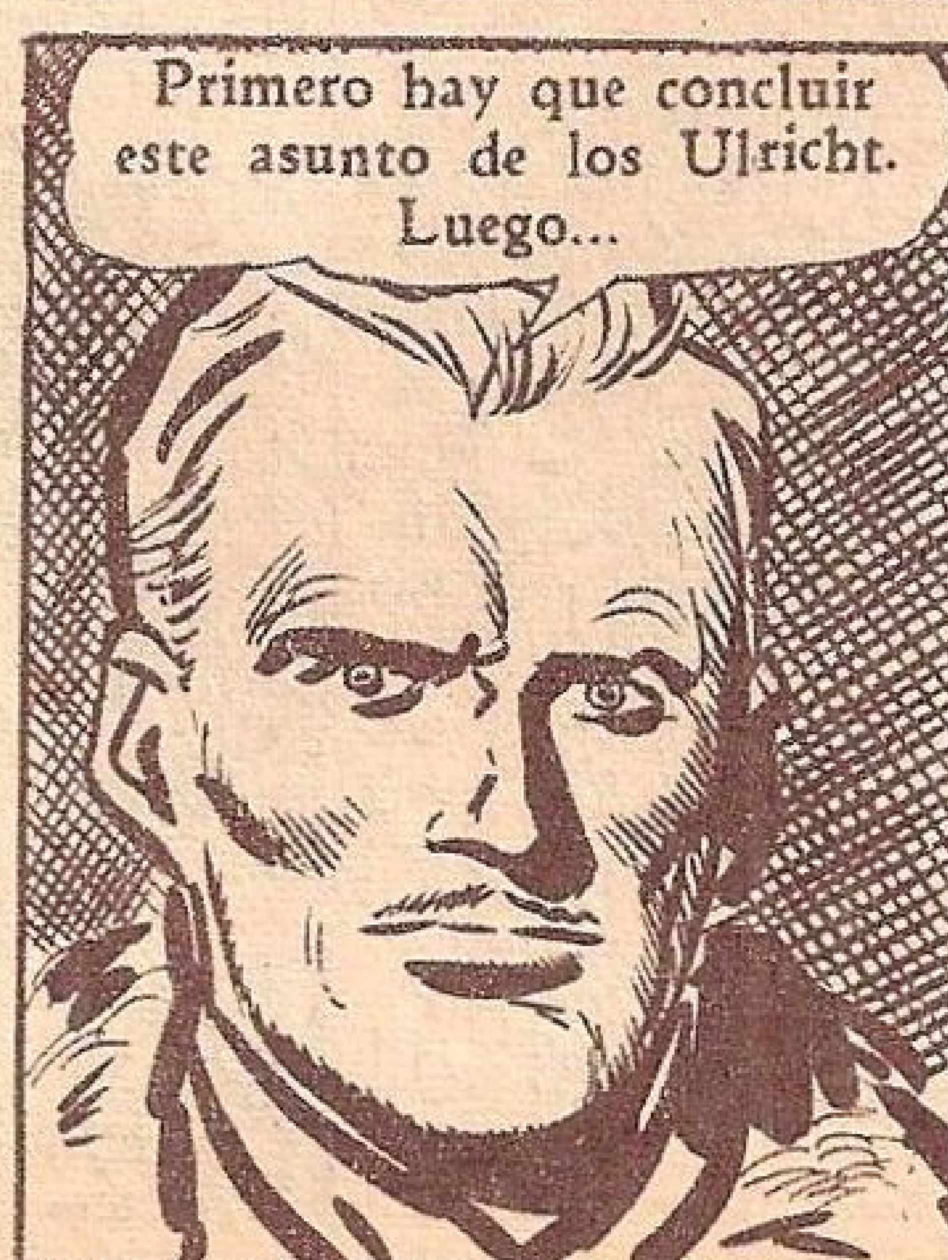

Veo en vuestros ojos una expresión tan poética...


Mónica apretó el musculoso brazo de Boris Tufman y el hombre cambió de carácter.
Eres suceptible como un niño mimado, Boris. ¡Y sin embargo eres fuerte!


Aroldo Leff inició la marcha con paso lento, pesado, triste, tal vez... Mónica —a los ojos de cualquiera— daba la sensación de estar enamoradísima de Boris Tufman. Por lo menos, eso era lo que en el momento le convenía.


En cambio, "el jefe" no estaba muy seguro del corazón de su "compañera"...
"¡Deja que concluyamos... y ya te "arreglaré" Leff!"


En ese instante no podía caber tal preocupación en el cerebro de Boris, pero es sabido que las razones del corazón, pueden hasta con los criminales...
(Amanecerás helado, y en tu cuarto con calefacción, maldito Aroldo!)


Primero hay que concluir este asunto de los Ulricht. Luego...


La noche llegaba sobre Berlín Occidental. De pronto, estallaron cien mil focos de luz, y los tres malhechores se sobresaltaron...
BER
No es como en la otra parte, ¿eh? ¡Aquí brilla siempre el sol! ¡Qué luces!

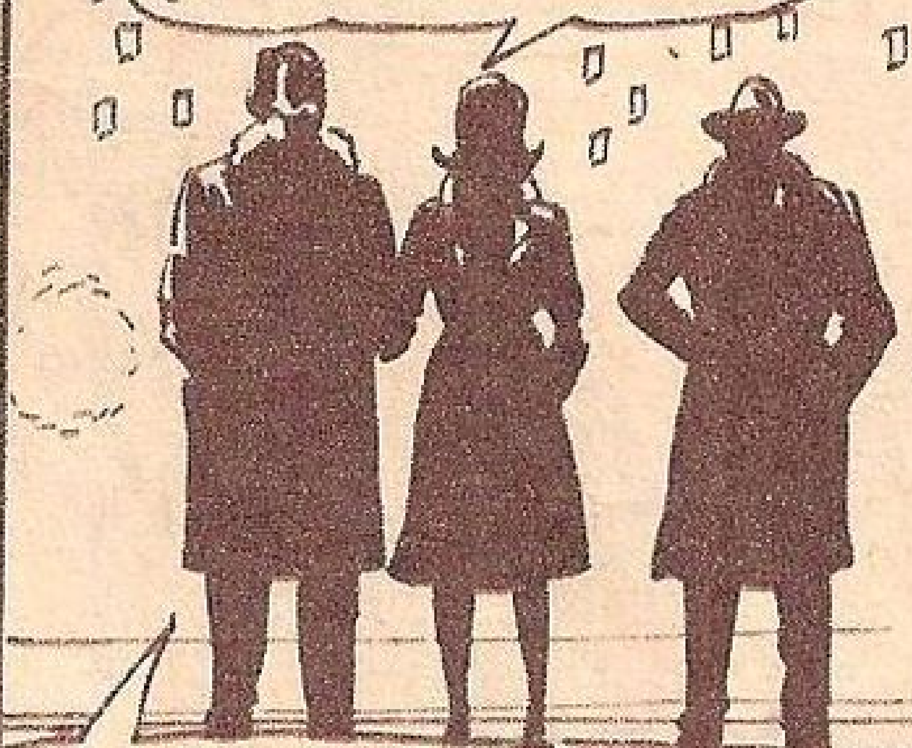

Boris le reprendió por un comentario tan "a favor del enemigo"...
¡Si te oyeran los del sector oriental, querida!


La bella morena hizo un gesto despectivo.
¿Qué nos importa a nosotros la política? ¡Nuestro partido se llama "el marco"! ¡Y sobre todo, el marco de este lado...


...que se cotiza mucho mejor en casas de cambio! ¡Esa es nuestra política!


La firma Ulricht que trabajaba con productos textiles, tenía unos enormes depósitos en la Ascher avenida, al 73...
Bien. Este es nuestro objetivo... Si tú lo logras, mi querida Mónica.


Catorce pisos, con vivienda privada para el finado Otto Ulricht, y para su hermano Gustav, hombre soltero, introvertido, extraño...
Interceptarás el paso de esta fabulosa herencia, Mónica. "Armas y arte, tienes de sobra..." ¡Y triunfarás!


"Desde este momento, tú serás Norma Ulrich" —agregó Boris Tufman—.
¿Todo ésto será mío?
YA ES TUYO, Mónica... Es decir..., Norma. ¡Ja, ja, ja!


Mónica Reiss extrajo un espejo de su cartera.
Sí. Me parezco muchísimo a esa mujer... (¡Que Dios me proteja...!)


Los tres tomaron habitaciones en el hotel Khulug...
Salgo a caminar..., estoy nervioso.


Aroldo Leff anduvo un buen rato por ese Berlín detenido en su pulso diario ante la dolorosa fecha de noviembre. Las calles estaban casi desiertas...


Al repiqueteo de los pasos de Aroldo sobre la vereda, sumóse otro, de ritmo más rápido. Cuando se dio vuelta, instintivamente, no tuvo más remedio que detenerse.


Un hombre, con perramus azul le nombró, casi cara a cara. Pero Aroldo reinició la marcha. ¡Hubiera querido correr...! El hombre del perramus azul lo volvió a alcanzar...


¡Se terminó la carrera, Aroldo! ¿Me acompañas?


Aroldo Leff dio vuelta en la esquina de Zetz y Rohnner, a tiempo que golpeaba al hombre del perramus azul...


Desde un auto bajó un individuo y frenó a Aroldo definitivamente. Con puñal.
¡Adios, Aroldo, maldito traidor...!


Boris y Mónica esperarían inútilmente al "camarada" Aroldo Leff.
¡Las doce de la noche y ese imbécil por ahí...!


"POR AHI" era la morgue del hospital. Y con un policía al lado...
No tienen documentos estos pájaros. ¡Dios sabe quién los manda, los dirige, y los elimina! ¡Un monstruo de mil cabezas!


El comisario Klein se sentía asqueado ante circunstancias como la que volvía a tener delante de sus ojos. En los últimos años...
¡Se matan entre ellos! En estos últimos años, la serie prosigue...

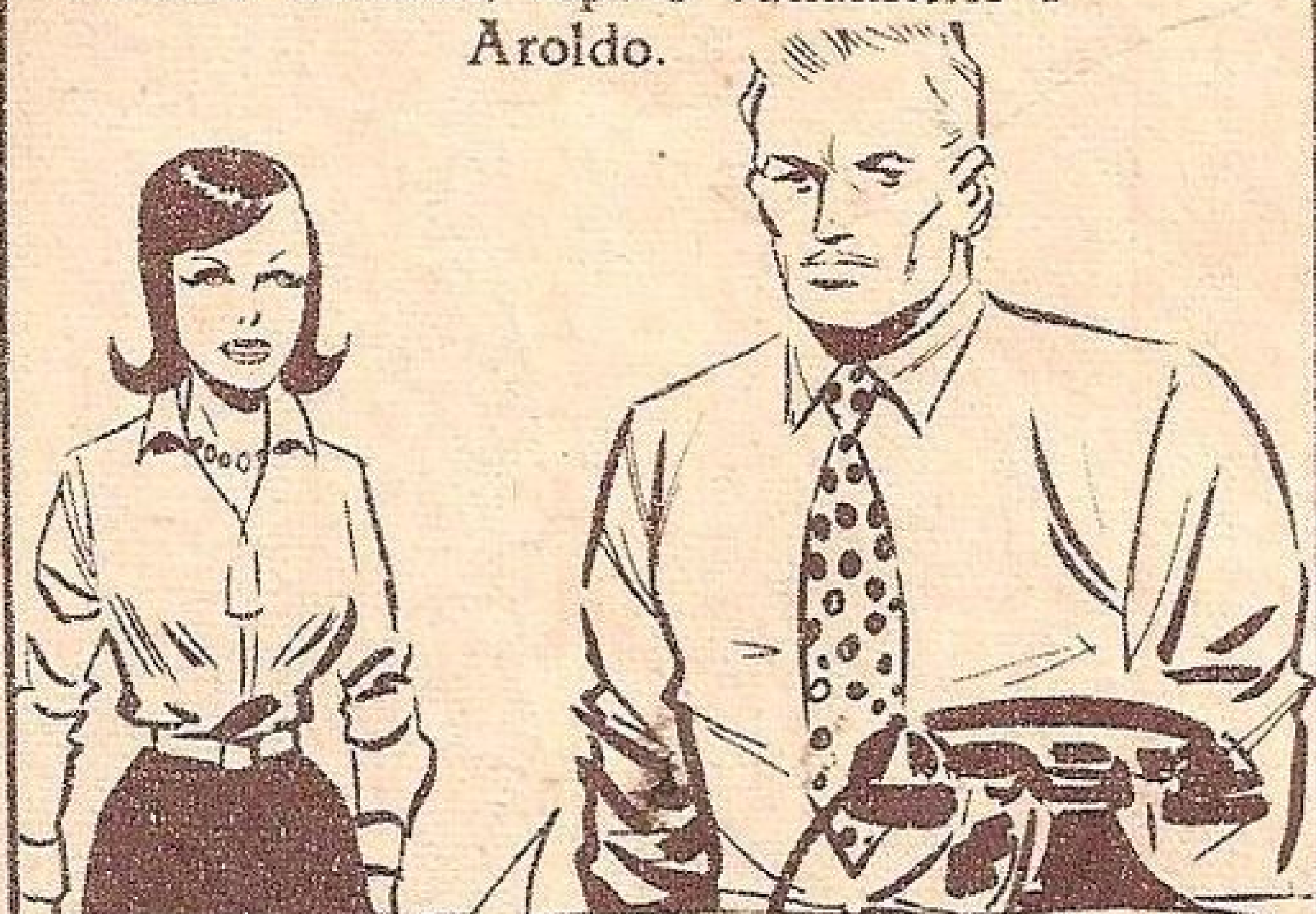

La revisión minuciosa de Aroldo Leff, asesinado en la calle por algún enemigo del pasado, sólo dio una pista muy ambigua, y que hizo sonreir a Klein...
Un papel de confitería con la marca de los labios de una dama. ¡Pobre!

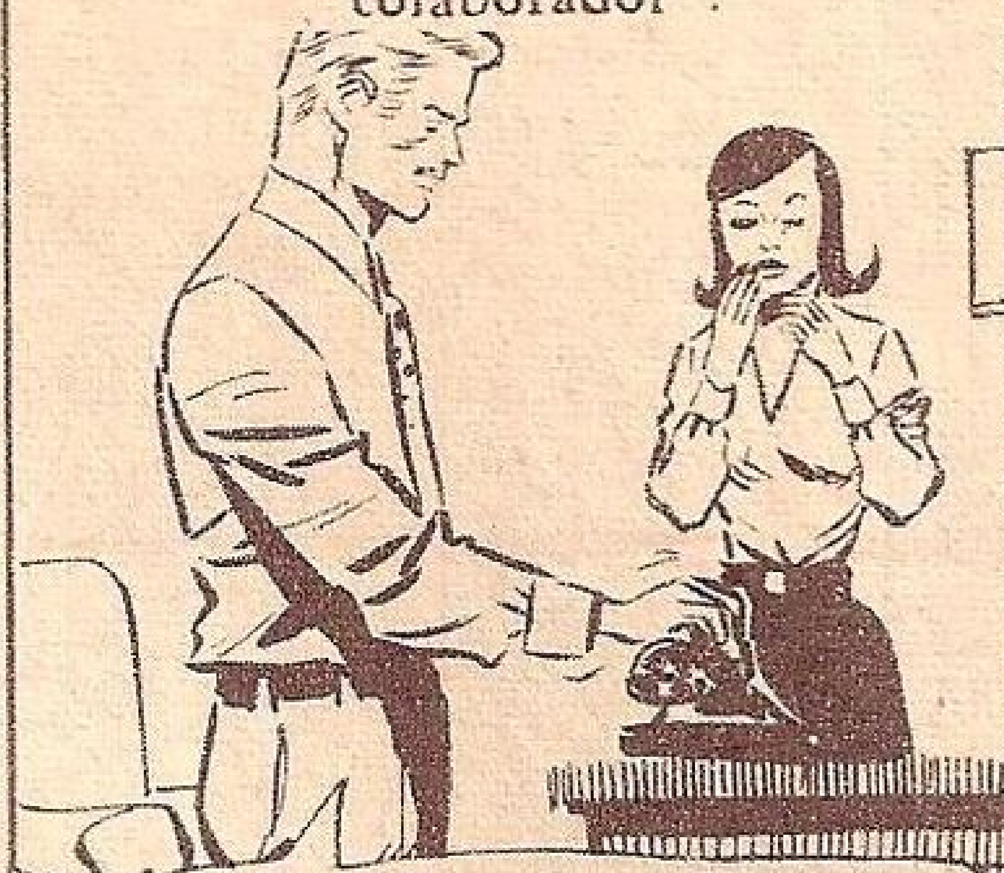

El papel, de tipo rústico, fue a parar al bolsillo del comisario.
Veremos...


La rubia cabezota del comisario Julius Klein trabajó mucho y sin resultado.
Esta confitería debe ser del sector comunista. Sin dudas...


Ahí estaban mudos y al rojo fuerte, los labios de Mónica Reiss... "como prenda de amor" para el finado de Aroldo.


Julius Klein volvió a colocar "el papel marcado" en su bolsillo, y salió.
Por cualquier novedad, llamen a mi esposa...


Mónica Reiss, ataviada como la falsa Norma Ulricht, esperó vanamente a Aroldo.
Averiguaré. ¡Este idiota atrasa nuestro plan!


"Alguien" refirió a Boris Tufman, el triste final de su "colaborador".
¡Bah!... Tarde o temprano... ¡Trabajemos solos, querida!

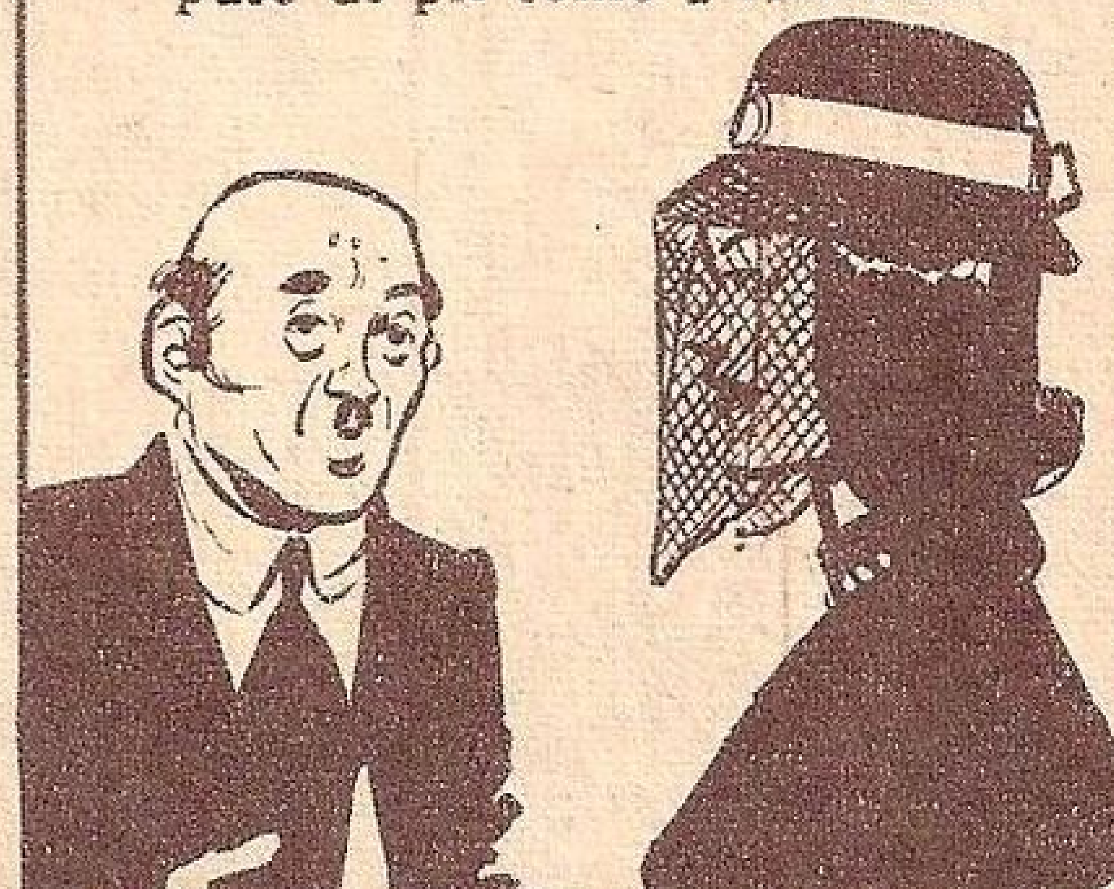

Pero no podía sentirse tranquilo, "el jefe"...
¡Era tan tonto, que pudo dejar alguna pista para mis enemigos!


La pista era vaga, pero el comisario Klein era empecinado ante las "vaguedades" que solía ofrecerle el ejercicio de su profesión.
(Es lápiz labial "Polydor Capri". Seguramente una mujer morocha...)


Mónica Reiss, en su habitación del hotel Khulung, lavaba su rostro y sus ojos que habían llorado tanto a Aroldo Leff. Boris Tufman tuvo que soportar la evidencia de ese amor que ella profesaba al muerto...
¡Tendrás los ojos enrojecidos... y no está mal. ¡Aún lloras a tu pobre padre Otto Ulricht!... ¡Ja, ja, ja!

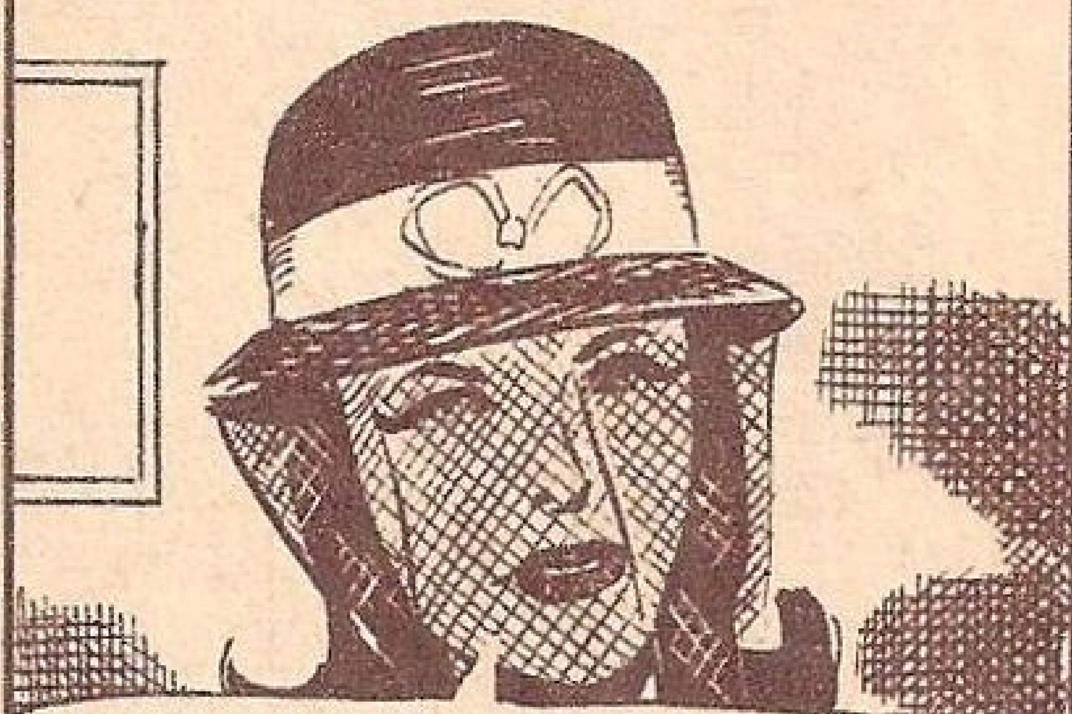

La barrita de lápiz labial "Polydor Capri" aplastóse contra los labios de Mónica Reiss..., pero la joven no recordó "aquel papelito de confitería que guardó su novio Aroldo, una semana antes"...
Apúrate, Mónica. Llegarás tarde al encuentro con tu tío Gustav...


Minutos más tarde, en una mañana luminosa, Mónica Reiss se presentaba en la Avenida Ascher 73, representando el rol de Norma Ulricht...
Soy Norma Ulricht. He sido llamada a esta dirección...


El secretario de Gustav Ulricht se puso de pie como a resortes...
¡Tome asiento, señorita Norma! ¡En seguida... en seguida!...


Hubo enorme revuelo en la empresa que ahora dirigía Gustav Ulricht...
¿La hija del patrón? ¿La que estuvo distanciada casi veinte años?
Sí. Una muchacha rara... ¡Debe ser loca como su tío Gustav!... ¡Pobres de nosotros..., "sus esclavos"...!


Gustav Ulricht era un hombre de aspecto penoso. Se había agotado como una vela cuidando los intereses del despótico y desagradecido Otto Ulricht, su hermano. Y no estaba nada seguro "de atrapar siquiera migajas de la herencia" que iba a dilucidarse un día después...
¡Oh, sobrina Norma!... ¡Encantado!


Tenía la voz velada, muerta casi. Mónica Reiss, la falsa Norma Ulricht, sintió pena por ese hombre...
¡Pobre...! ¡Debes de haber trabajado brutalmente para Otto..., para mi padre!


Gustav sonrió tristemente...
¡Tú lo conocías...! ¡A ti también te maltrató...! ¡Menos mal que huiste a tiempo!


La falsa Norma Ulricht agachó la cabeza, en un gesto de dolor estudiado.
Sí, tío... ¡pero mi vida no fue nada fácil! ¡He sufrido tanto, tanto!
No sabíamos nada de ti ni de tu finada madre...


Mónica Reiss torció el curso de la conversación... ¡No le convenía hablar!
¿Entonces..., mañana el escribano dirá si seguimos pobres como ahora, o si nos convertimos en potentados?
Sí. El capital de Otto Ulricht no baja de los ocho millones de marcos. ¡Te deseo suerte, sobrina querida!


Gustav Ulricht se encandiló por la belleza de su falsa sobrina Norma, aunque era un calco exacto del original, apresado en una casa de Turingia... El tímido tío Gustav se sintió rejuvenecido ante la presencia de la joven...
(Si llego a ser declarado heredero..., pediré esa suave mano...)


Y el infeliz Gustav Ulricht tuvo un sueño hermoso. ¡El mejor de toda su gris existencia! Sin embargo, estaba muy lejos de poder concretarlo... Esa noche de noviembre, se encendieron todas las luces en el enorme edificio de la Avenida Ascher al 73.


Lo ordenaba Norma Ulricht, "su única propietaria". Gustav escuchó la voz del escribano diciendo: "declaro heredera universal de todos mis bienes a mi hija Norma..."
(¡Adios mis sueños... mis esfuerzos!...)


No obstante apretó la diestra de la falsa Norma, con mucho calor...
¡Te felicito, Norma, sobrina querida! Tu sacrificio de ayer, se ha vonvertido en sorpresiva opulencia..., ¿verdad?


Mónica Reiss estaba muy nerviosa, y contestó sin pensar...
¿Sorpresiva opulencia? ¿Por qué sorpresiva?


¿Tú pensabas que nuestro "monstruoso" Otto, iba a dejarte la herencia? ¡Para mí, ésto es una gran sorpresa!


¡Otto te odiaba... y me odiaba! ¡Creí que, al morir, mandaría quemar su montaña de marcos!
¡Tío Gustav! ¡Por Dios!


Esa noche hubo fiesta en Avenida Ascher 73. Gente desconocida para la falsa Norma Ulricht, pero la mujer quería probar sus fuerzas, "socialmente" hablando.
Todos son nombres vinculados con "mi empresa"... ¿verdad, Boris?


Boris Tufman conversaba en voz baja con la falsa Norma Ulricht, en el despacho privado de la nueva propietaria de Ulricht Textil.
En la fiesta, puedes presentarme como tu futuro esposo...


Boris Tufman iba a interesar a determinados hombres de negocios, sobre "una idea que se le acababa de ocurrir"...
Trataré de embaucarlos en una buena cifra. ¡Y tú me respaldarás!


El prestigio de Ulricht Textil se vio perfectamente reflejado en la fiesta que preparó Mónica Reiss, o sea la falsa Norma Ulricht. En determinado momento, un hombre se acercó hasta el taciturno Gustav Ulricht...
¡Oh, comisario Klein!
¿No le parece que su sobrina Norma es muy joven e inexperta...?


Gustav suspiró...
He sido un servidor de mi hermano Otto. Lo seguiré siendo de mi sobrina.


El comisario Klein contemplaba a "Norma Ulricht". De pronto...
¡Una hermosa muchacha! Pero... nada parecida al padre..., a Otto... ¿Y ese señor que la acompaña?


Gustav miró a Boris Tufman con cierto recelo...
Un comerciante, amigo de ella. Estuvo almorzando con mi sobrina y...

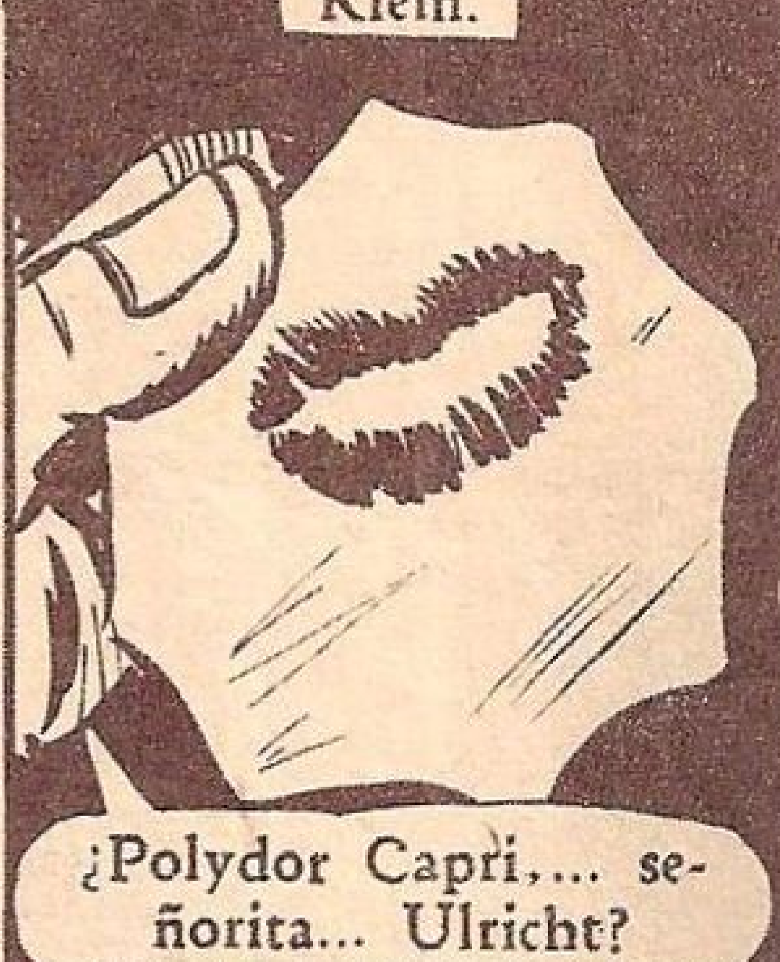

Julius Klein dio un lento y bien controlado rodeo dentro de la sala inundada de gente importante en la banca y el comercio alemán. El eje de ese rodeo, era la falsa Norma Ulricht... y "ese señor amigo"...
(Un hombre que viene de Turingia... no me inspira fe. ¿Y ella...? ¡Es un misterio la vida de norma Ulricht, allá en Turingia!)


Un hombre del comisario Klein había pasado a la Alemania Oriental, "averiguando"... ¡aunque podía costarle la vida al intruso "burgués"! El hombre dio con la verdadera pista, liberó a la auténtica Norma Ulricht, pero fue detenido por los comunistas...
¿Un comerciante? ¡Lo averiguaremos, caballero! ¡Venga!
El comisario Klein aguardaba nerviosamente al hombre que mandó a Turingia.

Tuvo esa idea, con motivo de un suelto periodístico que hablaba de Norma Ulricht... y al respecto del lápiz labial "Podydor Capri" que sólo se expendía en el sector Oriental de Alemania. ¡Una corazonada del veterano policía!



Mónica Reiss se puso pálida cuando miró las manos del comisario Klein.



El veterano policía tenía en una mano el papelillo encontrado a Aroldo Leff...



Boris Tufman advirtió la maniobra de Julius Klein y se evaporó hacia otra sala rápidamente...



Boris Tufman se había convertido en una rata de ágil marcha. Pasó sin contestar junto al negociante, intentando ganar la calle...



Tufman se evaporó, pero el comisario Klein no iba a permitir que lo hiciera totalmente...



"Lo felicito, comisario Klein" —le dijo personalmente el ministro de Asuntos Internos.

Julius Klein clavó su mirada en la falsa Norma Ulricht.



La pista hacia Boris Tufman estaba perdida...

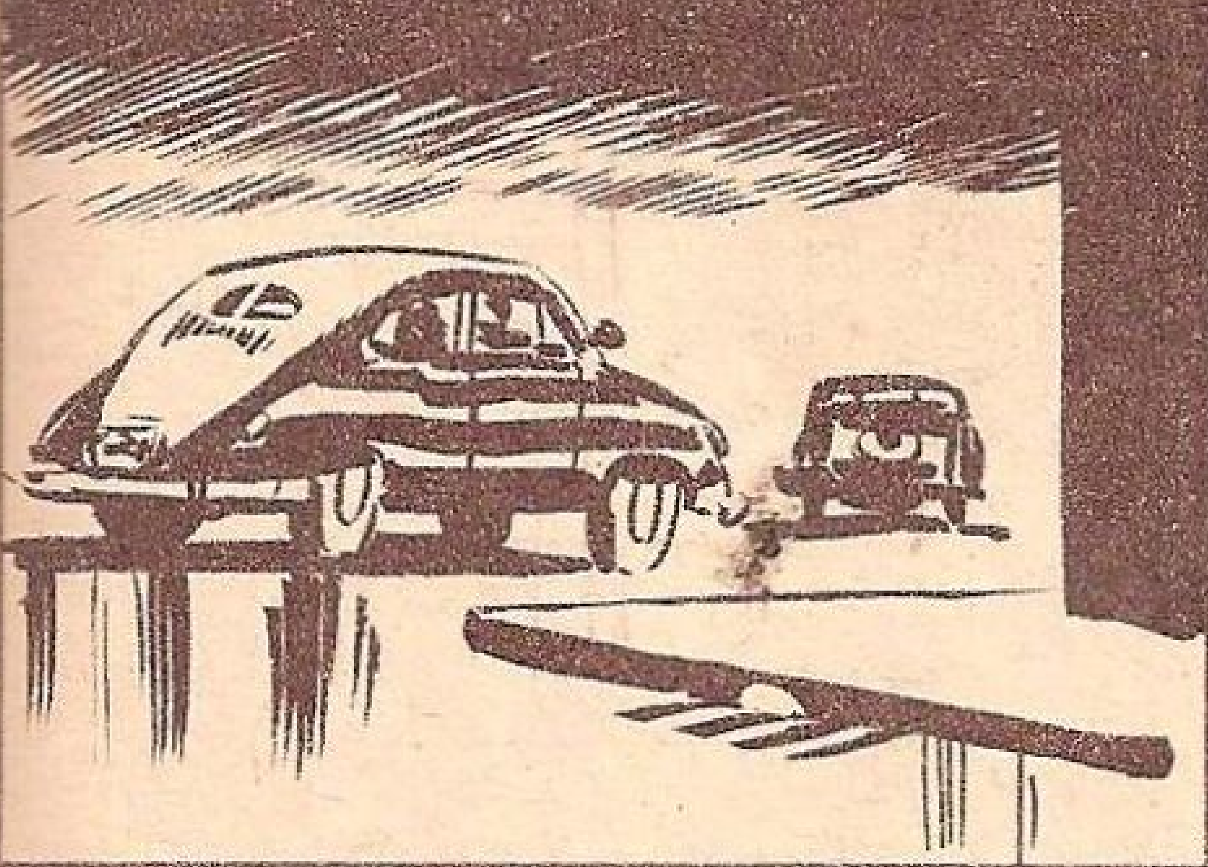


Temblando, y con un súbito ataque hepático, Gustav Ulricht trajo hasta el comisario Klein los plácemes de la empresa de su mismo apellido, ya que no de su pertenencia...



Al mismo tiempo, cruzaba la zona limítrofe una mujer morena, vestida con severidad y desaliño. Solicitó un taxi indicando como dirección: Av. Ascher 73...

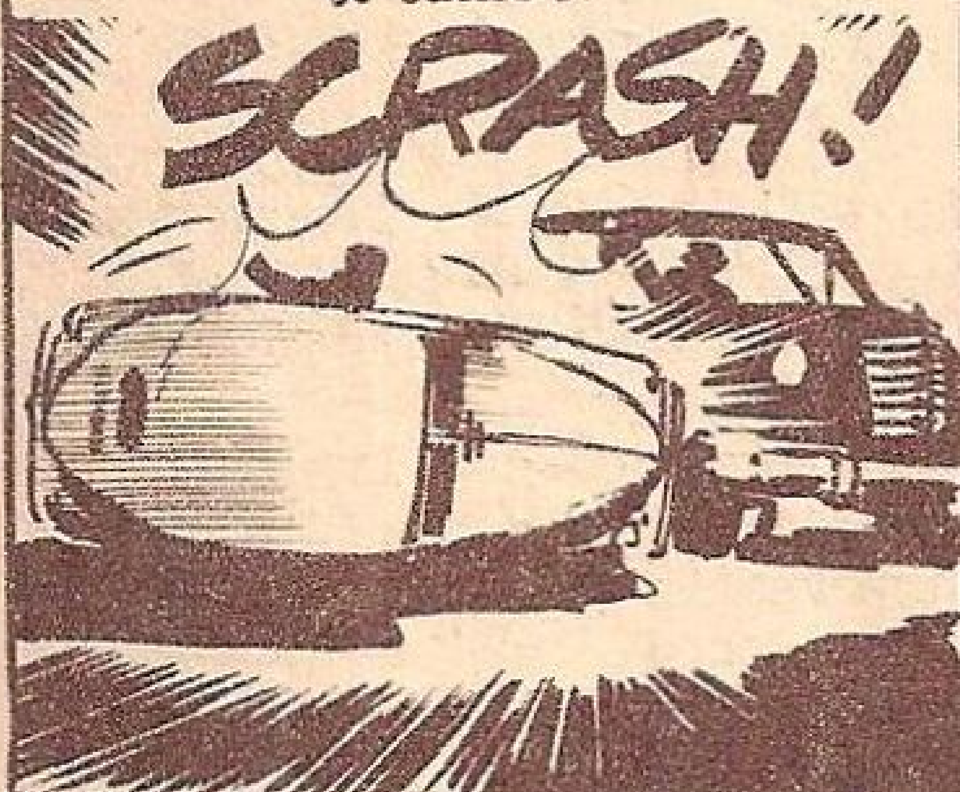




Si la mujer se hubiera dirigido directamente al Cuartel de Policía, se habría ahorrado el mal rato que pasó.
En el auto diminuto, ligero y negro, viajaba Boris Tufman, horas y horas en acecho de la auténtica Norma Ulricht.











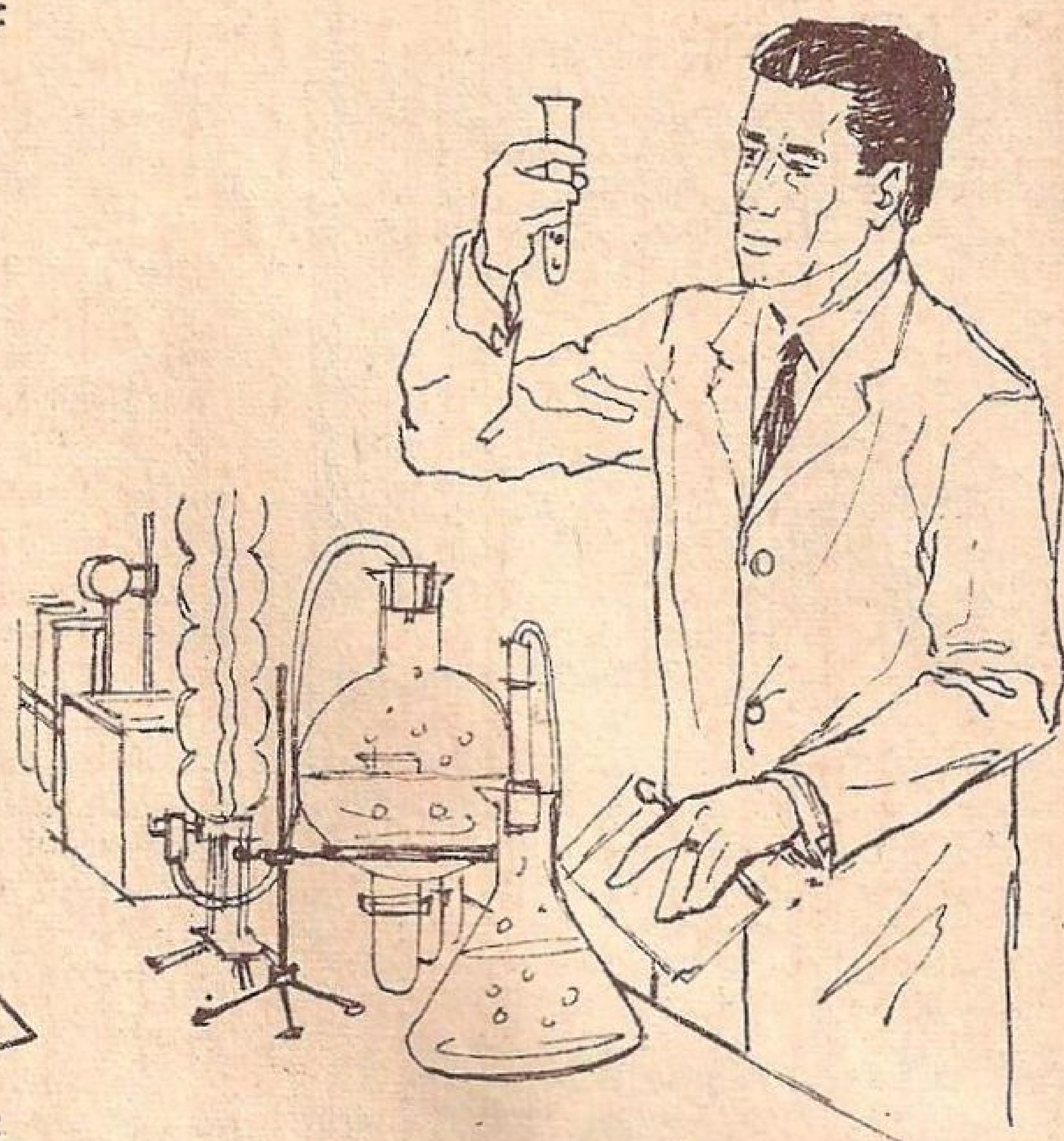




El coche personal de Julius, escapó a buena marcha por la Av. Ascher. Al pasar por el número 73. miró de reojo, y meneó la cabeza. "Mañana... será otro día."



PROGRESOS DE LA *Medicina*



por Arthur J. Snider

LA CALVICIE "NO ES UNA PERDIDA DEL CABELLO".

Su cuero cabelludo puede estar tan desnudo como una bola de billar, pero nadie puede decir que usted no tiene cabello.

Aún las personas totalmente calvas tiene cabello, dice un famoso especialista de la piel. Simplemente, usted no puede verlo.

La calvicie no es una pérdida del cabello, señala el doctor Eugene J. Van Scott, de Bethesda, Moryland, EE.UU. El cabello simplemente se hace más corto, más escaso y más fino. Finalmente usted no alcanza a verlo, ni aún bajo el microscopio. Pero el cabello está allí.

El doctor Van Scott, jefe del servicio de dermatología del Instituto Nacional del Cáncer de los Estados Unidos, explica que las células de la raíz del cabello pierden gradualmente su poder de reproducción en las personas calvas. Su número, cada vez menor, no es suficiente para producir cabello de dimensiones significantes.

Bajo condiciones normales, las células de las raíces son vigorosas. Doblan su número cada veinticuatro horas, y producen un crecimiento capilar a un ritmo de casi cuatro décimas de milímetro por día.

Esto es exacto hasta la pubertad, por lo menos. Pero con el comienzo de la producción de hormonas masculinas, todo está pronto para la pérdida del cabello en el hombre. Por alguna razón que aún no comprendemos, esta hormona está implicada en la calvicie, dice el Dr. Van Scott.

Además, interesan la edad y la herencia. "Y no podemos hacer nada con respecto a ninguno de los tres", agrega.

Aun una persona con la cabeza llena de prieto cabello es calva en un diez por ciento, en cualquier momento dado. Las células de las raíces se "toman unas vacaciones" cada tres años. Aproximadamente un diez por ciento entran en un período de reposo. El cabello cae. Después de un plazo de tres meses, se regeneran.

NUEVA CINTA ADHESIVA QUE REEMPLAZA A LAS PUNTADAS EN LAS HERIDAS.

El cerrar las incisiones y las heridas con bandas de alguna forma de cinta adhesiva, es algo tan antiguo como los primeros escritos médicos que se registran y que datan del año 16 A C. Pero siempre se produjeron irritantes complicaciones, desprendimientos, etcétera.

Ha sido desarrollada una nueva cinta, empleada exitosamente por el doctor Theodore Golden, de Nueva York, en heridas de todo tipo que generalmente requieren una o más puntadas. Se logró una curación completa, con buenos resultados, cosmética y funcionalmente hablando. Hubo una significativa reducción en las infecciones y en la formación de cicatrices indeseables.

LOS LENTES DE CONTACTO PUEDEN PROVOCAR DOLENCIAS EN LA CORNEA.

De acuerdo al doctor John W. McTigue, de Washington, sólo en los Estados Unidos hay una cantidad estimada en más de seis millones de personas que usan o intentan usar lentes de contacto. En este grupo, agrega, los médicos deben mantenerse en guardia, frente a una nueva fuente de dolencias corneales en potencia, dado que muy pocas de las personas que usan habitualmente lentes de contacto se hallan bajo supervisión médica. Dijo que demasiados individuos que no son médicos y que tratan de adaptar lentes de contacto, carecen de suficientes conocimientos dentro del campo de la fisiología y patología de la córnea.

Sin embargo,los lentes son ideales cuando se selecciona cuidadosamente a quien los usará, cuando los lentes mismos son adaptados minuciosamente y, cuando los pacientes se someten a repetidos exámenes médicos para asegurar la salud de la córnea.

Insistiendo en el punto referente a una cuidadosa selección de los pacientes, el doctor McTigue, dice que son demasiadas las personas interesadas en usar lentes de contacto, pero que no demuestran deseos de someterse al ingrato proceso de adaptación a los mismos. Como resultado de ello, los costosos implementos quédan abandonados en algún cajón.

Entre los problemas de adaptación se hallan los ojos que lagrimean, el enrojecimiento, el continuo parpadeo, la inhabilidad para abrir los ojos ampliamente y algunos síntomas visuales muy peculiares. El paciente debe comprender por anticipado que deberá dedicar algún tiempo durante muchos días consecutivos a esta adaptación.

La edad es también un factor de importancia en la selección de las personas que usarán lentes de contacto. Aquellos que cuenten alrededor de cuarenta años, probablemente no se adapten con mucha rapidez, dado que han obtenido un buen servicio durante muchos años por intermedio de los anteojos comunes.

LOS NORTEAMERICANOS DAN POCA IMPORTANCIA A LA SALUD DENTAL.

La más extensa investigación del mundo dental en los Estados Unidos ha revelado que los norteamericanos dan "una prioridad asombrosamente baja" a los cuidados dentales.

También se halló que, a pesar del gran bienestar de la nación, muchos ciudadanos no están e condiciones de pagar costosos cuidados dentales. Se recomendó, consecuentemente, la preparación de métodos para financiar los servicios dentales para los indigentes y los grupos de bajos ingresos.

El estudio fue efectuado por la Comisión de Investigación Dental de los Estados Unidos, encabezada por el doctor John A. Perkins, presidente de la Universidad de Delaware.

La nación gasta aproximadamente cuarenta y cinco millones de dólares anuales en escuelas dentales, fluoridación de provisión de agua potable, cuidado de niños en edad escolar e investigación dental.

La Comisión ha recomendado que

esta suma sea incrementada a mil millones por año, en 1972.

RASQUESE LA CABEZA... Y ALLA SE IRA LA TENSION

Usted está preocupado por un problema. Usted se rasca la cabeza, se aprieta la barbilla, se tira del lóbulo de una oreja, se frota las manos. Son todos hábitos nerviosos, pero no sirven a un buen propósito.

Son descargadores de tensión, dice un dermatólogo de Chicago, EE.UU. La descarga de tensión es un resultado del movimiento de los músculos del brazo durante el acto de rascarse.

Para la mayoría de las personas, es una forma inocua de desprenderse de ansiedades de alta tensión. Pero para algunas, cuya tensión interior es profunda, un breve episodio de rascarse o frotarse no es suficiente. Deben rascarse continuamente. El producto final es una dermatitis crónica.

Es esta condición ampliamente esparcida de la piel la que preocupa al especialista. Con frecuencia, las drogas no revelan de la picazón y los médicos deben buscar factores sicosomáticos. Esto condujo al doctor Milton Rebin, un dermatólogo, y a su colega, el doctor Joseph G. Kapecs, un sicoanalista, al estudio de la picazón y del hábito de rascarse.

Primariamente, han hallado que ambas cosas aparecen en los pacientes con afecciones crónicas de la piel, como expresión de hostilidad que no puede ser volcada sobre otras personas en virtud de un sentimiento de culpa o de temor.

Consecuentemente, el sentimiento se vuelve contra el paciente mismo, bajo la forma de un ataque destructivo a la piel.

Para complicar aún más el problema sicosomático, el rascarse puede producir una sensación de gran placer. Al comienzo puede practicárselo para disminuir la picazón, pero al hallarlo tan agradable se continúa con el hábito.

El hacerlo en forma prolongada conduce a un trauma mayor, más picazón y, eventualmente, a un quemante dolor.

LA ACROBACIA EN EL TRAMPOLIN PUEDE SER MUY PELIGROSA

Un aficionado sin suficiente entrenamiento que practica acrobacia en el trampolín, puede sufrir severas lesiones, y particularmente en el cuello, advierte el periódico de la Asociación Médica Norteamericana.

Un conjunto de médicos de la Universidad de Iowa ha informado sobre cinco casos de accidentes de este tipo, en hombres cuyas edades variaban entre los diecisiete y los treinta y ocho años.

Tres sufrieron de parálisis en ambos brazos y ambas piernas. La maniobra que provocó los accidentes en cuatro de los casos fue el lanzarse de espaldas sobre la lona en tensión. Dos accidentes tuvieron lugar en un gimnasio universitario bien equipado, bajo la supervisión directa de personal entrenado.

El lugar más peligroso del trampolín es el centro de la lona, escribe el doctor William G. Ellis. Aquí pueden ocurrir las roturas serias y permanentes y aún las heridas fatales —particularmente la quebradura de la columna vertebral a la altura del cuello.

El lanzarse horizontalmente sobre la lona, tanto de frente como de espaldas, es la maniobra más peligrosa en el trampolín.

EL BEBE TIPO DE LA ACTUALIDAD, LLEGARA A VIVIR UN PROMEDIO DE 69,7 AÑOS

El bebé tipo nacido actualmente en los Estados Unidos puede esperar vivir un cincuenta por ciento más que aquellos nacidos en el año 1900. El promedio de vida esperado es de 69,7 años, el más alto jamás registrado en el precitado país, de acuerdo a la Fundación Informativa Sanitaria.

Aunque tanto los hombres como las mujeres se han visto favorecidos con el aumento del promedio de vida durante este siglo, las mujeres han obtenido el incremento mayor. Su promedio de vida se ha elevado a 72,7 años, un aumento de 24,4 años, con respecto a 1900, mientras que los hombres han ganado 20,1 años, llegando a un promedio de 66,4 años de vida.

FIN

PARA SONREIR



—¿Así que usted tiene complejo de inferioridad?



—¿Cuántas veces te he dicho que debes esperar a que yo dispare antes de cobrar la pieza, Colita?



—¡Despierta, Teodoro! Ya estás en casa, no en el ómnibus.

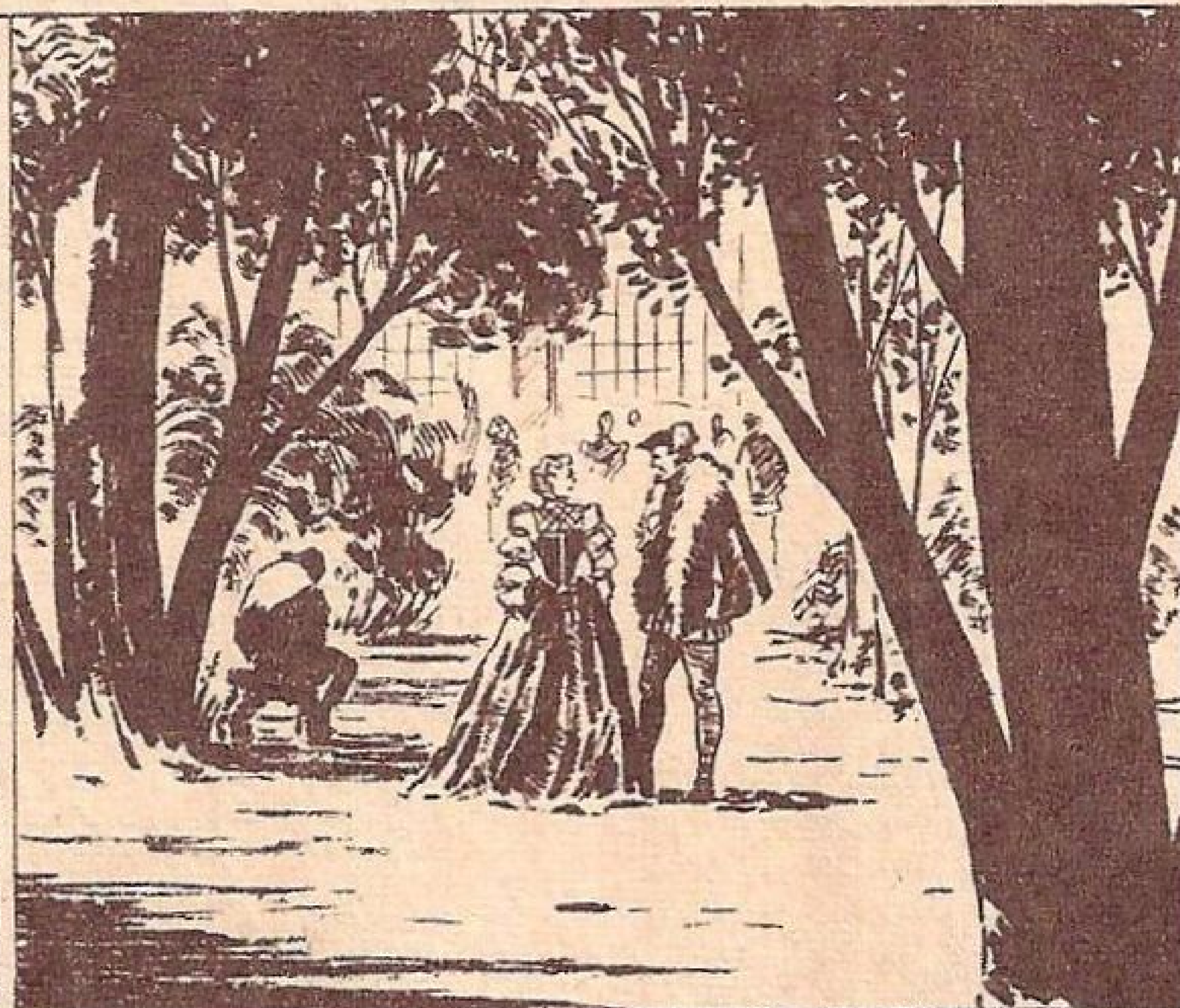
Angelo, TIRANO de PADUA

Por VÍCTOR HUGO

ADAPTACIÓN

La personalidad literaria del autor de **Los Miserables** es tan universalmente conocida que se hace innecesaria su presentación. Por otra parte, la mayoría de sus obras han sido publicadas por nuestra revista. **Angelo, Tirano de Padua**, figura -según la crítica más autorizada- entre sus mejores piezas teatrales.

Estamos en el palacio del potestad de Padua, al término de una fiesta. En el jardín, profusamente iluminado, Angelo Malapieri, el potestad, conversa con Tisbe, una atractiva comedianta. Cerca de ellos, sentado en un banco de piedra y al parecer dormido, está Homodei. Angelo no ha reparado en él.









Ella quiere rehuir la respuesta, pero tan severamente la mira el potestad, que responde: —Bueno, no me fulminéis con esos ojos; os lo diré: el enmascarado era Virgilio Tasca, vuestro lugarteniente, a quien contaba cierta historia.



...« pesar de ser tan insignificante, tuve madre, como vos, señor. Era una pobre mujer sin marido que cantaba en las calles por unas míseras monedas. Yo solía acompañarla. Y ése fue el comienzo de mi carrera. Un día cantaba mi madre, sin comprenderlos, ciertos versos que al parecer contenían algo ofensivo para el gobierno de Venecia. Le oyó un senador y mandó a un capitán que lo acompañaba que la hiciese colgar. En aquel tiempo se cumplían inmediatamente esas órdenes. Cuando se la iban a llevar, mi madre...



... se echó a llorar, me abrazó y entregóme un crucifijo de cobre que tenía grabado mi nombre en la parte inferior. Yo tenía entonces diez años y miraba como petrificada a los gendarmes que ataban a mi madre. El senador llevaba de la mano a una niña, que debía de ser su hija.»



«La pequeña se echó a las rodillas del senador, lloró y suplicó tanto que obtuvo el perdón de mi madre. Esta, al verse libre, tomó el crucifijo y se lo entregó a su salvadora.—Guardad este crucifijo—le dijo—, que él os procurará la felicidad. Mi madre murió después, y nunca volví a saber de aquella niña. En todas partes cuento esta historia para ver si doy con ella. Eso es lo que hablaba con vuestro lugarteniente.»



Y ¿crees que podrás reconocer a la chiquilla, que hoy será mujer?



.....

De pronto, el potestad repara en Homodei, que parece dormitar. Con sobresalto pregunta: —¿Sabes quién es ese hombre, Tisbe? ¿Nos habrá escuchado?

.....

No os incomodéis, señor, que es mi pobre Homodei, un guitarrista que el primiciero de San Marcos me recomendó en una carta que os enseñaré. A la carta acompañaba un regalo.



—Una cajita con dos redomas. Contiene una un narcótico muy activo, que por seis horas infunde un sueño semejante a la muerte; contiene otra un veneno terrible. Me lo manda el señor primiciero, según dice en la carta, por si alguna vez lo necesito, y me pide que me haga cargo, por algún tiempo, del portador de su presente, que es un pobre músico idiota a quien desea ayudar. Hace quince días que se hospeda en mi casa. Angelo mira con recelo hacia el banco. Luego se vuelve hacia la actriz...

—¡Por Cristo! ¿Me respondes por ese hombre?

Señor, sois aquí el temido potestad, el representante del Consejo de los Diez de Venecia, y ¿teméis a ese pobre diablo?



Angelo observa más atentamente a Homodei, se acerca a Tisbe y le dice en voz muy baja: —Escucha: soy aquí el potestad, sí, el déspota, el tirano con que Venecia sujeta a Padua; pero, a pesar de ser tan absoluto, hay sobre mí un poder más grande, terrible y tenebroso: el Consejo de los Diez que gobierna a Venecia.



«Ellos tienen en todas partes espías, esbirros, verdugos, y a sus delaciones e intrigas están expuestos desde un jornalero hasta el potestad. Venecia ríe en sus bailes, en sus festines, en sus teatros, en sus góndolas, en su música. Ese es el aspecto de Venecia que todos conocen, pero yo, mi querida Tisbe, conozco otro...»

Ya ves, soy tirano de Padua y esclavo de Venecia. Me espían el paje que me sirve, los amigos, el sacerdote que me aconseja, todos. En medio de tanta hipocresía, sólo tú me eres grata, Tisbe, aunque sé que no me amas. Pero ¿verdad que no amas a otro?



Tisbe va a contestar que no, pero en ese momento la escena es interrumpida por Rodolfo, que se acerca. —Te dejo con tu hermano —dice el potestad. Y agrega, señalando al banco donde está Homodei: — Cuida de este hombre. Dijiste que me respondías de él.



Malapieri se retira. Homodei abre los ojos y mira de soslayo, pero al oír que Tisbe y Rodolfo se han puesto a conversar, vuelve a cerrarlos y presta atención.

¡Ah, Rodolfo, Rodolfo! ¡A ti sí que te amo! ¡Tirano imbécil, Rodolfo no es mi hermano: es mi novio!









—Bueno, te dejo. Ahí viene tu amigo Anafesto Galeofa, el único que sabe que no eres mi hermano. Tisbe se retira. Homodei, que sigue simulando dormir, entreabre los ojos. Anafesto se ha acercado a Rodolfo, y ambos miran alejarse a la comedianta. —Es muy hermosa —comenta el primero—. Feliz de ti, a quien ella ama. Su amigo, molesto por aquellas palabras, responde: —No soy feliz, porque yo no la amo.





Vase Anafesto. Rodolfo se deja caer en un banco y se cubre el rostro con las manos. Homodei se levanta y, acercándose sigilosamente a aquél, pone una mano en su hombro. El joven se vuelve y lo mira con espanto...



«Cuando teníais veinte años conocisteis a una hermosa joven, os enamorasteis recíprocamente, y hubo después cartas y entrevistas. Lo único que supisteis de ella fue que se llamaba Catalina. Un día ésta dejó de concurrir a las citas, y la beata Cecilia os informó de que se había casado. Os quedasteis también sin saber el nombre del marido. Desde entonces recorréis Italia buscándola. Hace tres meses que llegasteis a Padua con Tisbe, y pasáis por hermano suyo.»



«El dieciséis de febrero, una mujer os detuvo en el puente del Molino y os condujo a las ruinas del palacio Magaruffi, donde, con gran asombro vuestro, os encontrasteis con Catalina.»

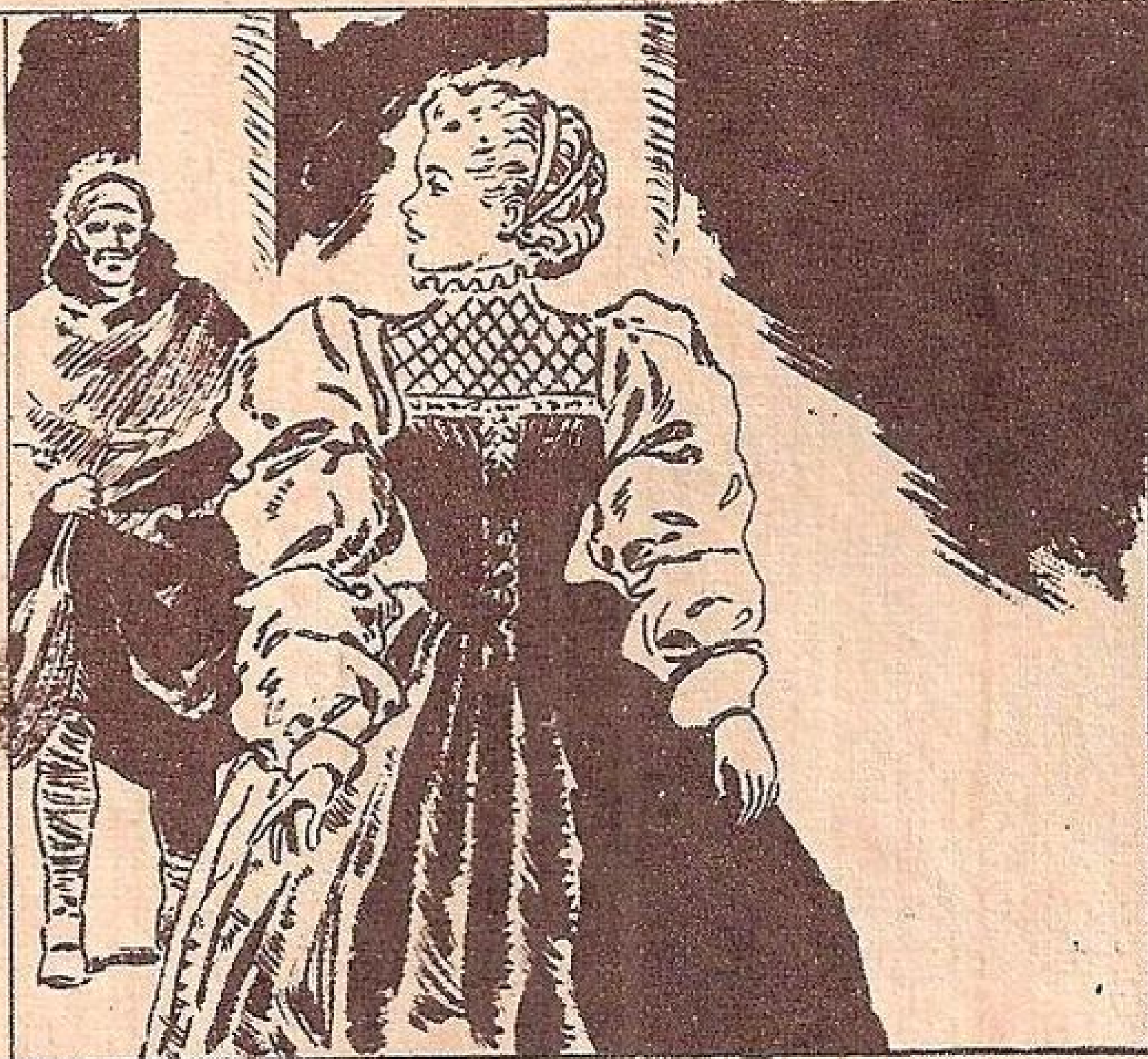


«Tres veces os visteis allí, mas ella dejó de concurrir a causa de los celos del marido, cuyo nombre no quiso deciros. Desde entonces estáis desesperado porque no tenéis noticias.»





Rodolfo se marcha, y Homodei va al encuentro de Tisbe, que en ese momento se dirige a las habitaciones de Malapieri. —Escuchad —le dice— algo que os interesa: Rodolfo tiene cita esta noche con una mujer. Tisbe responde desdeñosamente al guitarrista: —¡Mientes, mientes; Rodolfo me ama y no hará eso! ¡Miserable! ¿Quién te paga para que así lo calumnies?





—Tendréis que conseguir una llave que Malapieri lleva pendiente de una cadena de oro en su cuello. Tisbe se muestra indecisa, pero, al fin, intrigada, va al encuentro del potestad.—¿Estáis todavía celoso? — le pregunta.





Se acerca risueñamente a él y toma la cadena que lleva al cuello. —Hace tiempo que admiro esta joya. ¡Oh, y tiene una llave, de oro también! Parece obra de Benvenuto Cellini. ¿Me la daréis?



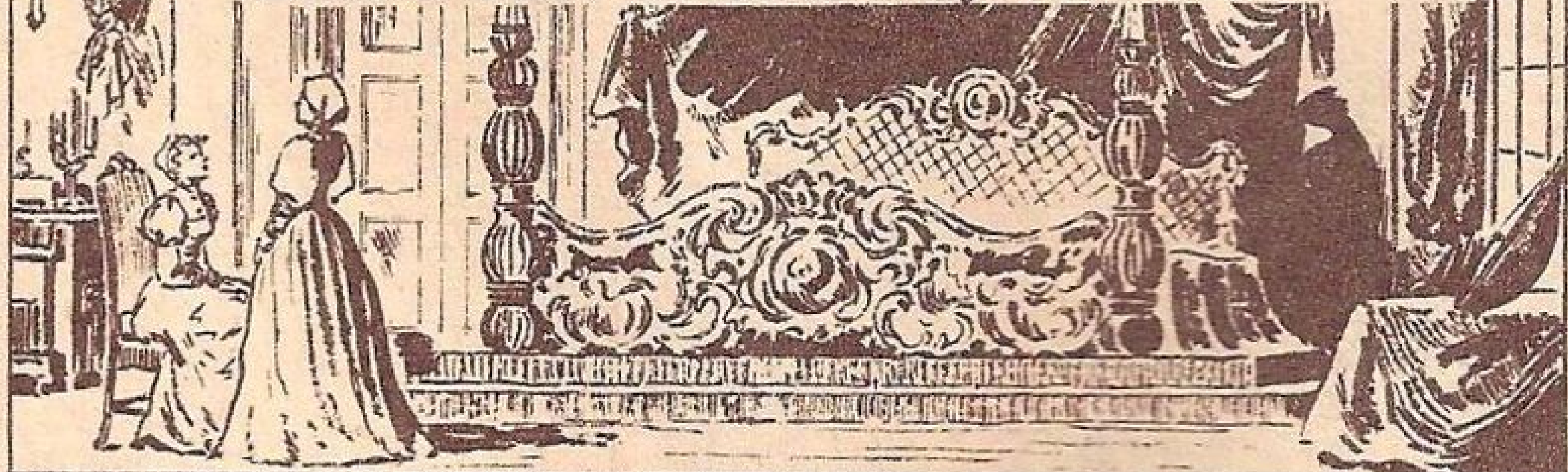
Angelo vacila, pero, al fin, responde:—En efecto, lo has adivinado. ¿Te gusta tanto la llave?


Sí, deseo hacer una igual para mis habitaciones. Tal vez os gustaría llevarla en vuestro cuello junto a ésta.


Un extraño brillo ilumina los ojos del déspota. Toma la llave y se la entrega a Tisbe. En seguida se acerca a ella y le dice al oído:
–Bien, ya está; pero no olvides hacer esa otra que has mencionado. ¿Me lo prometes?


La respuesta de ella queda sin ser pronunciada, pues en ese momento llega Virgilio Tasca en busca de Malapieri. Tisbe vuelve a donde está Homodei, a quien anuncia que tiene la llave.


Dámela; espérame esta noche, después que la luna aparezca, en la galería del palacio que da al puente del Molino; yo te conduciré al lugar de la cita.


Transcurren las horas y llega la noche. La luna está a punto de aparecer. En la cámara de la mujer del potestad, Dafne y Reginella conversan, mientras su ama permanece en el pequeño oratorio contiguo. En el dormitorio hay una magnífica cama, cubierta con una colcha bordada de oro. En el ángulo derecho una puerta da hacia el balcón. En el ángulo izquierdo se ve un reclinatorio y, por encima, colgado en la pared, un crucifijo de metal bruñido. Sobre una mesa hay un laúd.


–Reginella, quédate tú con nuestra ama, que es hora de que yo me vaya a descansar. Pero ten cuidado con esos malditos espías de Venecia. ¿Sabes que esta tarde entró uno aquí y se llevó el cofre donde la señora tenía sus cartas?
Sí, ella me lo dijo, y sospecha que debe de ser el mismo que en el último viaje pretendió hacerle el amor y, al verse rechazado, juró vengarse. Hasta mañana, Dafne.


Se va la doncella, y su compañera, mientras espera que la esposa del potestad salga del oratorio, se contempla en un espejo. En tal tarea la sorprende Homodei, que sale de un guardarropa, donde ha estado oculto. Como Dafne se dispone a gritar, abre su jubón y muestra, escrita sobre una banda de terciopelo negro, la siguiente inscripción: «Consejo de los Diez. VENECIA.»
–¡Dios mío, sois un espía! ¿Qué queréis? Mi señora está en ese oratorio.
CONSEJO DE LOS D
VENECIA
Ya lo sé. Dime en el acto: esa puerta que se ve al fondo ¿es la que comunica con las habitaciones de Angelo?


Sí, ésa es.
Pues bien, lo que ahora quiero es que te encierres en tu cuarto y no salgas de él hasta mañana. Sabes quién soy, y, si no me obedeces, te mataré.


Se va Dafne, y Homodei cierra la puerta con doble llave. Sale en seguida a la galería y no tarda en regresar con Rodolfo, que viene embozado en una capa. Al verse en aquel lujoso aposento se muestra muy sorprendido.
¿Dónde estoy?


¿Habéis oído hablar de una habitación que existe en Padua, habitación perfumada, llena de flores y quizá de amor, en la que no puede entrar ningún hombre, noble o plebeyo, joven o viejo, porque poner los pies en ella es un crimen que se castiga con la pena capital?
Sí, la habitación de la mujer del potestad.

Pues bien, en ella estáis, y quien aquí habita es Catalina de Bragadini, la dama que os ha hecho perder el seso.

¿Qué decís? ¿Que Catalina es la mujer del tirano de Padua?



Sí, y, si deseáis comprobarlo, esperad un momento. Ella está en ese oratorio y no tardará en salir. Ahora os dejo. Pero será mejor que aguardéis oculto en el balcón; así podréis haceros visible cuando os plazca. Adiós.



Al retirarse, Homodei desliza una carta sobre la mesa. Sonríe misteriosamente y sale.



Rodolfo, nervioso, comienza a pasearse por la habitación. Oye de pronto ruido en el oratorio y se precipita al balcón, cuya puerta entorna. Catalina sale. Tiene el rostro demacrado y triste, y sus fuerzas parecen flaquear. Se deja caer en un sofá. —¡Desdichada de mí —exclama—, si me fuese posible dormir, al menos podría verlo en sueños!



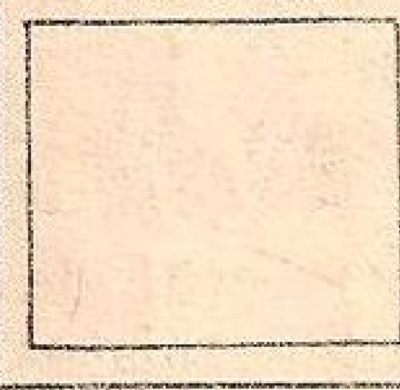
De pronto ve el laúd sobre la mesa. Lo toma. «¡Cuán hermosa era aquella canción que solía cantarme! ¿Cómo es la tonada?» Comienza a tararear acompañándose con el laúd. La voz de Rodolfo susurra desde el balcón...



—Mi alma a la tuya está ligada. No puedo existir sin ti, amada...

¡Cielos! ¿Qué prodigio es el que me hace oír su voz? ¿Estaré soñando?





Rodolfo sale de su escondite. Se echa a los pies de Catalina, que está como petrificada.

¡No sueñas, amor mío, no! ¡Estás despierta!

¡Rodolfo! ¡Por Dios! ¿Por qué has venido? Arriesgas tu vida. Si te decubren, te matarán.



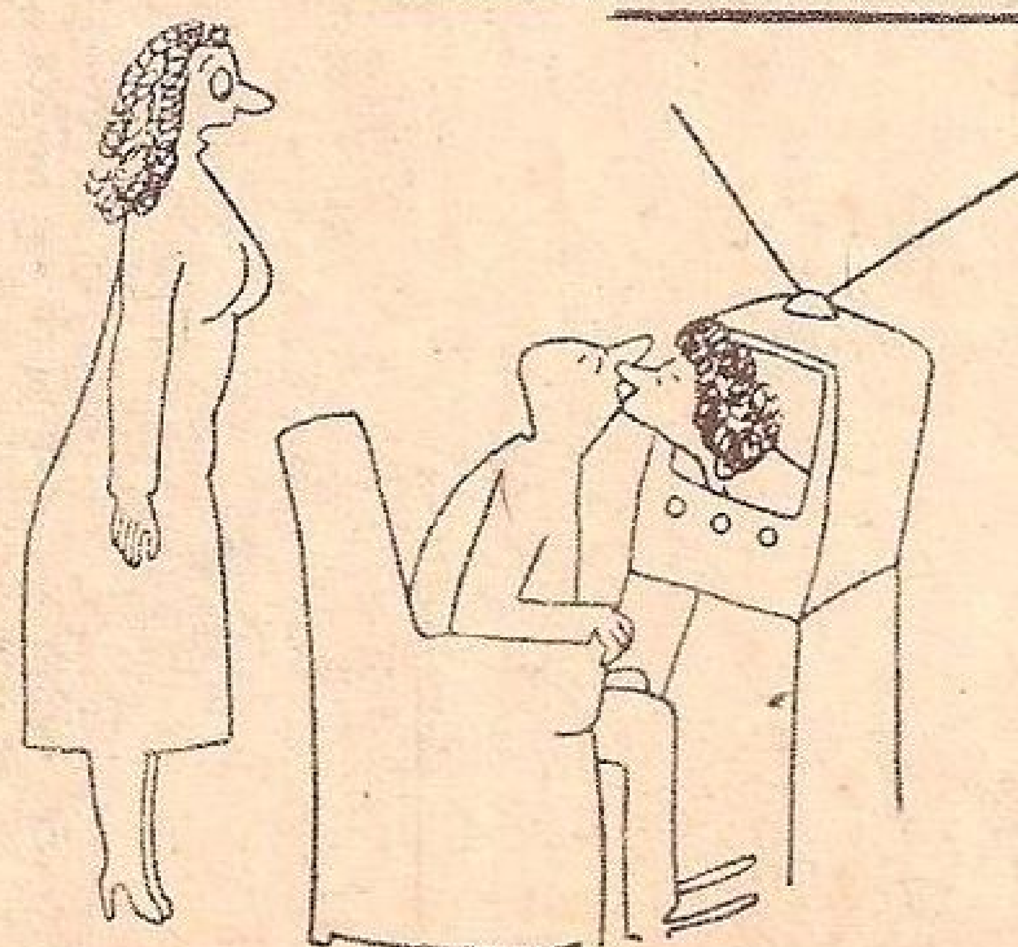
¡Qué importa! Sin verte, moriría más pronto.

Gracias, Rodolfo. Tu valor me quita el miedo, me da ánimo. Pero dime: ¿cómo has sabido quién soy?



QUÉ RISA

—En respuesta a su atenta botella de 16 del cte...



—¡Lionel!





Sobresaltada, la abre y lee: «El esbirro que ama es pequeño, pero el esbirro que se venga es un ser mentalmente grande.»

No entiendo esta enigmática expresión, pero conozco la letra: es la de un infame espía del Consejo de los Diez, de Venecia. Pretendió hacerme el amor, y yo lo desprecié. Se llama Homodei.

¿Homodei? ¿Que es un espía, dices? Pues ¡fue él quien me introdujo aquí! Ahora entiendo el sentido de lo que dice en esa carta.





Rodolfo se dispone a hacerlo, pero ella lo detiene.

¡No, no! El río corre a veinte metros de profundidad. Vas a matarte. Prefiero que mueras aquí, a mi lado. Aguarda... Entra en mi oratorio. Sospecho que los esbirros de la tiranía respetarán ese sitio sagrado.

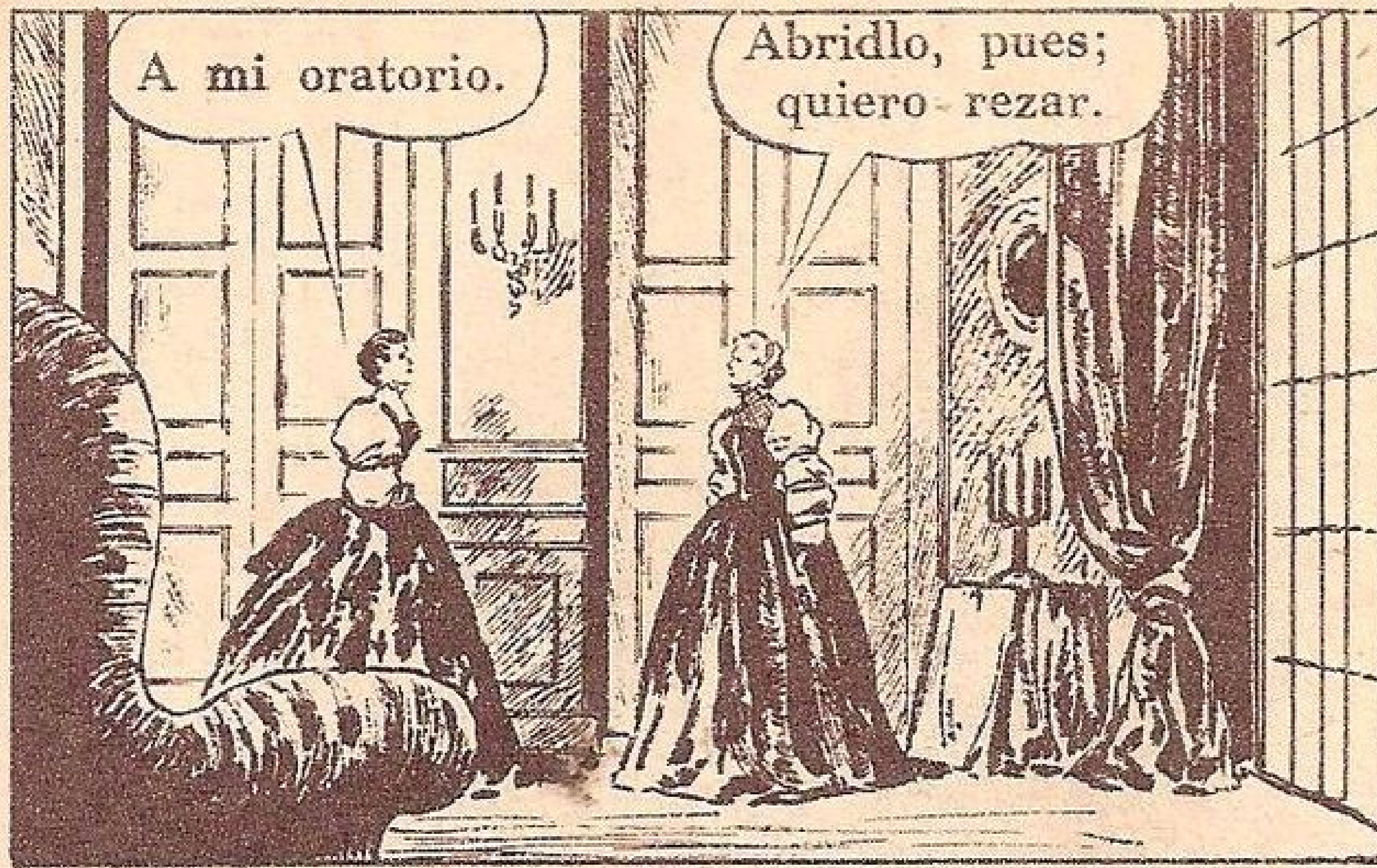












—No puedo: he perdido la llave.
Pero Tisbe, a quien una certeza terrible le muerde el alma, responde con resolución:
—Tal vez la tenga vuestro esposo. Se la pediré. ¡Señor Angelo! ¡Señor Angelo!
Avanza hacia la puerta que da a los aposentos de éste, pero Catalina se interpone:
—¡No llegaréis a esa puerta! Nada os he hecho, y no sé qué tenéis contra mí. Escuchadme, si es que tenéis corazón, y compadecedme. Soy muy desdichada.



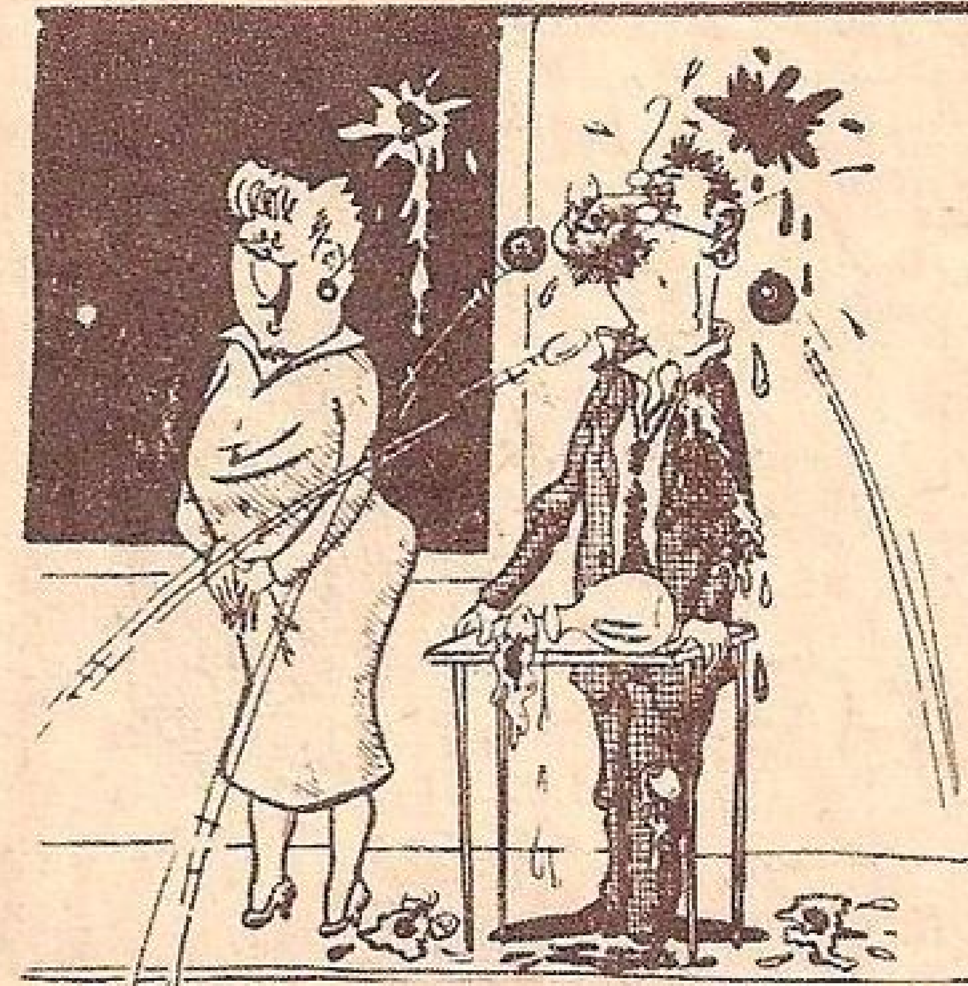


Ha señalado el crucifijo que cuelga en la pared. Al verlo, Tisbe, guiada por un presentimiento, corre hacia la imagen del Salvador.

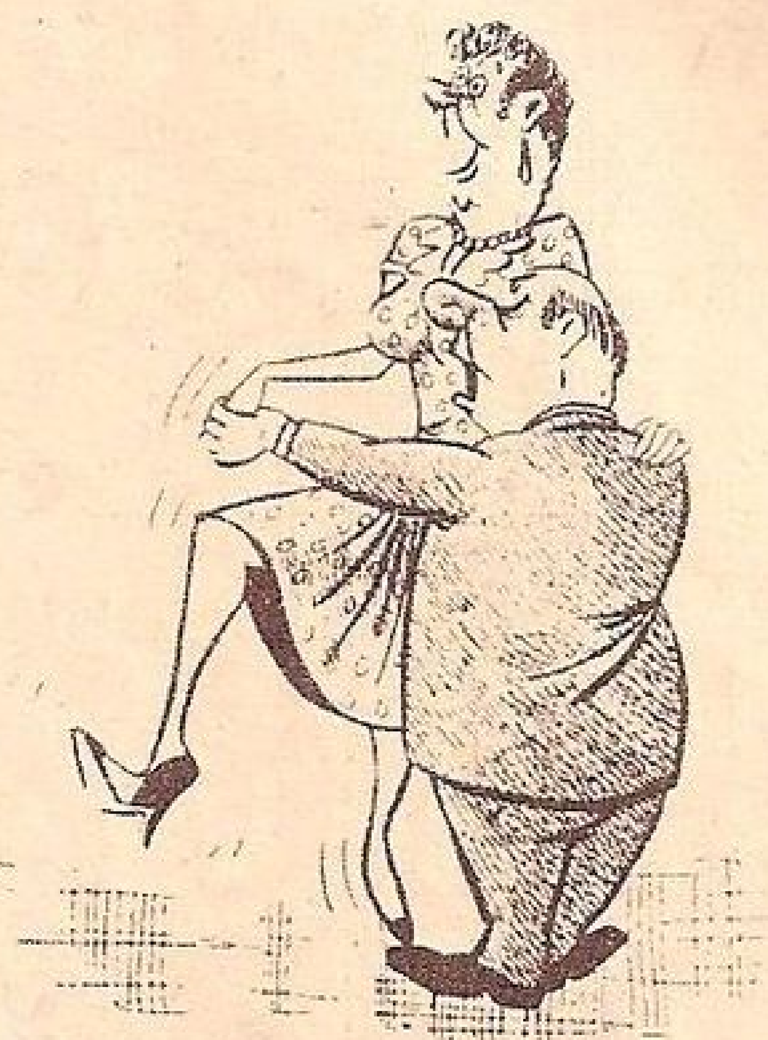




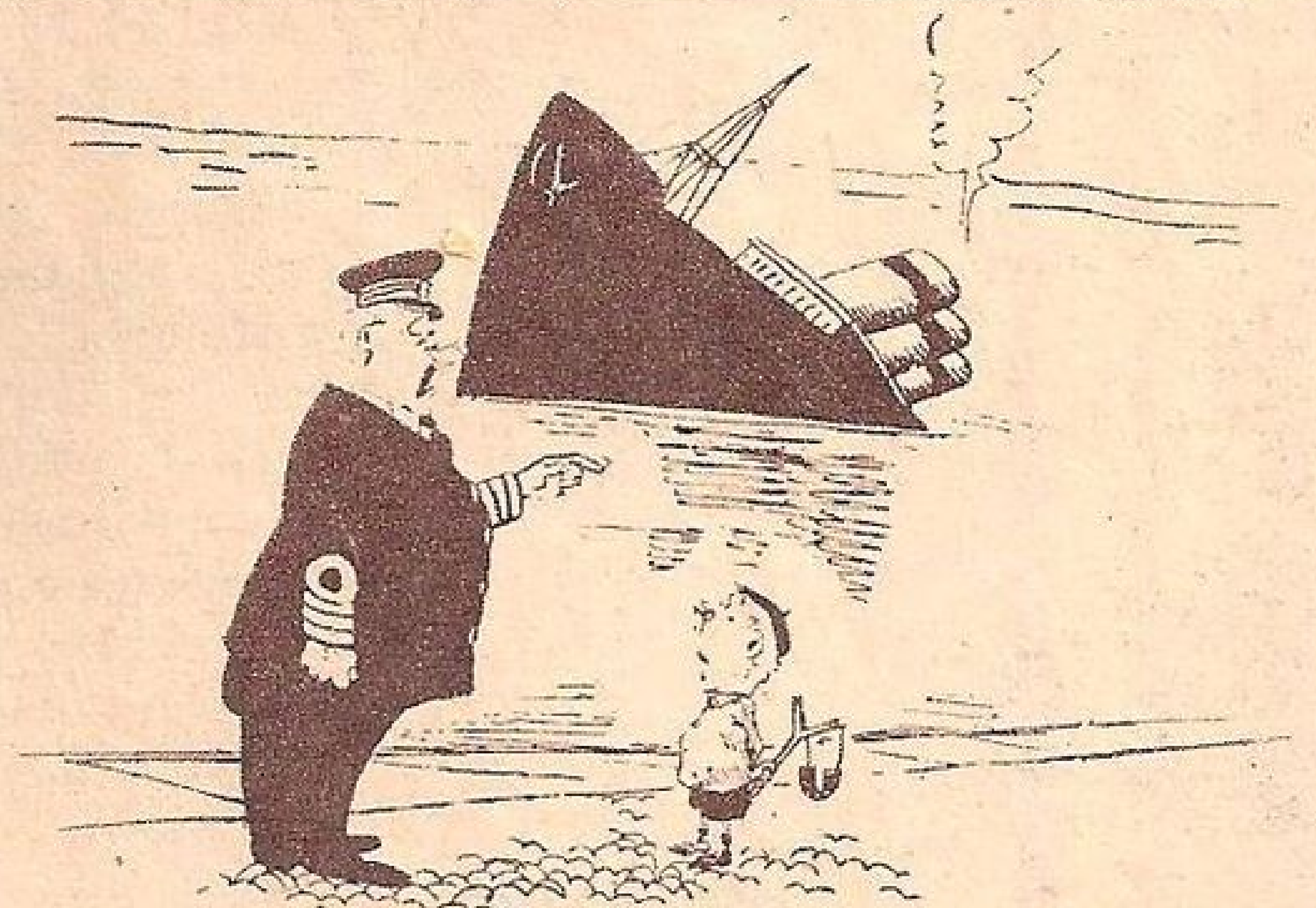
PARA SONREIR



—Y ahora, señoras, démosle gracias al señor Dowland por su interesante conferencia.



—Yo estoy bailando un fox lento ¿y usted, señorita, qué está bailando?



—¡Debes tener más cuidado!

...«con mi padre, que era senador, por una calle de Venecia. Como oyó cantar a una mujer, en cierto lugar público, una canción que le pareció ofensiva para el gobierno, la mandó colgar. Yo sentí piedad por la desdichada, y, echándome a los pies de mi padre, obtuve el perdón. La mujer, que iba con una niña, aun más pequeña que yo, me regaló este crucifijo, en agradecimiento, y dijo que él me daría la felicidad.»





Tisbe se ha quedado mirando a Catalina, conmovida, desorientada. Ha reconocido el crucifijo de su madre y está a punto de desmayarse. Va a confesar la verdad, cuando se abre la puerta, y...

...aparece Angelo Malapieri.



Es interrumpida por él, que acaba de advertir la presencia de Tisbe.





Malapieri, turbado por la indiscreción de la cómica, que habló así con expresa intención, procura cambiar de tema. —Ya veis, ya veis —dice—, si tenía razón cuando os describí los peligros que me rodean. Venid ahora a mi despacho y me contaréis con detalles cuanto sepáis de esa conjuración que se trama contra mí.



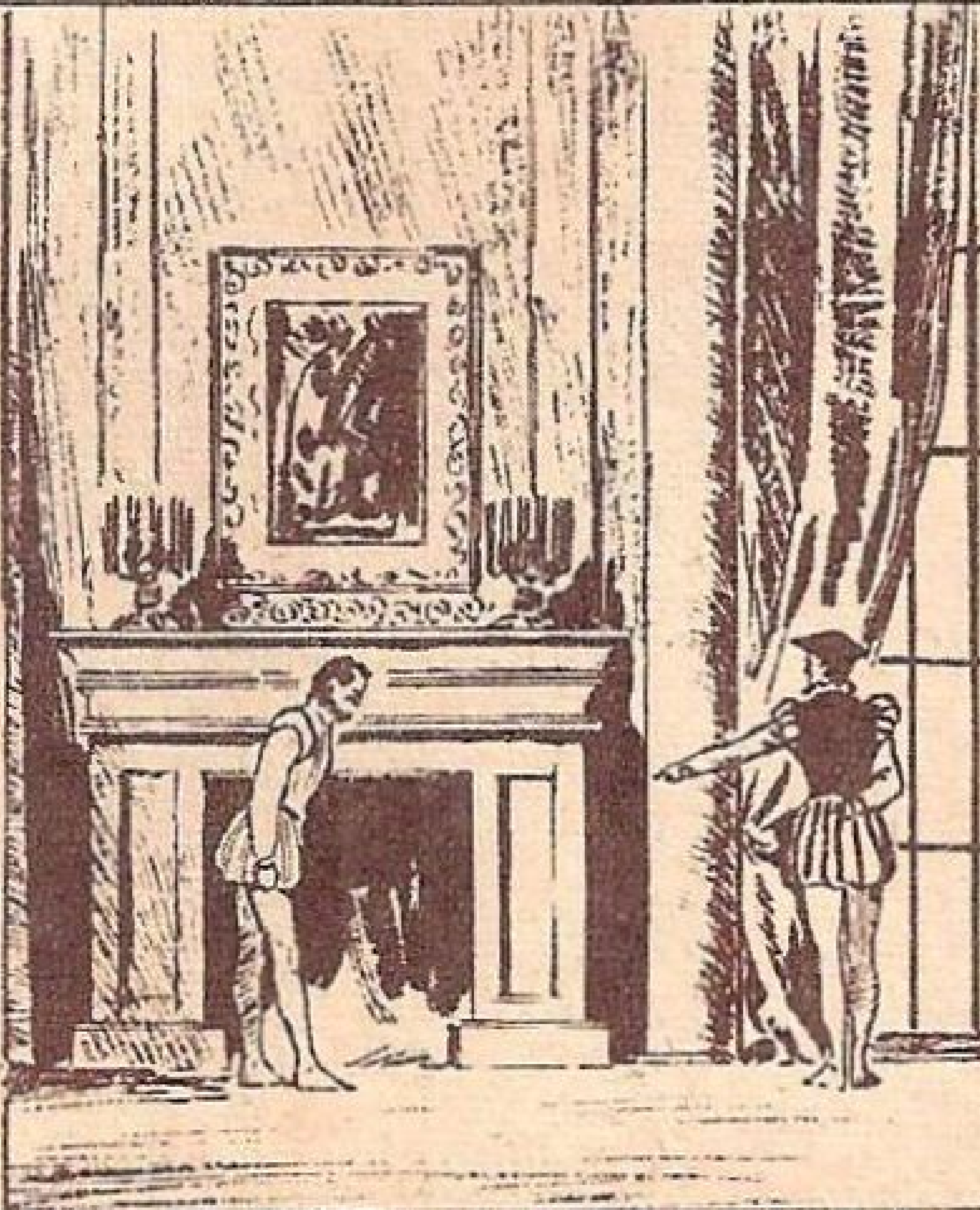
Malapieri se encamina a sus habitaciones. Tisbe, antes de seguirlo, dice en voz baja a Catalina: —Haced que el hombre que está con vos salga por donde yo he venido y rogad a vuestro crucifijo que os conceda la felicidad que os auguró aquella desdichada mujer. Vuélvese hacia la puerta del oratorio y se dice con extraña congoja: «¡Oh, esa puerta! ¡Cuánto sufro! ¡Y que no pueda comprobar si es Rodolfo quien está ahí!» Poco después, Tisbe se entrevista con Malapieri.



Entretanto, abrumada por aquellos acontecimientos que no entiende, Catalina se deja caer en un sofá. Pero reacciona al instante y, mientras abre la puerta del oratorio para hacer salir de allí al hombre que ama, susurra: —¿Padezco un sueño, una pesadilla? ¿Está loca esa mujer o lo estoy yo?



Horas después, Malapieri, en su despacho de gobierno, imparte aún instrucciones a sus esbirros para impedir la supuesta conjuración. Un ujier le anuncia que Tisbe ha vuelto. Angelo da orden de hacerla pasar.







...«encontró mal herido a ese Homodei, tu guitarrista. Antes de expirar tuvo el suficiente vigor como para entregar a mi servidor una carta que acababa de arrebatar a la doncella que la traía a palacio. Me la dieron, y vi que era un mensaje enviado a mi mujer por su amante.»



Tisbe siente un escalofrío. —¿Tenéis ahí la carta? —pregunta. Malapieri se la muestra y expresa: —Precisamente, te hice venir para ver si conoces la letra. Mi ansiedad es horrible. Por saber quién la ha escrito daría diez años de mi vida, mi mano derecha. Leedla.



Ella lee, temblando: «Mi amada Catalina: Dios nos favorece. Por milagro nos salvamos anoche de tu esposo y de esa maldita cómica. Te amo, Catalina, y eres la única mujer que he amado en mi vida. No temas por mí, estoy a salvo y seguro.»



Tisbe siente como si un puñal se hubiese clavado en su corazón, pues ha reconocido la letra de Rodolfo. Mas, cuando Angelo se lo pregunta, responde lo contrario. Luego...



Tisbe se estremece de horror. —Apruebo —dice— que muera vuestra esposa, puesto que os ha faltado, pero lo que no apruebo es que hagáis escándalo en torno del hecho. Eso os desprestigiaría a los ojos del pueblo y a los del gobierno de Venecia. El potestad reflexiona un instante:-¡Por todos los diablos —exclama—, que tienes razón! La gente, en vez de compadecerme, se reiría de mí. El castigo debe ser secreto. ¿Qué me sugieres?







Satisfecho, el tirano acepta el ofrecimiento de la cómica, que parte en busca del veneno. Aquél se dirige luego a las habitaciones de su esposa. Al entrar ve al confesor de palacio, quien sale del oratorio después de haber cumplido la orden que esa mañana le dió el potestad.



Malapieri le corta el sermón. —Callad y retiraos; yo soy el único autorizado para emitir opiniones en Padua. Os advierto que moriréis si decís una palabra del acto que acabáis de cumplir. Se persigna el sacerdote y sale con el alma contristada. Catalina aparece en el umbral del oratorio...





Sale el potestad. Catalina se cubre el rostro con las manos y, sollozando, va a prosternarse ante el crucifijo. Minutos después se abre la puerta que da a la galería.











Catalina se estremece, pero reacciona en seguida y señala hacia la mesa: —Ahí está; hiciste bien en no firmarla. Rodolfo se levanta y toma el papel: —Fue una medida de precaución, pero si deseas ver ahí estampado mi nombre... Ella se abalanza sobre él y le quita la carta.





Cuando, minutos después, se marcha Rodolfo, Catalina siente deseos de correr tras él y pedirle que la salve de la muerte; mas se contiene. Arrójase en un sofá y permanece allí, embargada en su desconsuelo hasta que la voz de Angelo, que ha entrado en el aposento con Tisbe, la incita a incorporarse...

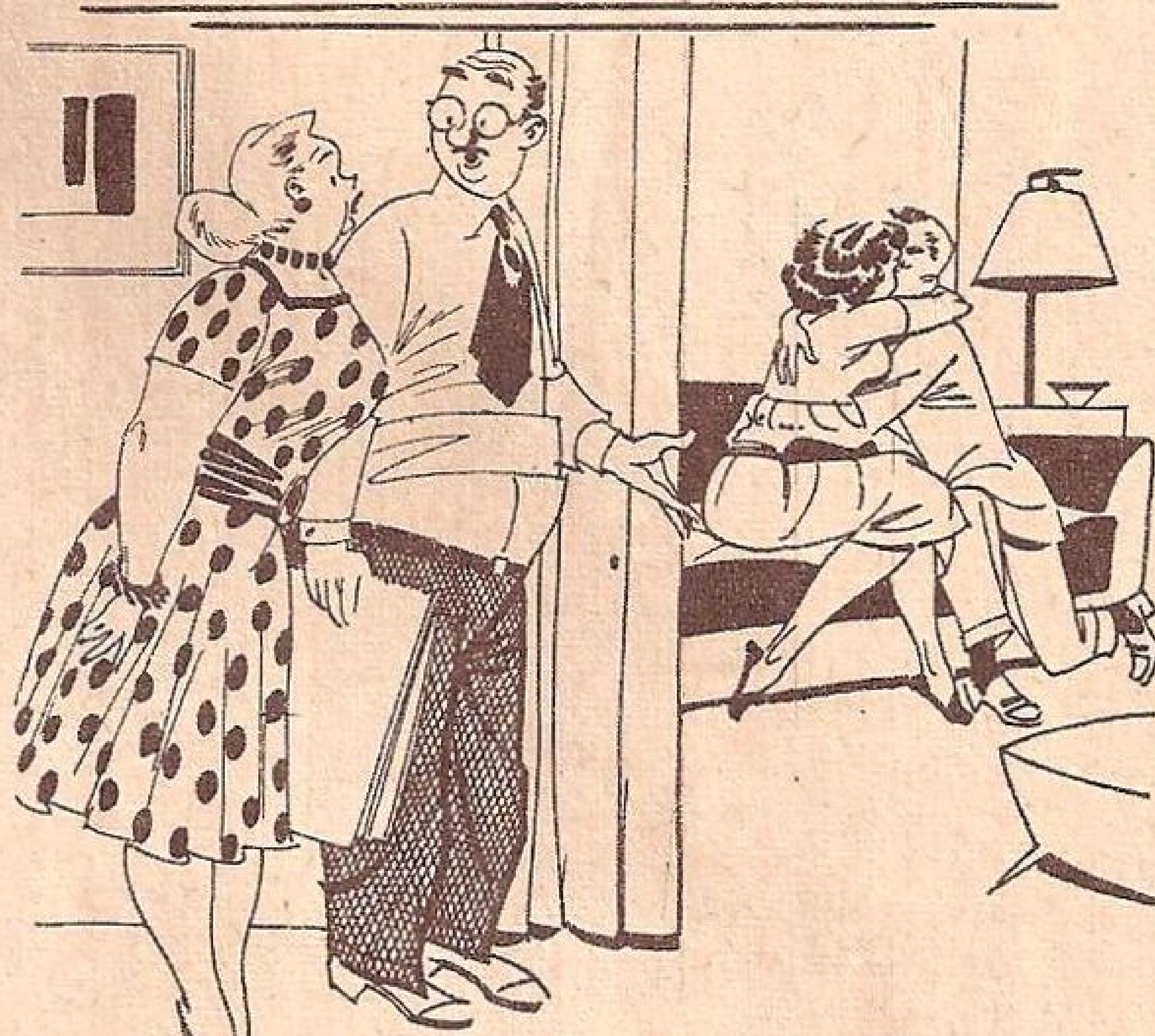








AQUI UNA SONRISA



—No creo que estén ensayando una obra como tú dices... La fiesta de fin de año ya se realizó hace mucho en el colegio...



—Podrían hacernos algún descuento... Siempre traigo a mis novios a comer aquí...



—Continúa cantando, querido... Creo que falta poco para que papá nos mande al cine...

Tisbe, conmovida, está a punto de llorar; pero el potestad permanece insensible.



Un impulso de rebelión se apodera de Catalina.—No, no lo beberé —dice con firmeza—. Obras así porque perteneces a una época execrable, en la cual nada representan las leyes y sólo prevalece tu voluntad y tus despóticos caprichos.



—Pues ¡que lo sepa! —exclama el potestad, furioso—. Yo mismo iré en busca de los esbirros.



Sale precipitadamente. Catalina y Tisbe han quedado solas, frente a frente. Sus miradas se encuentran, batallan un instante. Por fin, Tisbe habla con voz suave y persuasiva...





Se oyen pasos y ruido de armas en la galería: es Malapieri, que llega con los esbirros. Tisbe se acerca a él y le dice al oído: —Señor, vuestra esposa se resigna a ingerir el veneno. Angelo entra.



Catalina sorbe el contenido de la redoma. Su marido, satisfecho, ordena a los esbirros que se marchen. De pronto, aquélla se vuelve y dice a Tisbe...



El narcótico comienza a obrar sus efectos. Catalina siente que un extraño sopor la inunda. —Este brebaje me hiela la sangre. Supongo que estarás contento. Ahora que voy a morir y ya no te temo, te confieso, verdugo abominable, que, aunque he amado a un hombre, soy honrada.



Con paso vacilante, Catalina avanza hacia el lecho y se desploma en él.



Su voz se apaga lentamente. Tisbe corre las cortinas de la cama y se acerca a Angelo. —Estad tranquilo —expresa—, acaba de expirar. Ahora decidme qué pensáis hacer con el cadáver.



El potestad la introduce en una habitación cuyas puertas dan hacia los fondos del palacio. Se ve una escalerilla que baja hasta la orilla del río Brenta.
—Observa: en esta dirección, oculto por los árboles, hay un pequeño puente que lleva a la choza donde mora, ignorado de los demás, el más útil y siniestro de mis servidores. Es una especie de monstruo con forma de hombre: el encargado de las ejecuciones nocturnas que ordeno en este palacio.





Es un recurso digno de vuestro ingenio, señor potestad; pero decidme cómo haréis en el caso presente.







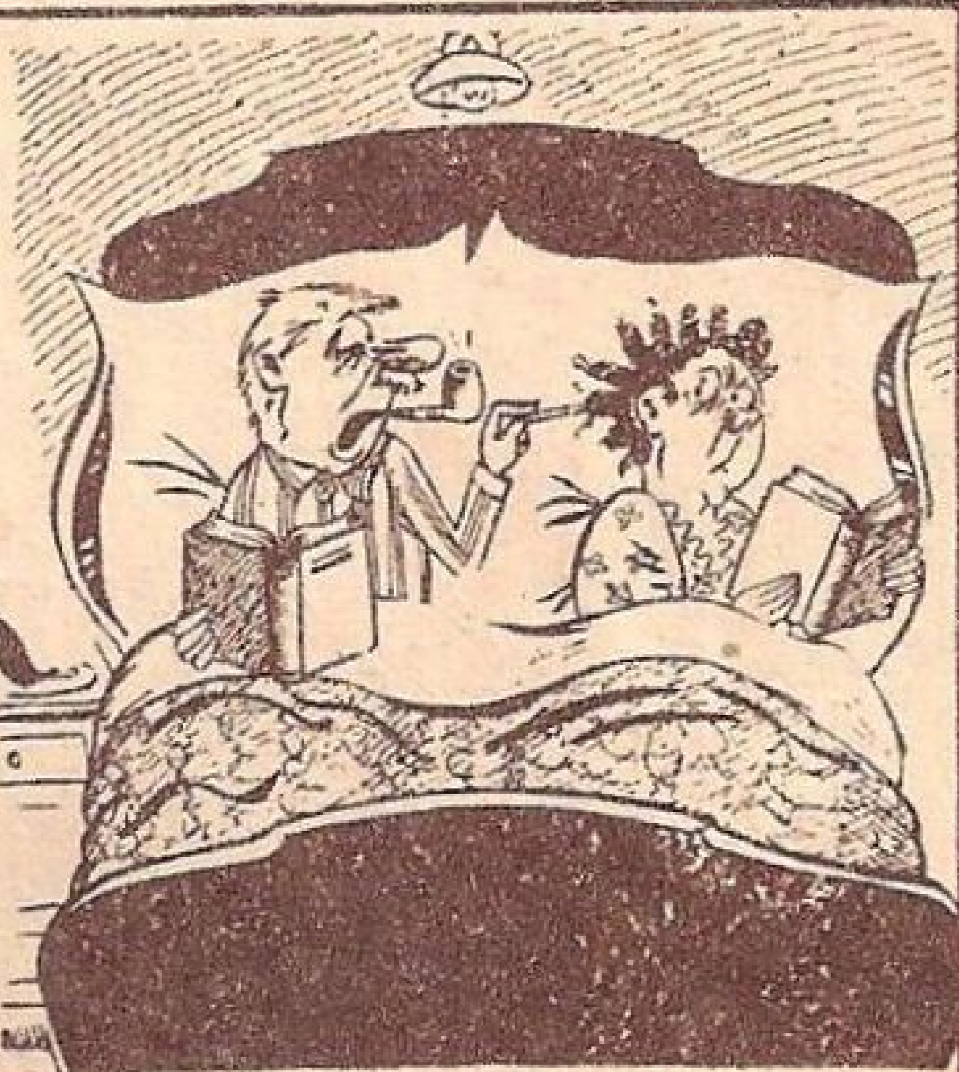
Angelo accede y, poco después, en su despacho, entrega el documento solicitado. Más que por agradecimiento o cortesía, el tirano ha complacido a la comedianta para evitar las sospechas que se deducirían de sus supuestas relaciones con ella. Sin perder tiempo, Tisbe se dirige a su casa, donde encuentra a Anafesto Galeofa, el amigo de Rodolfo que ahora está enterado de todas las intimidades de éste.





Recoge algunos trajes de teatro y su máscara de cómica, y regresa al palacio del potestad. Catalina permanece en su lecho, bajo la acción del narcótico. «Poco falta -se dice Tisbe- para que vuelva a la vida. No quería morir y lo comprendo: ¡sabía que era amada! Pero yo... ¡Me arde la cabeza! He pasado tres noches sin dormir: anteayer la fiesta; ayer la cita aquí, y hoy... ¡Oh, sí, esta noche dormiré! ¡Dormiré largamente para reparar tanto cansancio!»

BUEN HUMOR



—Aquí es donde debía haber buscado el limpiador de mi pipa.



—El hobby de mi esposa es recolectar centavos.


Se acerca al lecho y separa los cortinajes


Toma el crucifijo ¡Madre mía, hablaste proféticamente: este crucifijo le dará la felicidad, pero se la arrebata a tu hija! Se abre la...


...puerta, y entra Rodolfo.
¿Eres tú? Me alegro, porque deseaba hablar contigo. Permíteme cerrar las puertas con cerrojo.
¿Qué es lo que vas a decirme?


Todo lo sé, execrable víbora. Dafne, que estaba en su habitación y escuchó todo, me lo ha contado. El potestad dijo: «No poseo ningún veneno realmente eficaz.» Y tú le respondiste: «Yo os lo proporcionaré.»


Rodolfo desenvaina.
Si tú utilizaste un veneno, yo utilizaré mi puñal. Prepárate a morir.
¡Rodolfo! Ya que no tienes paciencia para esperar, quiero oír a tus propios labios decir que nunca me has amado.


¡Nunca te amé!
¡Oh, esas palabras me han dado muerte antes que tu puñal!


¿Dónde está Catalina? ¿Qué has hecho de ella, monstruo infame? ¿Qué has hecho de mi amor, de la única mujer que amé en mi vida?
Tú no sabes, Rodolfo, cuán injusto eres conmigo. ¿No tienes un poco de piedad?


No. Y te lo repito: ¡a la única que amé fue a Catalina!
Sí. Pues óyeme a mí: ¡odio a esa mujer! ¡La odio! Yo me vengué envenenándola. Y lo que hice lo volvería a hacer. Mátame, que eso es lo único que puedo esperar de ti.


Rodolfo, exasperado, la hiere. Tisbe cae.


Voy a expirar, Rodolfo; sé bueno y dime una palabra piadosa. ¿Quieres?
¡Miserable!


En ese momento, Catalina despierta de su letargo. Se incorpora lentamente y descorre las cortinas que ocultan el lecho.
¡Rodolfo!
¡Amor mío! ¿Estás viva? ¡Desgraciado de mí! ¿Qué es lo que he hecho?

—¿Quién te ha salvado, Catalina? Ella responde, señalando a la cómica: —Tisbe. Me hizo beber un narcótico, en vez de veneno.



¡Tisbe! ¡Tisbe! ¡He sido un miserable, un asesino! Perdóname.

Te perdono. Tú no tienes la culpa; yo deseaba morir y empujé tu mano. Huíd de aquí. Vos, señora, vestíos con mi traje de cómica y poneos mi máscara. En mi seno encontraréis un salvoconducto que os permitirá salir de Padua, y Anafesto Galeofa tiene dos caballos preparados. Catalina ha muerto para el potestad y vive para ti. Partid y sed felices.



Rodolfo cae de rodillas. Toma su mano y le pregunta con voz consternada: —¿Me querías mucho, Tisbe, verdad?

Los ojos de ella se han cerrado, pero sus labios, antes de ser inmovilizados por la muerte, susurran: ¡Sí, amor mío! ¡Mucho!



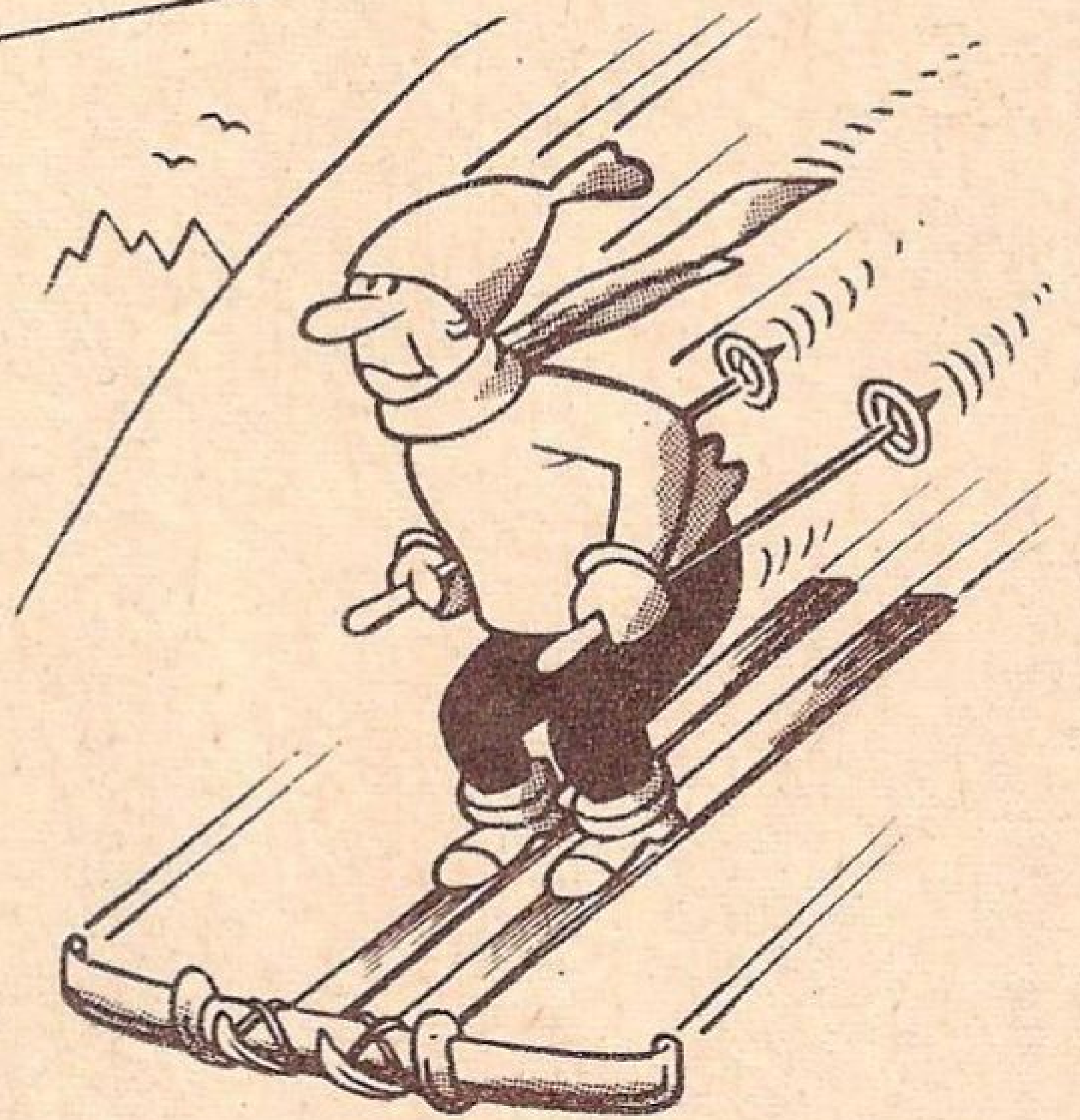
Horas después, Catalina y Rodolfo cruzan la frontera y entran en tierras donde reina la libertad. Sobre el rostro de Catalina, la máscara de Tisbe parece reirse del tirano de Padua.

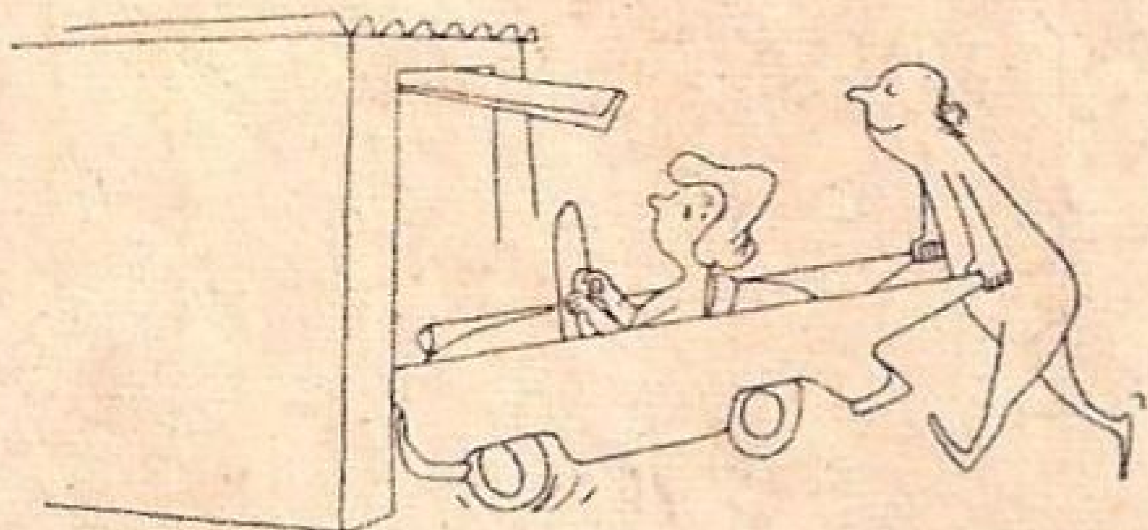
FIN



SIN PALABRAS









CRISTÓBAL MARÍA PAZ

presenta sus historias de hombres y mujeres

ESCENAS DE UN MATRIMONIO (DESPUES DE CASADOS)

DIBUJOS DE JORGE PÉREZ DEL CASTILLO

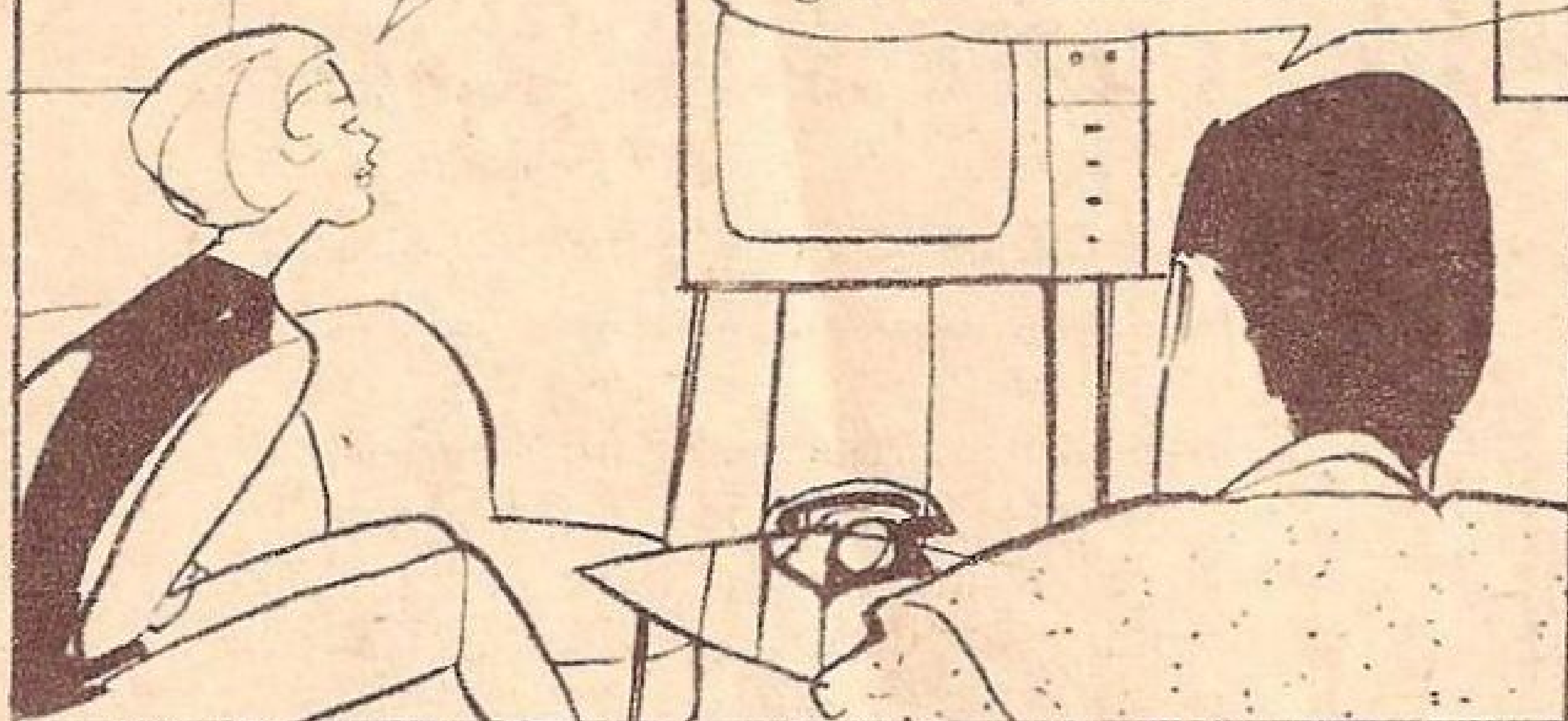
"¡Flores, señor, cómpreme un ramito!..." No. No estoy cantando "La violetera". No soy tan anticuado. Pero la canción es bonita, ¿no? Estoy repitiendo el triste pregón de una mujer cansada, vencida por el tiempo y la miseria, que ronda todas las noches la puerta de los teatros de Berlín Occidental. Es Gerda Sieg, elegida "Miss Universo" en el año 1909, o sea en el primer concurso de belleza que se recuerda. Hija de padres humildísimos, desde la infancia sintió vocación por el teatro. A los 17 años fue elegida Miss Universo y sólo entonces el teatro le abrió sus puertas. Años después se casaba con un millonario. Pero la vida tiene sorpresas... A otra cosa, ¿quieren? Lo prometido es deuda, por eso volveremos a meter nuestras narices en el mundo amoroso de mis vecinos, los Gómez. ¿Me acompañan? Ustedes qué prefieren, ¿el dinero o el amor?

Antes de casarse con Armando, lógicamente, Susana tuvo un novio, uno de esos novios que se tienen a los quince años. Se llamaba Roberto Presípico y para desgracia de los Gómez, se había hecho famoso con el nombre de Roberto Robiertié. ¿Qué me dicen? Nada menos que Roberto Robertié...

...el galán de moda. 25 películas, 3 temporadas de teatro... Roberto Robertié era algo así como una sombra nefasta en el cielo matrimonial de Susana, señora del doctor Gómez; y de Armando, esposo de la señorita Bellampié.

No, no me gustó nada, pero nada, el tono de Susana cuando dijo eso de:

¡Caramba! Susana no estuvo bien y Armando se ha quedado callado. Si no entiendo mal, conviene ir abriendo el paraguas. Se avecina una de esas tormentas difíciles de campear.


¡Cuidado, Armando! No te precipites. Usa y abusa de la buena política. Creo que en este caso es mejor.
No hables, por favor. No me dejas escuchar.
Perdona. No hablaba. Apenas estaba cometiendo "la barbaridad" de respirar frente a la imagen de Roberto Robertié...


¡Atención, estimados teleescuchas! El galán de la sonrisa luminosa, Roberto Robertié, hará un llamado telefónico a una de sus miles de admiradoras, la que podrá ganar 200.000 pesos si responde bien a la pregunta que le formulará él, el hombre con que sueñan todas las mujeres de América... ¡Roberto Robertié!


(¡$ 200.000! ¡Qué lindo! Un tapado de piel. Un veraneo en Brasil. O la primer cuota para un departamento nuevo. ¡Roberto Robertié!)


¿Por qué no cierras esa T. V.? Estoy nervioso.
¿Nervioso o... celos?


¡No me hagas reír! Yo nunca puedo sentir celos de ese papagayo pintado.
Tienes que conformarte, querido. Hay hombres que nacen para una sola mujer, en cambio él se debe a todas. Tú eres médico, casi anónimo. El es actor, famoso, adorado.


¿Qué te ocurre, Susana?
(¡Estoy aburrida! Seis meses de casada y siempre lo mismo: lavar platos, preparar café, planchar camisas, atender los pedidos de las enfermas y poner dos despertadores para que él no se quede dormido y no llegue tarde al hospital. ¡Me aburre todo!)


¿Para qué te casaste, Susana? ¡Cuidado que hay una gran diferencia entre la esposa y la sirvienta! La esposa ama y lo hace todo por amor. Es la mejor de las servidumbres.


¡El teléfono! ¡Ha sonado el teléfono!
¿Qué hay en eso? Suena tantas veces...
R-RIIING!


No. Es él. Yo sé que es Roberto.
Tiene que ser un cliente. Déjame a mí.
¡R-RIING


Pero Susana alcanzó a atender antes.
Sí.... hable... Hable, señor...


Con usted Roberto Robertié para hacerle una pregunta con la que podrá ganar $ 200.000 si responde correctamente. Por favor, deme su nombre.


¡Me lamo Susana Bellampié!
¡Mentira!


¡Susana Bellampié! ¿De Parque Patricios? ¿Dos trencitas con dos moños azules? Iba al Liceo 4. ¿no?


¿Me recuerda, entonces?
¿Cómo voy a olvidarla? El destino ha querido reunirnos. Marqué un número al azar y ahí, del otro lado, usted o... "vos"...


Roberto Robertié. El primer amor. Dos puntas de una línea telefónica y un duende travieso haciendo piruetas sobre ella. El duende tremendo de los celos. ¡Cuidado, Armando! ¡Cuidado!


Por $ 200.000. Piense bien antes de responderme, señorita Susana Bellampié. Por $ 200.000 contésteme: ¿quién descubrió América? Fue un 12 de octubre...


Si llegas a responder a esa pregunta me separo inmediatamente.
¡Armando! No puedes hacerme eso.

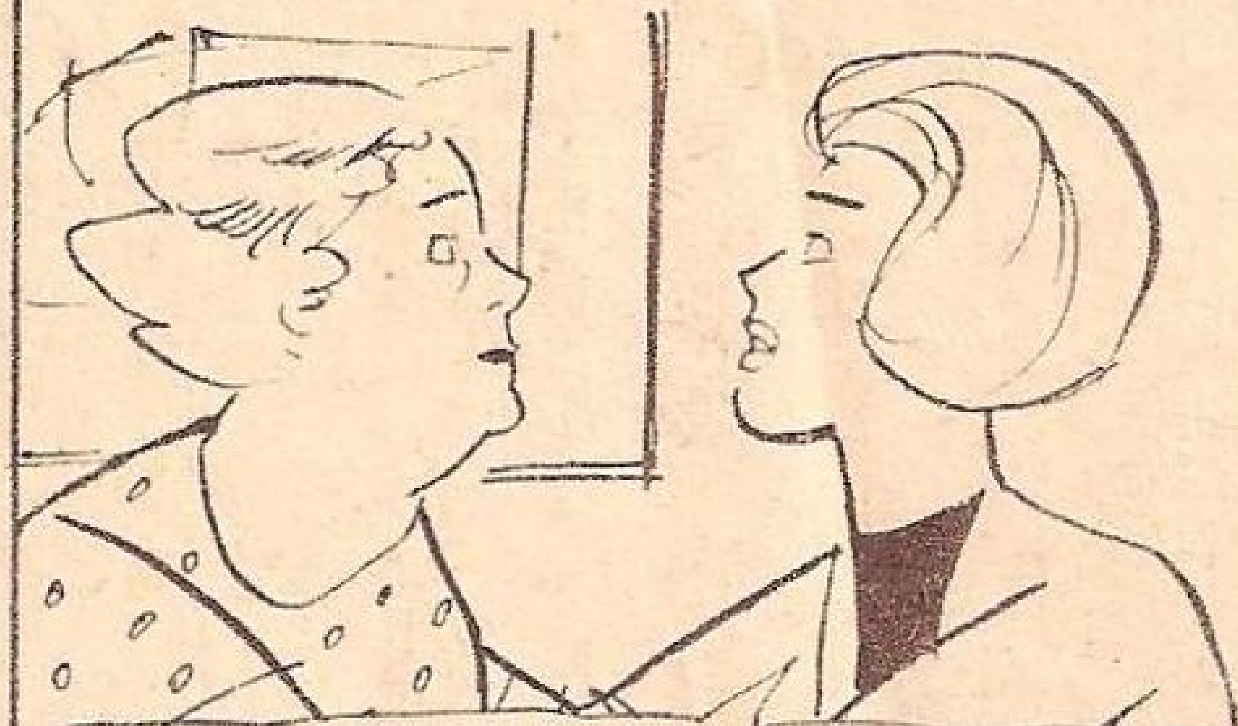

Pierdo el dinero y además..., además, apareceré como una analfabeta.
Elige... O yo, o el dinero y la gloria de ese fantarrón estirado con voz de caverna.


Susana querida,¡ojo! Peligra tu pequeño mundo bueno. Siempre tuviste cero en Historia Universal. ¿Qué te hace uno más?...


Responda. Anímese. Tiene que saberlo. Son $ 200.000 y además prometo ir a esperarla a la puerta del Liceo y llevarle la valija, como antes. Conteste. Las inicales del personaje son C. C. y le aseguro que no es Claudia Cardinale.


Perdóneme, pero... resulta que se ligaron las líneas. Ya no más Liceo. Ya no más Susana Bellampié . Ahora señora de Gómez. Se ligaron las líneas, hablamos de recuerdo a recuerdo y así, sorpresivamente, apareció otro telefonista, el amor, mi amor, ¡mi querido amor!

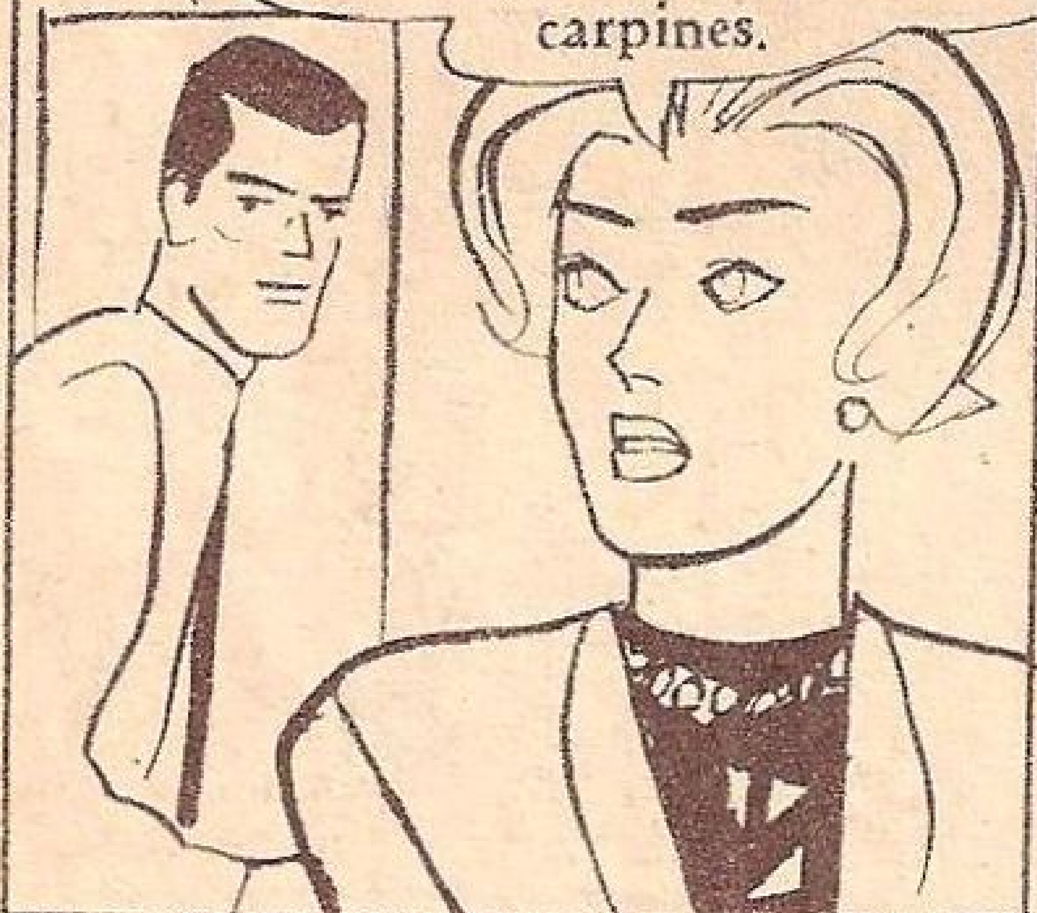

Muy bien, chicos. Otra vez la paz. ¡Qué lindo beso! volvió a pasar el tiempo. Seis meses más. Y después de los festejos del primer aniversario de casamiento, la gran noticia.


Susana sintió entonces una enorme necesidad de ver a su madre.
¡Mamá! La doctora Rodríguez me lo confirmó. ¡Me gustaría tanto que fuera un varón!


Todo fue así. Un poco alegre y también un poco melancólico.
¿Qué te pasa? Todo va a ir bien, ya verás.
Tengo miedo. Esto siempre da miedo.

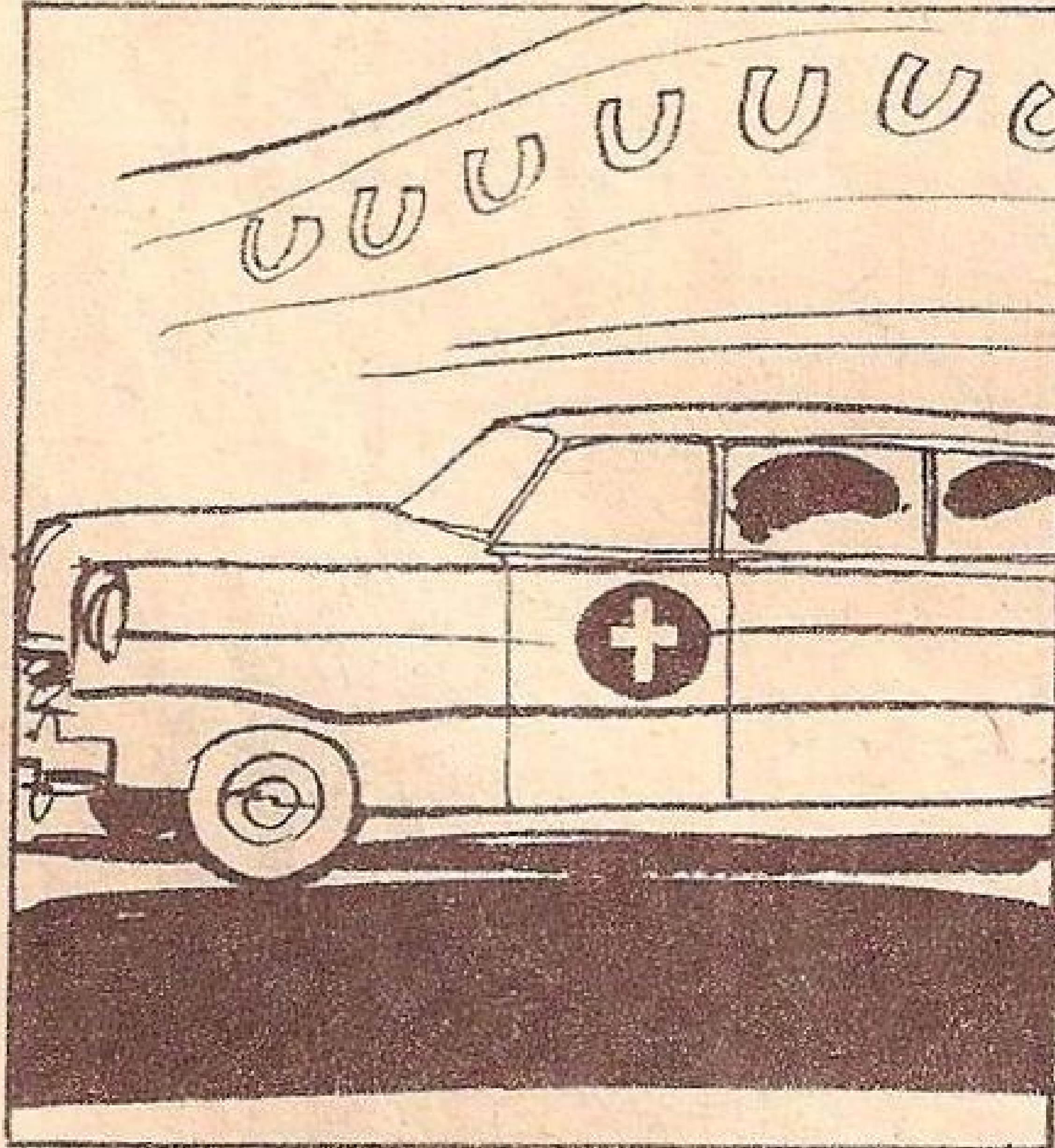

¿Cómo lo sabes si tú eres la primera vez que esperas un bebé?
Me lo dijo tía Juliana.


¿Tía Juliana cómo puede saber de estas cosas si es soltera?
Tonto. Las mujeres somos así. Yo sé que ésto es la gloria, pero tanta alegría empalaga y te llena los ojos con algunas lágrimas.


¿Adónde vas ahora?
Hay una liquidación de lanas para tejer. Tengo que empezar a hacer escarpines.


No te pongas esos zapatos con tacos tan altos.
Armando, por favor, seamos modernos. Está bien que mamá me dé esas recomendaciones, pero tú no, querido. Además, sabes que los tacos bajos me quedan mal.


Y pasaron los meses. Uno, dos, tres, cuatro, cinco... Escarpines, baberos, un tapado de visón, antojo caro; más calcetines, más pañales, un cochecito que mandó tío Ramón, hermano de tía Julia, hasta que un día...


UUUUUUU


En casa de la mamá de Susana atendían un llamado.
¡Hable más tranquilo, hijo! No le entiendo. ¿Cómo fue?


En casa de Susana, Armando hacía el llamado.
¡Yo qué sé cómo fue! Siempre el capricho de esos tacos altos. Se cayó y ahora está la doctora Ramírez con ella. ¡Venga para aquí!


Una hora después, una hora interminable de 60 millones de minutos.


¿Qué dijo la doctora?
¿Qué puede decir?
Tantas cosas...







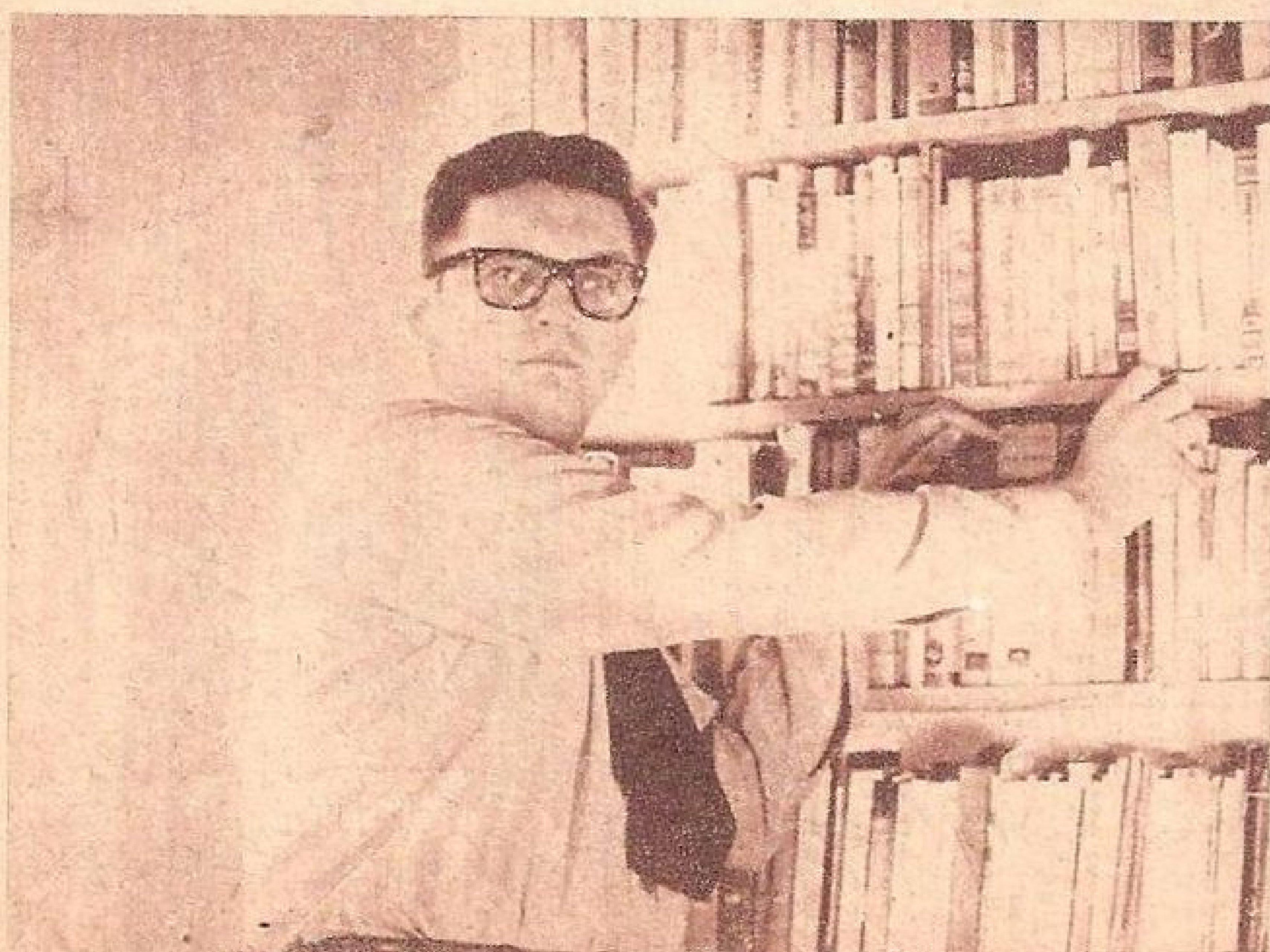






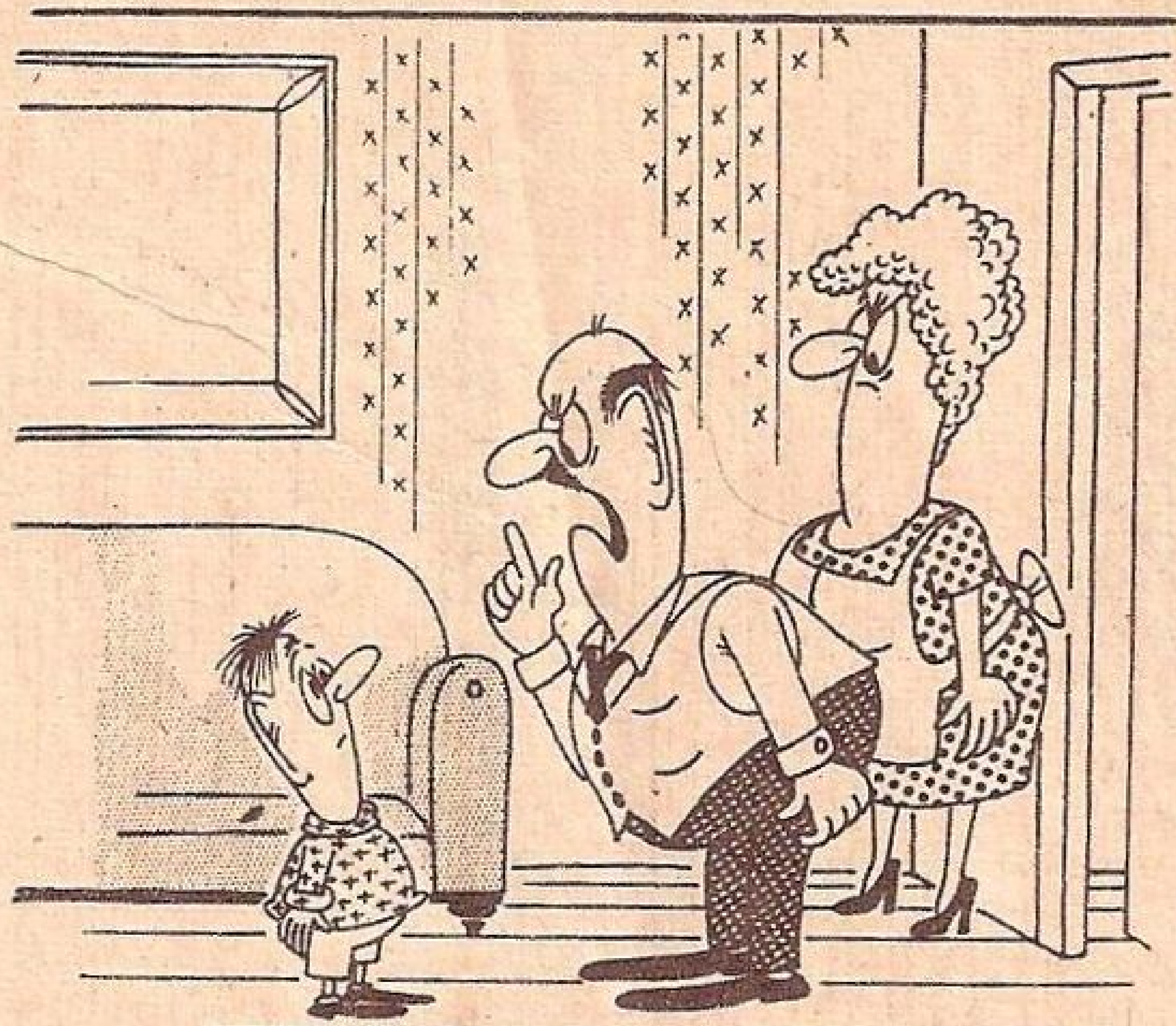




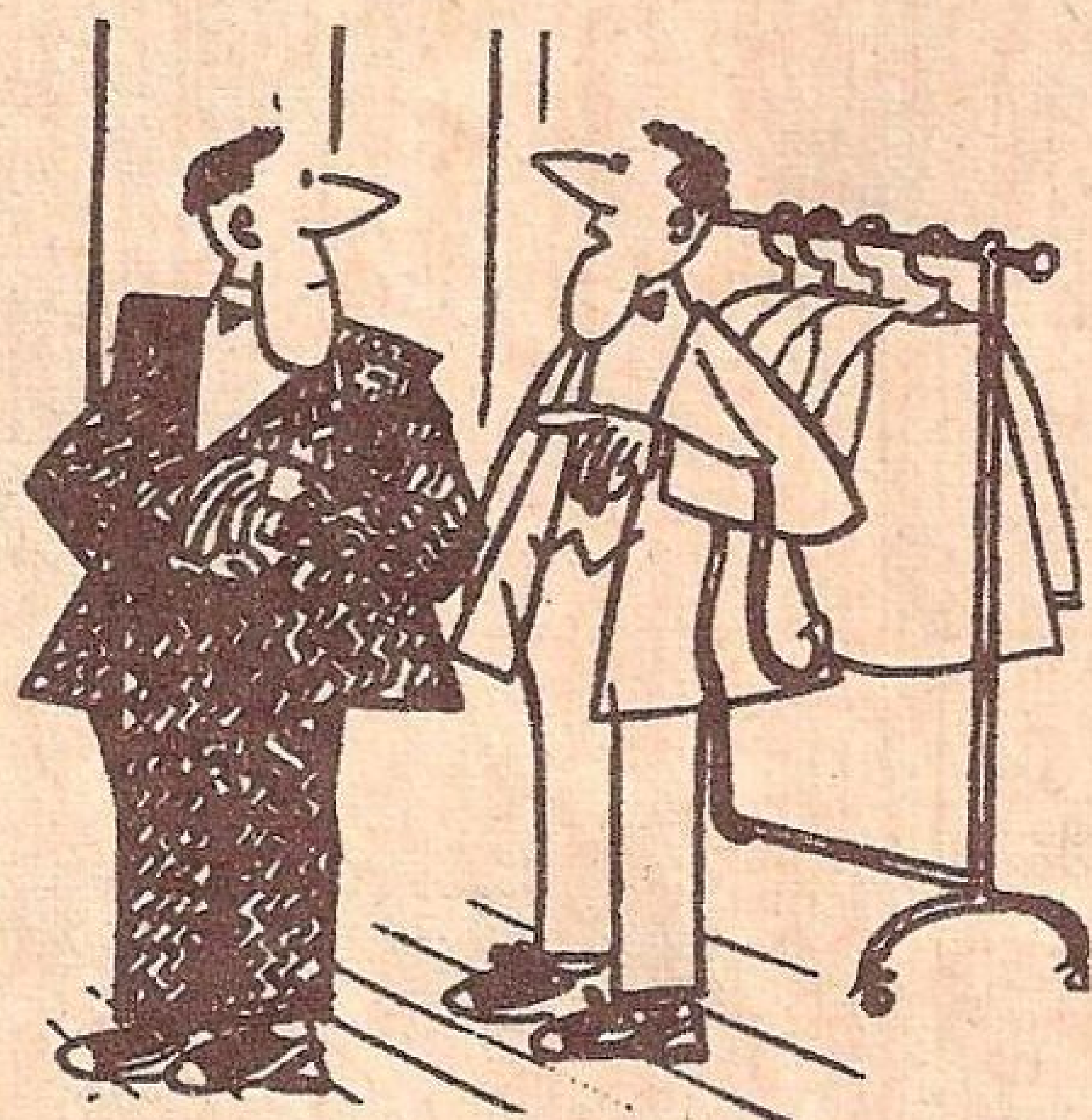


Amigos. Se cumplió una cita más entre ustedes y los hombres y las mujeres de mi tierra. Regreso el mes que viene con una historia de fuertes contornos dramáticos, de suspenso electrizante y de solución inesperada. Se titula: RINA ABRE LA PUERTA. Estoy seguro que les va a gustar. Mientras tanto, les dejo esta opinión matrimonial de Tennyson: *Como es el marido es la mujer*. Gracias por vuestro aprecio. CRISTOBAL MARIA PAZ, los espera.

HUMORADAS



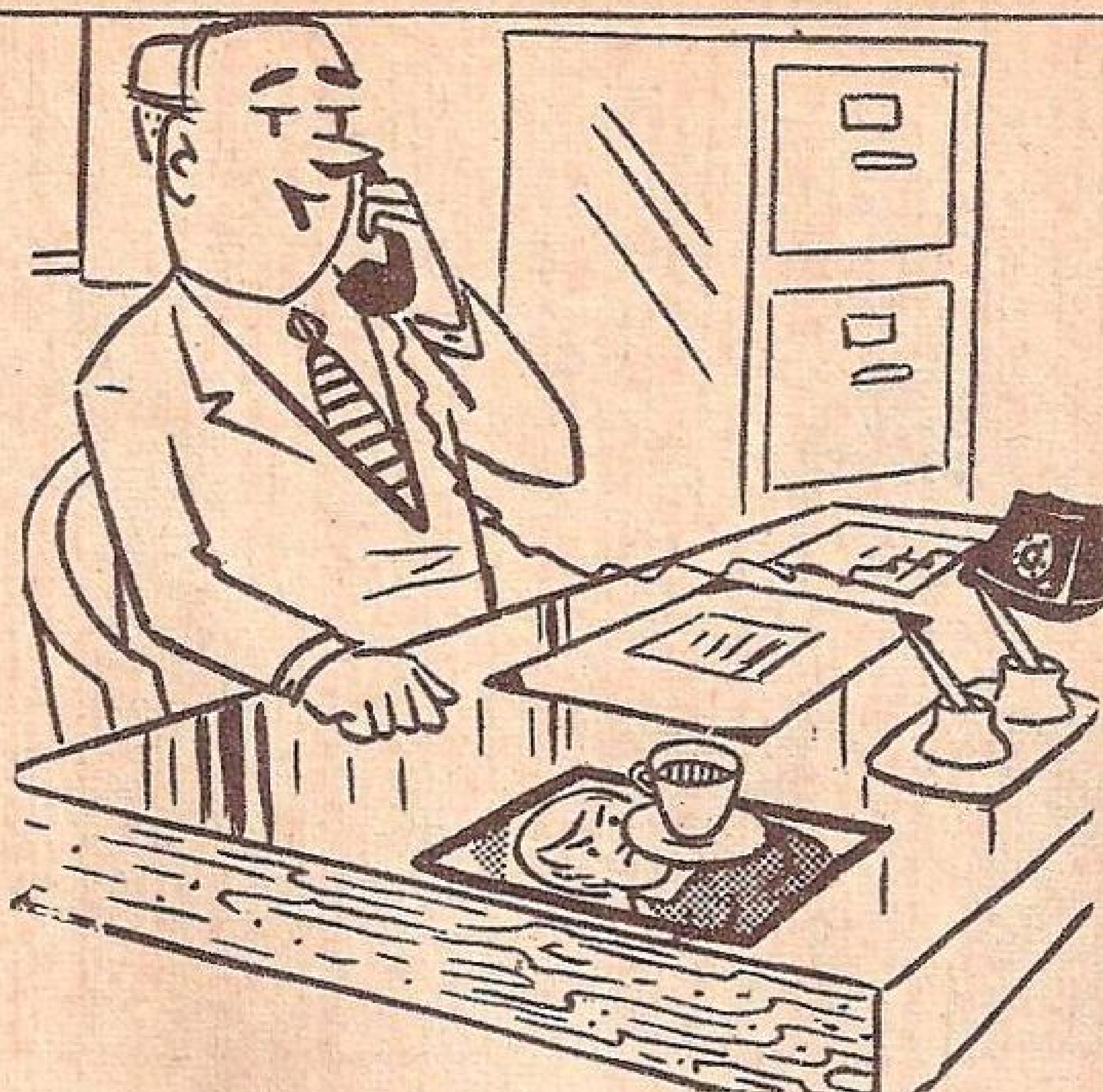
—Cuando tu madre te ordena algo, hazlo sin chistar, aunque ello sea el disparate más grande.



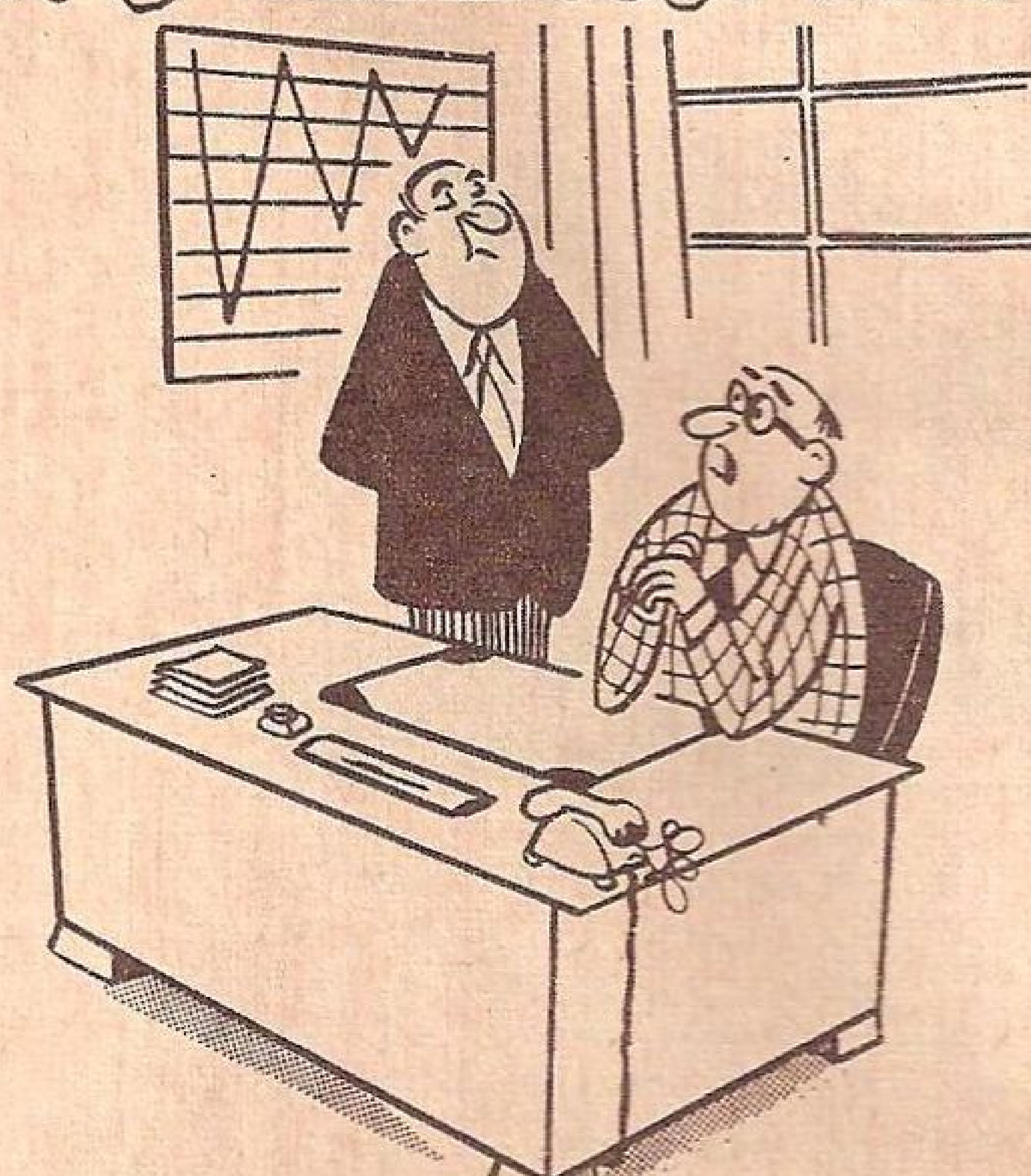
—Le haré un 15% de descuento siempre que no se mire en el espejo.



—¿Qué tal me queda el vestido, mamá? John adora a las mujeres ordenadas y que cambian de atuendo a cada instante.



—Sí, querida. Aún conservo tu fotografía sobre el escritorio.



—Este año no festejaré el Año Nuevo. El año pasado bebí demasiado, y les prometí a todos los empleados una participación en las ganancias.



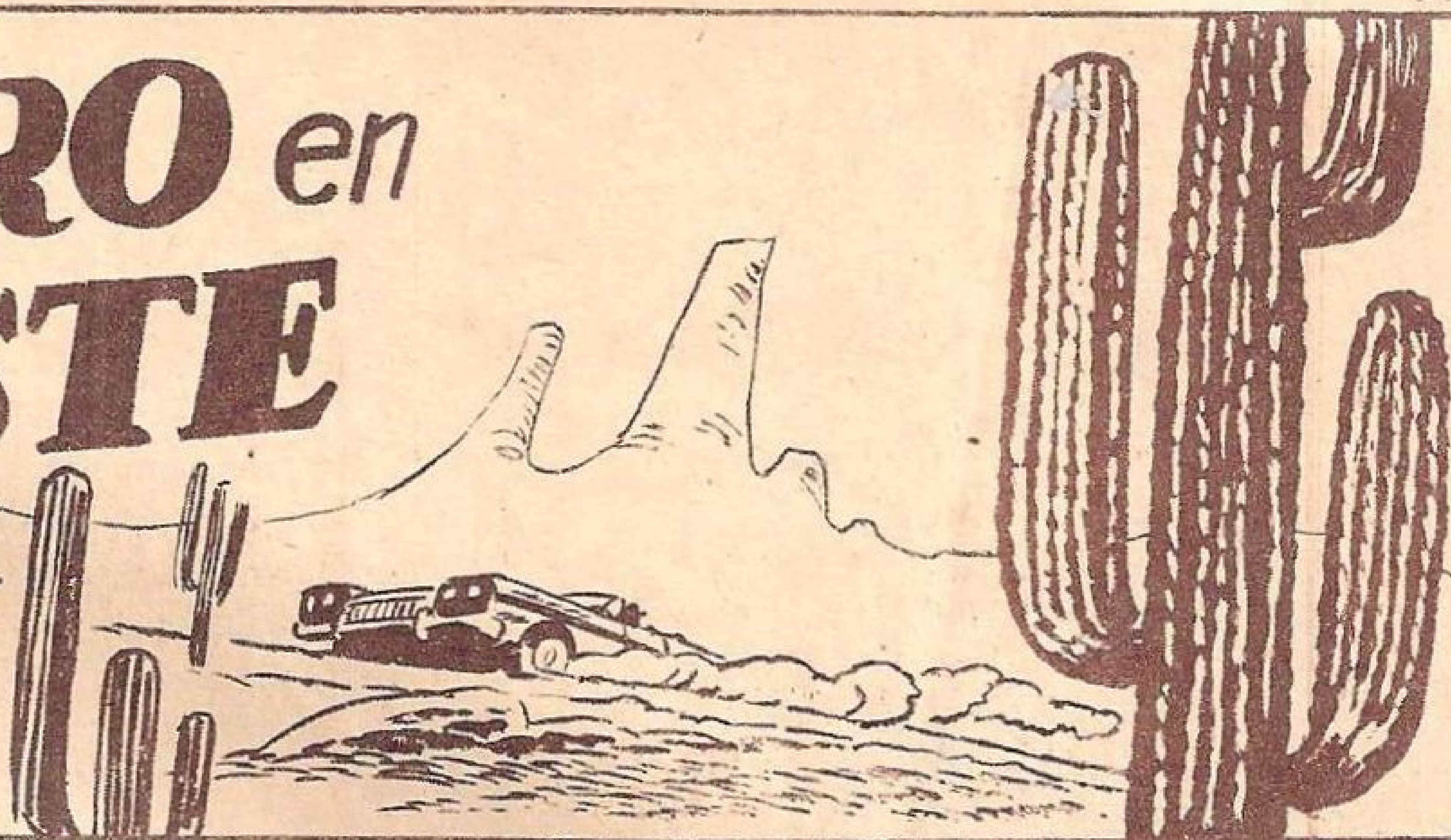
—De esta manera me obsequio para Navidad.

PELIGRO en el OESTE

Por JOSEPH CHADWICK

Adaptación

Dibujos de Cristóbal



Avanzando hacia el Oeste, desde Tucson, e internándose en el calcinado desierto, Margaret Hadley se sentía esa mañana tan segura como nunca lo había estado en Lanford, su ciudad natal.



Se había reído de las prevenciones de sus amigos. A ella nunca le sucedía nada, absolutamente nada. A lo largo de sus veinticinco años, jamás había pasado por ninguna situación inesperada o emocionante.



Aun cuando intentó que algo sucediera, como en el caso de Herbert Mitchell, fracasó. Herbert terminó comprometiéndose con Nora Vinson. Perderlo la había llevado a salir de Lanford ese verano. Sentíase muy sola y triste, quería olvidar.



De pronto, una barrera policial la obligó a frenar.



Le aconsejo que tenga cuidado. No se detenga en el camino ni hable con desconocidos. Estamos persiguiendo a un hombre que asaltó un banco y mató a un policía.



Margaret continuó recordando la recomendación del policía: no detenerse por ningún motivo. Pero poco después, a su convertible blanco se le pinchaba un neumático.





...conductor ni siquiera aminoró la marcha. Después, el camino quedó vacío, por un tiempo que a Margaret le pareció una eternidad. Por fin vio venir una camioneta. Había dos hombres en su interior.







Bajaron. El de más edad, adelante. Dirigió a Margaret una mirada extraña, como si quisiera decirle algo... De pronto Margaret comprendió. El más joven no era ranchero. Tenía aspecto tenebroso. En una mano llevaba un maletín, en la otra. una pistola.









Margaret obedeció, aterrorizada. Puso el maletín en su convertible, como el sujeto le ordenó. También siguiendo órdenes se sentó al volante, mientras el salteador entraba por el otro lado, sin dejar de apuntarla.

Toma hacia el Este. Mira que sería muy penoso para mí arruinar tu linda carita...

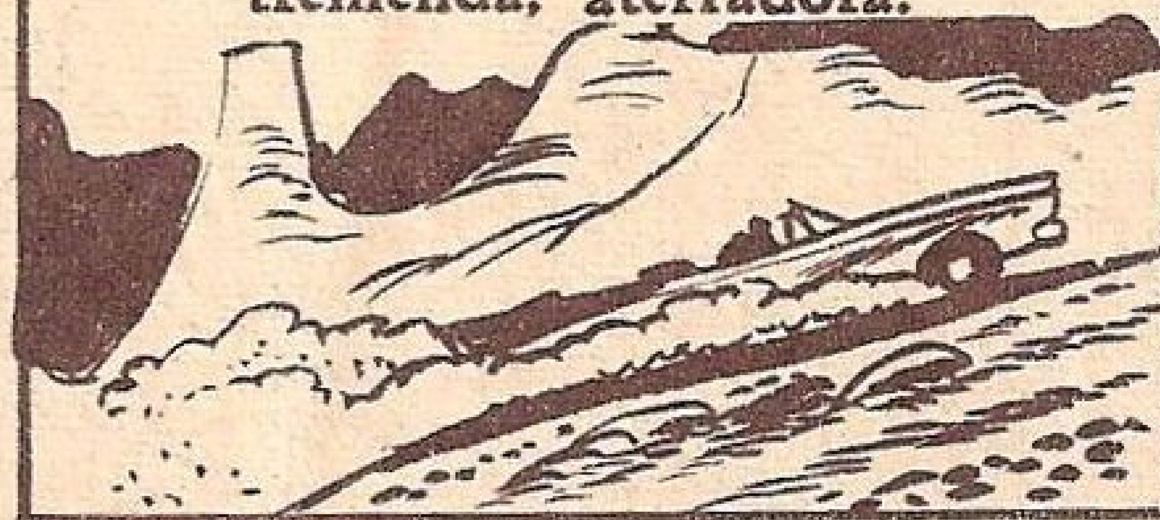


Margaret hizo como el bandido le indicaba.

Un par de kilómetros más adelante, hay caminos secundarios. Tómalo.



Este sendero seguía el borde del desierto. No era una extensión plana, como Margaret había supuesto al divisarlo desde la ruta principal, sino que tenía subidas y pendientes, una tras otra. Mareada, siguió avanzando en silencio. Los rodeada una soledad tremenda, aterradora.



El camino los llevó hasta un bosquecillo de hayas. Allí se dividía en dos ramales: uno iba hacia el Sud, el otro, al Sudeste.

A la izquierda.



Luego de seguir adelante unas treinta millas, llegaron a un pueblo. Era una antigua población minera abandonada. De pronto, un signo de vida, un jeep.



Y apoyado en el vehículo, mirándolos, un hombre que fumaba en pipa. Desesperada, la muchacha clavó en el desconocido sus ojos suplicantes.



Mas él no se inmutó. Margaret comprendió, entonces. Era un cómplice de Rawlins. Cuando se detuvieron frente a él, se sacó la pipa de la boca y señaló el arma de Rawlins.

Baje el caño, Rawlins. Mi nombre es Matt Cordon, aunque nada significará para usted.

¿De modo que me conoce? ¿Dónde está Lucille?



—No lo sé. Me ordenó reunirme con usted. Dijo que vendría después.

Esto no me gusta. ¿Cómo puedo confiar en sus palabras? ¿Cómo sé que no trama algo? ¿Por ejemplo, traicionarme?



Deberá correr el riesgo. No hay otra alternativa.

—Tiene razón. Bueno..., nos quedaremos aquí tres o cuatro días. Luego iremos a Los Angeles. ¿Trajo comestibles?

Están en mi campamento, junto al arroyo, en la parte alta del cañón.



Entonces, vayamos a su campamento. Pero, ¡le advierto! Una treta sucia, compañero, ¡y lo mato!



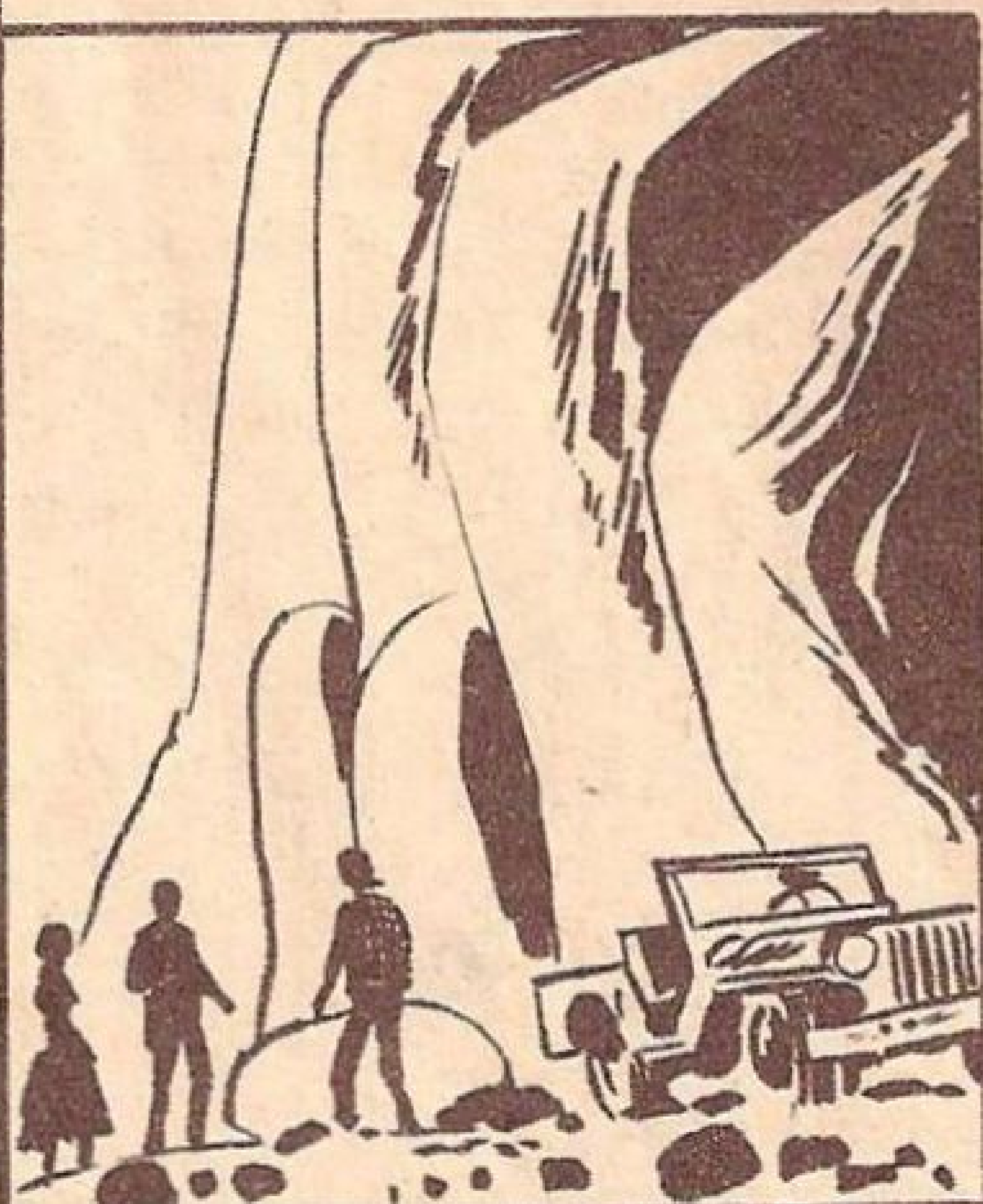


Matt Cordon la miró un instante, con burlona mirada.



Con voz que era apenas un hilo, Margaret lo dijo. Se pusieron en marcha. Matt Cordon en su jeep, y Rawlins, con Margaret, en el convertible. La muchacha había perdido toda esperanza de salvación, y trató de no pensar en lo que podía sucederle, mientras estacionaba el coche tras el jeep de Cordon.

Bajaron. Rawlins llevó a Matt lejos de Margaret. Ambos se pusieron a discutir en tono cada vez más áspero, hasta que Rawlins sacó el revólver. El otro lo miró, desafiante, mas, por fin, volvió a su jeep, levantó la tapa del motor y extrajo algo de él. Luego fue hasta el convertible e hizo lo mismo.



Margaret comprendió. Rawlins le había ordenado que sacase la tapa del distribuidor de los dos coches, para evitar que alguno de los dos intentase huir... Cordon avanzó hacia Rawlins con las dos tapas, pero el ladrón lo detuvo.



Cuando Cordon lo hubo hecho, fue a buscarlas y las guardó en uno de sus bolsillos.



Una vez que terminó, el ladrón subió al convertible y se reclinó en el asiento, como para dormir. Cuando lo supuso ya dormido, Margaret comenzó a caminar hacia el pueblo fantasma. Allí estaba Matt Cordon, amparándose en la sombra de un edificio. El sol era implacable.



Ella no le contestó. Limitóse a mirarlo, con expresión de odio. Y temor. Pero, por alguna razón que desconocía, sentía hacia él menos odio y menos temor del que le inspiraba Rawlins. Cordon sacó la pipa y comenzó a llenarla de tabaco.

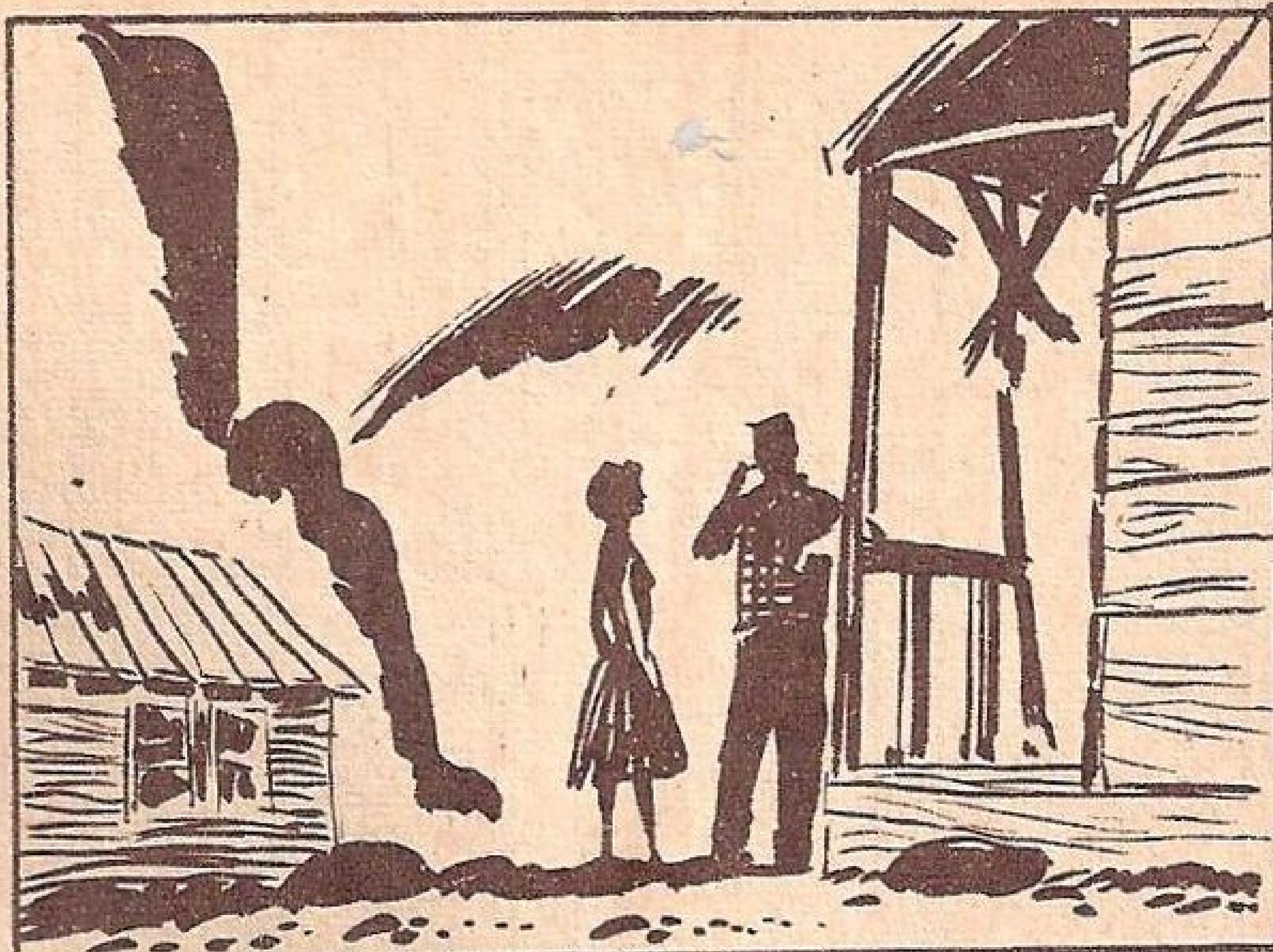






"Soy explorador. Cateador, mejor dicho. Puedo confundirlo por un tiempo. Pero, tarde o temprano, llegará el individuo con el cual estaba citado; tal vez llegue la misma Lucille... ¿Qué haremos, entonces? Si sospechase la verdad..."





Margaret se lo contó. Luego, sin saber cómo, se encontró contándole cómo había iniciado ese viaje, por qué viajaba sola. Le habló de Herbert y de su desilusión amorosa. El la escuchaba con aire comprensivo.





Cuando llegaron, Rawlins salía del convertible. Aparentemente, había dormido hasta ese momento.



La tarde pasó lentamente y llegó la noche. Rawlins ordenó a Matt que preparara comida. En esta ocasión Margaret y Matt la compartieron; Rawlins volvió a acomodarse en el convertible.



Margaret y Matt se sentaron junto al fuego declinante, sin hablar, hasta que creyeron que Rawlins dormía.



Continuaron hablando, en voz baja. De pronto brilló una luz en el convertible. Era un cigarrillo. Por él supieron que Rawlins estaba despierto, vigilando.



Le gustaba, en efecto, ese hombre alto, fornido; le gustaba mucho más que cualquier otro que hubiera conocido. Sospechaba que podía enamorarse fácilmente de él... aunque no lo consideraba un hombre de porvenir brillante...



Margaret, que lo observaba, mientras meditaba de tal modo, vio que de pronto, Matt se ponía rígido, mirando en dirección al pueblo fantasma. Se puso de pie. Alarmada, también Margaret se levantó.



Margaret también vio el brillo de una luz entre los edificios derruidos. Matt la tomó por un brazo; mas, en ese instante, la bocina del coche sonó estridentemente, en medio del silencio del desierto. Despertando, Rawlins saltó del convertible con el revólver en la mano. —¡Corra, y que Dios nos ayude!





Habían avanzado unos pasos, cuando oyeron el grito de Rawlins. —¡Deténganse! Y junto con el grito una bala, que pasó rozándoles la cabeza. Matt se detuvo y tomó a Margaret en sus brazos. La joven se aferró a él, aterrorizada, mientras Rawlins se acercaba con expresión asesina.





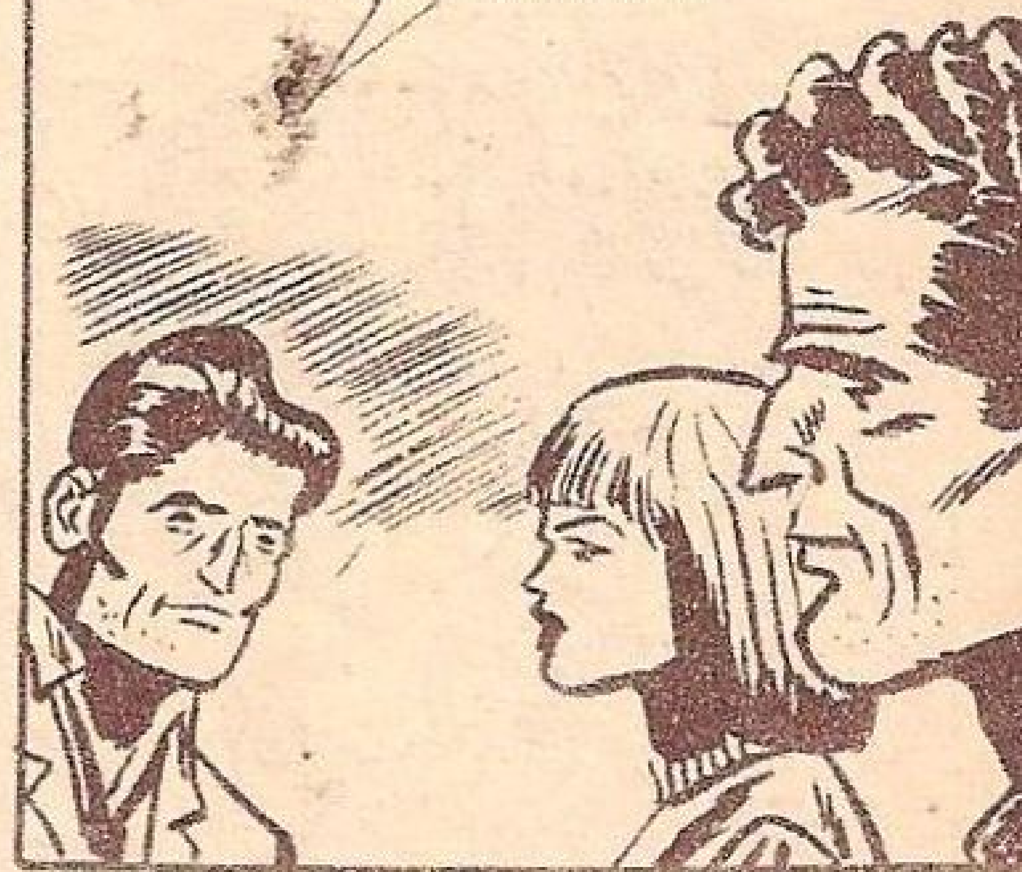
Se alejó unos pasos para mirar hacia el pueblo fantasma. El coche se aproximaba lentamente; los ocupantes debían de haber tomado el disparo como una señal. Se detuvieron cerca del campamento. —Burt. . . ¿Eres tú, Burt?— preguntó una voz de mujer.





El coche, una rural, era manejado por un hombre, y cuando volvió a avanzar, para detenerse detrás del jeep y el convertible, bajaron de él el conductor y una mujer. Los dos se acercaron a Rawlins.





















Margaret obedeció. Ya en el arroyo, se arrodilló, fingiendo que bebía. Mirando por sobre el hombro, comprobó que nadie le prestaba atención. Rawlins y Lucille seguían arrodillados, contando el dinero. Chuck Lewis parecía fascinado mirando el contenido de la valija.



En tanto, Matt avanzaba furtivamente hacia el jeep. Por fin pudo apoyarse en él. Así se quedó un momento, observando ansiosamente a los delincuentes. A la luz de los faroles del convertible, Margaret lo vio agacharse y abrir una lata que había en el asiento posterior del jeep.





Luego, rápidamente, puso la lata en el suelo e, inclinándola, desparramó su contenido. ¿Sería agua? No; no podía ser agua, simplemente... ¿Nafta, tal vez? ¡Seguro, era nafta!

Siguió mirando, como hipnotizada. Los otros tres continuaban ocupados con el dinero. Matt encendió un fósforo. En ese momento Rawlins se incorporaba, con un montón de billetes, que extendió a Lewis. Avidamente, éste comenzó a contarlos.





Amenazantes llamas se elevaron de la nafta encendida cuando Margaret, protegida por las rocas, echó a correr. Rawlins lanzó un juramento. Lucille gritó, espantada.



La joven metióse en un bosquecillo de malezas. Las espinas lastimaban sus piernas, desgarraban su vestido. Pero nada de eso podía importarle, alentada por la esperanza, y el horror de los momentos vividos.



Al llegar a un claro, más allá de las malezas, oyó el ruido seco de un arma de fuego. El miedo de que algo malo le pasara a Matt, le atenaceó el pecho.



Hasta ella llegó la voz de Matt, que la llamaba. Llena de alegría se volvió, y pudo ver su alta figura, recortada contra el fondo de llamas, acercándose a la carrera. Llevaba una cantimplora llena de agua. Eso significaba que podrían cruzar el desierto sin peligro de morir de sed.







Miraron hacia atrás. En efecto, las enormes llamas que se elevaban hacia el cielo, habían alcanzado a los tres vehículos.



Caminaron toda la noche. Al día siguiente, al mediodía, alcanzaron la ruta. Un camionero los llevó a Tucson, donde hicieron la denuncia de los hechos. Antes del anochecer, la policía halló a Rawlins y a Lucille.



Chuck Lewis, desaparecido en el inhóspito desierto, era buscado intensamente. Para Margaret, significaba el fin de una aventura. Pero, ¿qué pasaría ahora con Matt? El parecía evitarla, mientras ella realizaba compras, para reemplazar el equipaje perdido.



Por fin la invitó a almorzar y le dijo que se iba a Tucson. La desilusión de Margaret no conoció límites. Y sintió miedo. Un miedo enorme de perder a aquel hombre, del que estaba perdidamente enamorada.

Creí que éramos amigos; que nuestra amistad seguiría. ¿Acaso he hecho o dicho algo ofensivo?

Seré franco. Te confieso que me gustas más que cualquier chica de las que he conocido. Más... Creo que estoy enamorado de ti..

¿Y entonces...? ¿Qué pasa, Matt?

No quiero enamorarme de una muchacha que trata de dominarme.

—Ningún hombre puede soportar eso. Le sucedió a Herbert Mitchell cuando trataste de variar su destino. A mí me insinuaste que te gustaría que yo fuese algo más que un buscador de minerales... Por tu bien, Margaret, no trates de reformar al próximo hombre que se cruce en tu camino.

Ella quedó muda. Una luz se había hecho en su cerebro. Matt tenía razón.

Matt... Sigue siendo explorador, o lo que quieras. He aprendido la lección...., Matt Yo también te amo...

Matt la estudió intensamente. Luego sonrió con dulzura.

Bueno... Ahora que me aceptas tal como soy, te haré una confesión. Hago trabajos de cateo sólo los domingos. En realidad, soy ingeniero. Trabajo en la empresa minera de Somora.

Me alegro, pero te juro que no me importa. Estoy enamorada de ti, no del trabajo que haces.

Ese amor fue para Margaret la gran aventura de su vida, la que ella tanto había deseado vivir.

FIN

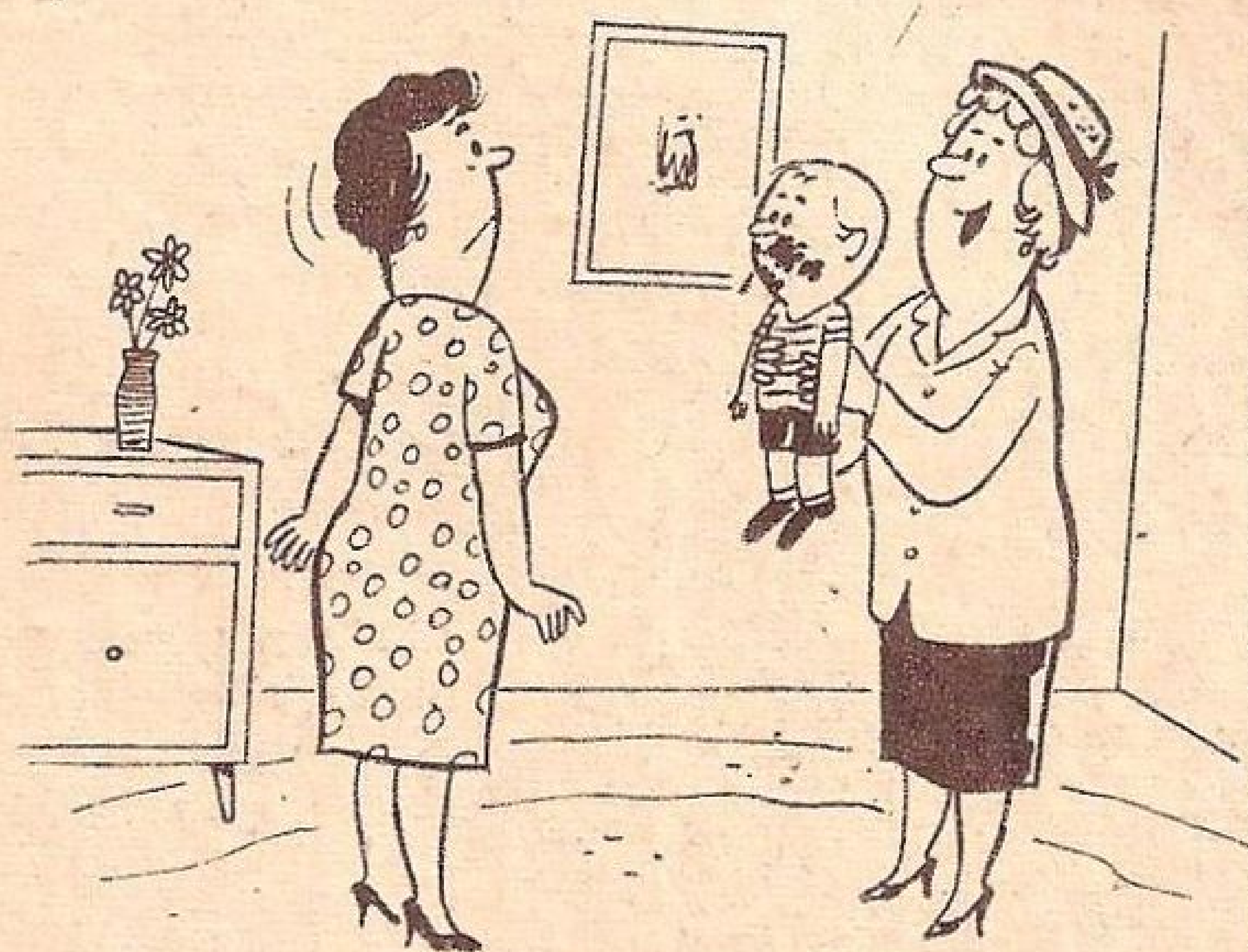
MOMENTO HUMORÍSTICO



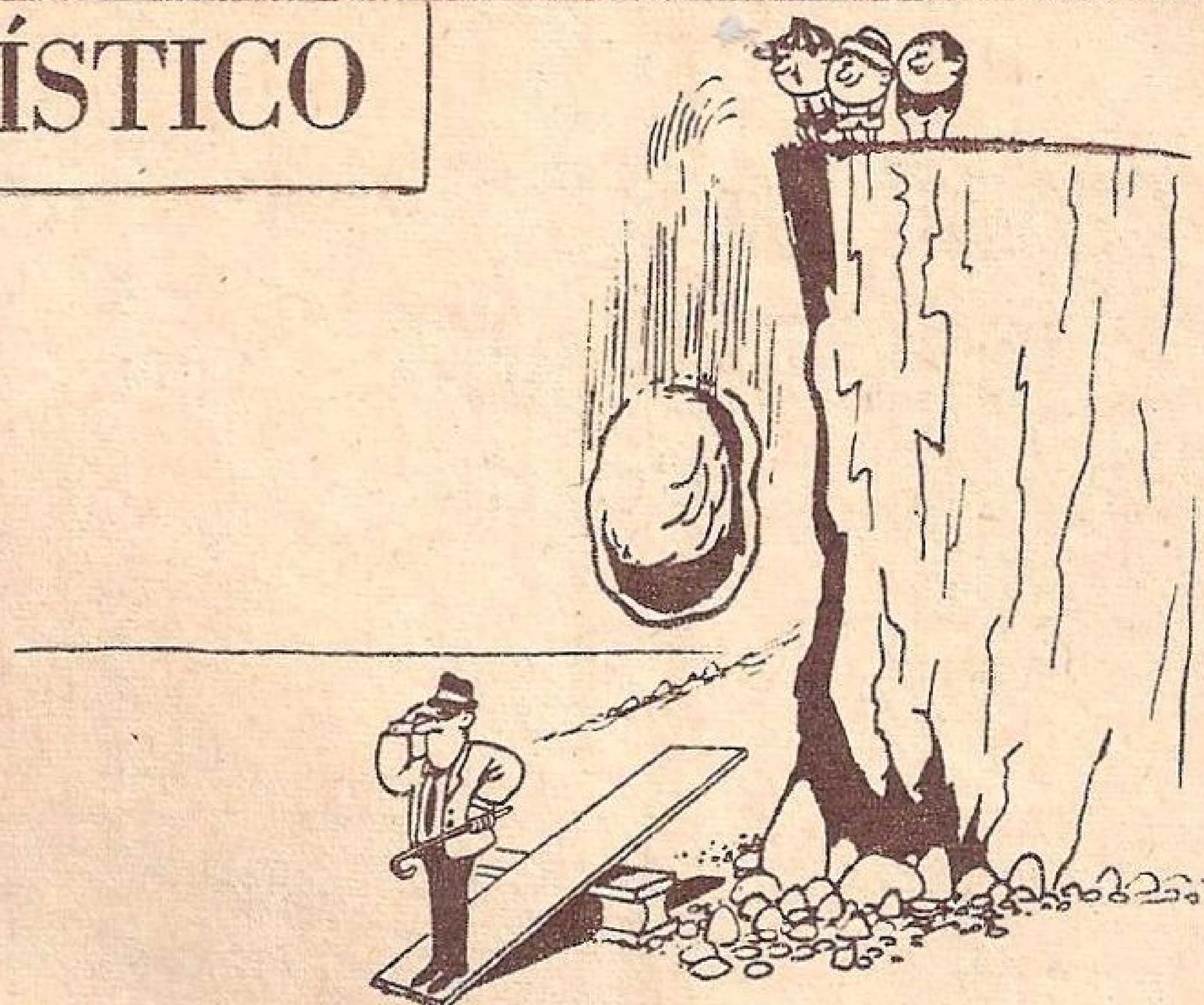
—¿Qué te parece mi sombrero? Le quité las alas al tuyo y le puse unas cintas de colores.



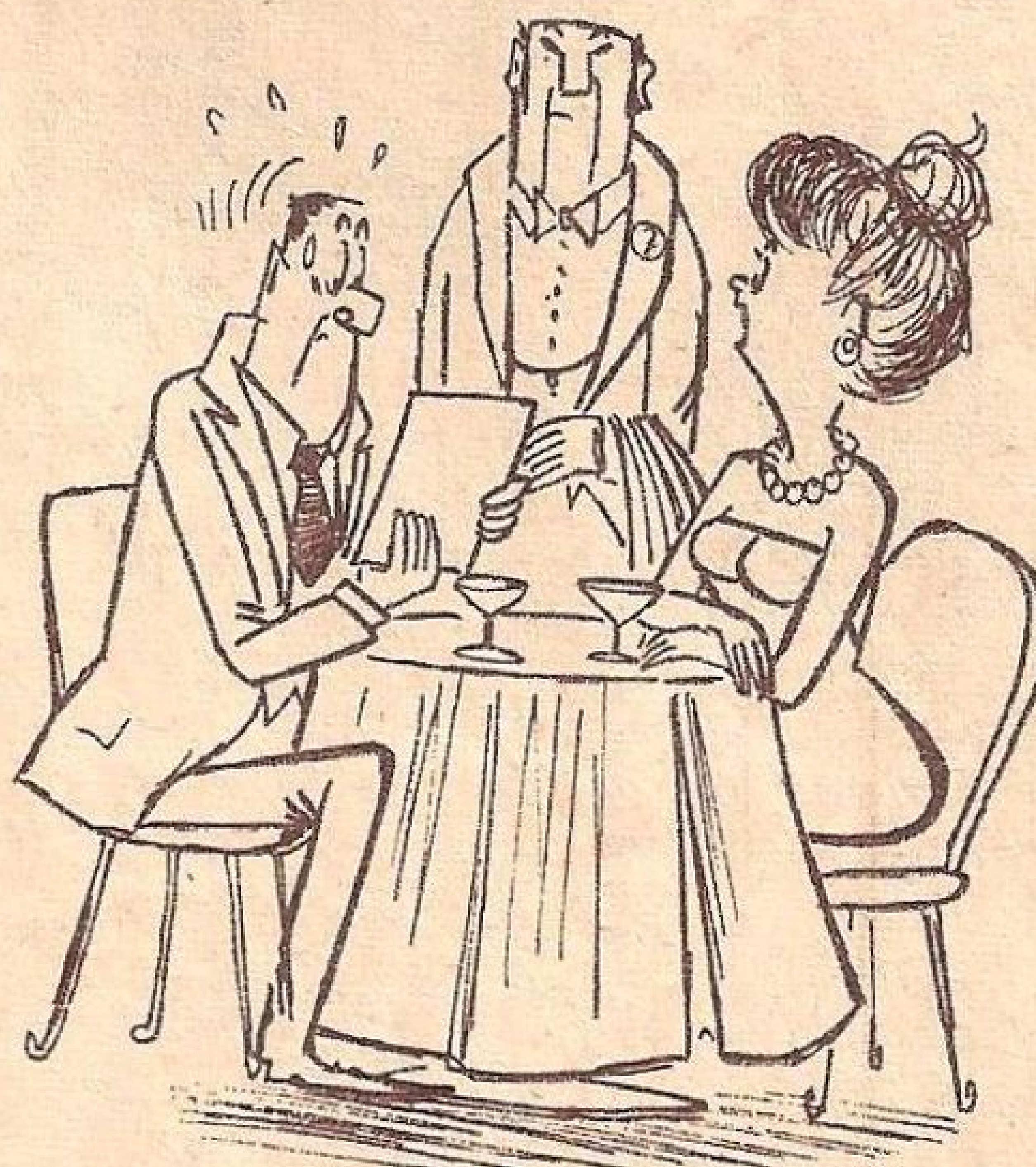
—Te dije que te sirvieras un sándwich, no que cortaras las cartas.



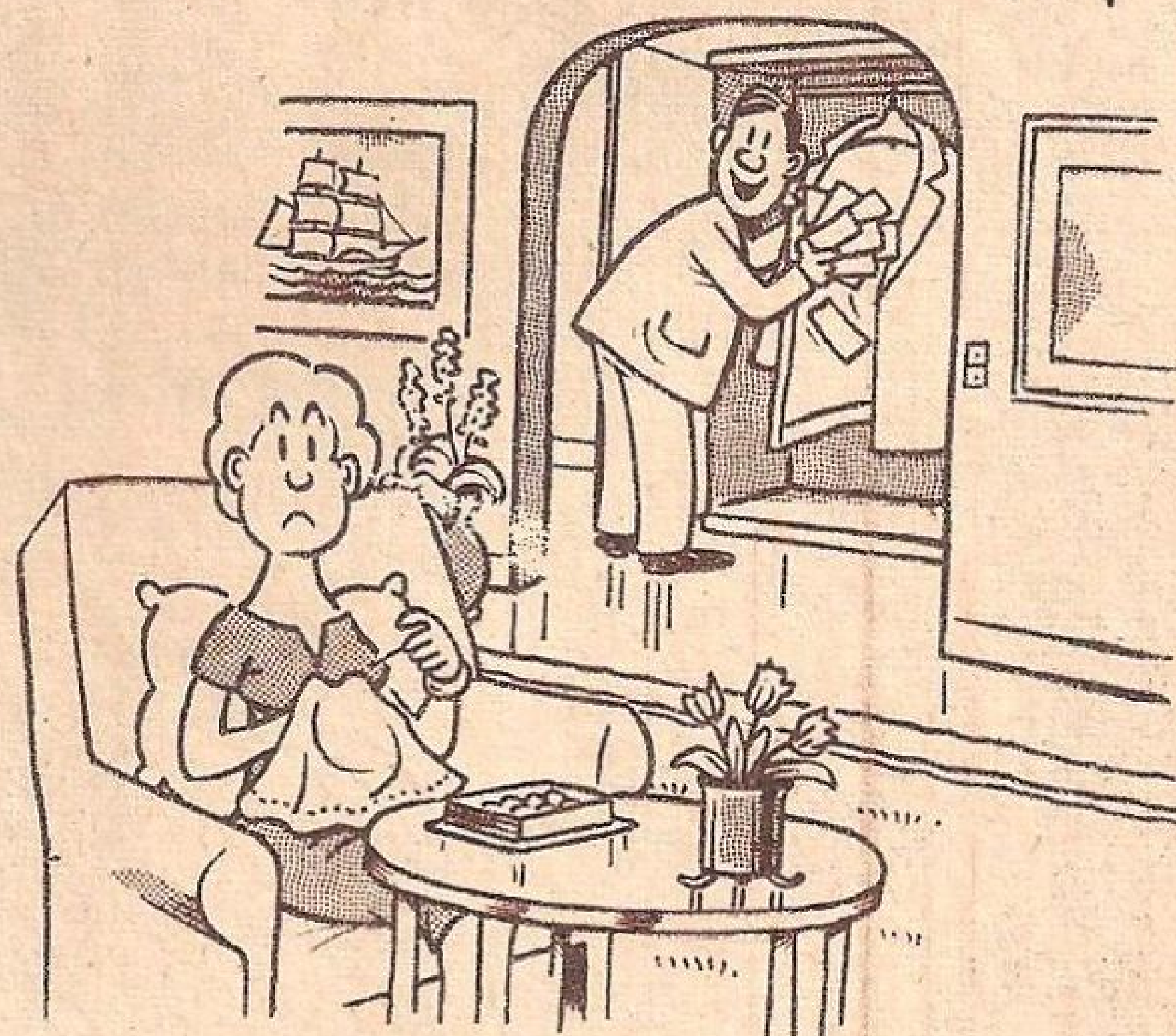
—Dale un besito a la tía por haberte traído el chocolate, nene.



—¡Atención, chicos! Verán ahora el lanzamiento del primer hombre sin su traje espacial.



—Pareces enfermo, querido. ¿Es algo que yo comí?



—¡Oh! Recién descubro el porqué no nos han contestado a nuestros saludos navideños. Olvidé mandar las tarjetas.

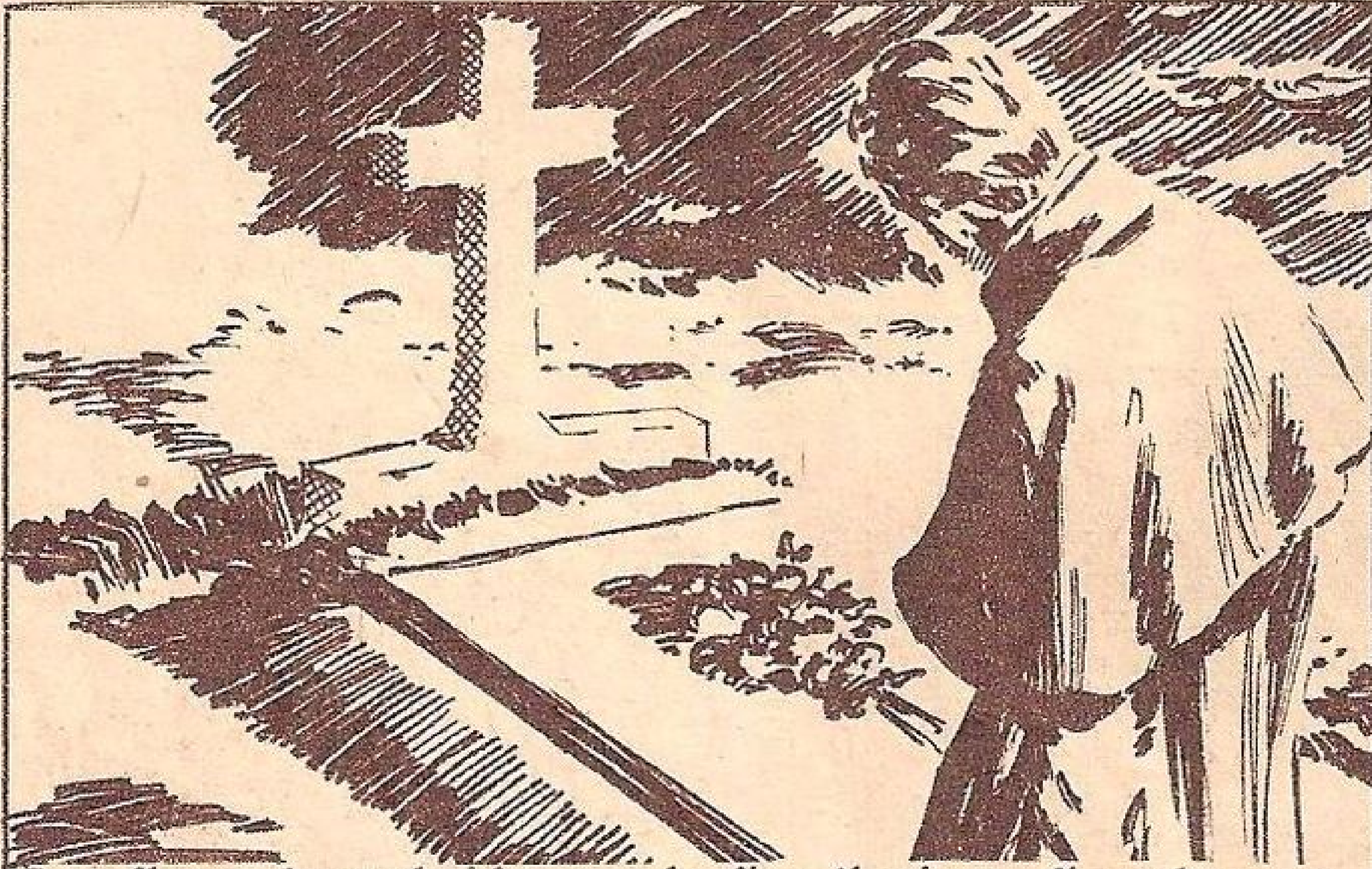
ROSAS ROJAS PARA INÉS DRUMONT

POR ANTONIO ROSSO

DIBUJOS DE O. MORAGA

El perfil, esculpido por el frío y perfilado por la angustia, tenía un reflejo estatuario. Los rasgos parecían estar tallados en blanca piedra. Los ojos, morenos, apasionados, atemperados en la profundidad de la mirada por una marcada melancolía, estaban fijos en el ramo de rosas rojas.





Las flores, humedecidas por la fina llovizna, figuraban un brote sangriento sobre el mármol que guardaba los restos de Inés Drumont.



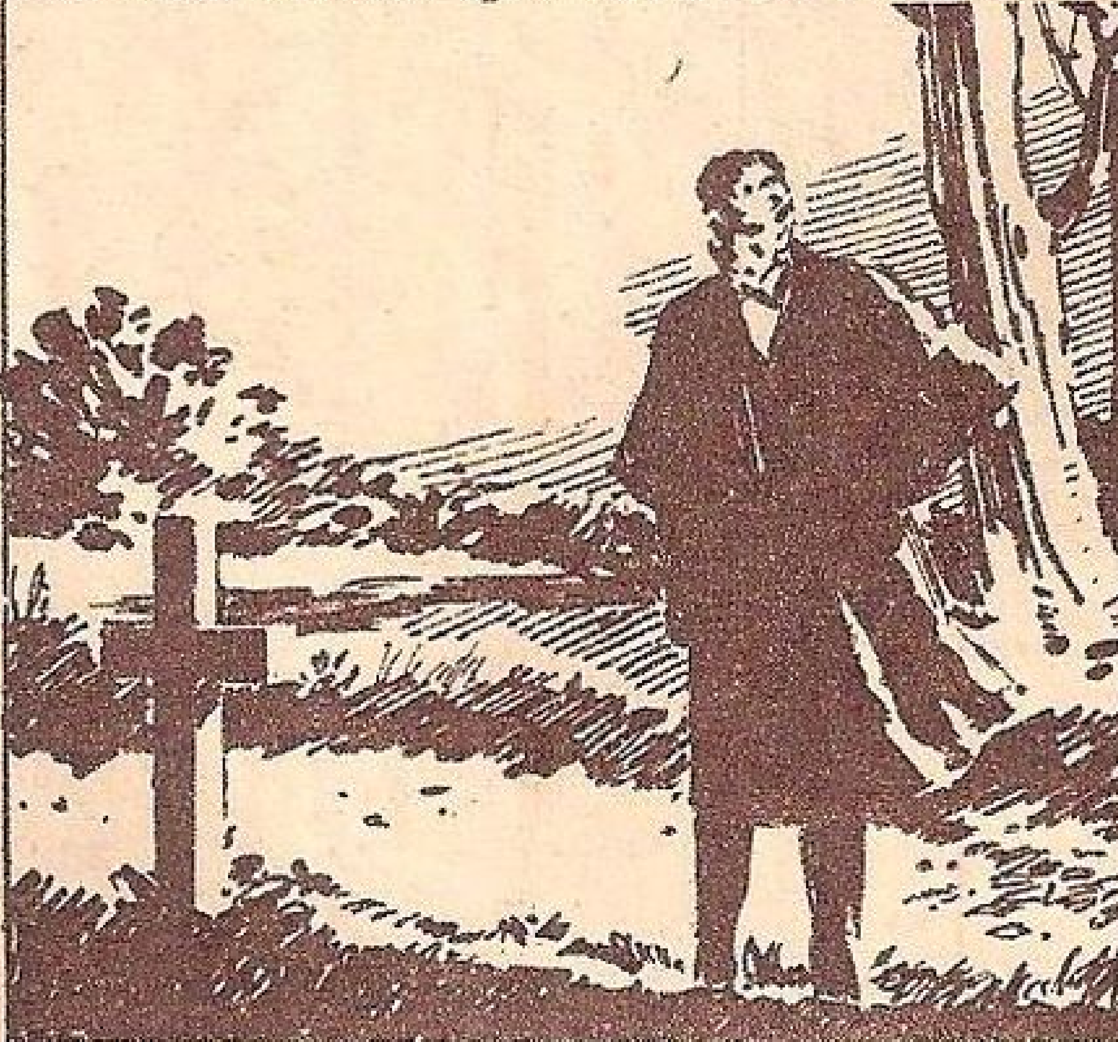
Cuando las últimas luces y las primeras sombras formaron el claroscuro del atardecer, el pintor Marcelo Pujol, abandonó el camposanto.

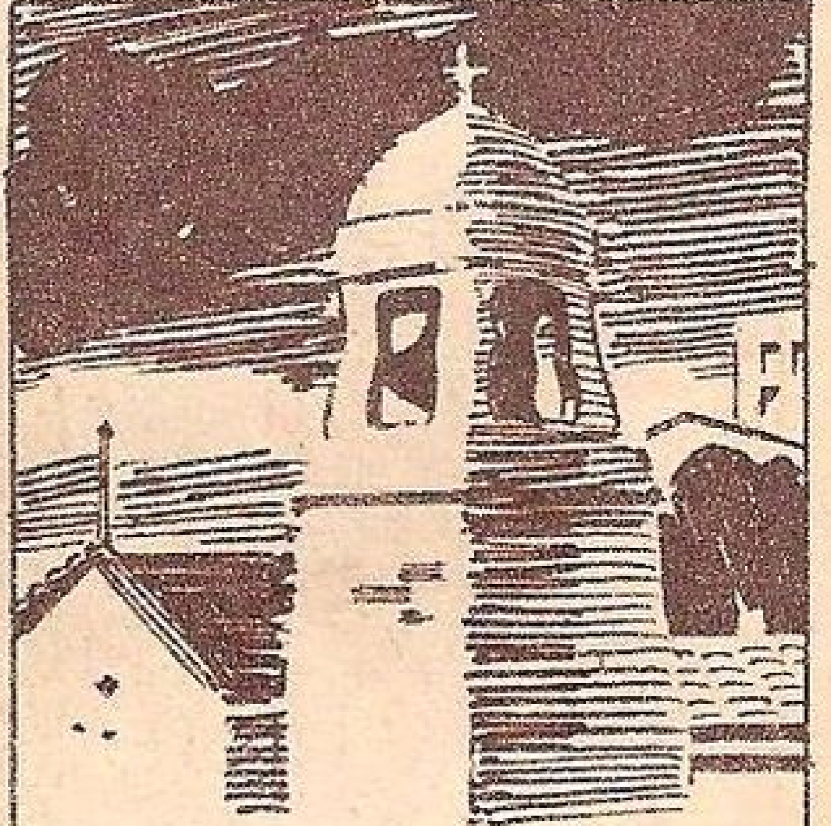
Horas después, con la imagen de la amada fija en su mente, distorsionaba las atrayentes líneas de su rostro, en mueca de infinita angustia, el hombre la evocaba.



Al cumplirse un año de la desaparición de su esposa, Marcelo, tratando de mitigar su dolor, planeó un largo viaje.

La víspera de su partida, el pintor fue a despedirse de la amada Inés. Durante horas estuvo inmóvil frente a la pequeña cruz blanca que marcaba la tumba.





Cuando el campanario de una iglesia cercana recitó los sones del adios, el artista abandonó el lugar. Semanas después, ya en pleno crucero...

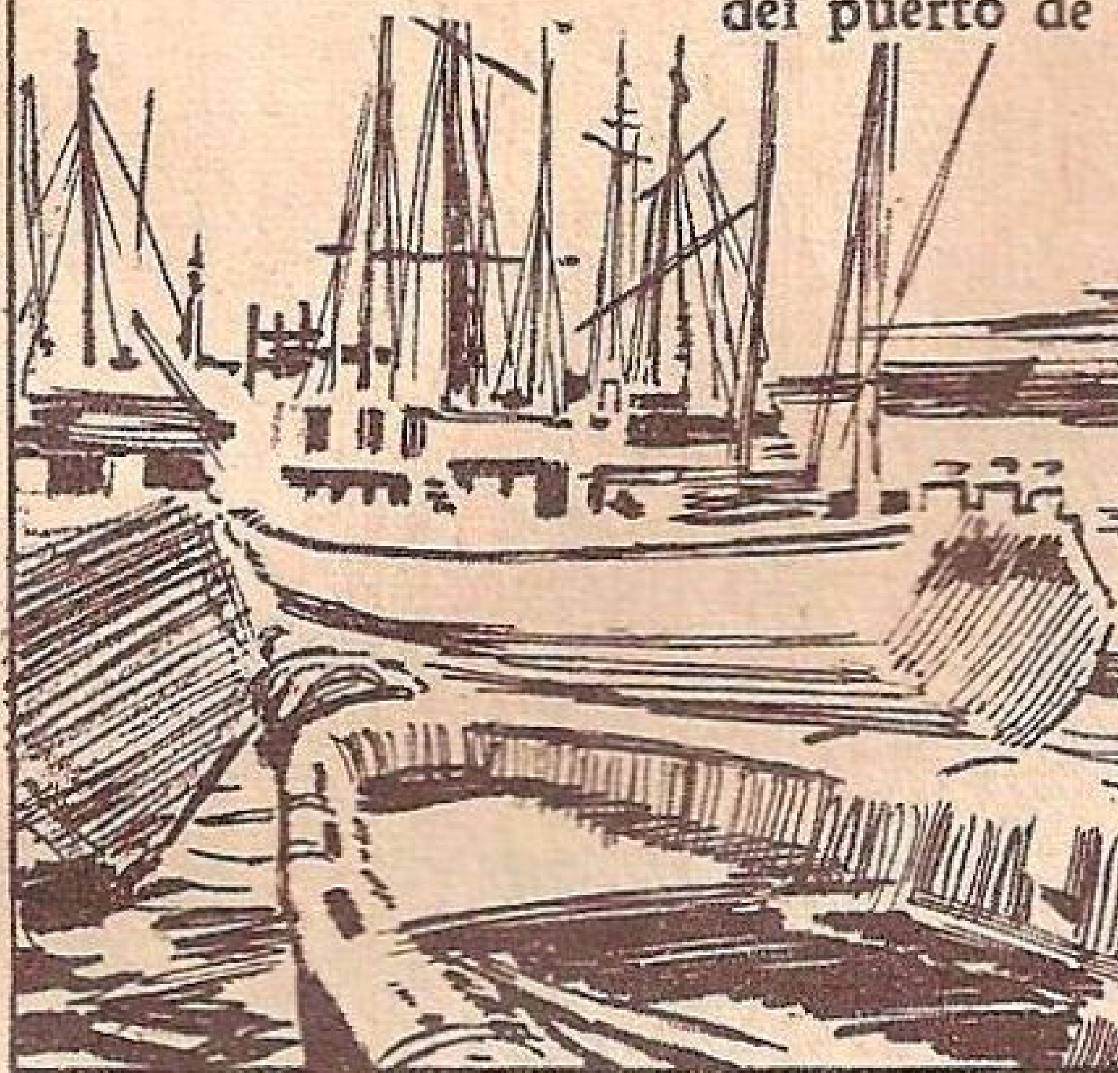





Inés Drumont era una exquisita bailarina. Una noche en la Opera me emocionó hasta las lágrimas...


... interpretando El Lago de los Cisnes .
¿Murió joven?

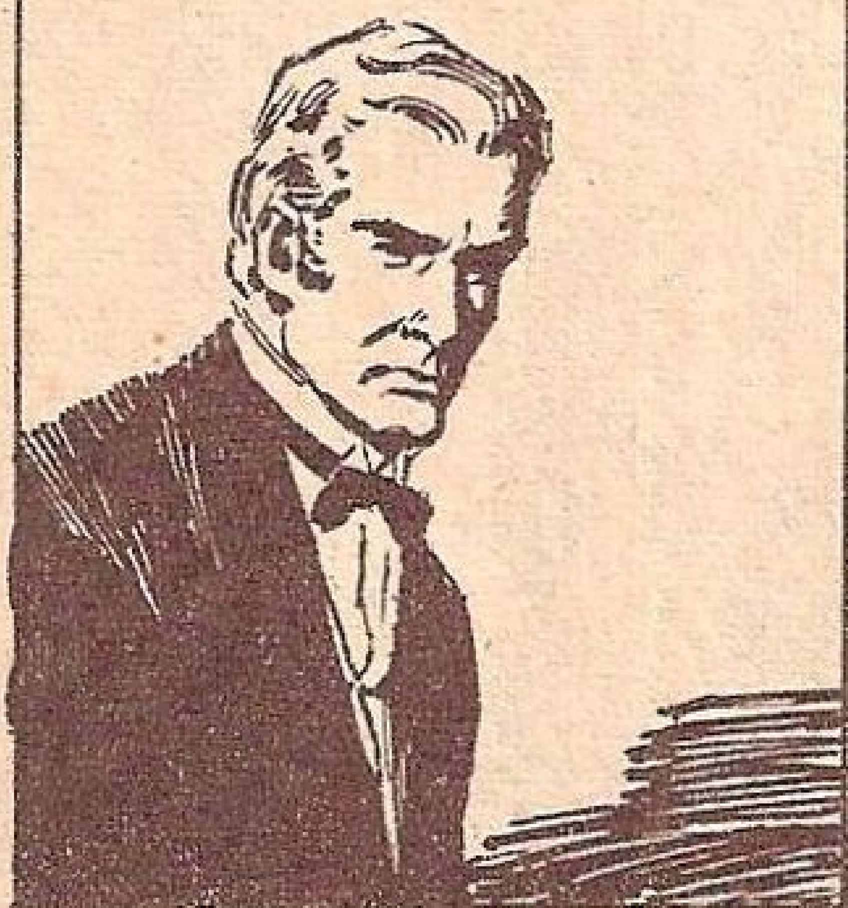

Sí, fue una pérdida lamentable. ¿Qué lucirás hoy durante el baile?


A los cuatro semanas de viaje, el navío amarró en los muelles del puerto de Girondé.
Más allá de la larga escollera, sólido dique a las pretenciones de conquista del mar, multiformes barcazas pesqueras se balanceaban al suave ritmo de la corriente. Sus mástiles, como largos brazos extendidos hacia el cielo, figuraban multitud de lanzas guardando el pequeño puerto pesquero.

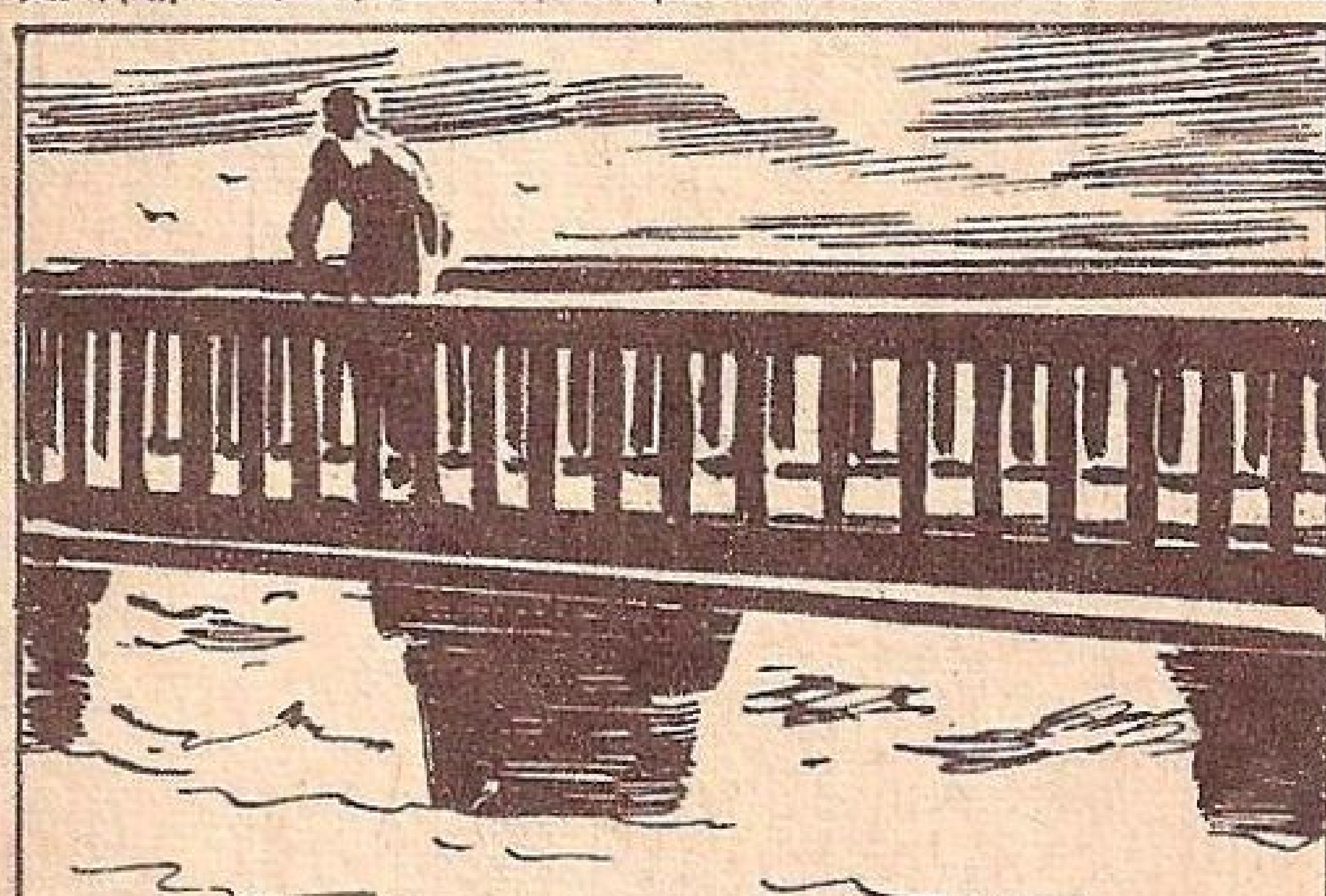

Atraído por la serena belleza del lugar, el pintor decidió quedarse.


Estoy segura que la habitación será del agrado del señor. Tiene una magnífica vista al mar...


Y un colorido jardín, ¿verdad?
¡El es mi orgullo!
Marcelo observó detenidamente la habitación de paredes bajas y pintadas de blanco. Colgaban pequeños cuadros con figuras de niños pastores. La sonrisa de los mocosuelos parecían invitarle a hacer un largo paréntesis en su viaje sin destino.


Caminando por las calles, observó rostros curtidos por largas jornadas marinas, labios que dibujaban francas sonrisas.


Alegres, sano reflejo espiritual de un pueblo humilde y trabajador, hombres, mujeres y niños, extendían sobre la playa las redes, que mostraban la sencillez de su trama.


El pintor dejó atrás la playa rumbo a la escollera. Desde allí, comprobó una vez más la sabiduría de la naturaleza, y su inimitable sentido artístico para lograr un paisaje de inenarrable belleza.

La magnífica vista despertó en el hombre la pasión creadora, adormecida en su espíritu desde la muerte de Inés Drumont.



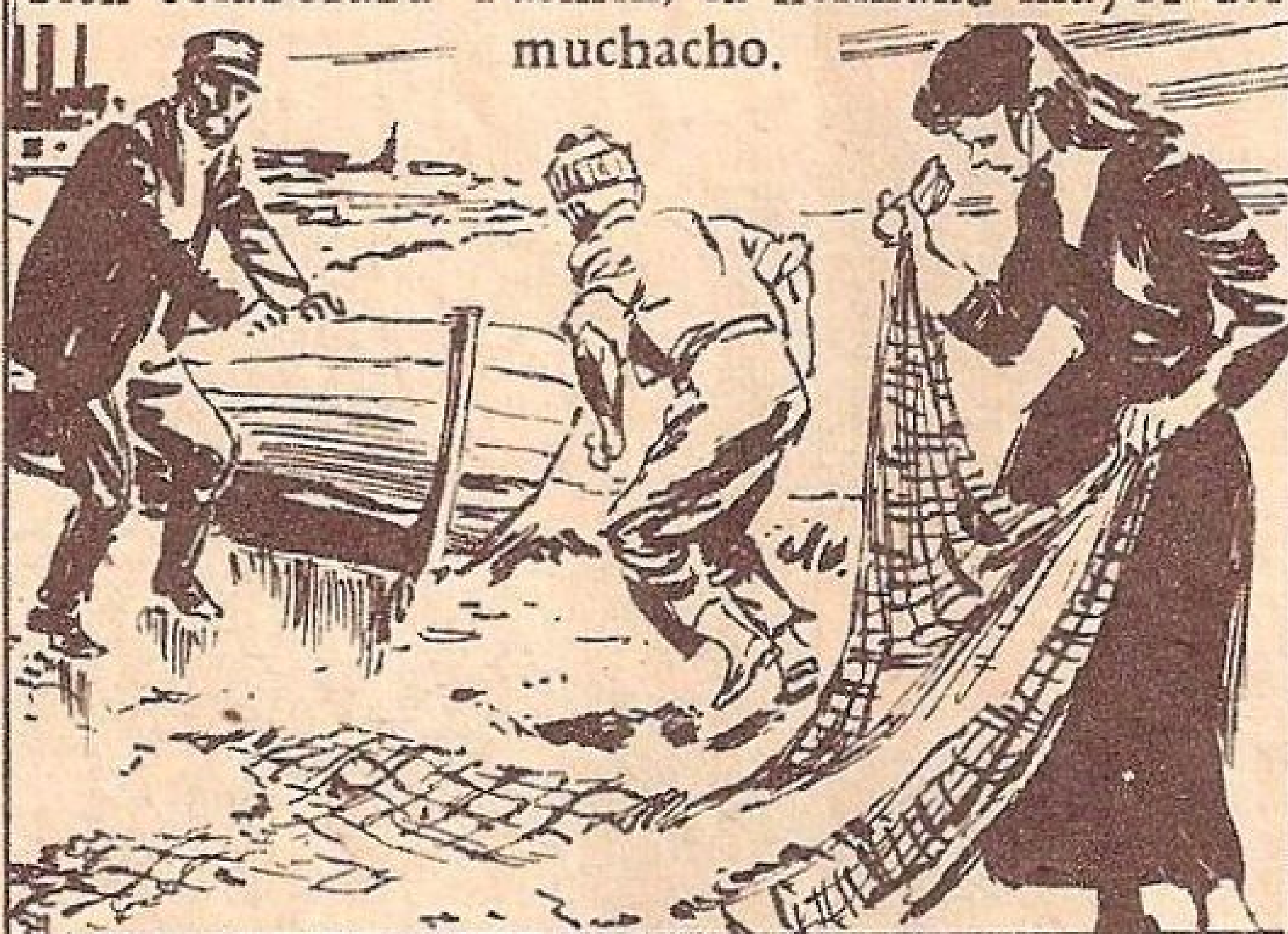
Transcurrió cierto tiempo. Todas las mañanas, el paso ya familiar de Marcelo rumbo a la escollera, estaba enmarcado por el saludo de la gente del puerto.



Con un mirar en el que se fusionaban admiración y respeto, seguían al artista hasta que la figura de éste se perdía en la larga escollera, "estudio" natural escogido por Marcelo.



Cuando volvían las barcas pesqueras, Michel ayudaba a su padre, Juan el pescador, a extender las redes sobre la playa. Tarea en la que también colaboraba Yasmín, la hermana mayor del muchacho.



Y todas las tardes, desde hacía cierto tiempo, una vez finalizado el trabajo...



El artista está haciendo feliz a Michel brindándole su amistad.



La muchacha interrumpió su frase. Juan, el pescador, interrogó tiernamente:







Padre e hija terminaron de acomodar las redes. Luego, ya rumbo a la casa, dijo el pescador:



Juan observa sonriente las finas y hermosas facciones del rostro de su hija. "¡Mi Yasmín está creciendo," pensó el pescador, al notar el rubor que iba cubriendo las morenas mejillas de la joven.




Yasmín era en verdad hermosa. Contaba sólo veinte años, pero la serenidad de un espíritu libre de sensaciones vulgares, como el que ella poseía, le hacía aparentar más edad.


Mientras en el corazón de Yasmín iba germinando una extraña y dulce ilusión, su hermano Michel...
Hoy mi padre ha tenido una buena pesca.
Me alegro, Michel. ¿Has ayudado con las redes?


Sí. Mi hermana Yasmín también ayudó.
Eres un buen chico, Michel.
A través del diálogo, saturado de asombros infantiles y benevolencia de adulto, Marcelo Pujol veía amenizada su labor.


Todas las mañanas cuando usted pasa por el muelle, mi hermana lo mira desde la ventana de mi casa.
¿Cómo lo sabes?


Porque la he visto varias veces. ¿Y sabe una cosa? Cada vez que la sorprendo, se pone colorada y corre para pegarme.


Marcelo sonrió por la inocente revelación de Michel, y se quedó pensando en el candor que se adivinaba en el alma de Yasmín, a través de la revelación de su hermano. Sintió curiosidad por conocerla; un interés que pronto quedó satisfecho.


Tres días después, con una emoción que no alcanzaba a descifrar, se hacía presente en la casa de Juan, el padre de Michel y Yasmín. La invitación había sido acogida prontamente por el pintor, que sentía por Michel un profundo afecto.


Las salidas ocurrentes de Michel, la bondad de su padre y la modestia de Marcelo, quebraron la "etiqueta".


¡Yasmín!


¡Ah! ¡Aquí tenemos a nuestra Yasmín!


Al aparecer Yasmín, un ligero temblor recorrió el cuerpo de Marcelo, mientas con voz apagada por la emoción...
Inés...
Me llamo Yasmín, señor.
En los días que siguieron a esa cena, una corriente de mutua simpatía se había establecido entre el pintor y la familia de Juan, el pescador.


Solo al contemplar el rostro de Yasmín, que era una asombrosa réplica del de Inés Drumont, la amada desaparecida, la dicha de Marcelo se empañaba.


Todas las noches, al retirarse de la casa de Juan, el pescador...
(¡Sería como volver a tener entre mis brazos a Inés!)


(¡Pero no! ¡Es indigno! ¡Sacrificaría las ilusiones de esa pobre niña, sólo para satisfacer mi egoísmo!)


(¡Ese rostro... ese rostro que me recuerda a mi amada! ¡Es Inés nuevamente a mi lado!)


(¡Me estoy volviendo loco! ¡Querer reconquistar esa dicha es imposible!)


(¡Jamás lo intentaré!)

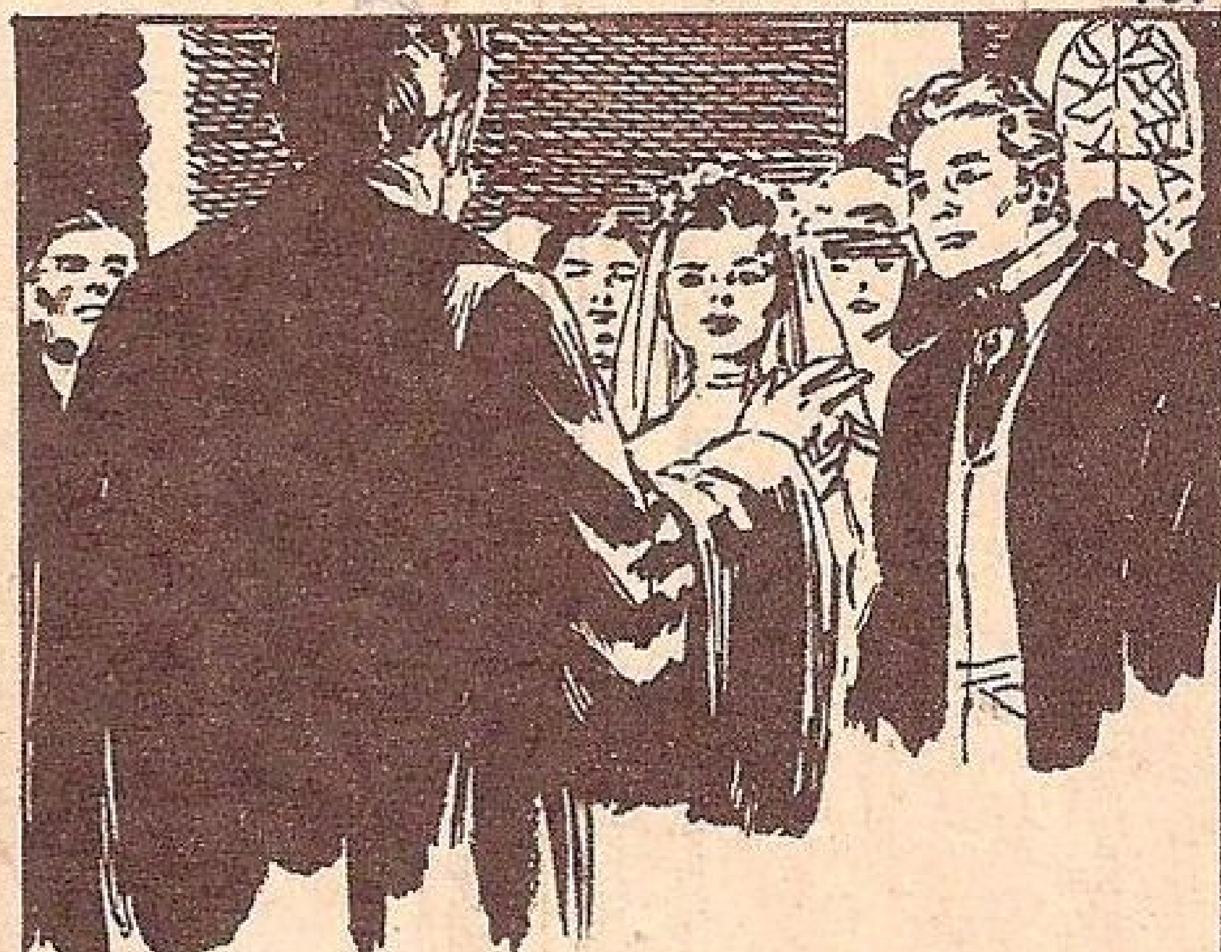

Pero días después...
Su pedido agobia de felicidad a este pobre viejo. ¿Usted me pide a Yasmín?
Sí, a quien prometo hacer feliz, respetándola y amándola como ella lo merece.


Al decir las últimas palabras, Marcelo apartó sus ojos de los azulados del viejo marino, temiendo que su emoción le traicionara. Yasmín fue a llorar su alegría en el pecho del pescador.


Días antes de la fecha fijada para la boda...
Cuando pienso que tendré que desenvolverme en una ciudad como París, es tan escasa mi educación, mis conocimientos...


Tu sensibilidad y pureza de espíritu te predispondrá para ambientarte en poco tiempo.


Nada te faltará. Tendrás todo lo necesario para adquirir lo que hoy lamentas no poseer.


En la misma capilla donde hacía treinta años había sido bendecida la boda de sus padres, Yasmín fue desposada por Marcelo Pujol.


Durante el viaje rumbo a París, el pintor observó asombrado cómo su flamante esposa, guiada por delicados y discretos consejos, se desenvolvía con naturalidad y exquisita elegancia, supliendo sus escasos conocimientos de la ética social, examinando y asimilando todo cuanto le rodeaba.


La llegada de Marcelo y su esposa a la magnífica villa que el pintor poseía en las afueras de París, dejó demudada a la servidumbre.


Impaciente por la actitudes desconcertadas de sus sirvientes, Marcelo ordenó a María, el ama de llaves, acompañar a Yasmín a sus habitaciones.
¡Enhorabuena, señor!
Gracias, Giron. Los he observado hace unos instantes y he notado confusión en vuestros rostros.


Ha sido imposible evitarlo, señor. La señora es tan parecida a...
A la señora Inés, ¿verdad?


Así es, señor.
Bien. Quiero que ese detalle no se deje traslucir más en esta casa. Advierta al resto de la servidumbre.


Rápidamente, con esá capacidad de simpatizar que tienen los espíritus puros y nobles, Yasmín y María, la fiel ama de llaves, se agradaron. La antigua servidora, al notar el extraordinario parecido que tenía Yasmín con Inés Drumont, la primera mujer de Marcelo Pujol, no había podido evitar un ligero estremecimiento...


...al observar el infantil asombro que por todo mostraba Yasmín.
(¡Inocente criatura! Dios permita que seas feliz en esta casa).


Lentamente, guiada por la experiencia de María, que le había cobrado entrañable cariño, Yasmín fue posesionándose del manejo de la regia mansión. Su modesta condición no le había permitido iniciarse y prepararse en tan difícil tarea, pero su voluntad y clara inteligencia, en poco tiempo lograron ubicarla.


Marcelo, mientras Yasmín leía las páginas de un libro; impaciente, ansiosa de ilustrarse ,admiraba la fina línea de su talle, la frescura de su piel; el bello dibujo de . . .


. . .sus labios, las perfectas cejas, bajo cuyas formas curvadas se delineaban unas finas pestañas, que amparaban unos ojos prolongados hacia las sienes, como dos óvalos almendrados.
(Perdona. . . perdona mi egoísmo, pobre criatura).


Sentía remordimiento por la vida monótona que ofrecía a su esposa; pero, al verla rebosante de felicidad, alegre como una niña y celosa como una amante, pronto la sensación de culpa se disipaba.


Yasmín se le figuraba un pequeño gorrión preso en una jaula de oro, que en vez de reflejar tristeza, demostraba alegría por su cautiverio.


Transcurrió el verano y llegó el otoño. Yasmín, que había aprovechado los meses estivales para acrecentar sus conocimientos, comenzó a notar ciertos detalles que principiaron a empañar su felicidad.


Desde hacía cierto tiempo, Marcelo se marchaba todas las tardes. Al principio, lo había atribuído a algunas gestiones que su esposo tendría que realizar en la ciudad, pero al repetirse las salidas, siempre a la misma hora, esa suposición se disipó.


El respeto que sentía hacia quien la desposara, le impedía preguntar el motivo de esas ausencias, y el silencio de Marcelo la mortificaba.


Mientras Yasmín observaba como el otoño despojaba de sus encantos al parque que rodeaba la mansión, María, la fiel ama de llaves, la observaba con tristeza.


(¡Pobre niña! Me acongoja tu dolor y nada puedo hacer por mitigarlo).

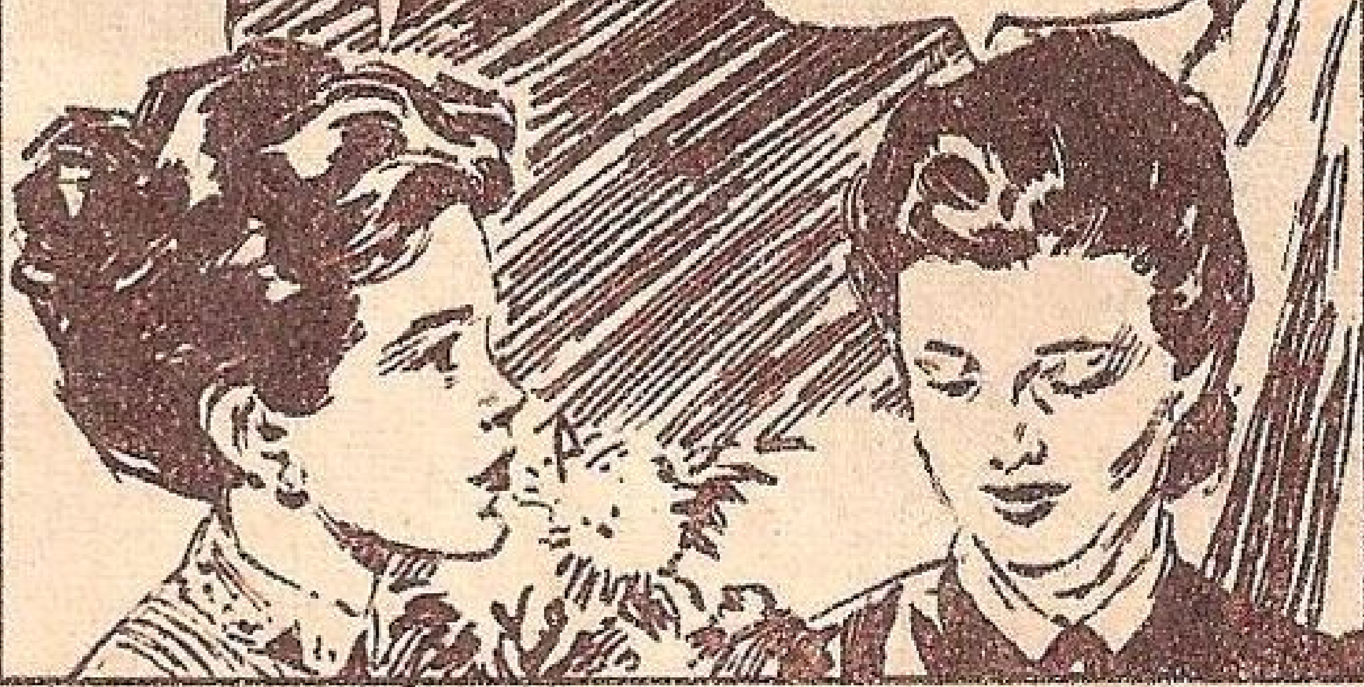




Luego, las rosas rojas profusamente distribuídas por toda la casa, le hacían aletear en su espíritu el presentimiento de algo impenetrable, inaccesible para ella.















No se trata de complacer mi gusto, sino de que la idea te agrade a ti.

Entonces, prefiero quedarme. Marcelo.



Segundos después, Yasmín solicitó permiso para retirarse. Marcelo interrogó a María: ¿No le ha hecho ninguna confidencia la señora, María?–No. . . no, señor.

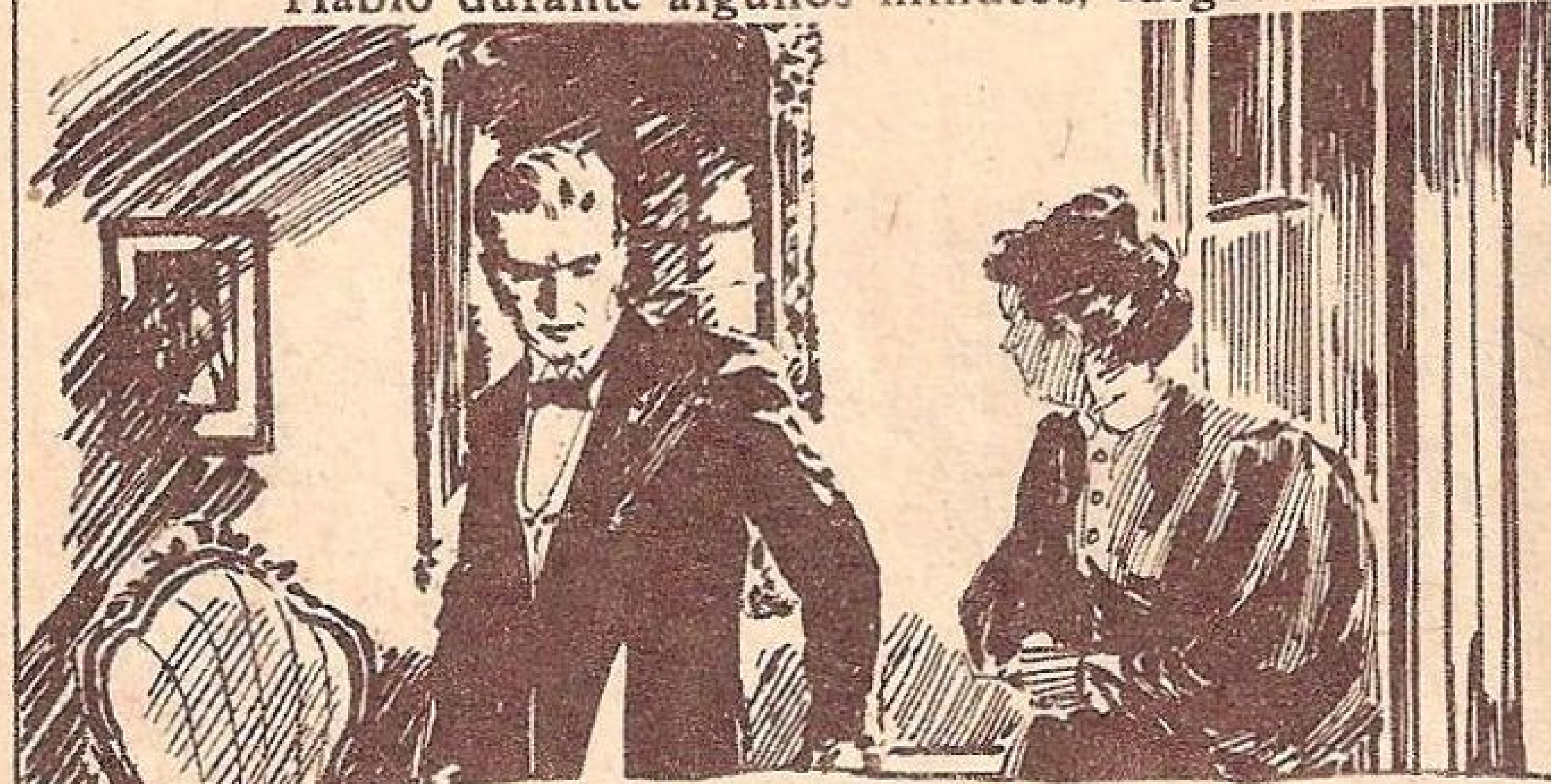


El pintor notó cierta vacilación en la respuesta de su vieja servidora.

Es importante que no me oculte nada, María.

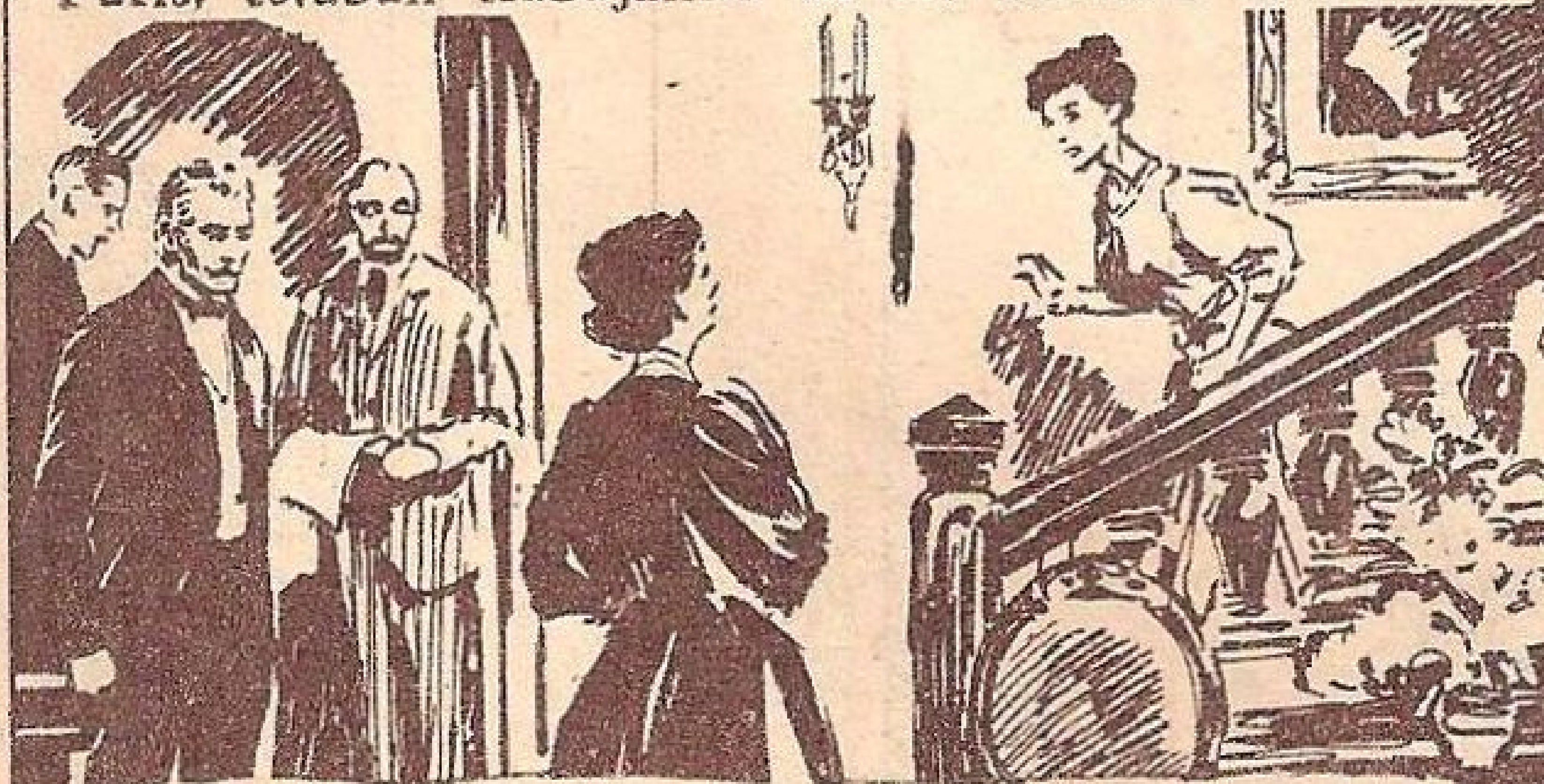


La mujer admitió que ocultar los hechos, sería agravarlos. Habló durante algunos minutos, luego. . .



Gracias, María. Sus palabras darán un principio de solución a este estado de cosas.

A la tarde siguiente, cuando Yasmín bajó al salón, una legión de operarios, dirigidos por el mejor decorador de París, estaban trabajando en los distintos ambientes.

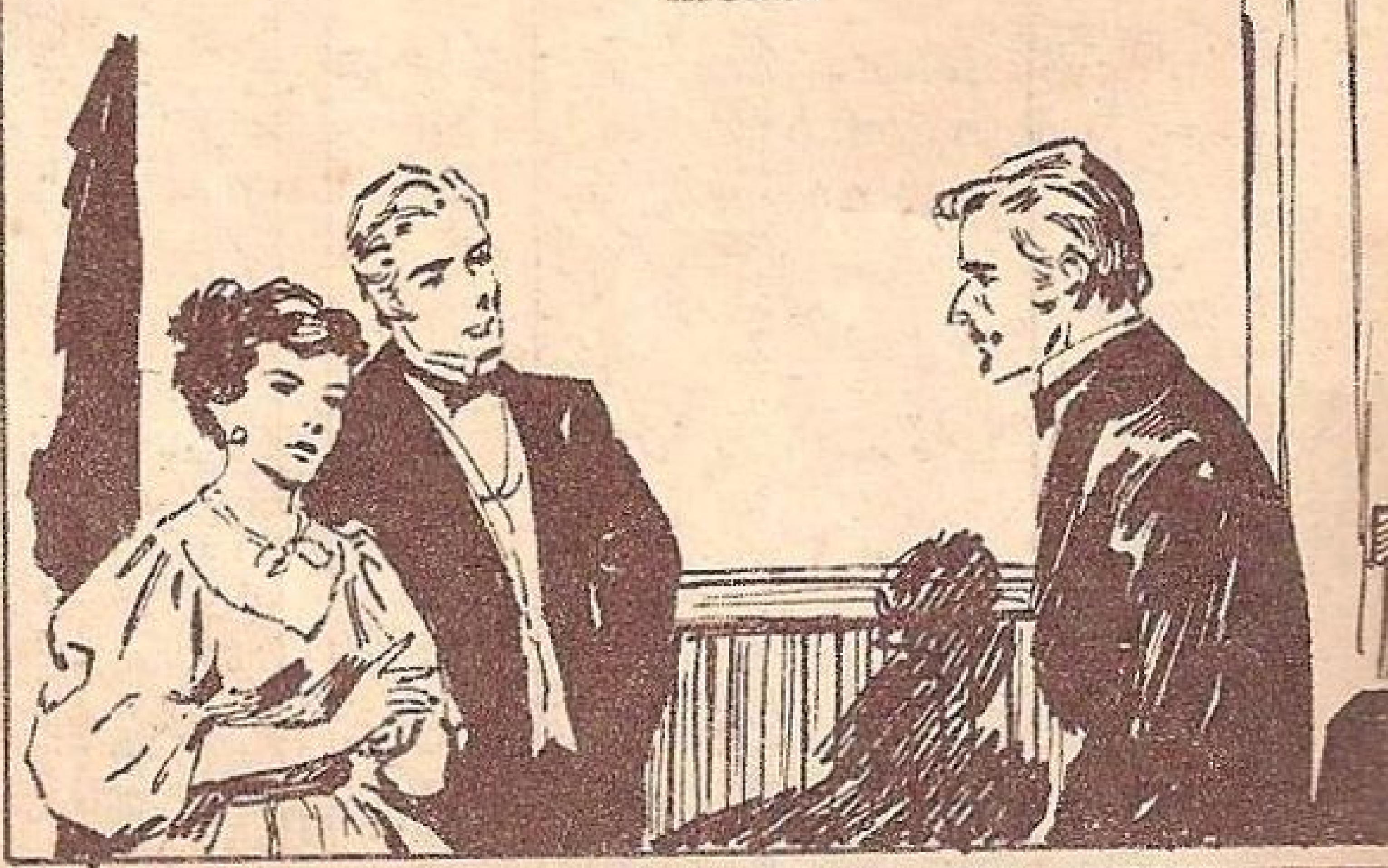


El señor ha dispuesto cambiar todo el decorado de la casa.

Esa tarde, al volver Marcelo de su acostumbrada y misteriosa excursión, Yasmín se refugió en sus brazos, mientras sus ojos derramaban lágrimas de agradecimiento y felicidad.



Gastón Jordá, el decorador, también había notado el extraordinario parecido de Yasmín con Inés Drumont.



Su gran experiencia y serena filosofía de hombre de mundo, le habían hecho comprender rápidamente el hondo drama que se vivía entre esas paredes.

¡Oh! ¡Aquí tenemos al gran artista! Ya conoces a mi esposa, ¿verdad Gastón?

Tus amigos jamás te perdonaremos el privarnos de contemplar esta belleza durante tanto tiempo.



¡Y yo a ti, si no conformas sus gustos! Y te anticipo son muy exigentes.

No hay que temer por ello; ya hemos llegado a un acuerdo en los principales detalles de la decoración.







Los dos hombres guardaron silencio por breves minutos. Luego, en forma pausada, precisando todos los detalles, como si el recordarlos aliviara en algo su remordimiento, fue relatando al amigo toda la historia. Al concluir...

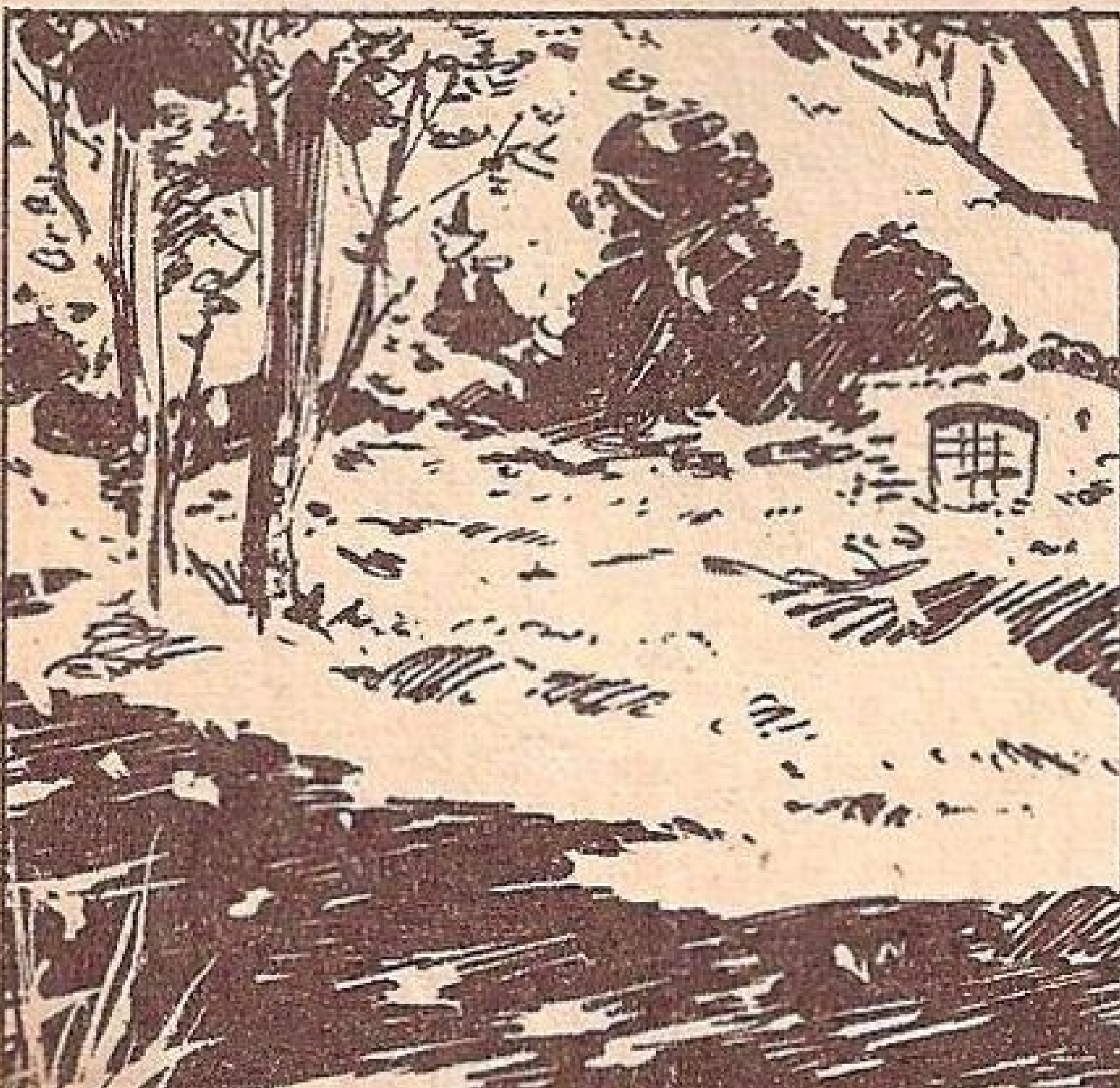












Pronto comenzaron a arder los troncos de encina en la chimenea del salón, finalmente decorado por Gastón Jordá. Marcelo, mientras contemplaba los efectos de la lumbre sobre el bello rostro de su esposa...

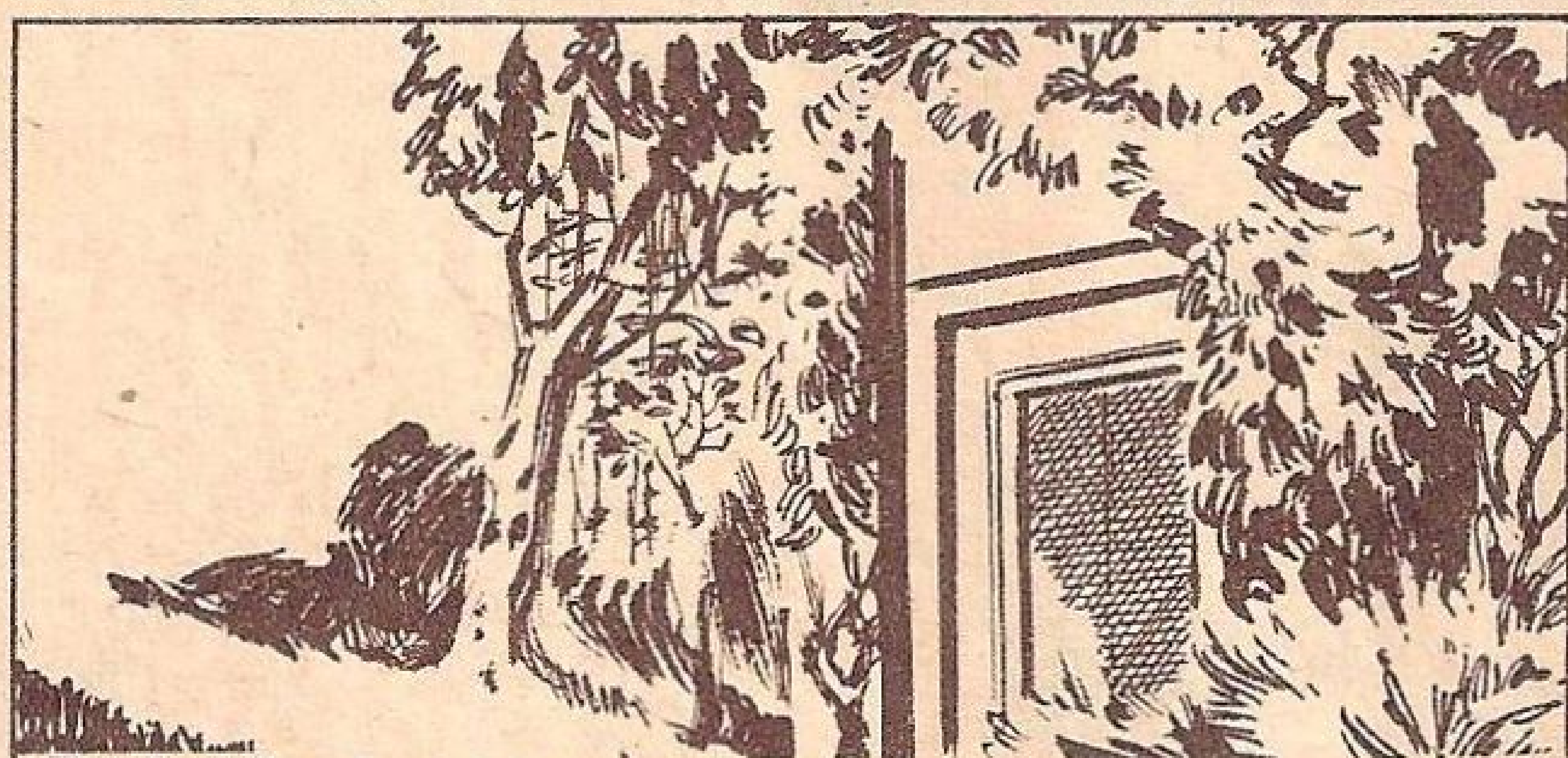


...trataba de substraerse al íntimo contento egoísmo que se posesionaba de él, feliz de darse, de pertenecer al pasado, de sólo amar el recuerdo de Inés Drumont. Por momentos se avergonzaba de sus impulsos.









En los fondos del parque que rodeaba a la mansión, se levantaba un pequeño pabellón que siempre había estado vedado para los ojos de Yasmín. En él, su esposo acostumbraba a pasar largas horas encerrado.

Cierta tarde, Marcelo ya se había retirado para realizar su diaria excursión, Yasmín intentó penetrar en el misterioso recinto. Al encontrarlo cerrado, una mueca de disgusto se dibujó en sus labios. Caminó alrededor de la construcción, hasta que...



...una puerta más pequeña, oculta por una enredadera trepadora de hojas acorazonadas y flores campanudas, cedió bajo la presión de su mano. Poco a poco, Yasmín fue ambientando sus ojos a la oscuridad que reinaba en el silencioso recinto.





Distinguió un caballete y tras de él los cortinados que cubrían la única ventana que tenía el pabellón. Descorrió parte de la misma y la habitación cobró vida luminosa.



Sin llegar a comprender el significado que había querido darse a la tela, Yasmín se contempló pintada con traje de bailarina y ejecutando un paso de danza. Luego de descorrer un poco más las cortinas, se acercó al cuadro. —Sí, no cabía duda alguna... era ella,— pensó tratando de desentrañar el misterio de aquella extraña pintura. Como buscando una respuesta en las mudas paredes, su vista vagó por ellas.

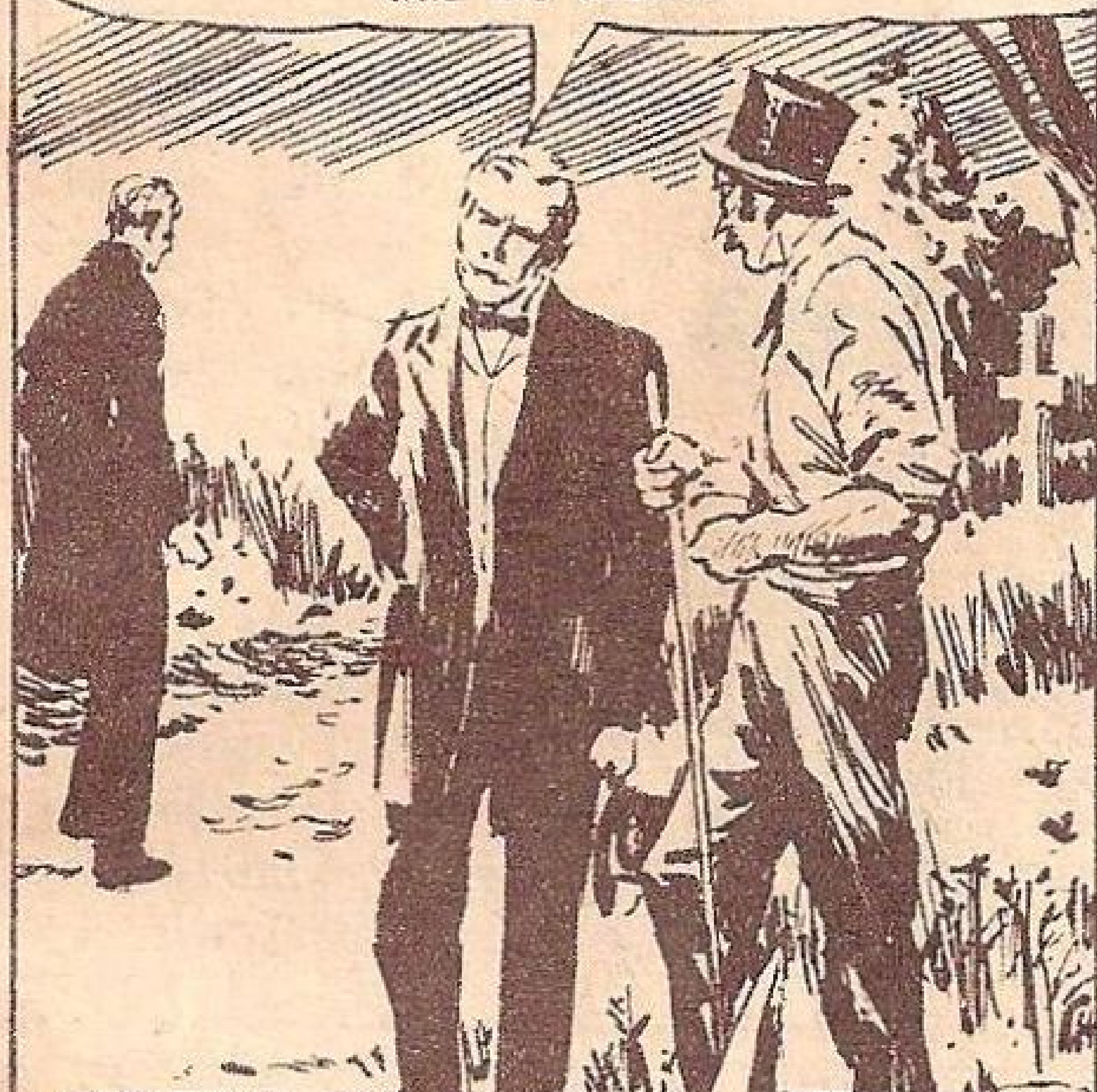







En un segundo, penetrando en su mente como un látigo de fuego, todo se reveló a Yasmín.
OPERA
GRAN RECITAL OFRECE
INES DUMONT
¡No! ¡No, Dios mío! ¡Yo no merezco este castigo! ¡No lo merezco!


Al mismo tiempo, lejos de imaginar la aflicción que vivía su esposa, Marcelo ponía fin a su diaria visita a la tumba de Inés Drumont. Al abandonar el cementerio, un aire de extravío se reflejó en su mirada.


Ayer también lo he observado. ¿Viene todas las tardes?
Sí, visita la tumba de la pequeña cruz blanca, y todos los días le deposita un ramo de rosas rojas.

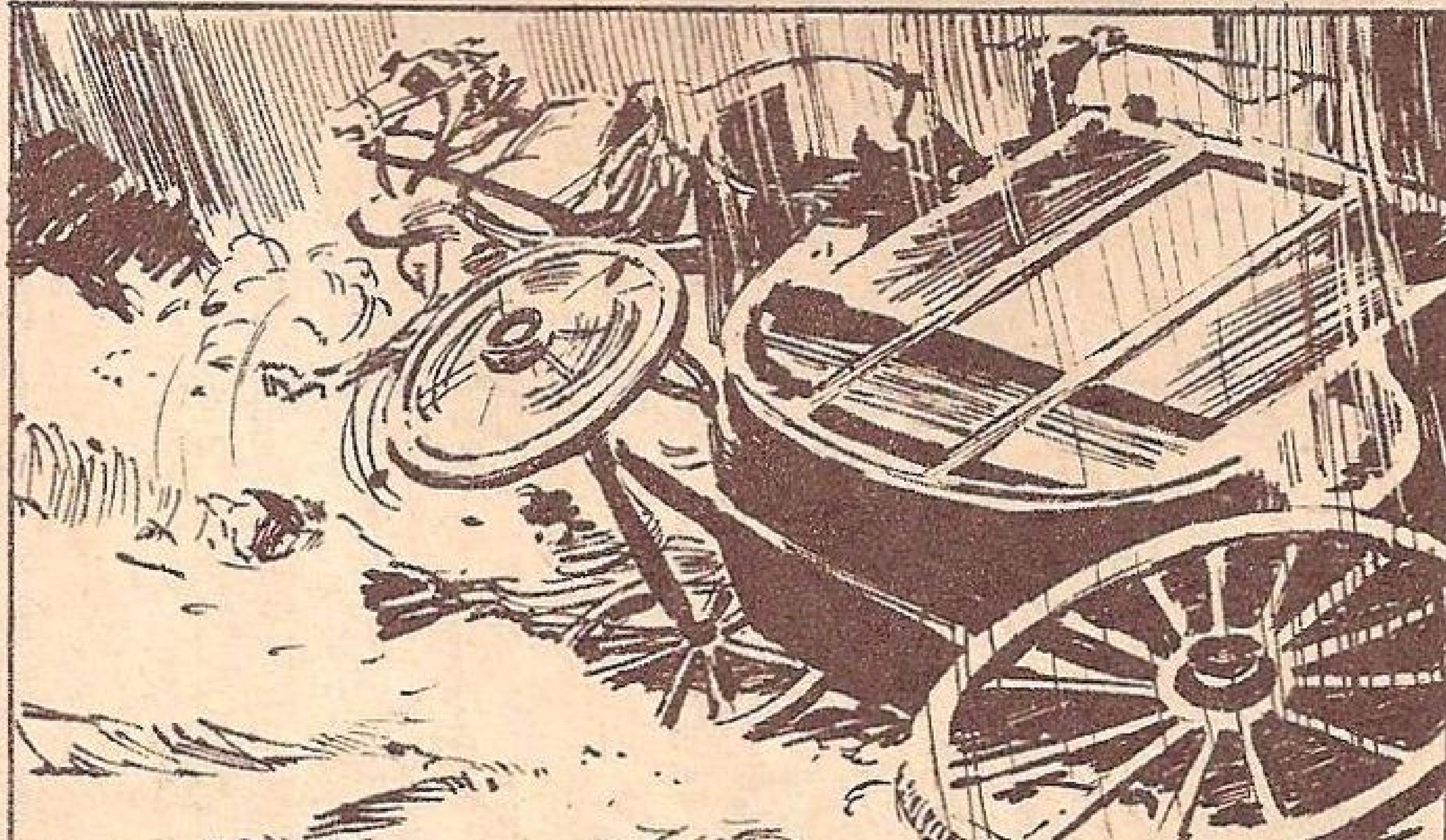

Extraño personaje. ¿A quién guarda la tumba?
A Inés Drumont, una célebre bailarina.


Horas después, al regresar Marcelo a su casa...
¡Oh, señor... señor!
¿Qué ocurre, María? ¿Acaso la señora...?

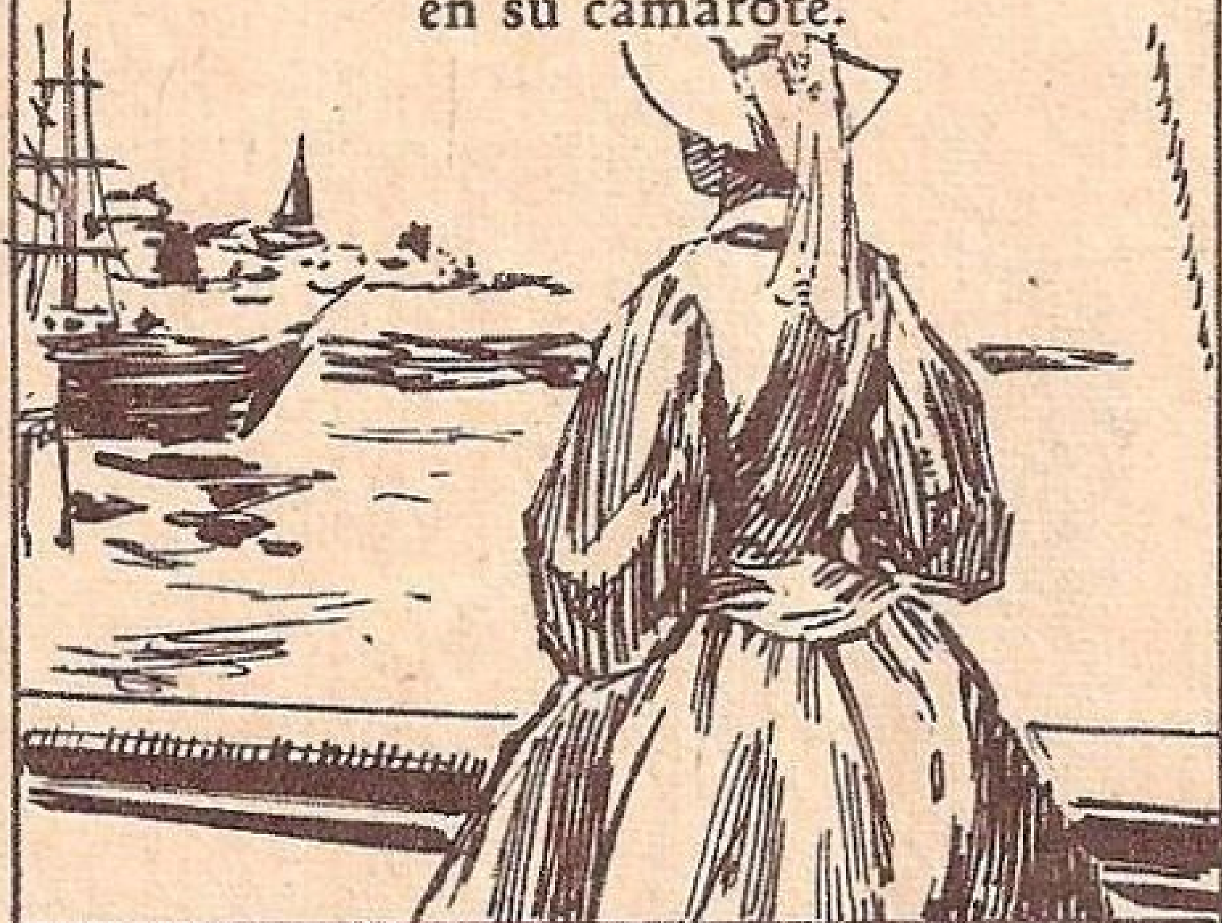

¡La señora se ha marchado...!
¡Yasmín...! Pero ¿por qué no lo impidieron? ¿Por qué?


Rápidamente Marcelo se dirigió al cochero.
¡Rápido, Eugenio, regresa a París!
Mientras los caballos devoraban distancias por la enlodada carretera, en el interior del coche, Marcelo Pujol se planteaba un mudo interrogante.


(¿Pero por qué si la dejé tan feliz cuando marché esta tarde?)


Al borde del agotamiento por ese esfuerzo extra, uno de los caballos claudicó de una mano, provocando el vuelco del vehículo.

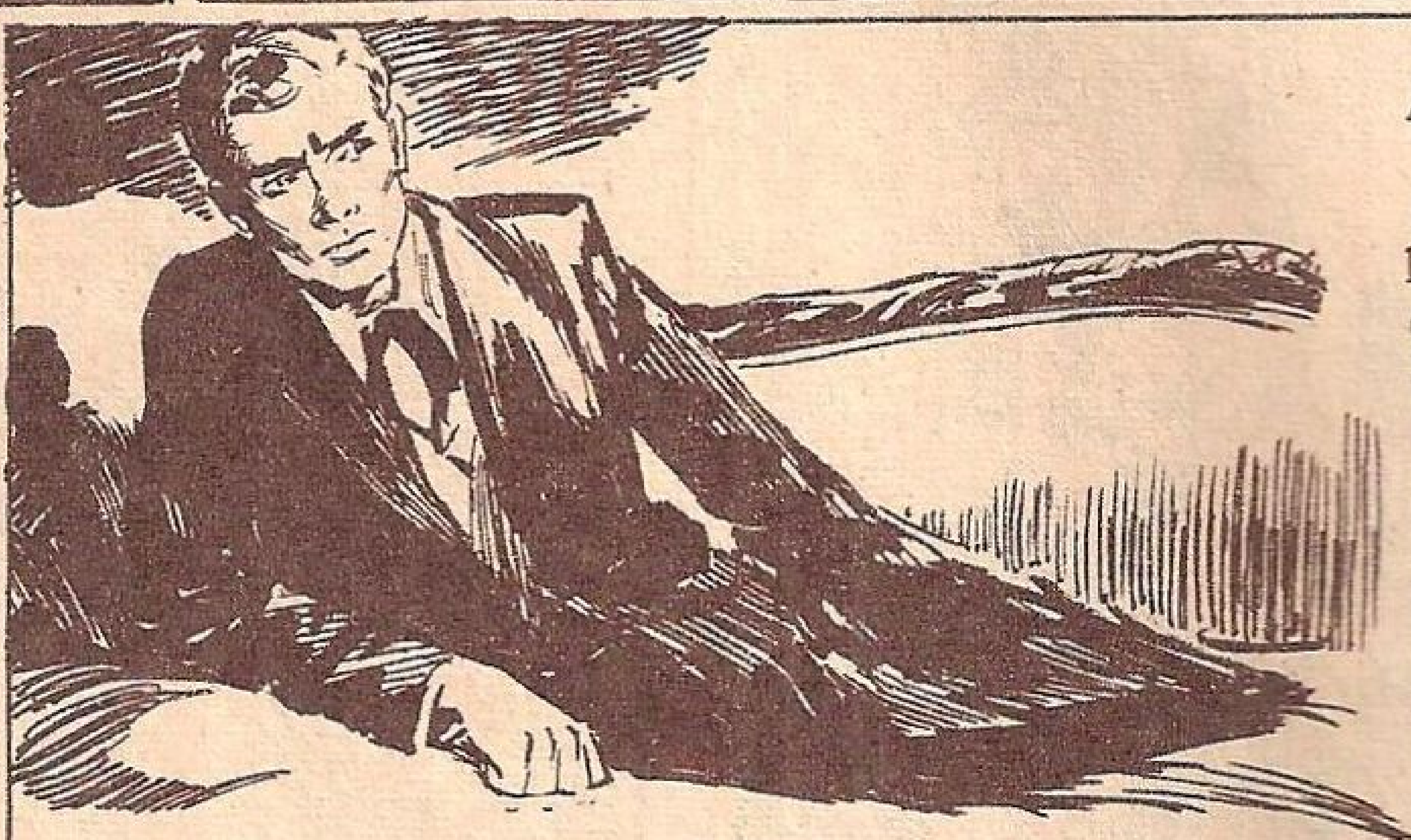

Minutos después...
¡Es imposible proseguir, señor! Esa rueda se ha inutilizado...


La estridente sirena del barco, quebró la quietud del puerto, que parecía emerger de una bruma gris y pesada.
Yasmín, luego de una última mirada a la costa de la cual se alejaba, se refugió en su camarote.

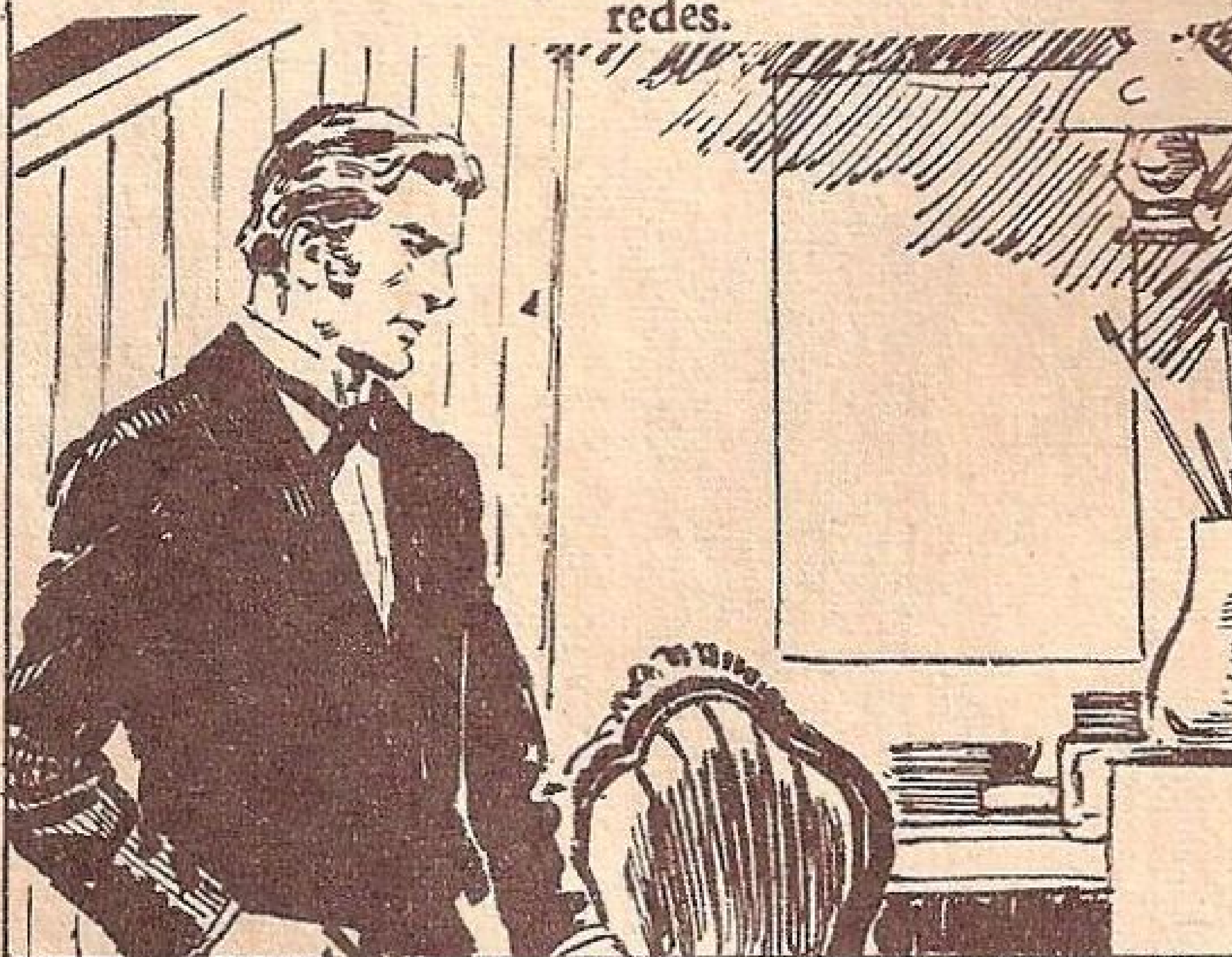

Mientras, luego de horas de angustiosa espera, Marcelo ordenaba al cochero que había logrado contratar en el camino...
¡Apure! ¡Apure a esas malditas bestias!


Minutos después, cruzando entre la gente que le observaba asombrada por sus gestos y extraña figura, Marcelo corría por muelle.
¡No me abandones...!

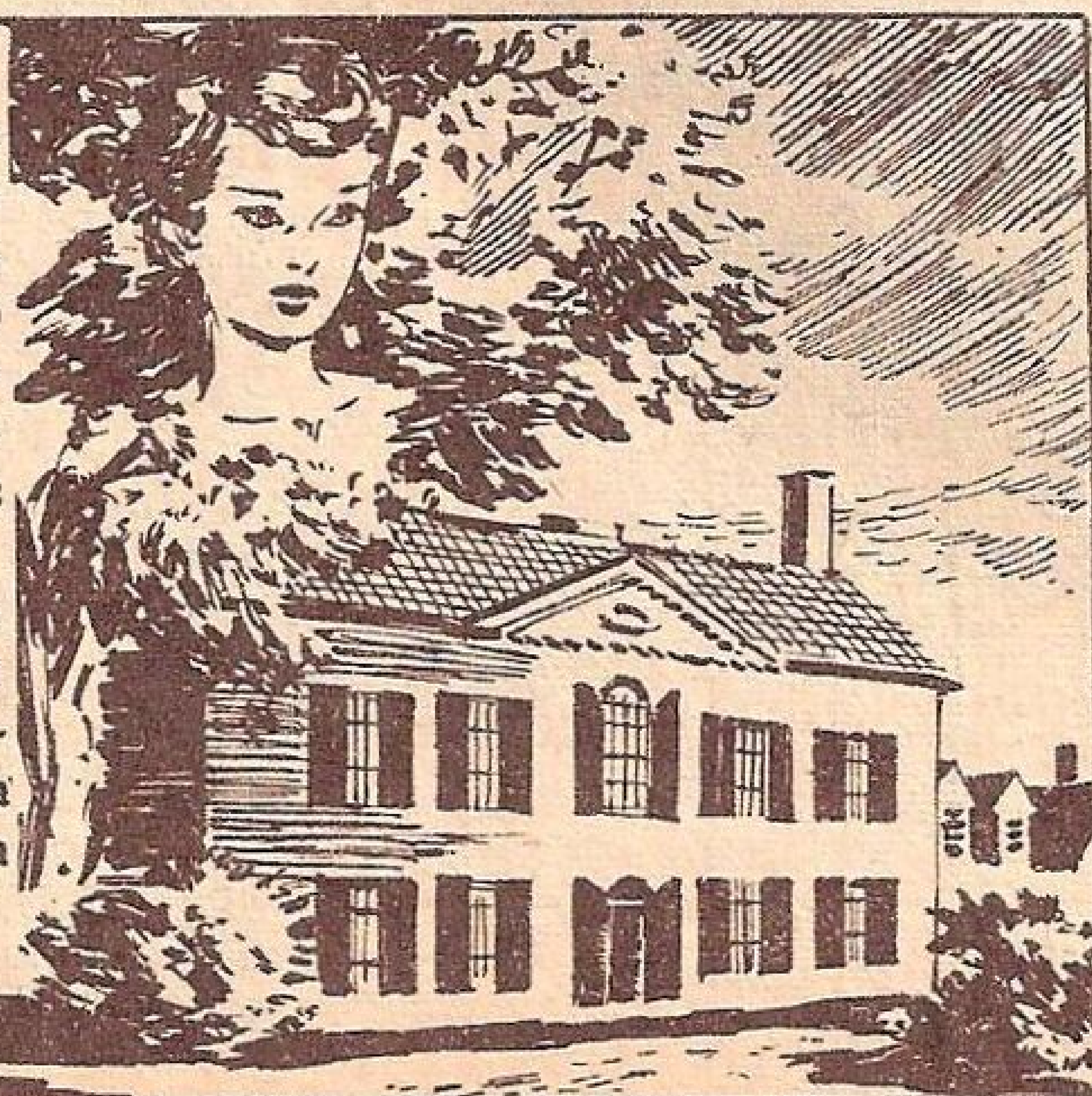

¡Te he perdido nuevamnete, Inés! ¡Nuevamente...!


A la mañana siguiente. Marcelo Pujol despertó en el pabellón que era custodio de los recuerdos de Inés Drumont. Los ojos afiebrados, reflejando en el mirar las angustias de un sueño saturado de inquietudes, quedaron fijos en el cuadro expuesto en mitad de la habitación.


Se acercó. Los ojos de Inés Drumont, que él había pintado con mano maestra y apasionada, le miraban sonrientes. Marcelo los contempló por largos instantes. Luego le fue invadiendo la extraña sensación de que no era su primera mujer quien le observaba desde el cuadro.


Apartó la vista del retrato y la fijó en el afiche de propaganda que colgaba de una de las paredes.


¡No, tú eres Inés! ¡Inés!


En los días subsiguientes, en cada detalle del decorado de la casa; en los libros que ella había estudiado con tanto afán; en el arrullo del viento, que se estilizaba para filtrarse entre las copas de los árboles; en los rosales de flores rojas que circundaban la mansión, el recuerdo y la imagen de Yasmín, fue anteponiéndose, con la misma firmeza que otrora fuera desplazado, al recuerdo de Inés.


Y cierta tarde, frente a la pequeña cruz blanca que guardaba los restos de su primera mujer, Marcelo debió admitir que estaba enamorado de Yasmín, y que ésta había desplazado la memoria de Inés Drumont.

Semanas después, como lo hacía todas las tardes desde su regreso, Yasmín, la hija de Juan el pescador, contemplaba el mar. La mansedumbre de las aguas que, a intervalos regulares formando pequeñas hondas espumosas, se estrellaban sobre la sólida escollera, serenaba en algo su espíritu dolorido por la experiencia vivida.





No quiso volver el rostro. Sólo cuando la voz dolorida y acongojada de Marcelo pronunció su nombre, se volvió.



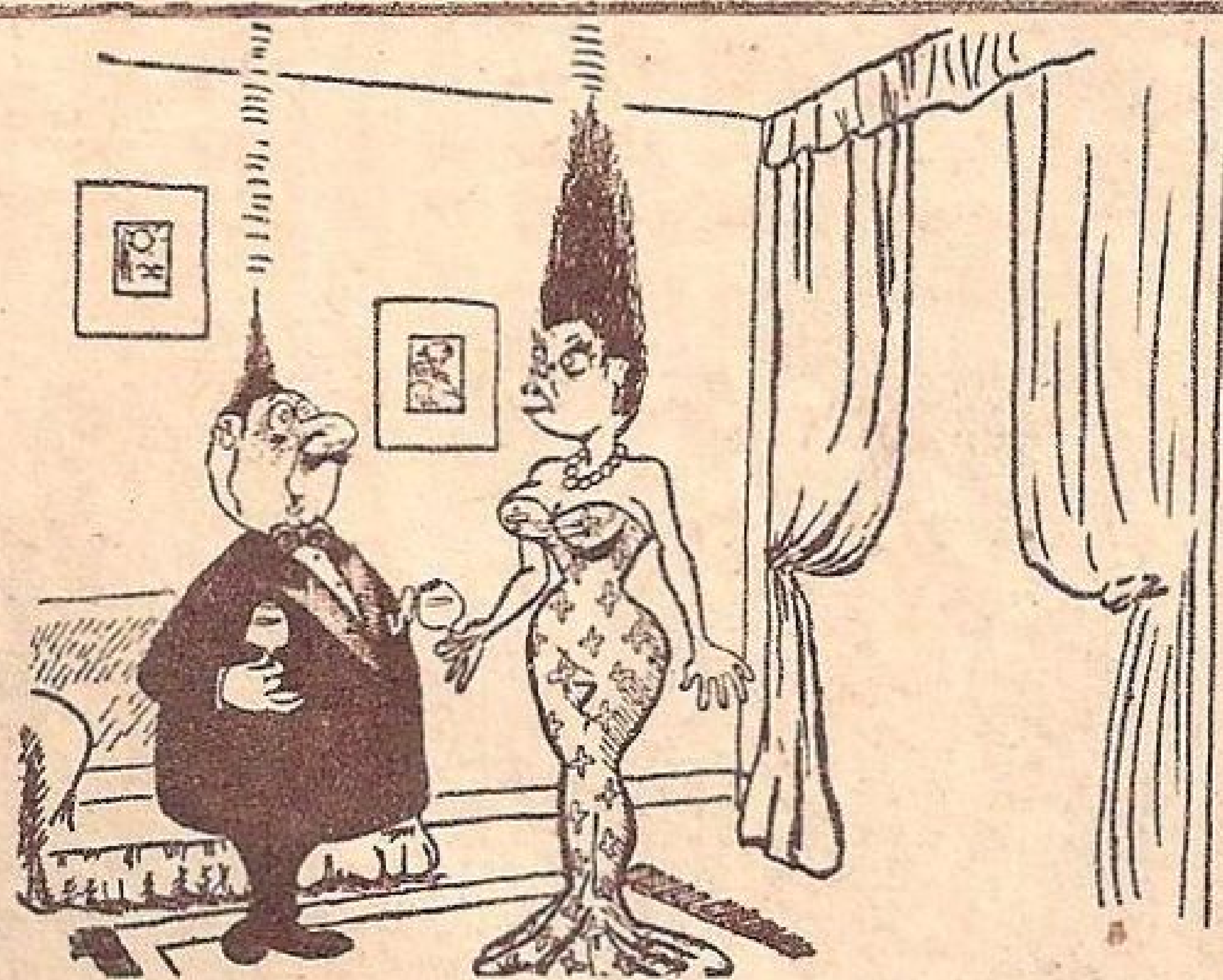




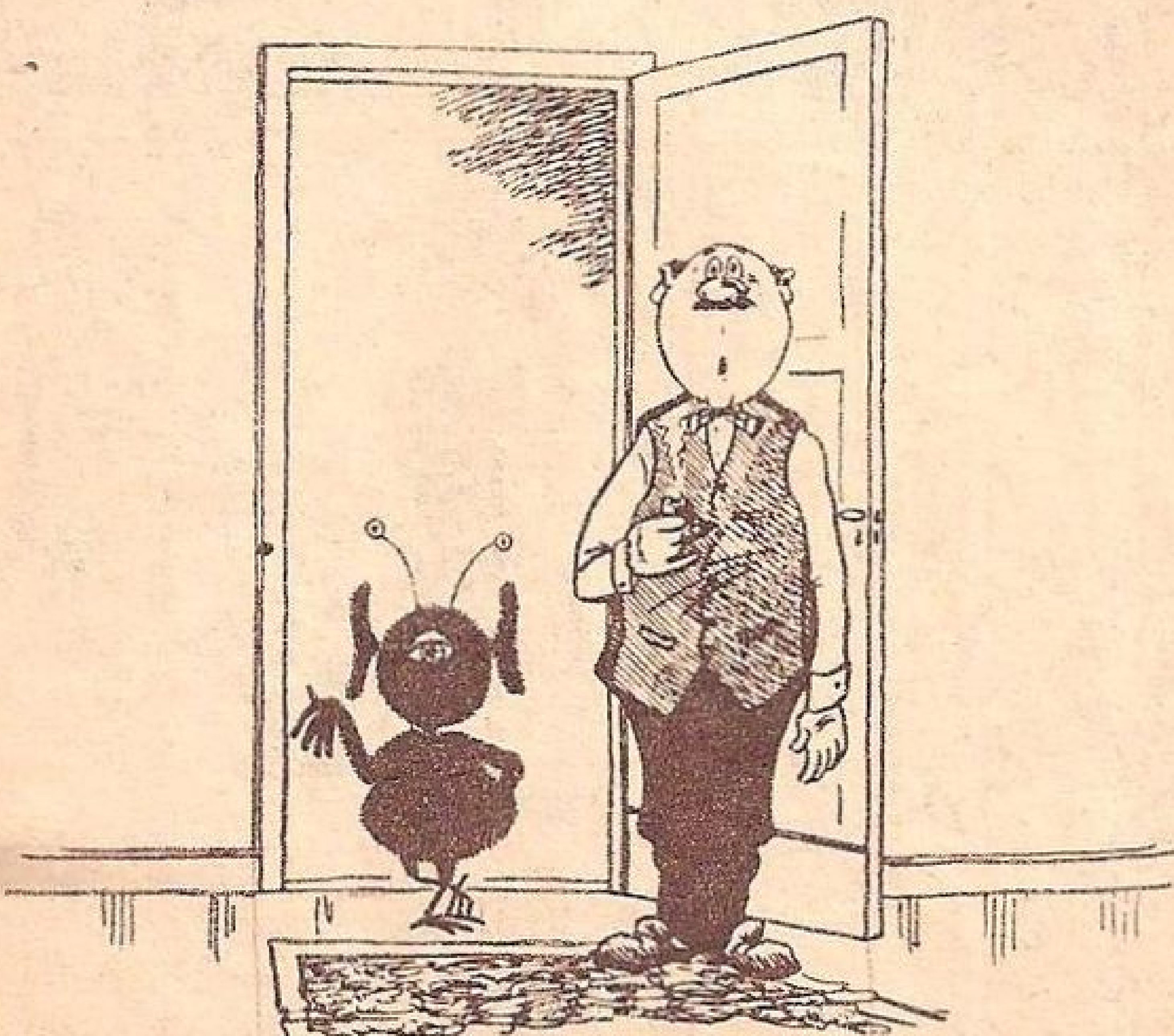
Abrazados, unidas sus vidas para siempre, sin que en ellas se interpusiera ninguna sombra del pasado, Marcelo y Yasmín observaron morir la tarde, sobre el puerto de Girondé.

FIN

RINCÓN ALEGRE



—En el piso de arriba están usando la aspiradora.



—Liza, tenemos visitas de otro mundo.



—Francamente, Oscar, te sienta muy bien el bigote

MAL PENSAMIENTO

POR
MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ
DIBUJOS DE DAVID COOPER

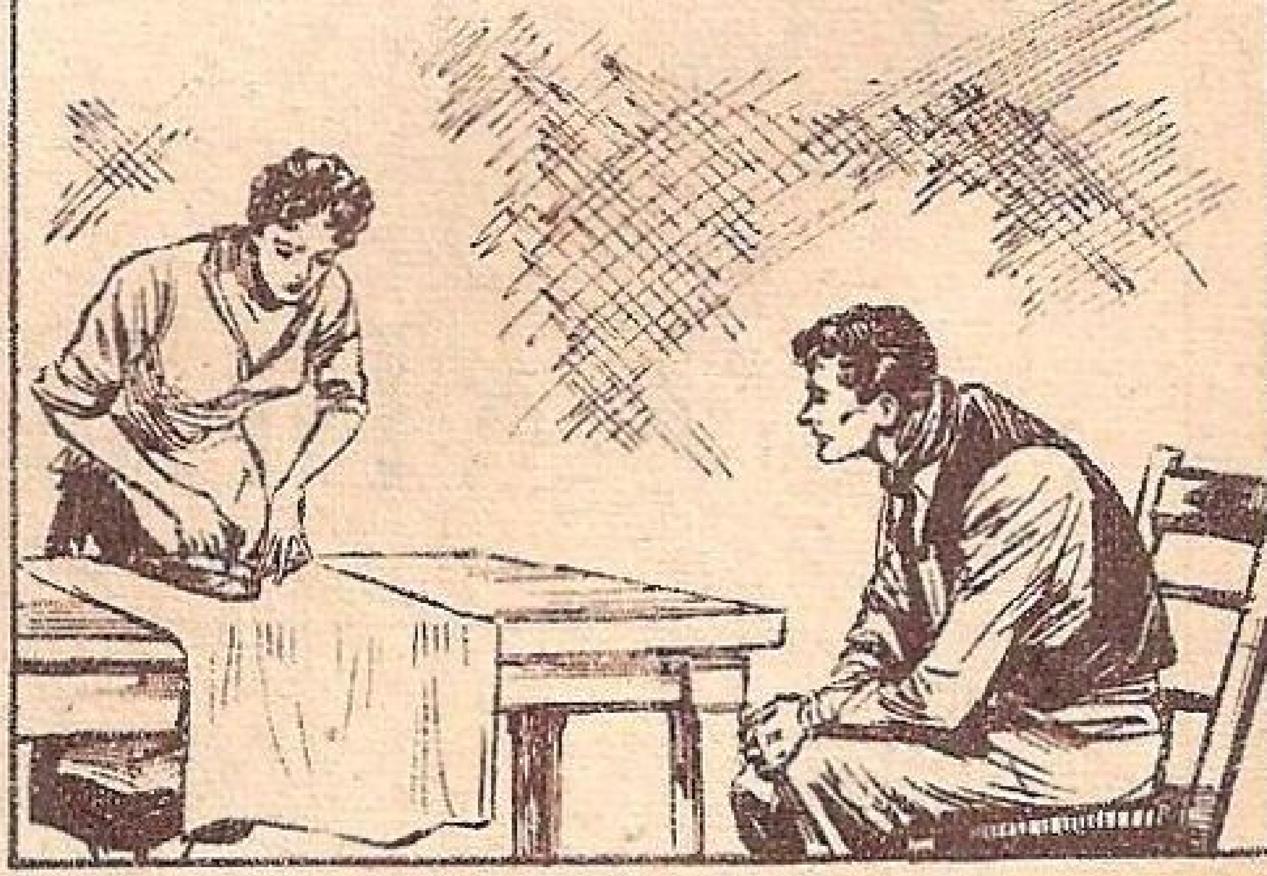


















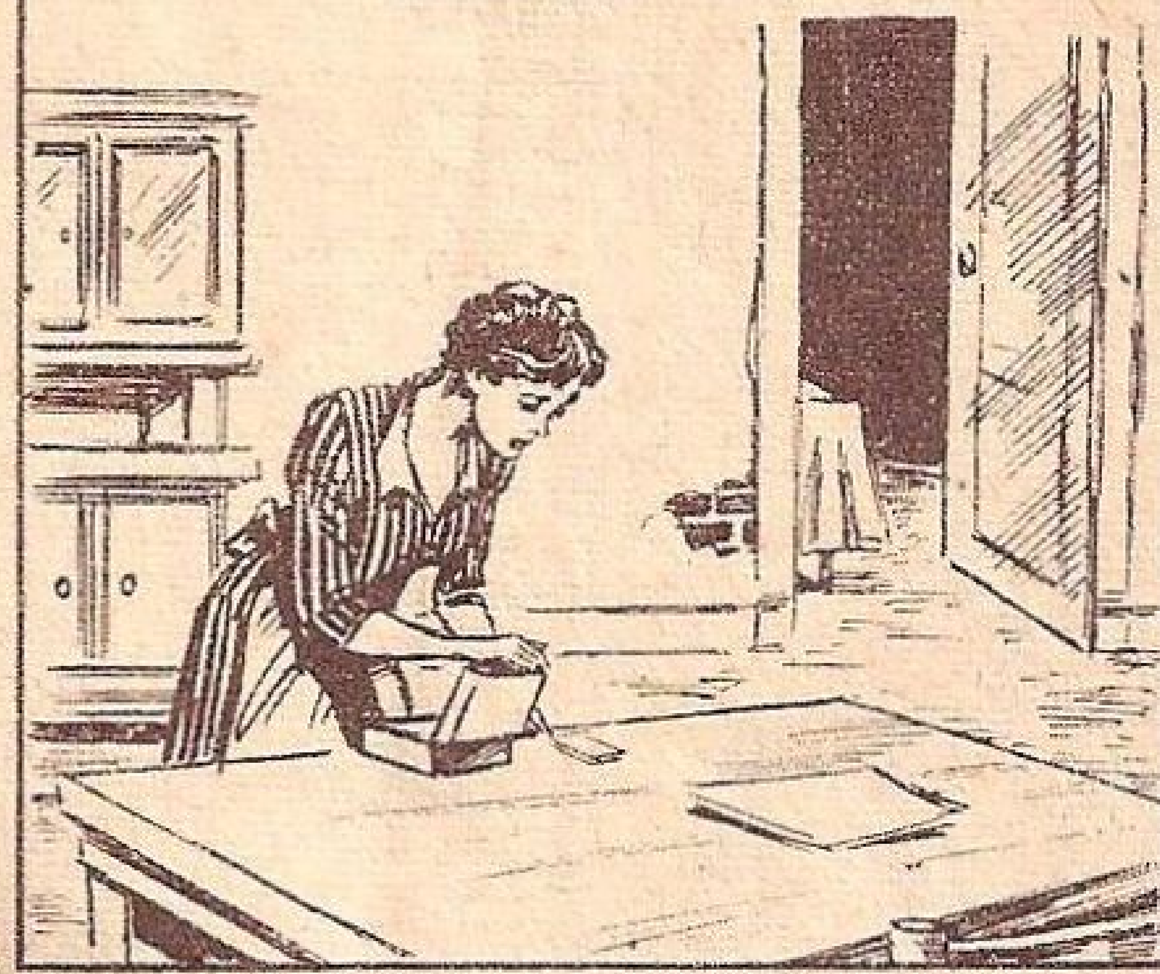
Primero prefirió a un forastero y ahora le permanece fiel, lo perdona cuando vuelve ebrio, lo recibe tras larga ausencia, cada vez que retorna al...



...hogar que ella sostiene con su jornal de lavandera y planchadora de varias hosterías.



Cuando concluye la temporada y mengua el trabajo, Clemencia está prevenida: tiene ahorros y es una excelente administradora.



"Si yo hubiese podido casarme con una mujer así, honrada, fuerte, limpia y... "donosita" —piensa Eulogio—mirándola en el silencio tirante que suele producirse entre ellos cuando el mozo llega de pronto con pretexto de un encargo...



...del hotel donde trabaja. "Se ve que la queman mis miradas. —sigue diciéndose— *De no*, podría poner sus ojos en mi cara alguna vez. Total, no soy un sarnoso, y bastantes...



...chinitas por ahí quisieran que yo les arrastrara el ala." Clemencia habla con su acento firme. "Eulogio, ¿cuántas veces querés que te diga que no vengas cuando estoy sola? Vos sabés cómo es la gente."



Vine para saludarte y te traigo noticias de la Rosario. Ahí tenés. La mujer deja la plancha sobre el brasero de leña ardiente y busca ansiosa la mirada de Eulogio.



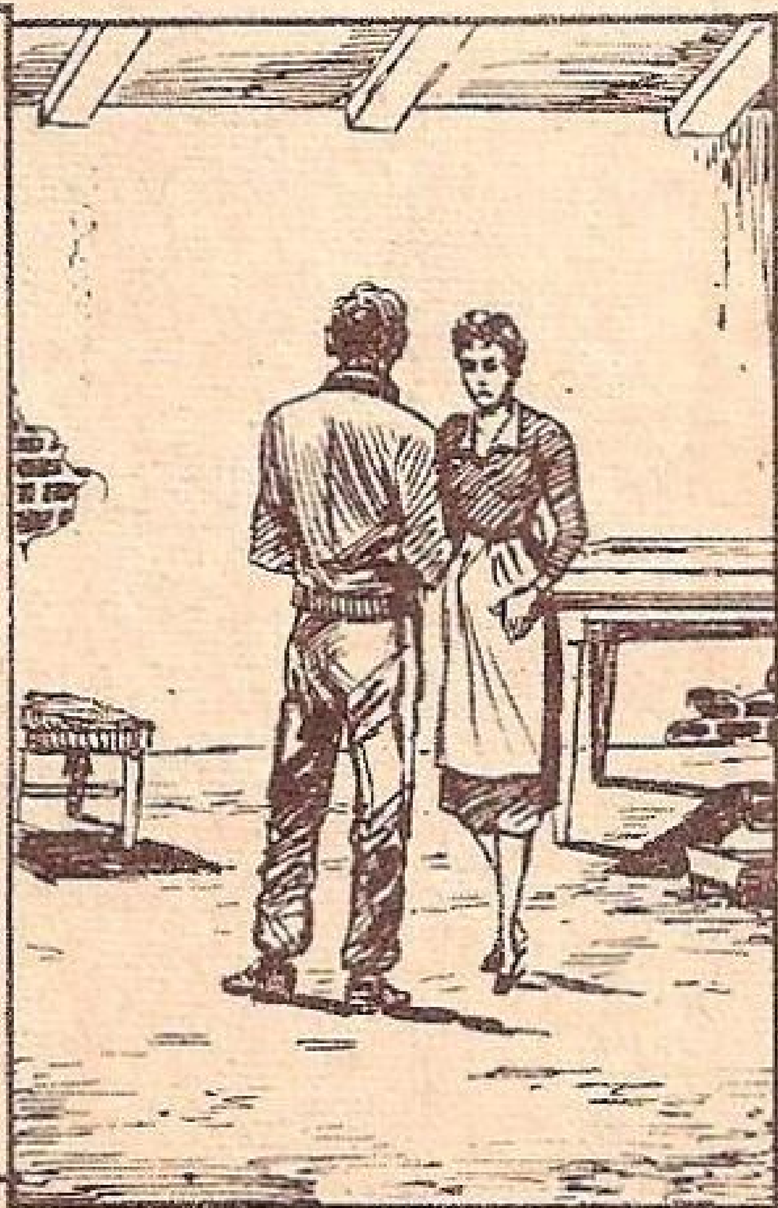
¿Rosarito? ¿Cómo se me porta? ¡Si supiera cuánto la extraño! ¡Mirá qué vida, tener que permitirle que se ocupara en Los Troncos! A mí me hace falta por la *compañía*...



...más que por la ayuda en el trabajo. Pero fue ella no más quien ha querido irse para *ganarme* plata. Figurate, una mocosa...



Eulogio reprime un suspiro profundo ante el derroche de palabras cariñosas con que ella recuerda a la chica. Y resiste con gozosa asfixia la honda mirada de aquellos ojos enormes y oscuros que tienen brillo de lágrimas...



¡Pobre Clemencia! La recuerda mocita, apenas de quince años, en la escuela de doña Paulina que la recogió de meses, cuando la abandonaron a su puerta.



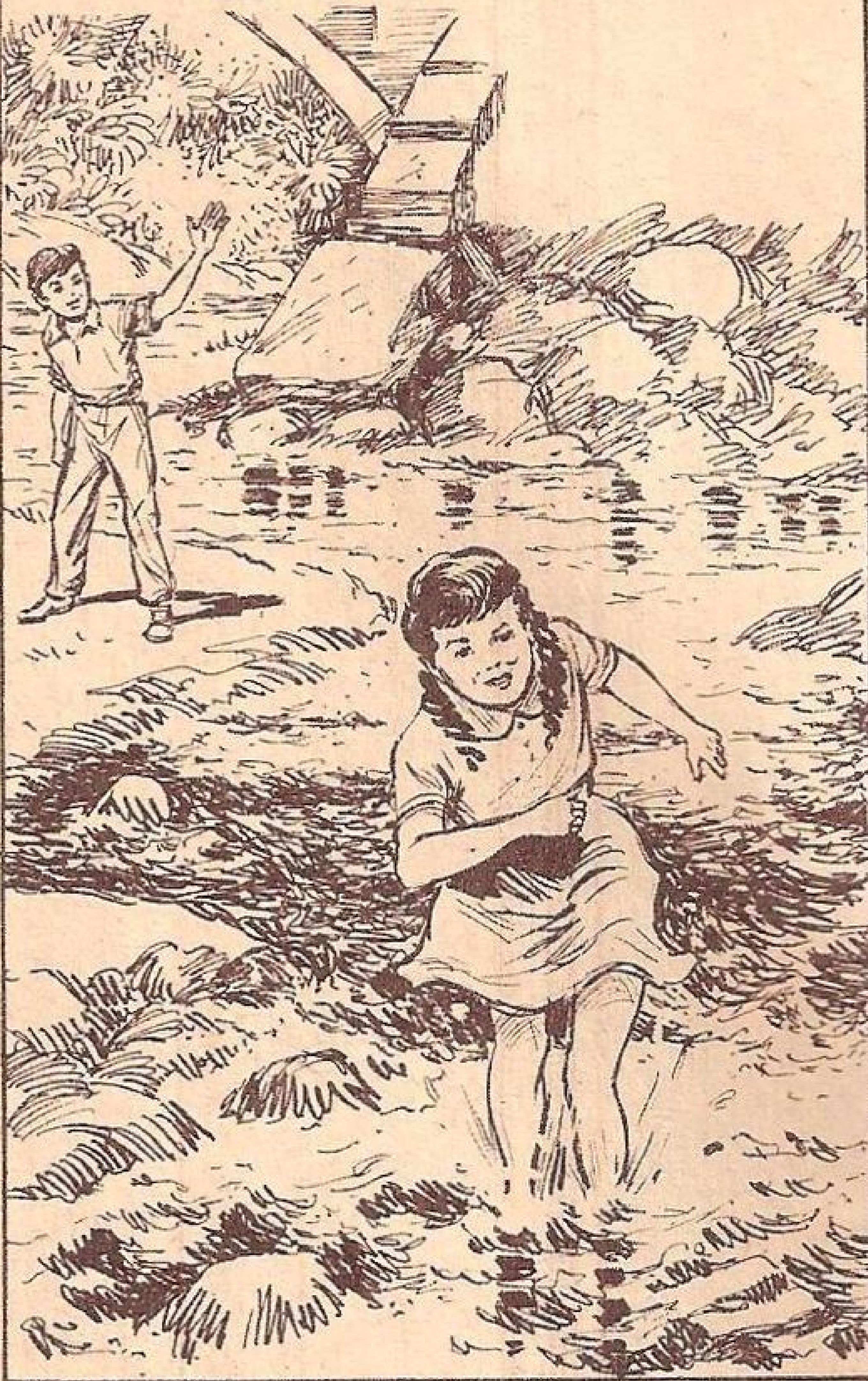


Aquella buena mujer vio una señal de la altura en la chiquita, y una compañía para su vida que ya se señalaba solitaria en medio de las sierras.

Crió y educó a la niña y hasta le puso nombre. Era una mujer noble y fuerte, quizá algo inflexible, muy religiosa y amante de la naturaleza.



Su casita de tejas coloradas era un oasis de pajaritos y de palomas torcazas. Eulogio recordaba a Clemencia con los pies desnudos en el arroyito que pasaba por ahí, las trenzas sobre el pecho, en medio de zureos...



Todos los muchachos vieron en la niña de la maestra a una criatura superior que conocía las cosas que están escritas en los libros. Tenía letra perfecta y hablaba con suavidad y gracia.



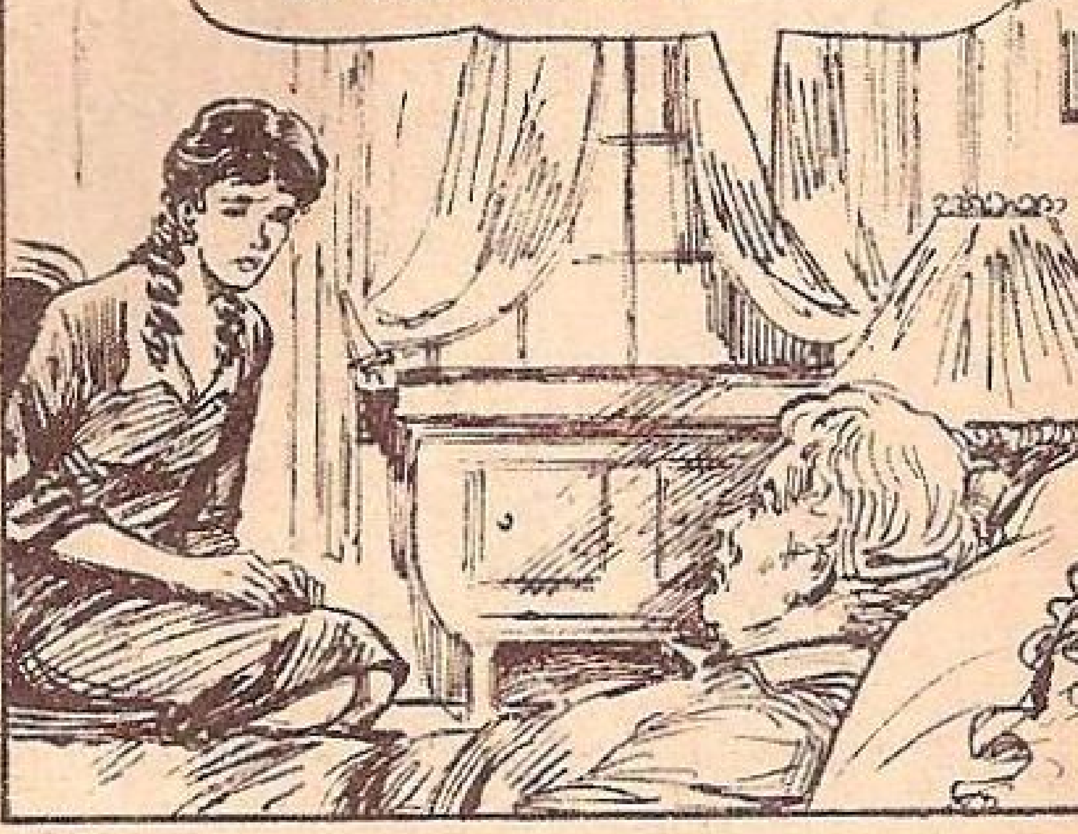
Clemencia quería mucho a su madre adoptiva. Más de una vez ella le habló de la necesidad de formalizar aquella adopción ante las leyes.



De lo contrario la casita, el sencillo ajuar, quedaría para cualquiera cuando ella, doña Paulina, muriese.



Una noche, la vieja maestra sintiéndose mal, determinó que al día siguiente irían a La Cumbre.





La señora "no amaneció" y como era natural, al cabo del tiempo llegaron unos sobrinos de Buenos Aires con todo el derecho para vender la casita y llevarse lo que contenía.

Clemencia lloró amargamente la muerte de su benefactora, sus recuerdos de infancia, sus días seguros. No se le ocurrió llorar el desamparo material en que la dejaba la imprevisión de doña Paulina.





Una de las sobrinas, bonita mujer, muy artificiosa en su arreglo y en sus palabras, propuso a Clemencia que se viniese con ella a Buenos Aires, como sirvienta.

Era una posibilidad que jamás contemplara aquella muchacha educada extrañamente, con un concepto a la vez sumiso y libre de su destino. Se negó, firme.



"Su buena hucha tendrá la pícara," comentó la sobrina en voz no tan baja como para no ser oída.





—Todo lo que me llevo de esta casa es lo que cosí o tejí con mis propias manos, señora. ¡Pobre Clemencia! No le faltó quehacer en los pueblecitos comarcanos donde conocía a mucha gente que la apreciaba.

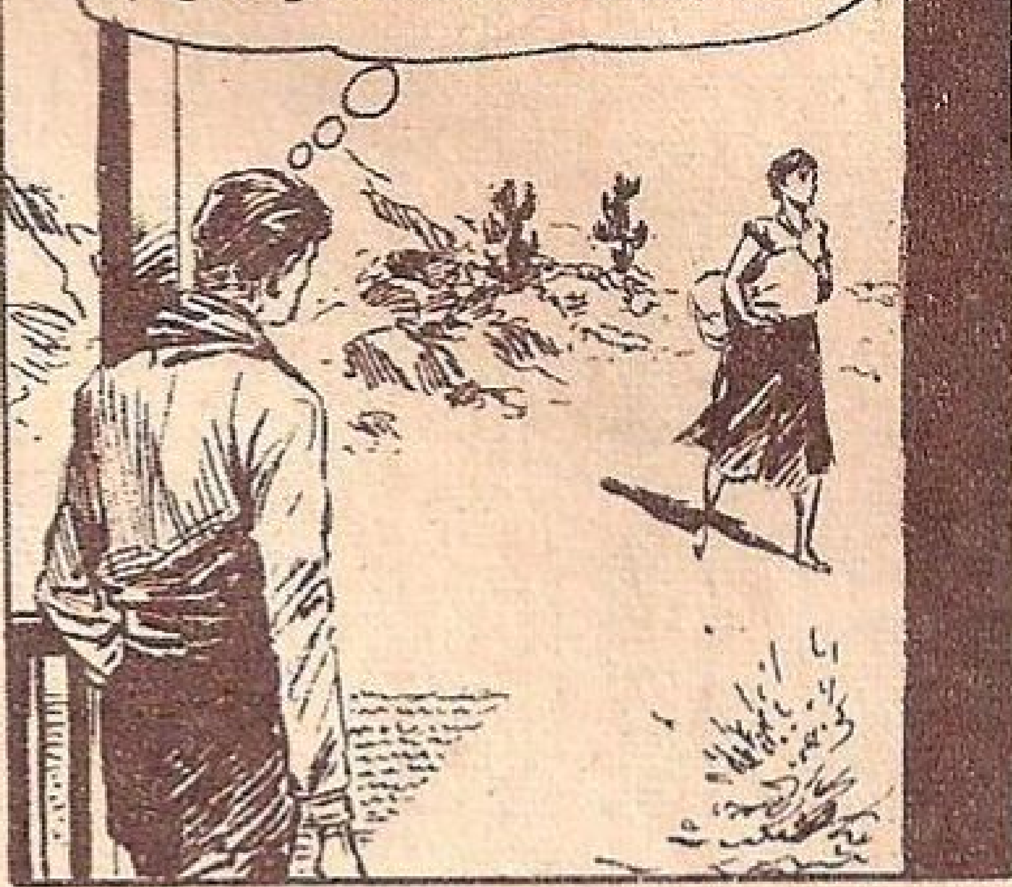
Bordó, lavó, planchó para la gente de los chalets que invernaba en las sierras, y se llenó de compromisos en el verano, trabajando para las hosterías.



Su aire distinguido, su belleza noble, seria, un poco triste, impresionaban a los mozos. Ninguno se atrevía a dirigirse a la pupila de doña Paulina, criada como una señorita, aunque más pobre que la última serrana...



Eulogio, desde su pedazo de tierra bien trabajado, la veía pasar muchas tardes, soñando con ella.



Tenía él su ahorros, su yunta de animales: era bravo en el trabajo y hasta se hizo hábil como mecánico para manejar los automóviles de las hosterías o de los turistas.



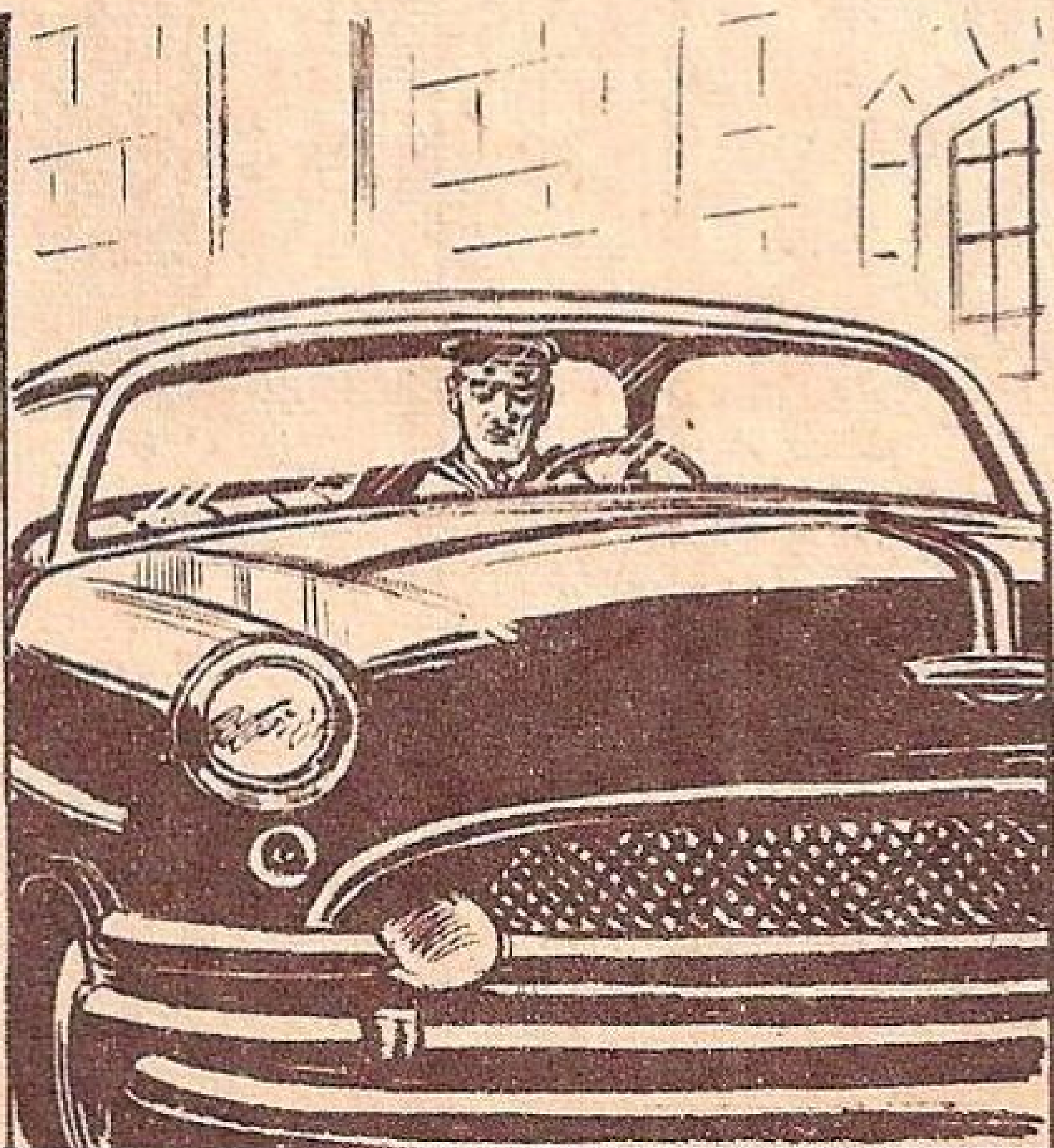


Más de una vez, a la salida de Misa, en la Capilla de Dolores, él iba a apareársele, con todo respeto. ¿Querría oirlo, podía aspirar alguna vez a que se casara con él?



No llegó ese día tan anhelado, por culpa de la timidez de Eulogio y porque las circunstancias determinaron otra cosa para Clemencia cuando llegó a las sierras Juan Trilla, chofer de los Martínez, dueños del gran chalet de la loma.

Era un hombre también "distinto", a propósito para la muchacha; tenía modales finos y siempre llevaba un libro a mano, cuando esperaba a los patrones. Buen mozo, grave en su trato, no se mezclaba con nadie.



Fue él quien enamoró a Clemencia y se casó con ella. De eso hacía ya quince años. ¡Pobre mujer! Ahora, la hija de catorce mandaba en ella como mandaba Juan, que de pronto abandonó el trabajo y se complicó en asuntos turbios.



Y Eulogio, soltero y enamorado siempre de la única mujer, solía decirse que aquella pobre, laboriosa, infatigable, recta como la hoja de un cuchillo, sólo entendía de exigencias para consigo misma y de constante don para los otros.



Viéndola frente a él, ansiosa por saber de la chica, pregunta Eulogio con rencor en las palabras.

¿Y Juan?



—En La Rioja para la cosecha de aceitunas. —¡Ahá! ¿Qué hay de eso que vos le rebatís siempre, Clemencia? ¿Sigue siendo "un hombre de ideas"?



No te burlés. Me prometió que iba a enderezarse, Eulogio. Han sido las malas compañías, ¿sabés? Pero... la nena es ya mocita, y yo...

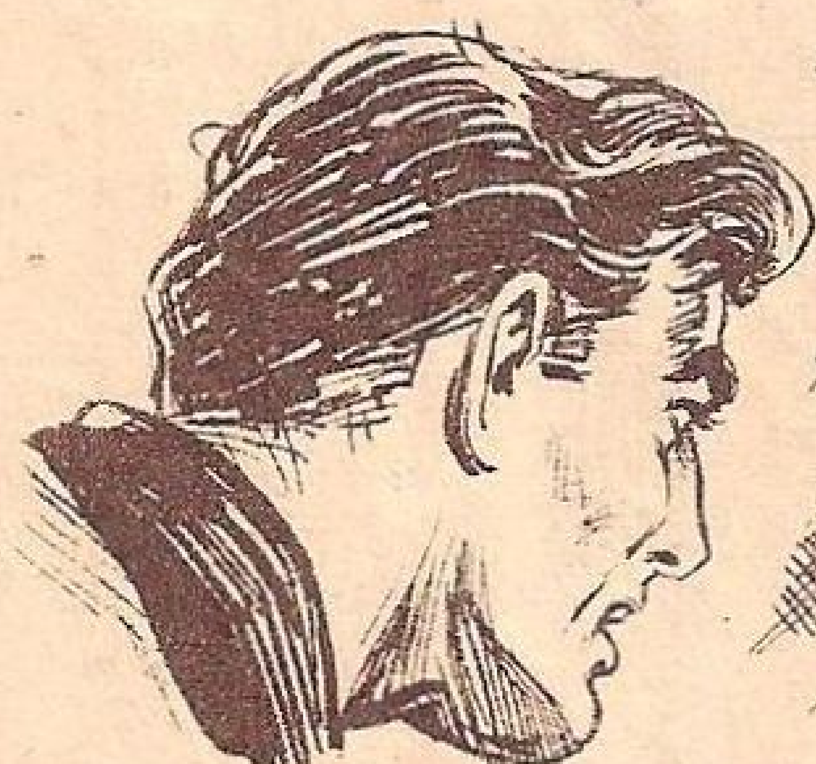
Vos te estás haciendo vieja esperándolo...



Se pasa ella las manos agudas y morenas por la frente, despejándola de las mechas rizosas que escapan de su firme trenzado y la dulce boca sonríe, triste: —Decís la verdad. Vieja es lo que me estoy haciendo... pero tengo...

...una chica de casi quince años. Es justo, ¿no?

Vos te casaste a esa edad, Clemencia. Lástima que no fue conmigo. Yo te quería. Pero sólo tuviste ojos para el hombre ése. No sé de que te ha servido leer los libros de doña Paulina.



Ella se detiene en mitad de la habitación mientras prueba la plancha. Luego responde gravemente: —Todo lo que aprendí me sirve para soportar la vida; son cosas que no entendés, Eulogio.



Y él se enternece al verla inclinarse sobre las piezas blanquísimas. Pues sabe que las ha lavado en el arroyo casi al alba, golpeándolas contra las piedras fulgurantes de mica.





Ese valor, esa eficacia, esa honradez enamoran al hombre mucho más que las desnudeces que ve en el hotel Los Troncos, y que las audacias a las que asiste como pasmado testigo cuando dirige el automóvil de la casa, en que conduce a los turistas.

Hay hermosas mujeres, blancas como palomas, rubias como el oro: parecen de otro mundo con sus vestidos apretados y las manos brillantes de joyas...





Sentadas en las altas sillas del bar del hotel apuran cigarillos y consumen bebidas fuertes, ríen con todos sus dientes y se tutean con los hombres jóvenes o maduros con los que bailan muy abrazadas.

Eulogio debe llevar en el coche a las parejas. Demasiadas veces las oye reir, escucha dudosos chistes y se asombra de la facilidad con que pasan de un "entusiasmo" a otro.



Clemencia junta su manos y mira al amigo, ansiosa. Rosario es el ángel del consuelo en sus noches solitarias; le parece verla en la sillita de paja enhebrando una aguja...



...con hilo colorado, mientras ella trabaja, infatigable. Para ella, Rosarito es aún la nena que se sentaba en una piedra del arroyo mientras ella lavaba o contaba cuentos. Una nena, una criatura que huye de su falda...



. . . y que desea ganar dinero. No. Clemencia no logra ver una mujercita en su niña. Pero ella la domina como la domina Juan . . . a causa del sentimiento exclusivo, punzante.



—Eulogio, sabés que confío en vos. No creas que no tengo miedo por mi palomita. El mundo de ahora no es bueno, Eulogio.





—¿Qué sabés vos del mundo si no salís de entre las paredes de este rancho? Clemencia responde mientras la plancha desliza su pesadez de hierro sobre unas puntillas que van escarolándose: —Leo, oigo, miro y... *pienso* siempre.

—Claro, pensás en *él*.—Sí, pero sobre todo en mi hijita.

Te ruego que veles por ella, Eulogio.





El hombre reserva sus temores porque hace tiempo que observa a la morochita gentil, encargada de los roperos de Los Troncos. Ya no tiene el gracioso temor con que empezó a trabajar. La escuela de seducciones y de libertad ha instruído a la chica serrana que se . .

. . . pinta los labios con el nuevo rosa blanco y acentúa la línea azul de los párpados, prolongándolos hasta las sienes. Está preciosa y muy dueña de sí. Algunas señoritas le han regalado prendas que obtienen un maravilloso realce . . .



...cuando Rosarito las viste: por ejemplo, esa blusa de nylon verde agua, la sarta de perlas Dior que le regaló una joven chilena por haberle planchado sus pantalones de montar...



Eulogio vuelve de sus evocaciones temerosas al oír a Clemencia que lo mira parpadeando: —Decime una cosa; vos que sos todavía joven y tan bueno y trabajador, ¿por qué te fijás en mí cuando Rosario es niña, tan bonita y más a la par tuya?



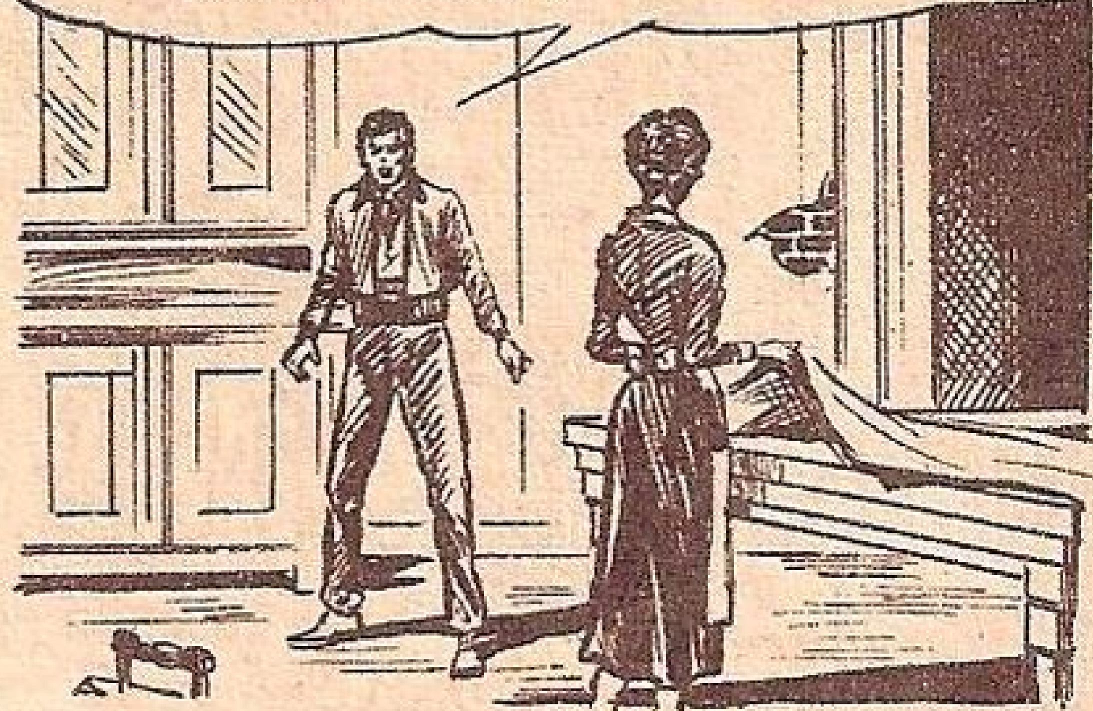
El hombre siente mordido el corazón. De modo que no solamente no lo quiere, sino que hasta le propone otro cariño. Y con esos ojos de inolvidable sufrimiento...



El moreno limpio del rostro de Clemencia se ha puesto casi blanco al oír a Eulogio: —¿Estás loca? ¿Por qué no me clavás un cuchillo hasta la empuñadura en este pecho que te quiere?



¿Por qué no me largás los perros para que me acorralen como a un estúpido que soy? ¿Te creés que al querer se lo manda?

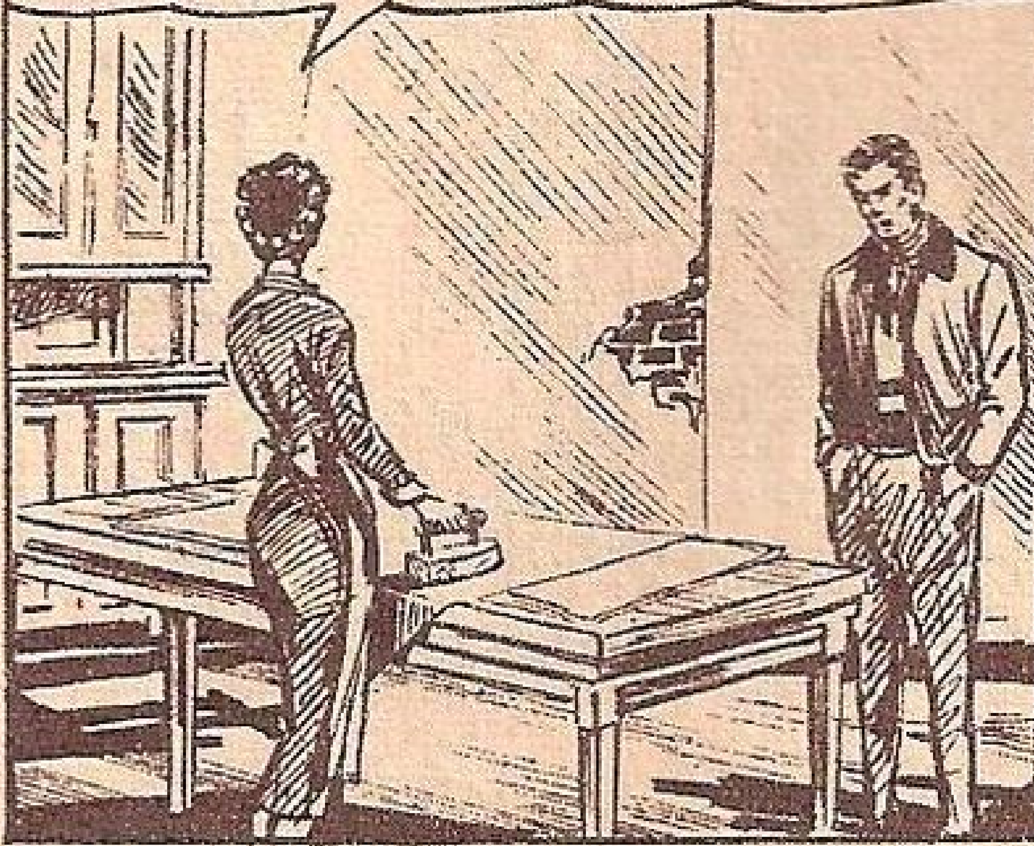


–Todo eso que acabás de decir lo sé porque lo vivo. —dice ella en voz baja retomando su labor de plancha. ¡Qué poder tiene para hacerlo sufrir, para revolver el puñal en la herida! Sí, ella sabe que al querer no se lo manda...



Por eso no olvida al bandido de Juan y apenas oye su nombre le tiemblan las manos y los labios. Está marcada a fuego por él como una res sumisa, suya.–Pero, claro...

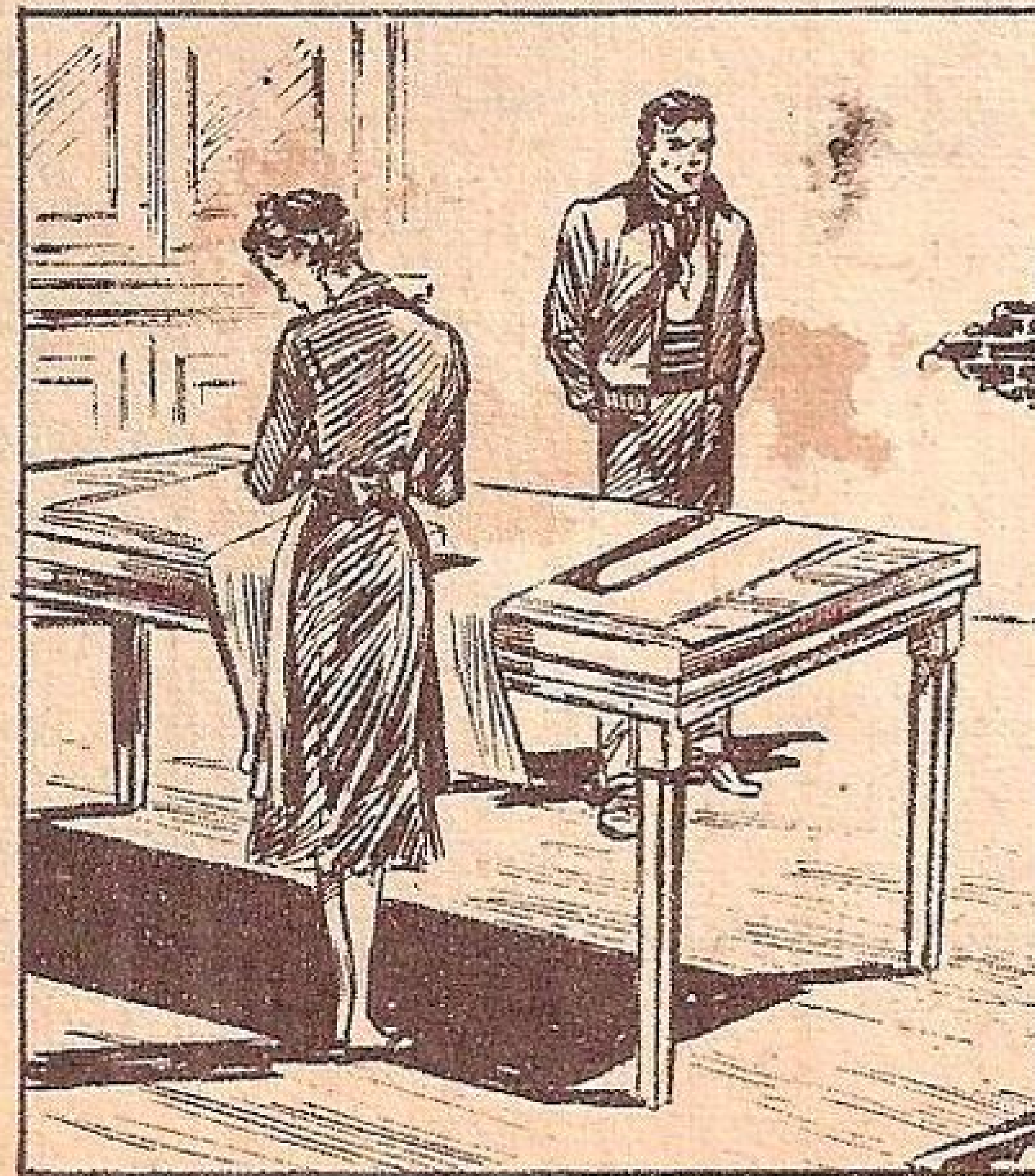






–Cuídame a Rosarito. Y a lo mejor, cuando veas qué linda es, se te pasa este capricho que tenés conmigo. Yo soy una mujer casada, casi una vieja, y vos un hombre muy decente y buy bueno...





Con un supremo esfuerzo de su carácter vertical, y dominado por el respeto que siempre le ha merecido ella, Eulogio resiste la tentación de atraer ese cuerpo delicado que se mantiene erguido y necesita un sostén, de besar la boca pálida...


Estrecha apenas la mano de Clemencia y sale huyendo: —Vigilaré a la Rosario. Tengo que llevar gente a La Cumbre.
Me esperan en *Los Troncos*. Hasta pronto...


Esa mañana comprueba Eulogio con secreto miedo, que la niña de Clemencia se está pareciendo mucho a las que lo sorprenden con su atrevimiento. El brillo de los ojos, la palabra rápida, hallan un blanco fértil en algunos hombres que se detienen frente al escritorio donde está la chica.

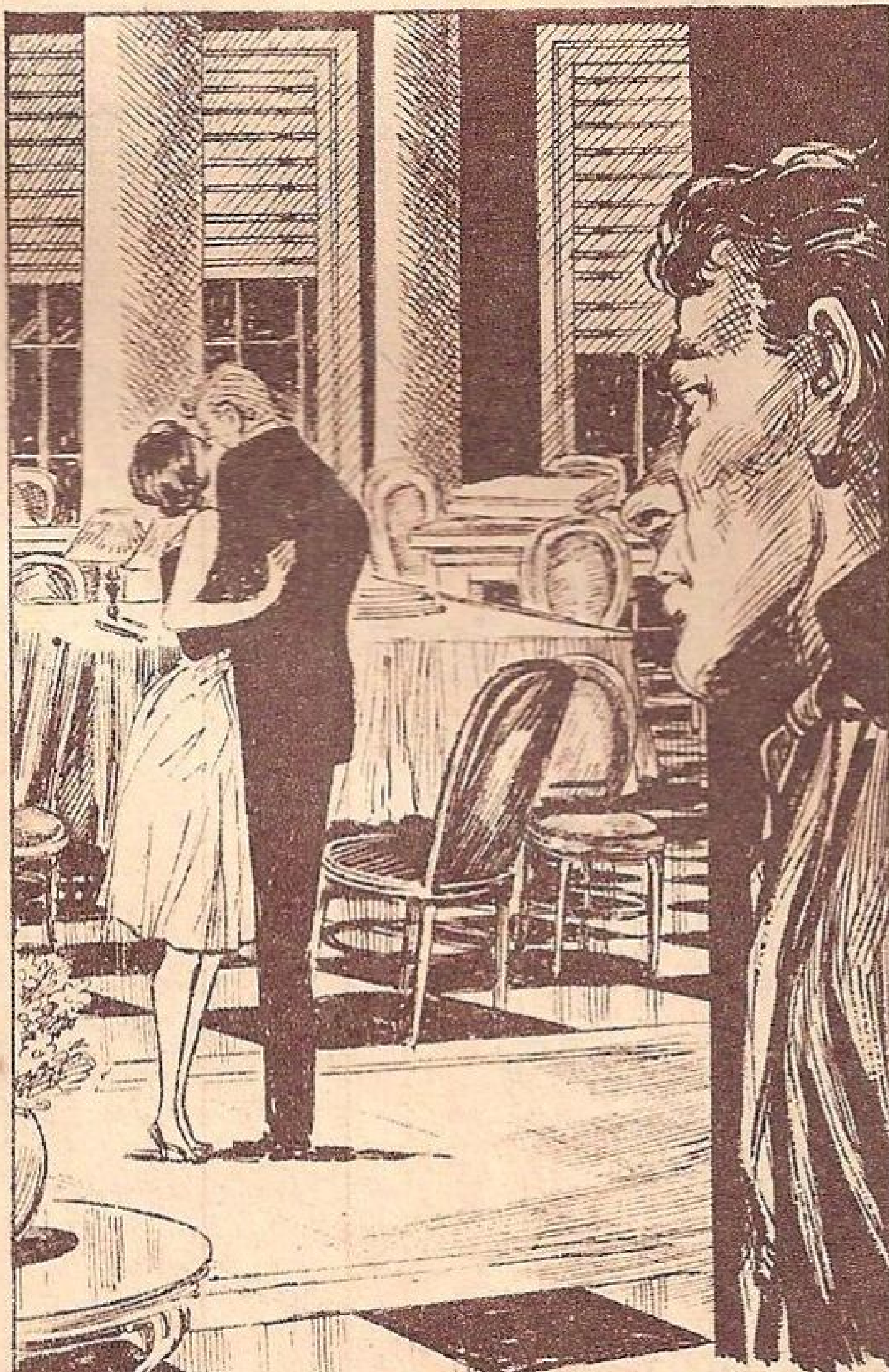

Rosario lleva muy ceñida la blusa, corta la falda. Se reclina con dejadez sobre el mostrador, y el hilo de perlas...

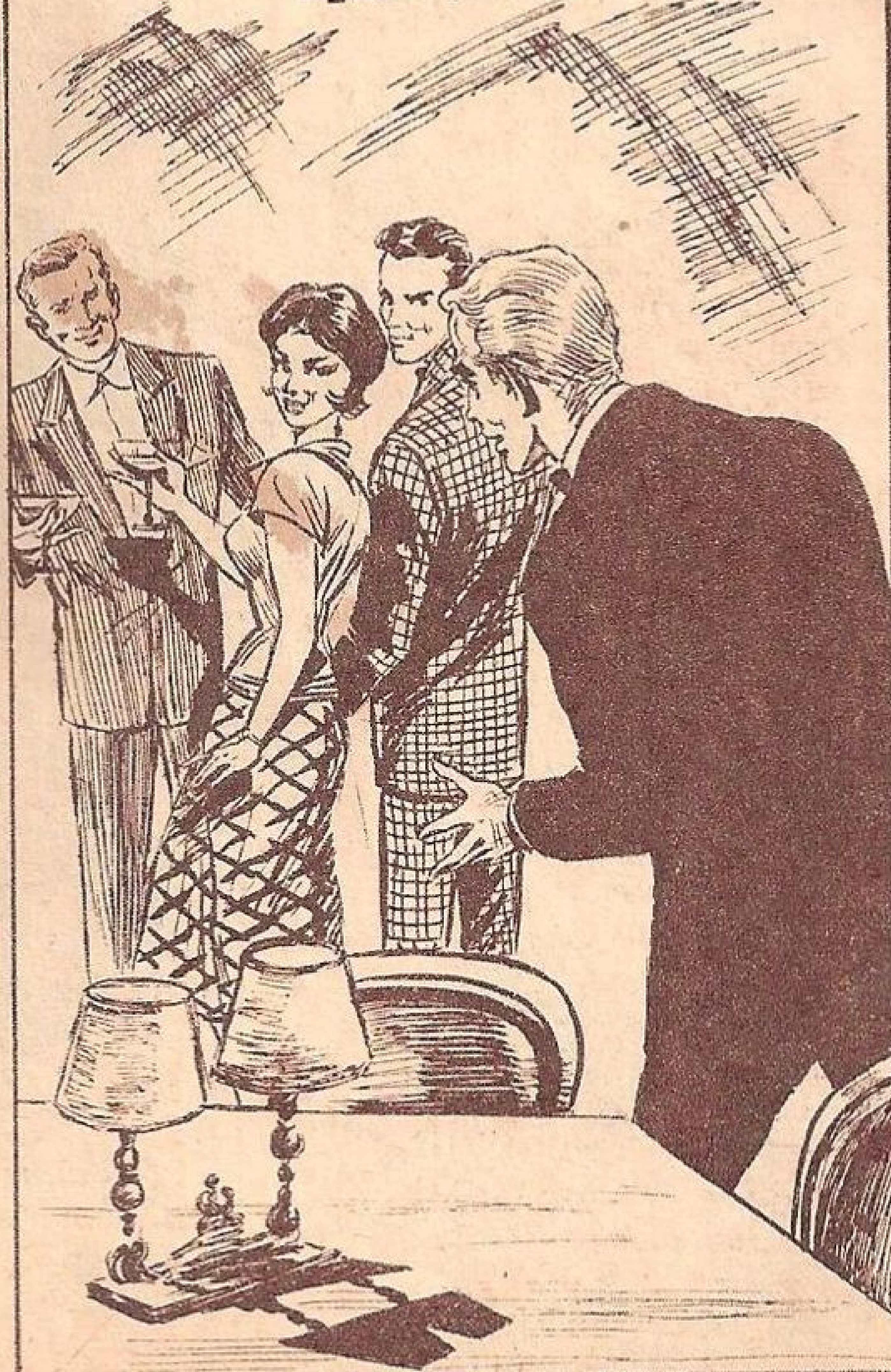

...tiembla en el generoso descote. Un hombre y luego dos muchachos cambian palabras y risas con ella. Eulogio asiste asustado a semejante proceder.


Lo cierto es que pocas veces miró a la niña, del todo fascinado por la madre infeliz. ¡Qué línea de tentaciones ofrecen estos años frescos y atrevidos!


Pero la sangre no se altera en los pulsos de Eulogio por ese descubrimiento, sino al evocar el ruego de Clemencia:
("¡Cuídame a la Rosarito, por amor de Dios!")


"¡Pobre mujer!" —piensa el enamorado—"Nada le sale bien en la vida y eso que pone en ella lo mejor de su alma." Y vigila a la chica. Tiene motivos para inquietarse.


La ha visto besarse con un mozo demasiado elegante, aceptar un cóctel en el bar, cuando los dueños han subido al "hotel de atrás", como denominan a la parte de la casa donde viven.


Rosarito busca las horas en que los comedores están desiertos y el bar casi desmantelado. Finge ocuparse de algunas tareas y juega brindando con algunos jóvenes.

Sin embargo, es astuta y rápida. Sus escarceos no la comprometen: no va más allá de las caricias rápidas que consiente como una niñita que recibe bombones a cambio de una gracia.





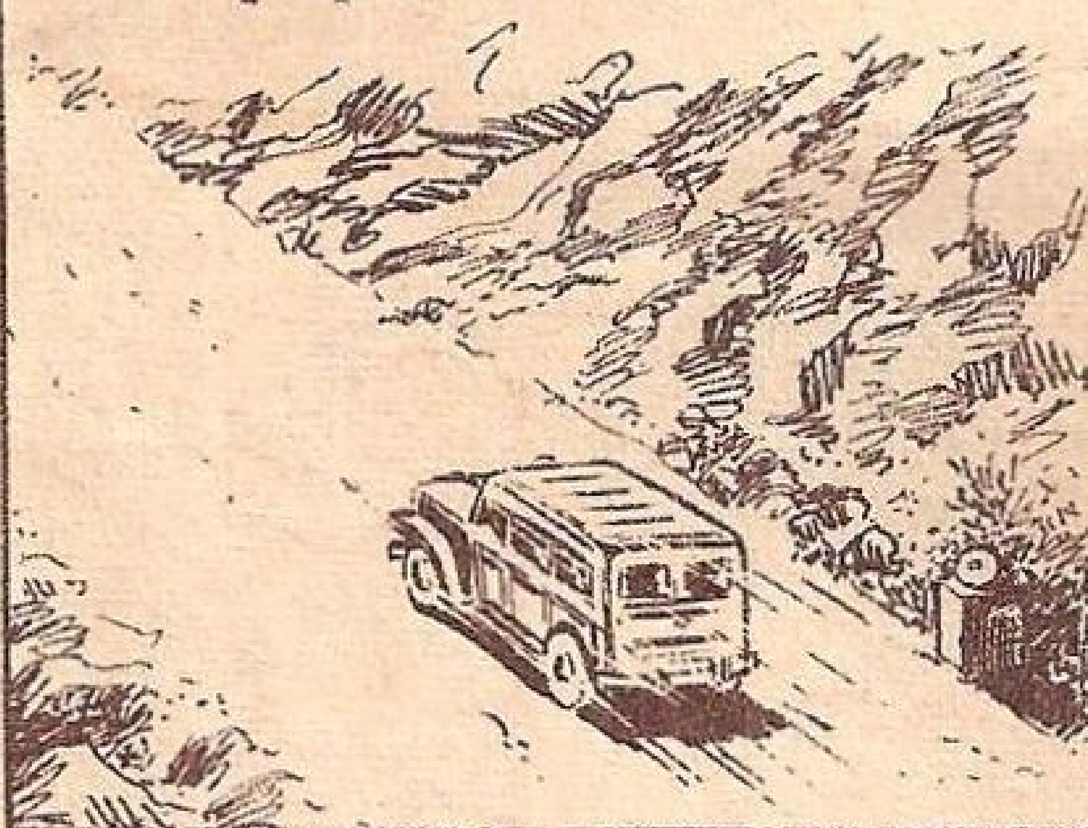
Una tarde, Eulogio oye hablar de Rosarito en la rural que conduce a dos galantes turistas jóvenes.



—Me gustaría saber si es capaz de querer —opina el más serio de los dos, un muchacho muy buen mozo.



..."y habrá que matizarlo un poco, ¿no te parece?" Eulogio oye a los que conversan a cara descubierta, ignorándolo. Uno de los dos —el deportista— se propone la conquista...



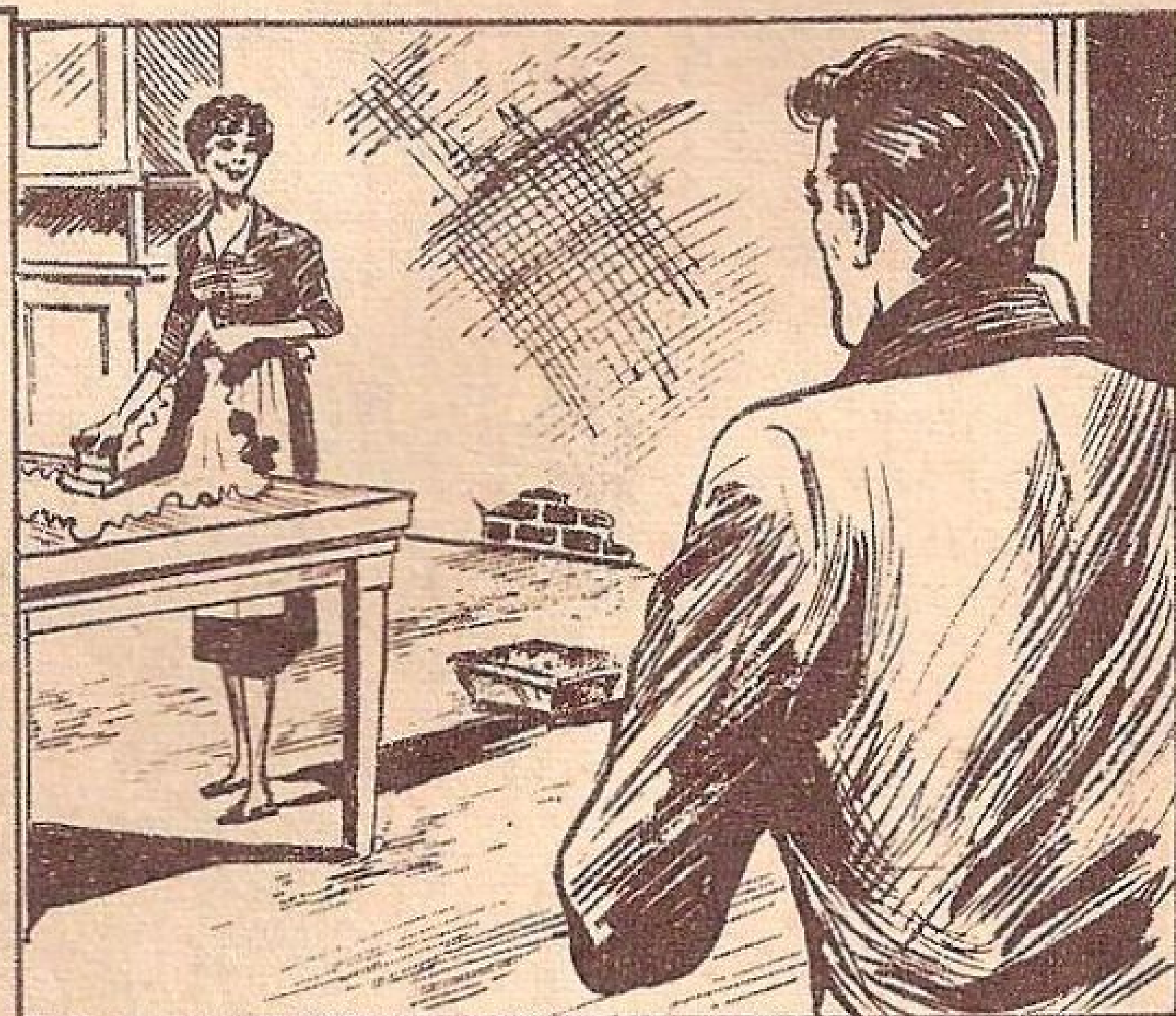
..."completa" de la niña. Habla de táctica, de dones y de que parece tratarse de una florecilla silvestre pero rara, nada *fácil* como otras.



Mientras dirige la máquina, Eulogio piensa en el peligro que acerca a la pobre chiquilina. Si llega a parecerse a su madre la esclavizará ese tipo que es buen mozo y tiene una voz muy suave...



De nuevo se aproxima al rancho de Clemencia que está muy contenta. Parece vibrar en ella un estado especial que sorprende al que la quiere, y recibe en las reacciones de la piel lo que pasa por el alma de su ídolo.



—Vuelve ese... hombre, ¿verdad?
—Adivinaste, Eulogio. Me escribió desde La Rioja. Ha trabajado bien. No quiere que Rosarito vaya al hotel ni que yo me afane más.





El hombre traga saliva y ella canturrea, planchando. —Ha dejado a esos amigotes de las ideas raras. Mi Juan es bueno, trabajador, inteligente. Ahora vamos a ser felices.

Ocultas lágrimas caen sobre el desierto de sal de su espíritu triturado, mientras Eulogio piensa alertar a la madre, inquietarla, ponerla sobre aviso para que salve a Rosarito.



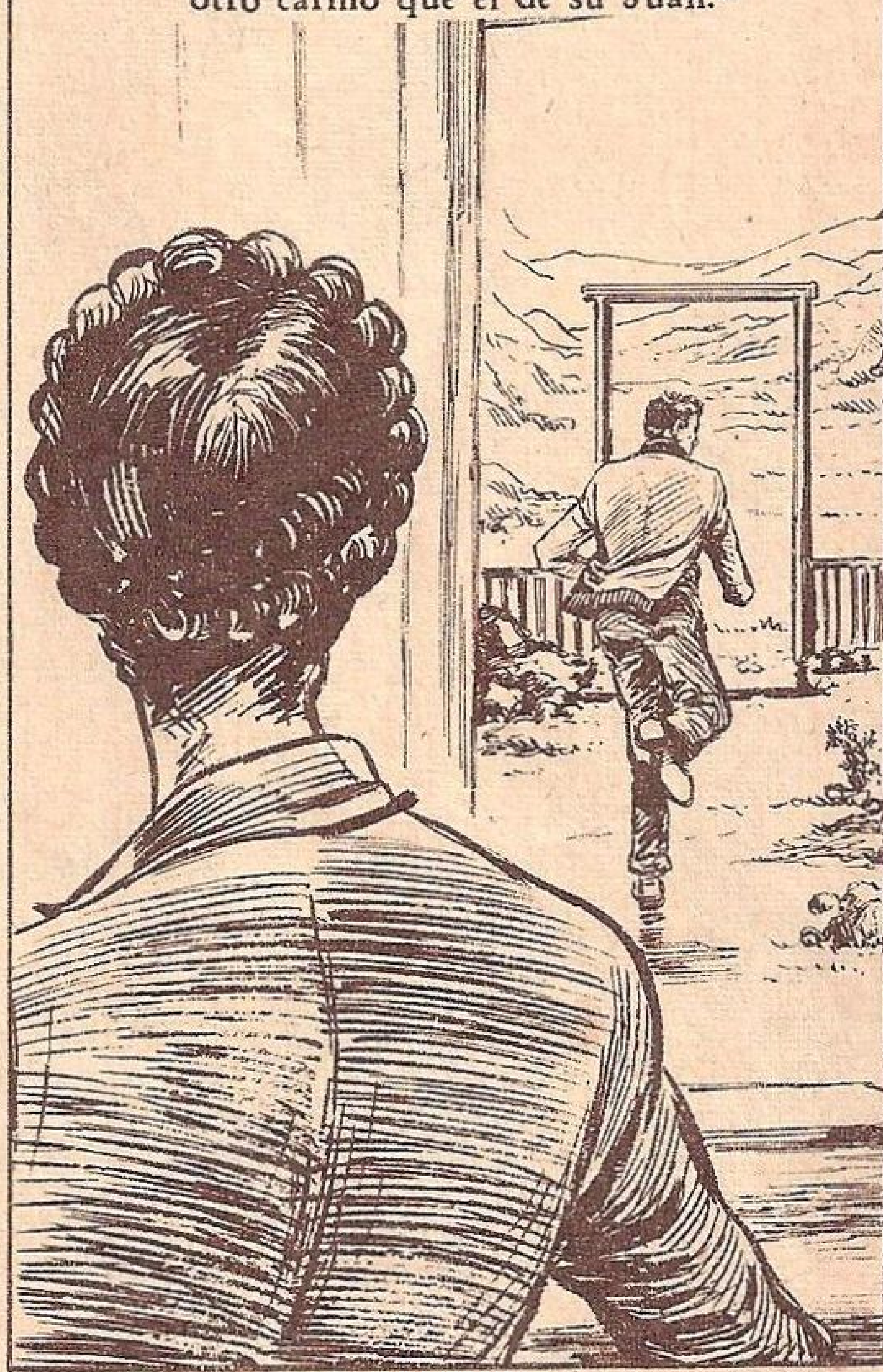
Pero siente erguirse en él toda su tiniebla humana. Que la salve el padre tan amado y siempre esperado. ¿Acaso él, Eulogio, tiene algo que ver en este asunto? Clemencia tan sabia y llena de lecturas, ¿no deja que su chica se se meta en el fuego?



Pues que se queme... si Dios no la salva. El rencor, la ira, los celos, la deseperación, azotan el alma de Eulogio. Clemencia, con delicado instinto, deja de canturrear.



Y de pronto lo ve huir como un alma en pena, sin despedirse: "¡Pobre amigo! Tan recto, tan bueno. Nunca alentó ella ni su más leve esperanza, porque jamás supo de otro hombre, de otro cariño que el de su Juan."





Ha pasado una semana. Hosco, reconcentrado, Eulogio ronda el rancho de Clemencia.
Esta mañana por fin el cuchillo se ha clavado en su pecho...



—¡Si supieras— murmura el hombre mordiendo su rabia, cuando oye cantar a Clemencia en el arroyo, mientras lava.





Ha visto a Clemencia abrazada a su marido a la puerta del rancho. Distingue el perfil atezado de Juan y sus manos apretando la cintura de la mujer. Es su único dueño...

Por la noche, Eulogio se mete en la cantina dondes bebe ginebra tras ginebra y oye hablar favorablemente de Juan.



Trajo plata y ganas de trabajar. Se ha empleado con los señores Ferreyra. Y rehusó venir a beber con nosotros.



El regusto malsano de la bebida, el rencor y los celos nublan a Eulogio como si estuviera poseído por el mal. Quisiera ensombrecer ese cuadro de hogar dichoso con dañina tiniebla.



Si Rosarito se pierde, la culpa será también del padre, ahora tan querido y alabado, por haberse ausentado del hogar y consentir en el trabajo de la chica.



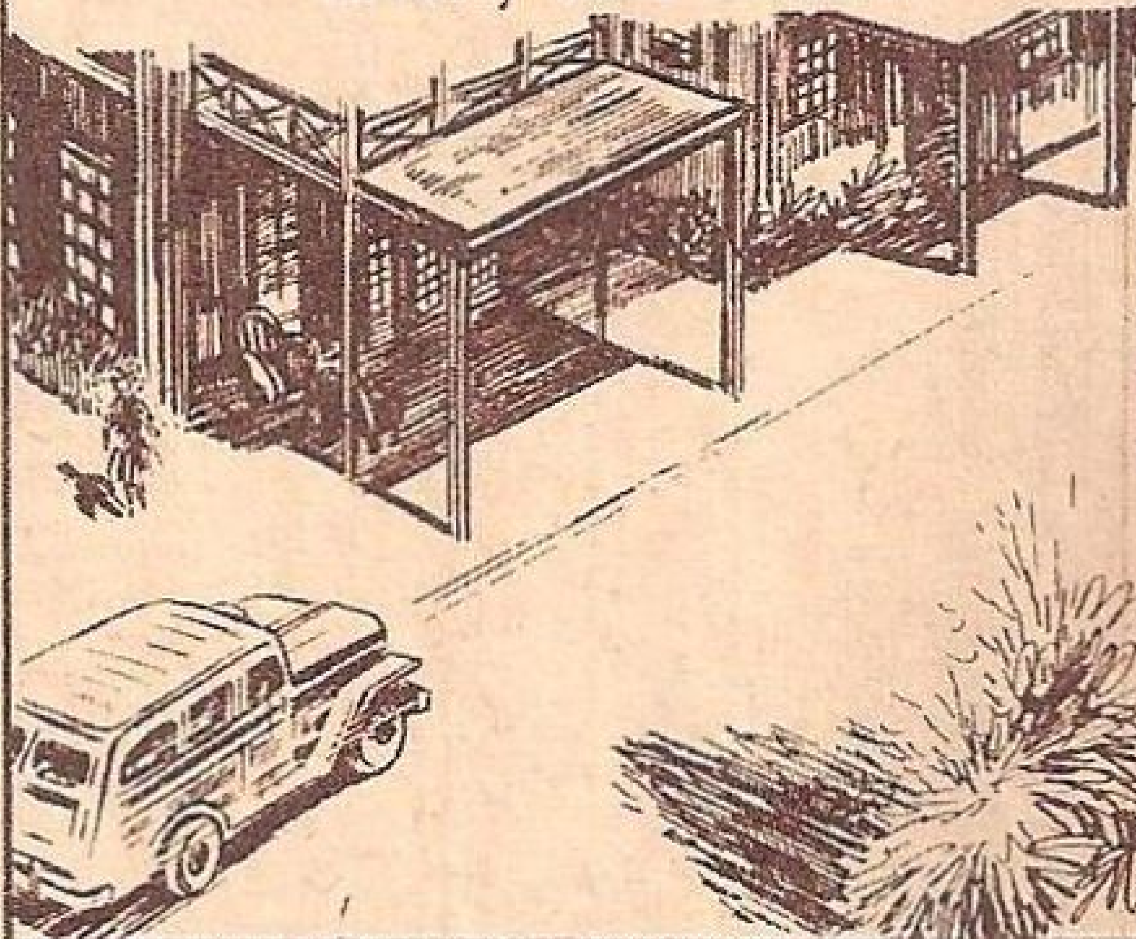
Eulogio erra por el campo oscuro y se desgarra entre las espinas que duelen menos que su desesperación. En ningún momento oye ni ve a Clemencia suplicándole por su hijita.



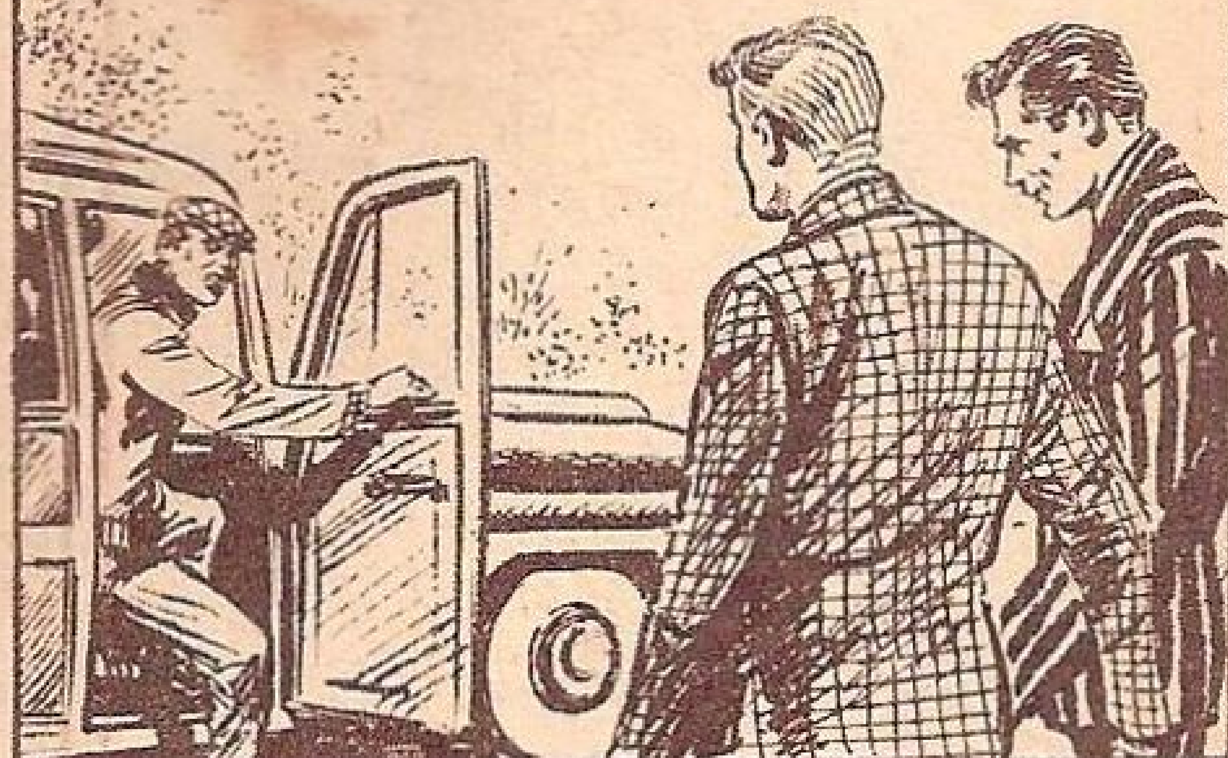
Sólo puede evocarla en brazos de su dueño, cubierto el rostro de besos, enlazada por los fuertes brazos.

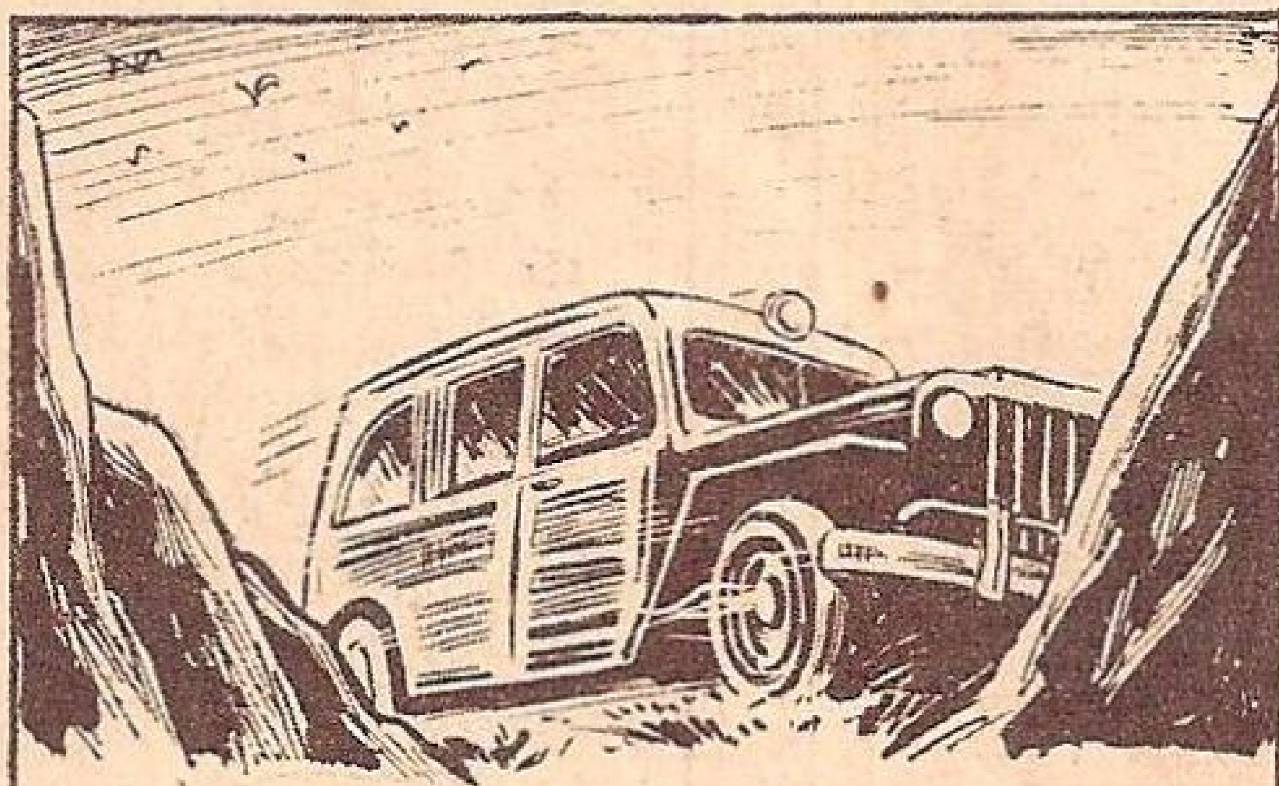


Desconoce el rostro adusto, las palabras ásperas de Eulogio que apenas para en el hotel, pues es mucho trabajo llevar y traer turistas.



Caída la tarde lo sorprende el pedido de los dos jóvenes amigos para que los lleve de paseo. Pensamientos lúgubres oscurecen la mente de Eulogio mientras endereza la...





...camioneta por los caminos tortuosos de la montaña. Ignora la belleza del paisaje que lo llama con sus verdes agresivos y sus jardines en suspenso como acuarelas de ensueño y color en las quebradas...

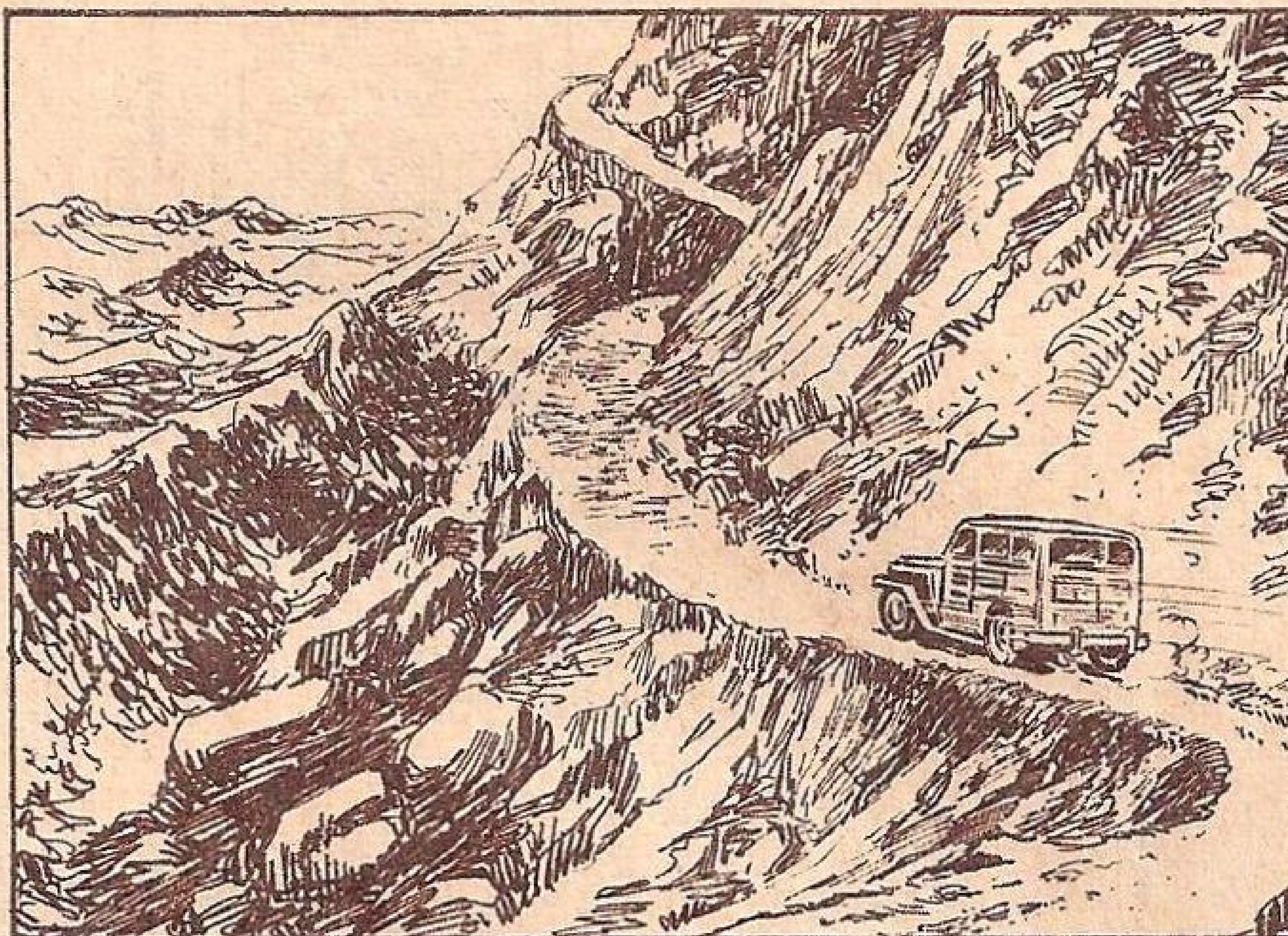
Ahora el deportista se refiere a sus victorias galantes. Y sale a la odiada voz el nombre y la referencia de la empleadita del hotel. El deportista se despide del amigo.



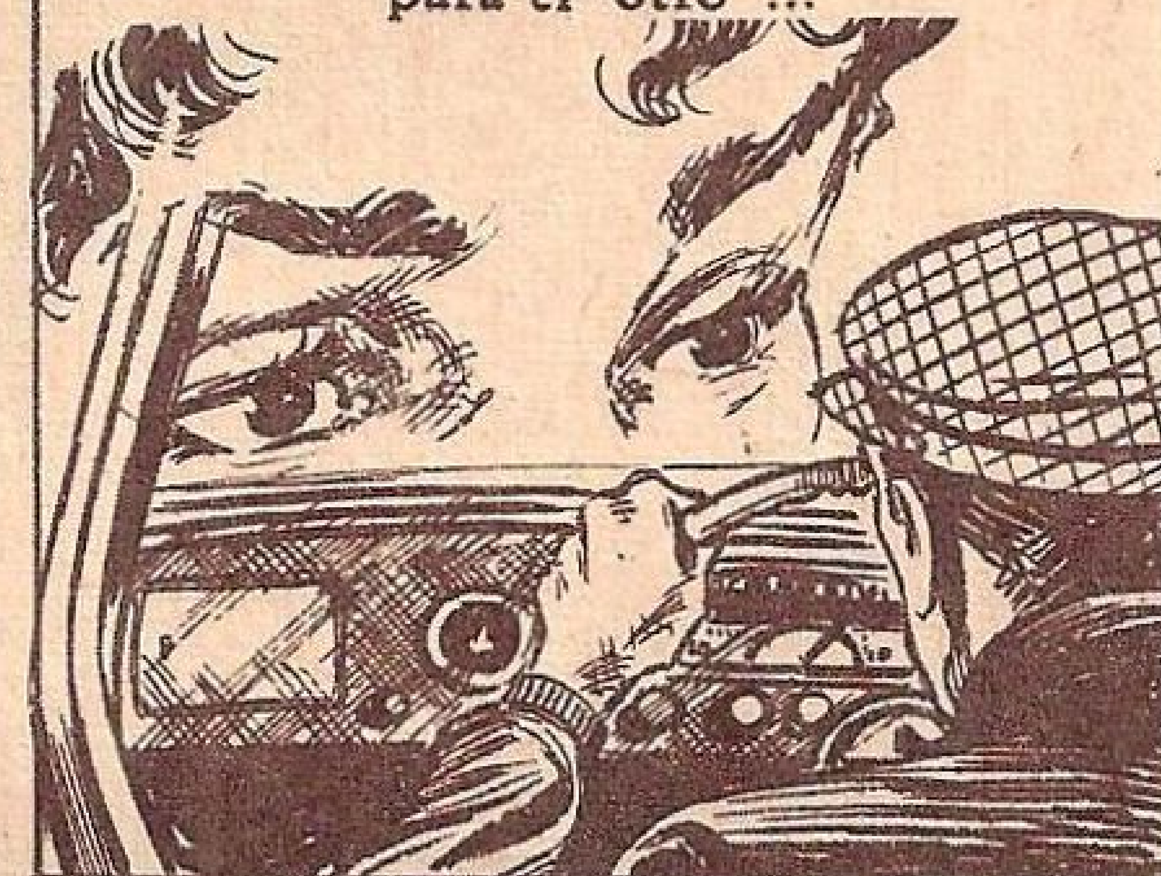


—A ver, Eulogio, deténgase en la estación de servicio. Vamos a cargar nafta, porque esta noche voy a necesitarla para llevar a pasear a alguien. Da con el codo al amigo...


—Una morocha de mi flor, con bastantes espinas. Confío que el paisaje la convenza...
Un guiño rubrica la afirmación maliciosa, y el compinche admira: —Sos un tigre, che...


Ahora van solos Eulogio y el don Juan, carretera arriba. El coche devora la cinta del camino. Eulogio lleva clavados los ojos sobre la ruta que va empinándose. Quisiera subir en un vuelo esa espiral tremenda al borde del precipicio...

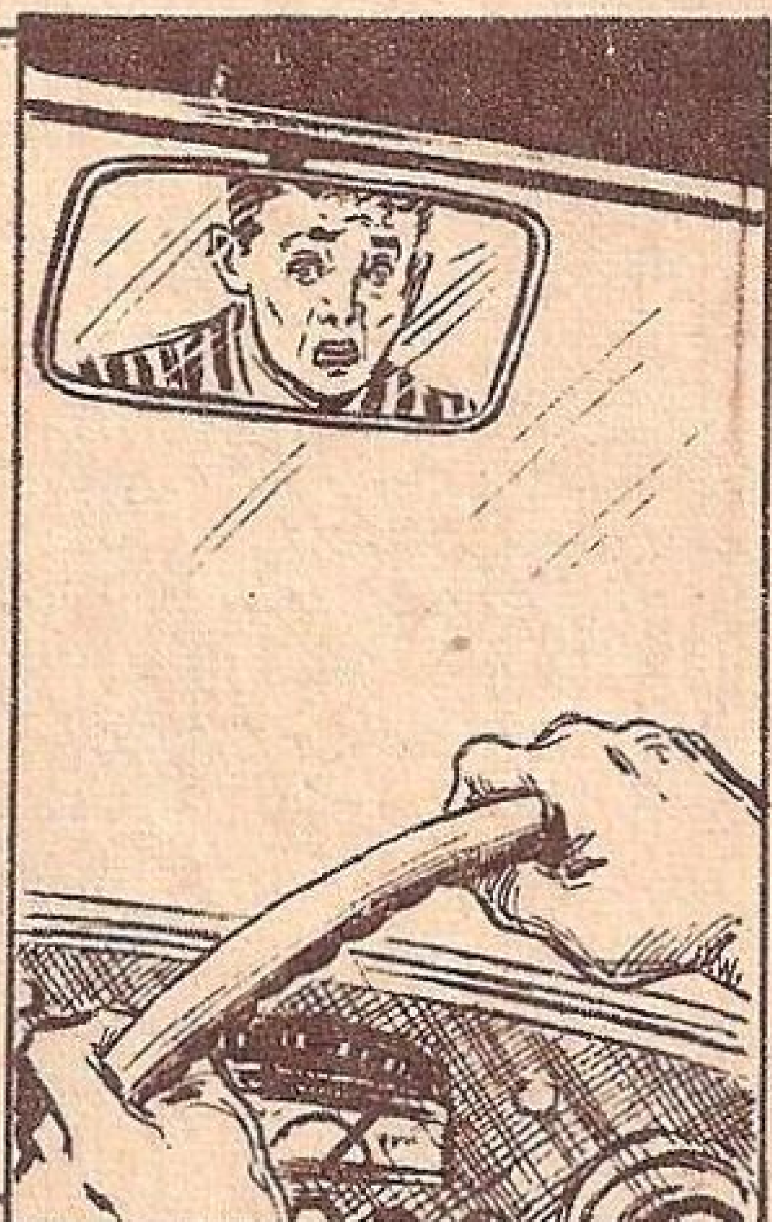

...para desahogar la furia,los celos que lo atosigan. No tiene mirada para el paisaje ni oídos para la advertencia asustada del turista: —Afloje el acelerador o nos estrellamos.


Se oye la bocina alarmada de un coche que baja por la pendiente. Para Eulogio el paisaje se desmesura dentro de unos ojos lóbregos que ahora brillan para el "otro"...

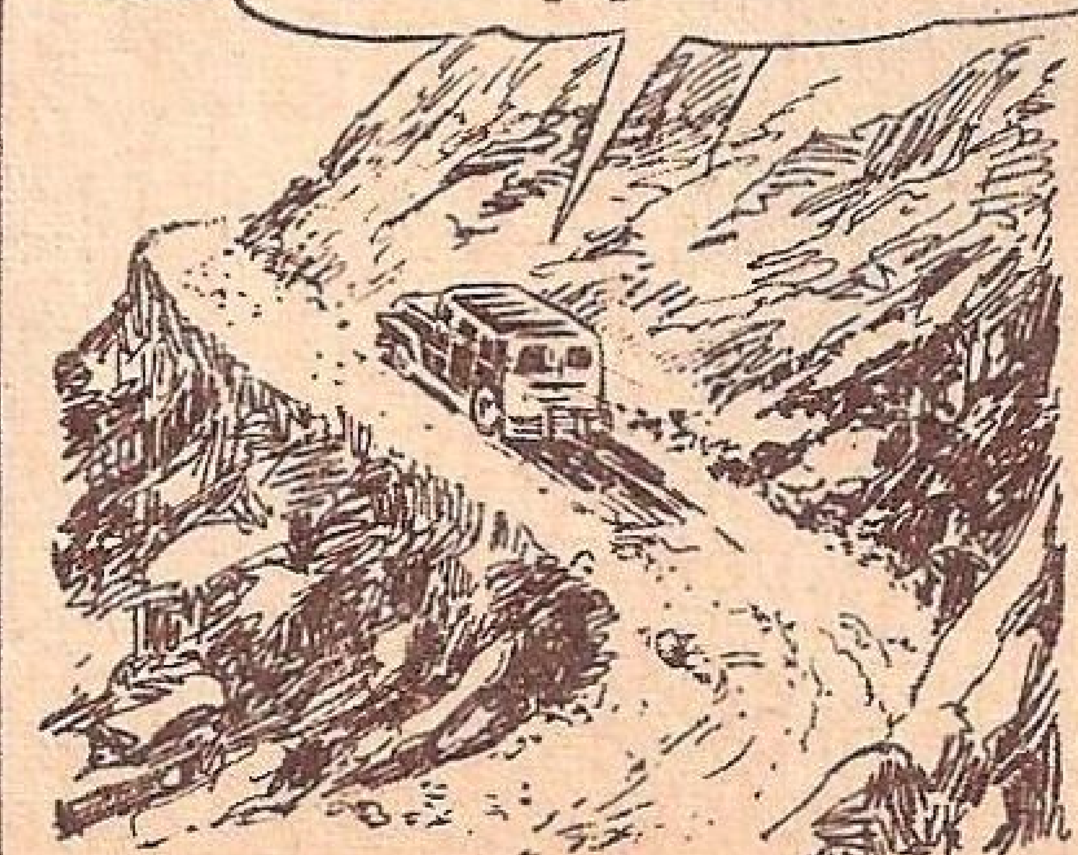

—Clemencia —gime—, ¡qué injusta es la vida; qué mala! Yo te quería como a una torcaza, como a una imagencita de la Virgen, Clemencia, y peno por vos sin esperanza...


"Una torcaza... una imagencita de la Virgen..." El recuerdo lo despierta, lo sacude, y en el ánimo recio y noble del hombre de bien, se levanta desesperada la súplica de la madre:

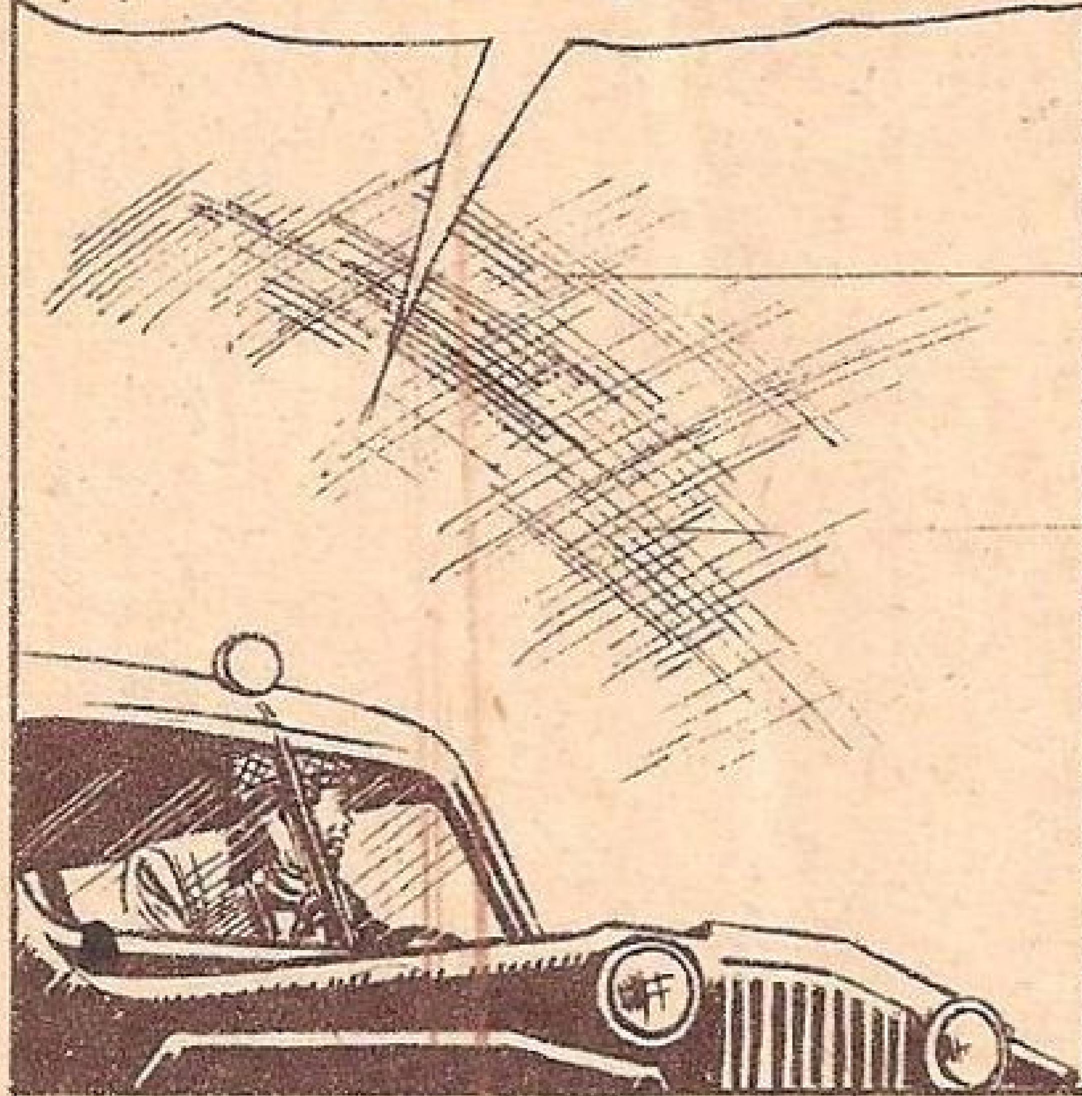

¡Por Dios te lo pido, cuidame a la Rosarito, Eulogio!


Se oye reír, mientras posa la fuerza del pie en el acelerador. Su carcajada hace palidecer al otro, lo está viendo por el espejo. Y entonces masca las palabras, una a una:

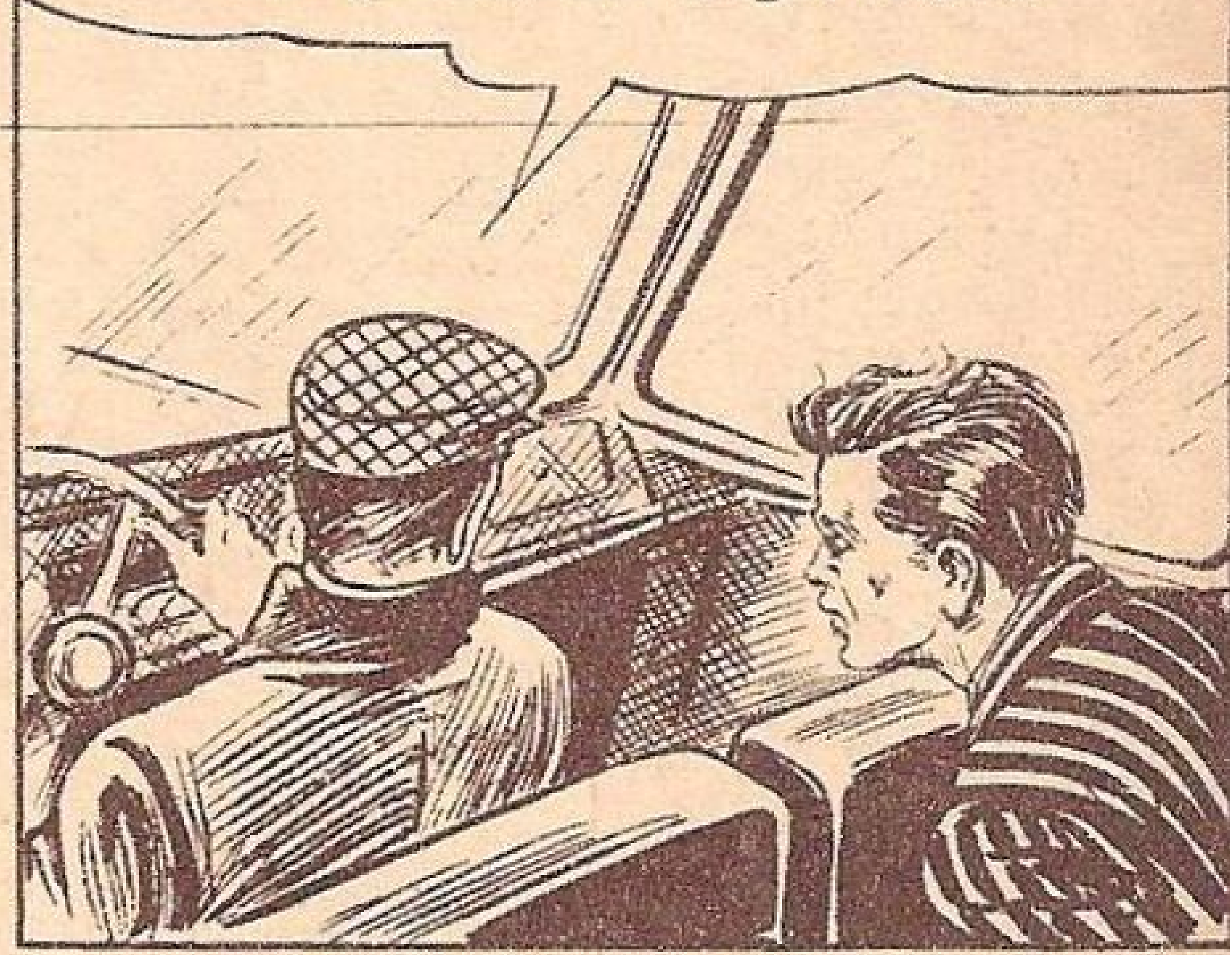

—Usté es un mal bicho, una basura, aunque gane muchas copas, medallas por ahí. Eso digo, una porquería... —Pero...,Eulogio, ¿se ha vuelto loco?

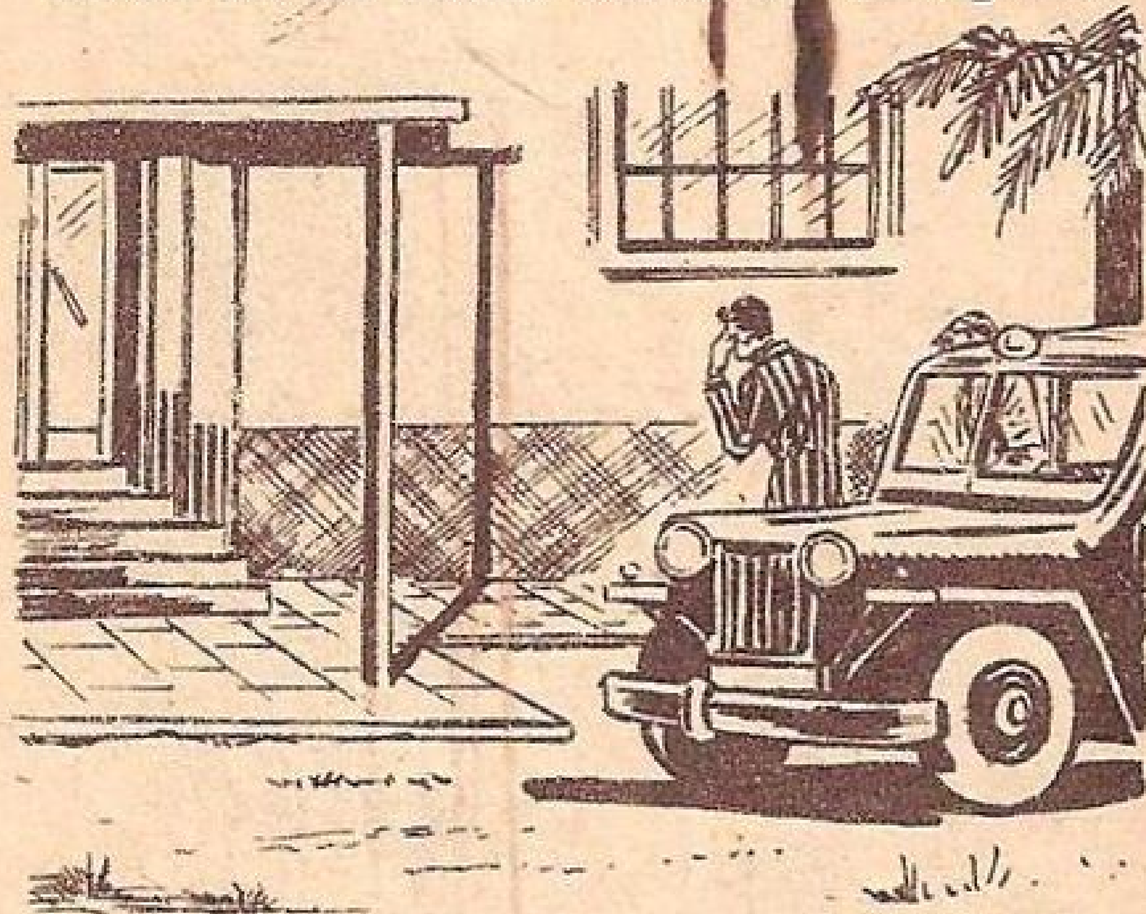

Estuve a punto, mocito, pensando en lo bien que pudimos caernos usté y yo allá abajo con un barullo de vidrios y de hierros espatosos para convertirnos en una papilla...


—Yo estoy cansado porque quiero a una mujer derecha que no me quiere y usté está pensando perder y dañar a la hija de esa mujer. ¿Qué le parece si meto a la máquina allá abajo de un solo viraje...? No me toque, mire que hay peligro...

















intervalo ALBUM

AÑO XIV — 1963 — Nº 61

una publicación de
COLUMBA
S. A. C. E. I. I. F. A.

Editores responsables:
R. Columba (h.) y Claudio Columba (h.)

Redacción y Administración
Sarmiento 1889 Buenos Aires

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

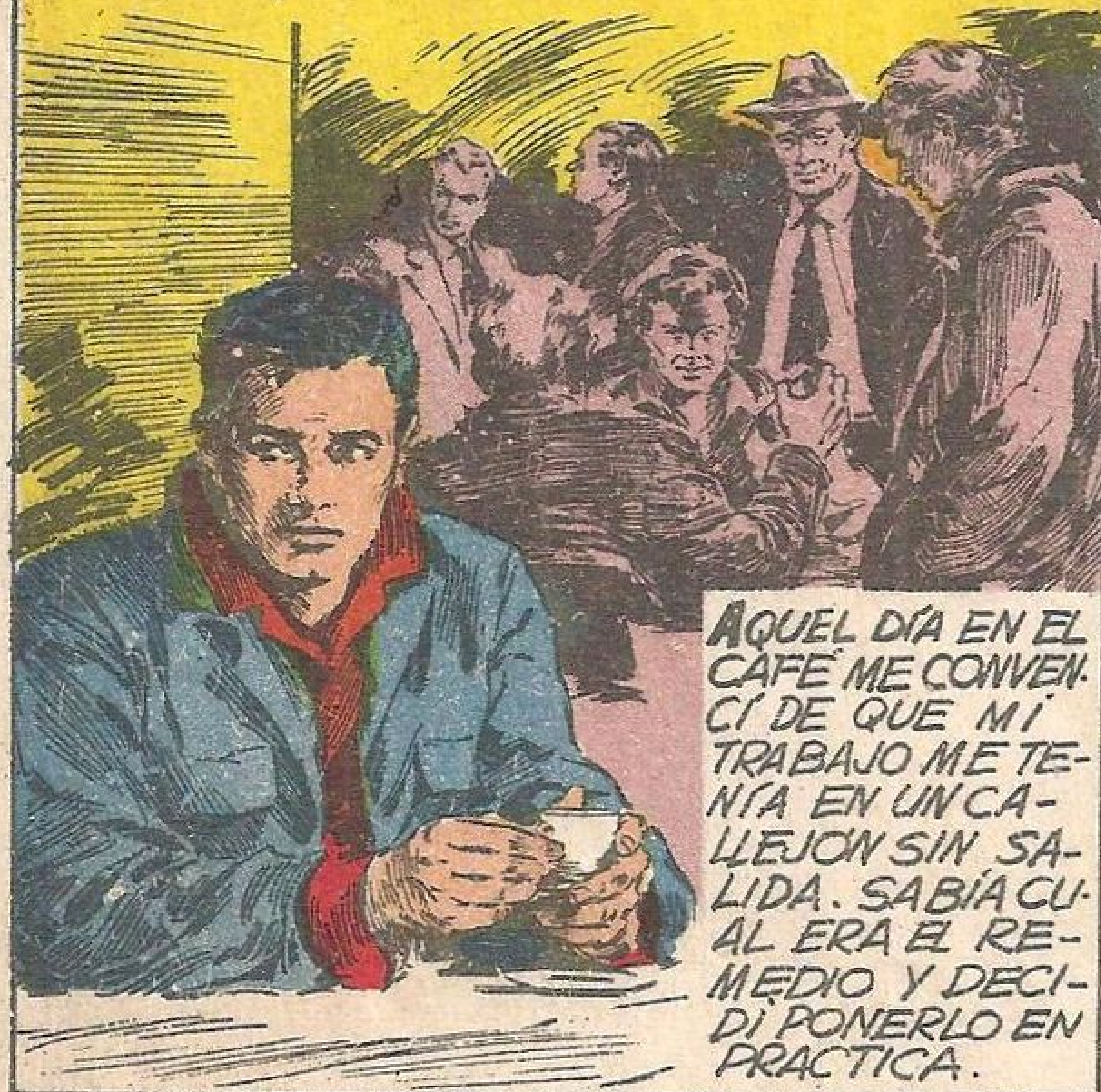
Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional Nº 721439 de la Propiedad Intelectual	Correo Argentino Central B.	Franqueo a Pagar Concesión Nº 372 Tarifa Reducida Concesión Nº 2761

(263)

el ánimo "por el suelo"...















C1



PROFESORADO

Alberto BRECCIA	Daniel HAUPT
Narciso BAYON	Joao MOTTINI
Angel BORISOFF	Hugo PRATT
Carlos FREIXAS	Pablo A. PEREYRA
Luis A. DOMINGUEZ	Carlos ROUME
C. GARAYCOCHEA	Enrique VIEYTES

ESCUELA PANAMERICANA de ARTE

SAN JOSE 715 - Bs. AIRES - ARGENTINA - ESTUDIO D-2

Ruego se sirvan enviarme GRATIS folletos en colores del curso de los FAMOSOS ARTISTAS.

Nombre: ____________________

Calle y N°: ____________________

Localidad: ____________________

Provincia: ____________________

Ocupación: ____________________ Edad: ______

ATENCION: CLASES PERSONALES. En Marzo comienzan del 1° al 9. **INSCRIBASE.**